RAWBLOOD

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

RAWBLOOD

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

RAWBLOOD

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

Para mis padres, Isabelle y Christopher

FAMILIAS GILMORE Y COULSON

? *c.* William Coulson *c.* Chloe Tailor ~ Robert Gilmore

Stephen Coulson   Frank Coulson   Tom Gilmore

Henry Gilmore *c.* Charlotte Gowan

FAMILIA VILLARCA

Don Leopoldo Villarca *c.* Mary Hopewell

Alonso Villarca *c.* Meg Danforth   Charles Danforth

Iris Villarca

Iris

1910

Así es como llego a matar a mi padre. Todo empieza de la siguiente manera.

Tengo once años. Damos con la yegua poco después de las doce del mediodía. No lleva mucho tiempo y los zorros aún no han llegado. Las moscas, en cambio, sí. Está hinchada, reluciente.

—¿Por qué? —digo.

Tom alza y baja un hombro huesudo en gesto de indiferencia. La muerte llega a veces, y ya está. Lo sabe bien. Lo ha aprendido estos últimos meses.

Las crines de la yegua son negras contra la tierra calcinada. Me arrodillo y voy a tocarla con un dedo. Él me aparta de la carcasa. Me preparo para la reprimenda, pero no llega.

—Mira —me dice.

No veo nada, pero luego, sí, en una mata de brezo, a diez pasos. Pequeño y oscuro a la sombra verde. Recién nacido.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

Se pasa la mano por el pelo.

—Pregunta pelma, Iris. ¿Qué quieres que haga?

Eso me duele.

—No soy ninguna pelma —replico—. Quiero ayudar.

Me da un empujoncito.

—Pelma.

Tom ha tenido la voz inexpresiva desde que murió su madre, en marzo.

Nos quedamos mirando a la potrilla, tumbada, con la cabeza gacha. Resopla. Los lomos de algodón suben y bajan. Aún tiene el pelo resbaladizo y pegajoso en algunas zonas. Es demasiado pequeña para

vivir, pero parece que no lo sabe.

—Podemos darle de comer nosotros —digo.

Me lanza una mirada que significa que vivo en una casa grande con suelos brillantes encerados y techos altos donde el aire se condensa en un silencio blanco y la ropa de cama huele a lavanda y a rosa de té. Por las mañanas, desayuno gachas con nata y, si he sido buena, leche de mi jarra de plata. A Tom se le ven las rodillas a través de los parches gastados de los pantalones. Vive con su callado padre en la casa de labranza llena de corrientes en la que faltan tejas del tejado. Todas las mañanas está en los campos antes de comer. «Nosotros» no significa nada.

Cambio de postura, incómoda. Las botas me aprietan y no me llega sangre a los pies, que parecen pescados destripados. Me quité las medias cuando íbamos por Bell Tor. Bajo las enaguas tengo las piernas al aire, llenas de arañazos del brezo, moteadas de sangre.

—Nunca sale bien —dice al final—. No quieren. O se ponen malos. La leche de vaca no les vale.

—No quiero que se muera.

—Eres una niña —responde—. No lo entiendes.

Y así sé que él tampoco quiere que se muera.

Durante una tormenta de marzo, Charlotte Gilmore se tropezó con un pliegue de la falda. Todos los días veo ese momento en los ojos de Tom: el aire frío que se levanta cuando rueda a lo largo de veinte peldaños empinados; el vestido que se le abullona como un capullo arrojado al viento; el trueno que tapa el sonido cuando se rompe el cuello.

—Vamos —dice.

Cuando está triste, la voz le cruje como un cajón que encaja mal.

Nuestras sombras largas planean sobre el terreno. La potrilla alza la cabeza, interrogante. Tom la coge en brazos. Se retuerce y forcejea y lanza coces con los pequeños cascos. Tom se la carga a los hombros y ahí se le acomoda el animal. Le sujeta las finas patas delanteras y traseras en los puños. La cola diminuta se sacude con indignación. Y así vuelven hasta la granja.

—Te estarán echando de menos —me dice de lado—. Venga, pelma, vete a casa.

—Espera —le digo, y corro con pies ceñidos—. ¡Espera!

Henry Gilmore está inclinado sobre la puerta de la valla de la granja. Tiene la mirada perdida, llena de nada. Tom se detiene ante su padre. La potrilla alza las orejas diminutas sobre sus hombros. Tom repite la pregunta.

—Maisie destetó al potro hace un par de días —dice Henry Gilmore.

Habla con voz lenta. Lanza a Tom una mirada vacilante. Antes miraba con firmeza. Ya no. Se dejó los ojos en la tumba de la madre de Tom, hace cuatro meses.

—¿La querrá...? —Tom se interrumpe a media frase.

Henry Gilmore se encoge de hombros.

—Puede. No la fuerces. Si no quiere. Déjala hacer.

Tiende una mano hacia el morro de la potrilla. A esta le tiemblan los ollares, le roza la piel, huele su dolor.

—Se va a morir igual —dice Henry—. Mejor que sea rápido.

—Igual no —dice Tom, y el aire parece espesarse entre ellos.

—No llegarás a granjero.

Le toca el hombro a su hijo con gesto distraído. Se aleja, se pierde al otro lado de la valla, hacia el azul. Tom, la potrilla y yo lo vemos alejarse. La distancia lo encoge, recorta su figura hasta que solo es una gota oscura que se mueve por los huesos de la colina.

En la casilla, Maisie nos mira a través de un copete del color de la nieve sucia. Tiene terrones de barro en el pelo enredado de la barriga. Alza el labio al vernos y nos muestra los dientes amarillos como la mantequilla.

—Tú no entras, pelma —dice Tom—. ¿Entendido? Pase lo que pase.

Tiene un tic en la frente. Las cejas le vibran con la ansiedad. La potrilla le roza la mejilla con el morro. Tom aprieta con más fuerza las

manos sudorosas con las que le agarra las patas.

—La vas a tener que sujetar —dice—. ¿Puedes? Si eso. Sí.

Un revoloteo de cascos diminutos, la potrilla chilla como un gato. Al final se rinde entre mis brazos. Con el corazón acelerado, con los frágiles huesos nuevos.

—Hay que hacer que huelan igual.

La potrilla y yo, abrazadas, nos estremecemos bajo el sol. No veo a dónde ha ido Tom. Se oyen las pisadas de las botas contra la tierra reseca, el coro desconcertante de la madera, el metal, los cerrojos, las puertas. Vuelve enseguida.

—Así valdrá.

Trae una lata ancha y baja. Levanta la tapa con la navaja y mete la mano, y la saca enguantada en melaza. Volutas oscuras, brillantes. Cubre con ella la cerviz y el cuello de la potrilla. Se la pone en el lomo, en los ijares, por toda la barriga. Cuando acaba tiene los brazos surcados de hilos cruzados, como rastros de caracoles.

—Ahora no le hará daño —dice Tom.

Le acaricia el belfo a la potrilla, que cierra los ojos. Pestañas largas en unos párpados como el hollín.

—No le hará daño —dice de nuevo, y no es a mí.

Por encima de la puerta de la casilla, Maisie sacude la cabeza enorme, mira con ojos reticentes, resopla y levanta el labio superior.

—No —digo—. No le hará daño. Buena chica, Maisie.

Es una yegua de tiro, vasta, con flancos que ondulan como el mar en calma. Tom observa. Se le ve en los ojos el iris azul bordeado de blanco.

—Para qué esperar —dice para sí mismo, o quizá para mí. Maisie le acerca los ollares a las manos pegajosas—. Eso —le dice—. Todo eso. Enseguida. —Se mete en la casilla y se cierra con ella. Mueve las manos adelante y atrás, entre la luz y la oscuridad que huele a paja. Cubre de melaza el morro de Maisie, se la pasa por la boca. Avanza por su escultura colosal, se pierde hacia la penumbra del fondo. La yegua no se mueve, pero sigue con la cabeza el rastro pardo, brillante.

Cojo a la potrilla. La noto como un saco inerte entre los brazos. Se ha rendido. Tiene los cascos del tamaño de monedas. El latido del corazón contra mi muñeca. Huele a agujas de pino recién pisadas, penetrante contra el fondo de la granja.

—¿No le pasará nada? —digo.

Tom no responde. Llevo a la potrilla a la puerta de la casilla. Está quieta, inerte. La coge y la mete en la oscuridad. Luego, sale. Parpadea ante la luz dorada repentina. Arquea las cejas oscuras. Yo me pongo las yemas de los dedos en la muñeca. La carne retiene el recuerdo del corazón de la potrilla, su pulso entrelazado con el mío. Esperamos en silencio.

—No puedo —dice Tom.

Así que miro yo.

A la luz escasa, Maisie olisquea el cuerpo de la potrilla. Le lame la melaza del morro, de los ojos. La lengua como un grueso banderín la recorre entera. La potrilla maúlla en tono agudo de queja. Maisie la levanta, le mete el morro bajo la barriga. La cabeza ponderosa es tan larga como el cuerpo del animalito, un edificio entero de hueso y dientes. La potrilla se estira. Alarga el cuello hasta lo imposible, lo levanta en una línea perfecta. No llega. Vuelve a lanzar el grito agudo. Maisie dobla las patas, se deja caer en el heno. Cierra los ojos. La potrilla se alimenta, el cuerpo diminuto y decidido contra el vientre monstruoso. La cola se sacude. Maisie resopla. El heno vuela bajo los rayos oblicuos de luz.

—Todo bien —digo.

No hay respuesta.

Tom mueve los labios en silencio. Le clavo un dedo entre las costillas. Le cojo la muñeca de piel morena con una mano húmeda. Tom se quita las manos de las orejas que se ha estado tapando con fuerza. Va hacia la puerta de la casilla.

—Bien —dice a toda prisa—. Bien. Buen trabajo, pelma.

—No me vuelvas a llamar pelma —digo—. No me gusta.

—Ya lo sé —dice—. Perdona. No lo digo en serio, Iris. No eres ninguna pelma. Es solo que… ¿te acuerdas de cómo te pusiste cuando los perros cogieron a tu rata?

Vuelve la pena, y también la ira, ira ardiente.

Tom asiente con la cabeza.

—Pues así me siento yo ahora todo el tiempo —dice—. Todos los días.

Lo medito un momento.

—Vale —digo—. Puedes llamarme como quieras. No me importa.

Tom me coge la mano por primera vez desde la muerte de su madre. Contemplamos a la yegua y a la potrilla. Las abejas zumban en el atardecer. El día vuelve a recuperar los sonidos.

—Venga —dice Tom al final—. Vete a casa ya.

—No.

No estoy preparada para enfrentarme a papá.

—Nos va a caer una buena como no te vayas.

Me va a caer una buena de todos modos, pero no se lo digo.

—No sé el camino de vuelta —respondo, triunfal.

—Eso dices siempre.

—Igual acabo en Bélgica.

—Vale, te llevo —replica, como ya sabía yo que iba a decir—. ¡Vamos a la Casa de la Pelma Plomo!

—¡No se llama así! —Le doy de puñetazos—. ¡Yo no me llamo así!

—¿No decías que no te importaba? —grita bajo la lluvia de golpes —. ¡Pelma! ¡Eh, ay, no vale morder, pelma!

Rodamos felices por el patio polvoriento.

Me cuelo a través del seto. Los ojos me lloran de la luz, la brisa. Pero la calma reina entre el brezo. El olor de la lavanda impregna el aire.

Mi padre sueña en medio del verde, con su traje negro y enmarcado en franjas de gris y violeta. En la mesa que tiene al lado

yace abierto un libro viejo, de lomo roto. Hay también una jarra verde lima llena de agua que brilla a la luz. Junto a la jarra, una bolsa de cuero blando, abierta sobre la madera cálida. Veo dentro el brillo metálico, afilado e invitador. Aparto la vista. No debo acercarme a la bolsa de mi padre, no debo tocarla jamás. Es una de las Reglas. Tras él se alza la casa, cálida, gris.

Rawblood. Sangre cruda. Mi hogar. Suena a batalla, a dolor, pero es un nombre apacible. «Raw» viene de «sraw», que significa «que fluye», en referencia al río Dart, que corre cerca de las tierras. «Blood» viene de «Bont», puente. Son palabras antiguas. La casa del puente que cruza el agua que fluye. No sé desde cuándo lleva en la familia. Rawblood somos nosotros, y nosotros, los Villarca, somos Rawblood.

Es una mole desgarbada. Las ventanas salpican las paredes sin distancia fija. Los ángulos demenciales del tejado de color cálido brillan purpúreos al sol. Es vieja y todos los que han vivido aquí han construido algo, o han derribado algo. Ha cambiado con el tiempo, igual que el nombre. Pero la casa tiene voluntad propia. Ha conservado sin alharacas la forma de U alargada. Cuando trato de pensar en Rawblood, en dibujarla con palabras, me sale una nada algodonosa. No puedo describirla igual que no puedo describir mis huesos, mis ojos. Es, y ya está. Lo ocupa todo, como la ceguera.

Es de las primeras cosas que recuerdo que me enseñó mi padre: que tengo que guardar silencio y no puedo estar entre mucha gente ni ir al pueblo por la enfermedad, y que llevamos a Rawblood escrita en nosotros. A veces creo que Tom sabe lo de la enfermedad. A veces me mira como si supiera algo. O podría decírselo y seguiría siendo mi amigo luego. Pero no voy a hacer la prueba.

Me acerco y veo dormir a mi padre. Mece la cabeza al ritmo de su música interior. Le tiemblan los párpados. Estoy cerca y veo que el sol poniente le destaca cada pelo plateado de las patillas como un hilo de acero.

Una mano se abre en el aire entre nosotros, me agarra por el brazo, tira de mí hacia él. Todo es tan rápido como el azote de una rama fresca.

—¿Qué he pillado? —murmura con los ojos aún invisibles—. ¿Qué será esto? ¿Un león?

Aprieta los dedos largos y chillo y digo que no, no soy un león.

—No te creo. Debes de ser un león. Porque yo soy un famoso

cazador de leones.

Me palpa el brazo con movimientos ostentosos en busca de las patas, de las zarpas.

—Vaya. No es un león. Entonces, ¿qué? —Canturrea entre dientes —. Un tejón. Un tejón de pelo a rayas y de hocico largo.

—¡No!

—Pues un pez. Un buen pescado de escamas plateadas que me voy a cenar.

Me pasa los dedos por las costillas como un rápido acordeón y la risa me deja sin aliento.

—¡Una persona! ¡Soy una persona!

Abre los ojos.

—Pues es verdad. Vaya. Te tendré que soltar.

Pero no me suelta. Me mira con atención. No me había parado a pensar en mi aspecto. Estoy cubierta de melaza, pelo de caballo y polvo. Llevo el pichi manchado de verde y negro. El viento me ha revuelto el pelo para formar picos y cuernos.

—¿Hueles... hueles a caballo? —dice mi padre—. ¿Qué has estado haciendo, Iris? ¿Dónde has ido?

Me ha atrapado. Así que se lo digo. Le hablo de la potrilla, de Maisie, de la granja, todo contado hacia atrás, las palabras atropelladas.

Moja el pañuelo en la jarra de agua, me pasa la tela fresca y húmeda por los brazos. El anillo del dedo le centellea rojo, blanco, dorado. Las marcas de sus dedos son fantasmas blancos que se me quedan grabadas en las muñecas.

—El hijo de Gilmore, que no es un granjero —dice—. Iris.

Aguardo. Se me eriza el vello en los brazos.

—Gilmore no lo lleva bien. No. En absoluto. —Me coge la barbilla con el ala blanca que es una mano y me mira. Los ojos inmensos brillan como la madera pulida. Ahora me va a decir que no puedo. Me va a decir que no, por las Reglas... y no lo aguanto. La lavanda llena el

aire, me invade los pulmones. Cuando papá y yo discutimos siempre es por Tom.

—No digas que no puede ser mi amigo.

—Lo digo, pero no sirve de nada, es obvio —replica—. No haces caso y estás creciendo. No sé qué hacer. ¿Te encierro? No podemos seguir discutiendo por esto, no podemos…

El pañuelo cae sobre la mesa. Estoy nueva, húmeda, limpia. Me escurro de su mano y me siento en el césped junto a él.

Mi padre no me hace reproches ni menciona mi vestido. Me vuelve a poner la mano en la cabeza, ligera y amable. Me acaricia, me quita con delicadeza del pelo rebelde el brezo, el heno, los abrojos.

—Granujilla —dice casi para sus adentros.

El césped cuidado me cosquillea en las pantorrillas desnudas. Cerca, los gorriones discuten entre las ramas del rododendro. Al lado del seto, en la sombra, una margarita solitaria rompe el verdor inmaculado del césped. Mañana ya no estará ahí.

Cojo el libro caído. Es un registro, un libro mayor como el que he visto que hay para las cuentas de la casa. Se me abre en la mano. Un olor penetrante sale de entre las páginas sucias. Están húmedas, pegajosas al tacto. La caligrafía es tenue y borrosa. «Ella no me causa molestias; tal vez es claro y evidente que ya estoy condenado. Son otras cosas las que me acosan en mis sueños. Una bendición para este adicto».

—¿Qué significa esto? —pregunto.

Los dedos de papá tamborilean sobre el papel, un suave tatuaje.

—No es adecuado para ti.

Me coge el libro, me lo quita y lo pone sobre la mesa. Algo me da miedo. Me limpio los dedos en el vestido.

—Bueno —dice mi padre.

Alzo la vista con gesto interrogador. Es un gigante recortado contra el sol.

—Si tiene mano con los caballos, asunto zanjado. Hace falta otro mozo de cuadras, Shakes está muy mayor. Que sea el joven no-

granjero. —Me coge la cara con la mano—. La perra lobo de Miller ha tenido seis cachorros. Mañana por la mañana te dejo que elijas uno. Dormirá al pie de tu cama. ¿Qué te parece?

La luz me acaricia el pelo. Deslumbrada por el sol, distraída, al principio no relaciono las palabras con su significado. ¿Por qué va a dormir Tom al pie de mi cama? Entonces lo entiendo. Me froto los ojos con la mano, contra la hierba.

—No —digo.

—¿Cómo que no? Te hago dos regalos, ¿y me dices que no?

—Gracias, papá. No quiero los regalos.

Sé que esto lo va a trastocar todo, aunque aún no entiendo por qué.

Me mira con tibieza.

—Me sorprendes, Iris. Para el chico es bueno, y los Gilmore tienen bocas que alimentar, te guste o no. Pero no te quedes con el cachorro si no quieres.

—Es mi amigo.

—Ahora será tu mozo de cuadra —responde papá—. Y como tal lo tratarás.

—Sí —digo, porque es lo que se le dice a papá. Estoy aturdida y me pitan los oídos—. Pero ya no tendré a nadie. Me costará acordarme de que ya no somos amigos...

—Te acostumbrarás —dice—. Somos animales adaptables. Cuando lo llames «Gilmore» unas cuantas veces te empezará a salir natural. Y cuando lleve un año como mozo de cuadra te costará recordar que alguna vez fue otra cosa.

—Papá...

—Eres desobediente y me obligas a tomar medidas, Iris. No paras quieta, no te quedas bajo mi techo donde pueda verte. Juegas con la enfermedad y no te atienes a las Reglas. —Acaricia con la mano el estuche de cuero blando. Tiene los ojos perdidos a lo lejos.

Me levanto y dejo allí a papá, cálido, sólido en el banco, la cabeza plateada ya meciéndose. Sé que lo quiero. Me sorprende mi odio. Es

como una astilla en la veta suave de la madera.

«Horror autotoxicus». La enfermedad. Papá no lo dice, pero creo que nos mata a nosotros, a los Villarca, y que por eso nosotros dos somos los últimos.

1908

Conozco a Tom el día en que papá me habla de la enfermedad y pone las Reglas.

Tengo nueve años y nunca he salido sola de Rawblood. A papá no le gustaría. Pero está dormido en el jardín, con una mano colgando inerte en el aire iluminado por el sol, los quevedos en la punta de la nariz. Me escabullo como el agua. El camino de Manaton es tranquilo, sombreado, cálido con el sol de la tarde. Los setos están altos, llenos de verde y luz secreta.

Llevo las manos ocupadas con dos trozos enormes y frágiles de tarta de manzana que he robado de la mesa de la cocina. El aroma dulce, cálido. Estoy sola en el mundo. Más allá de Rawblood, de la mirada de papá. Balanceo los brazos, largos, libres. La luz estival. Trinos perezosos claros como el cristal. La arenisca bajo mis botas. Voces a lo lejos, en los campos vecinos. Casi ha terminado la cosecha.

Camino despacio, clavo con fuerza los dedos de los pies, los arrastro como un pájaro herido arrastra el ala. Doy una patada y una nube de polvo fino llena el aire, y cierro los ojos con fuerza. El ritmo de mis pies, crujido, arrastro, patada... es una sensación onírica, aunque sé que estoy despierta. Canturreo entre dientes una canción que me he inventado. Habla de tejones. No tiene melodía. Cuando llegue el momento, encontraré una piedra en la que sentarme, o treparé a un árbol, y me comeré los dos trozos de tarta, pero todavía no... El ritmo de mis pies por el camino.

Me detengo. Ya no estoy sola. Detrás de mí hay una niña como salida de la nada. Está de pie en un recodo. Creo que me viene siguiendo. Es delgada, más alta que yo, pero con cara de preocupación, como si se hubiera dejado algo en casa. Dos dientes de conejo, pardos, le asoman entre los labios blancos. Nos miramos.

—Hola —digo.

Deja escapar un sonido y se mete las manos en los bolsillos del mandil.

—¿Quieres? —Le enseño un puño. La manzana me sale entre los dedos. Puede que quiera ser mi amiga.

La niña mira el dulce que llevo en la mano. Se mordisquea el labio inferior. Clava en mí los ojos preocupados y señala el camino.

—¿De dónde eres? —pregunta—. ¿De aquí?

—De Rawblood —digo, y trato de que no se me note mucho el orgullo. Miro los dos trozos de tarta que llevo en las manos—. Uno para cada una —digo con cierto pesar.

—Si es de ahí, tendrá veneno —dice. Mira la tarta—. ¿Tiene veneno?

—No —replico, ofendida.

Me llevo la mano a la boca. Masa dulce, quebradiza. Fresca, verde, azúcar.

La niña se muerde el labio y me mira. Luego se agacha deprisa y rebusca en la arena. Algo silba curvo por el aire. El filo de una piedra me da en la comisura del ojo y todo estalla. Algo más me golpea la sien con un crujido. El mundo se tambalea. La niña lanza y se agacha con concentración perfecta, se carga las manos en el camino. Todas aciertan. Algunas son pequeñas, esas escuecen. Algunas son grandes y el golpe contra la carne suena sordo, contra el hueso suena seco. Doy la espalda a la niña y me acurruco para encogerme. Las piedras me golpean salvajes los riñones, las costillas, la columna. Un impacto en la base del cráneo hace que vea destellos de blanco en la mente y en los ojos. Todo tiene sabor a metal.

Mi mejilla choca contra el camino con un golpe sordo. El camino, que se extiende como el paisaje ante mí. Por encima del latido en los oídos me llega la presión suave, el crujido del camino cuando se acerca. Me intento levantar. Siento los brazos y las piernas como cubos de arena mojada. Se acerca con pasos suaves. Algo caliente me corre del cuero cabelludo a la barbilla, gotas calientes y rojas. Hago ruidos, gatitos que se ahogan.

Su sombra. Veo los pies ante mí, atados con trapos. Sin zapatos. Se inclina. Los dedos mugrientos y temblorosos me abren el puño, cogen lo que queda de tarta en una mano, luego lo que queda en la otra. Intento morderla, le araño el brazo con los dientes. Se vuelve a toda prisa, el seto se estremece y desaparece.

Me siento en el camino caldeado. No sé qué hacer. No puedo volver a casa. Papá verá la sangre y las heridas, sabrá que he desobedecido. No tendría que haber salido, no tendría que haber salido nunca… Tengo un diente suelto. Lloro con sollozos entrecortados.

Pisadas en el recodo. Me presiono contra el seto, atravieso el espino blanco, el zarzal, hasta el muro de piedra gris que hay en el centro. Las ramas duras y crueles me desgarran el vestido. Algo vivo repta junto a mi oreja. Contengo el aliento. Hay silencio. Una paloma torcaz arrulla. La brisa sopla y trae los primeros aromas del anochecer.

Las pisadas se detienen cerca.

—Es sangre —dice la voz para sí misma. Hay un ligero tartamudeo en las consonantes, como un cajón que no encajara bien —. ¿Todo bien? —Algo aparta las ojos, puede ser un monstruo. Lanzo un mordisco—. Ay —dice la voz, y se aparta—. Uf, ay.

Me arrepiento un poquito y no me gusta el seto, me da miedo. Así que salgo.

El chico está en medio del camino y se agarra el brazo enrojecido donde le he dado un mordisco. Es más o menos de mi altura, con pies descalzos de piel tostada y una caña de pescar.

—Muerdes muy bien —dice—. ¿Por qué estás toda llena de sangre?

—Una niña me ha quitado la tarta —digo—. Era de manzana. —Le muestro las manos, aún fragantes y llenas de migas.

Asiente con toda seriedad.

—Vaya —dice—. Qué rollo.

—Qué rollo —repito, extasiada—. ¿Cómo te llamas?

—Tom —dice—. ¿Y tú?

—Iris.

Es la primera vez que lo digo. Me siento extraña y un poco poderosa.

—Seguro que te queda el sabor —dice.

Así que nos sentamos al borde del camino y lamemos mis dedos pegajosos. También llevan tierra y trocitos de corteza, pero el sabor a manzana está ahí. Nunca antes había compartido nada. Me hace cosquillas con la lengua. Me río. Duele.

Lo nota.

—Menuda paliza —dice.

—No quiero que mi padre vea la sangre.

—Vale —dice—. Ven. —Me coge de la mano.

El arroyo corre centelleante entre grandes piedras hasta una charca mansa, verde. En las orillas crecen serbales y zarzamoras. Los jejenes bailan en el aire cada vez más fresco.

El agua fría es una conmoción. Gritamos y chapoteamos. Los renacuajos y los pececillos se escabullen entre nuestros pies. La sangre se aleja de mí con la corriente. Comemos moras hasta que estamos todos sucios de púrpura. Mi vestido se seca arrugado al sol mientras Tom pesca. No saca nada.

—Tendría que llevar una trucha al menos —dice—. Igual no me cae tanto si llevo una trucha.

—Te has escapado —digo—. Igual que yo.

—Tenía que meter el heno en el pajar —dice.

Me habla de su padre, de su madre, del lugar donde viven, que es una granja con vacas.

—Me encantan las vacas —digo—. Tienen ojos grandes y pestañas.

—Pero dan muchas patadas —dice.

—Bueno, a casa —dice Tom cuando los jejenes nos rodean por todas partes y el horizonte es de un gris frío y lechoso.

—¡Ven a casa conmigo! —digo.

—No puedo —responde, y percibo su aprensión.

—Conmigo, conmigo —canturreo—. Ven a casa conmigo…

Bailo en torno a él y lo agarro del pelo oscuro. Bailo y canto a gritos porque no quiero ir sola por el sendero oscuro.

—Pelma —dice—. Venga, te acompaño.

Papá nos ve cuando bajamos de la colina con la última luz. Sale a la puerta como un toro.

—¿Cómo se te ocurre marcharte así, Iris? ¡No te vayas, no se te ocurra! ¡Podría haber bajado la niebla! —Está temblando.

—¡No hay niebla, papá! ¡En serio! —Siempre está pensando que bajará una niebla y eso le da mucho miedo.

Me mira las heridas y magulladuras, el vestido sucio. Coge a Tom por el cogote, lo levanta del suelo. Lo sacude hasta que se le saltan los botones de la camisa.

—¿Qué le has hecho? —grita—. ¡Habla! ¿Qué le has hecho!

—¡Nada! —está diciendo Tom.

—¡No, no, no ha sido él! —grito yo.

—¿De dónde sales tú? —dice papá—. Tu familia se va a enterar. Pero primero la peor paliza de tu vida.

—Tom Gilmore —dice, y le castañetean los dientes mientras lo sacude—. De la granja Trubb.

Tiro de la manga de papá.

—Es el que me ayudó —digo—. ¡Papá! La que me tiró las piedras fue una niña…

Papá suelta a Tom como un saco de trigo. Tom se sienta en el suelo, conmocionado. Papá se tapa la cara con las manos.

—Tom Gilmore —dice.

Tom no responde. Responder siempre causa problemas.

—Papá, por favor, no le hagas nada —digo.

Se le escapa un sonido extraño.

—Lo había olvidado —dice—. Lo prometí y lo había olvidado. —

Mira a Tom—. Dale algo de comer, Iris. Pero, aquí, no. En la casa, no.

Se da media vuelta y vuelve a Rawblood, y le tiembla la espalda.

Tom y yo lo seguimos con la mirada.

—Está llorando —dice Tom.

—Ya.

No hay mucho más que decir. No es ni más ni menos peculiar que el resto de las cosas que han pasado hoy.

—Igual queda un poco de tarta —digo, y ese pensamiento eclipsa a todos los demás.

Papá me cubre de tintura de yodo. Tiene un olor penetrante y rojo. Mi dormitorio es acogedor. El fuego arde en la chimenea, como cuando estoy enferma. Salta y chisporrotea, nos caldea la cara. La noche está afuera. Nosotros estamos dentro.

—¿Por qué estabas llorando, papá?

—Porque me he acordado de una promesa que hice —dice—. A tu madre. Se me había olvidado, y esto está muy mal porque las promesas hay que cumplirlas. Pero no solo era eso. Estaba enfadado, Iris, porque tengo miedo por ti. Siempre he tenido cuidado y te he protegido, ¿verdad? ¿No te he intentado enseñar bien, como debe hacer un padre?

—Sí —respondo, afligida—. ¿Por qué, papá? ¿Por qué me ha tirado piedras esa niña? ¿Por qué pensó que la tarta estaba envenenada?

—La gente nos tiene miedo —dice—. A nuestra familia. Te harán daño si pueden. Tenemos... una enfermedad. Es como Rawblood, lleva desde siempre en la familia. La portamos dentro, latente, como un enemigo dormido. Se llama *horror autotoxicus*. Por su culpa, a los criados no les gusta trabajar en Rawblood, así que solo tenemos a Shakes. Y ni él quiere vivir en Rawblood, sino en la parte de arriba del establo. Ningún criado duerme en la casa. —Por un momento tiene una expresión lejana. Luego sigue—. El *Horror autotoxicus* es muy raro; no se transmite por contagio ni es un virus. Lo provoca un sentimiento.

—Qué extraño —digo, y me acuerdo del resfriado que tuve el

verano anterior—. ¿Qué te hace?

—Te pone muy enfermo —dice papá—. Te hace arder de fiebre y ves visiones de cosas espantosas. Te sumerges en un sueño lleno de monstruos. Al final te vuelves loco y ya no reconoces los lugares que más querías ni las caras de tus familiares. A veces hace que ataques a otras personas.

—¡No! Yo siempre voy a reconocer tu cara, papá, y siempre voy a reconocer Rawblood...

—Ojalá fuera así, Iris. Tienes que estar siempre muy tranquila y vivir en calma, porque el *horror autotoxicus* te puede atacar si te emocionas o te disgustas. Si tienes un sentimiento muy fuerte que no puedes controlar díselo a papá enseguida. Puede ser el primer síntoma.

—¡Pero lo que siento siempre es fuerte! —digo—. ¡Es imposible que te lo cuente todo!

—Lo tienes que intentar. —Chasquea la lengua y me seca las mejillas—. Pero no tengas miedo. Lo podemos prevenir. Mientras vivas tranquila en Rawblood, sin escaparte, no corres peligro. Es un asunto racional y hay que enfocarlo con la razón. Creo que te he pedido demasiado, Iris. Tu desobediencia prueba que no se puede confiar en ti para que apliques tu propio criterio. Así que he preparado unas Reglas que debes seguir para estar a salvo.

Papá se saca un papel del bolsillo. Me lo lee en voz alta y luego lo clava en la puerta del dormitorio.

1. Niños = no amigos

2. Criados = no amigos

3. La enfermedad = secreto

4. Bolsa de medicinas de papá = prohibida. Cuando papá toma la medicina = sal de la habitación

5. De ocho a doce de la mañana = leer con papá

6. Tardes = jugar en el jardín. No salir del jardín

7. Cama = a las siete

8. Libros = mejor que las personas

9. Contárselo todo a papá

—Todo esto son como promesas, Iris, ¿entendido?

Asiento. El sol maravilloso, el agua y Tom se han disuelto en una nube de cansancio, y me duele todo el cuerpo. Nunca me había dolido tanto. Ya no tengo ningún deseo de ver el mundo. No va a ser un lugar amable. *Horror autotoxicus*… hasta el nombre es espantoso. Pero no me va a pasar nada. De eso se encargará papá.

—Obedeceré todas las Reglas —digo—. ¡Pero me voy a quedar con Tom! Eso es un trato, papá.

Papá me mira largo rato.

—Eres digna hija de tu madre —dice—. No puede ser, Iris. —Me pone una mano grande, blanca, en la cabeza, me la apresa con suavidad y me mira a los ojos—. Repítelas conmigo. Las Reglas.

Forcejeo.

—Me aprietas mucho, papá…

—Di las Reglas, Iris. Tengo que estar seguro de que las entiendes.

—Niños —empiezo—. No amigos.

Recito las Reglas una y otra vez.

Al final, papá me suelta y me pone una mano en la frente, y sé que me ha perdonado.

—Venga, vamos a leer.

—¡Hervör! —grito.

—Siempre Hervör. Qué gustos tan violentos. De acuerdo.

Coge el libro que está abierto junto a la cama. Leemos.

No se titula Hervör, sino *Saga de Hervör*, y va de lo siguiente. Angantyr, el padre de Hervör, muere y lo entierran con una espada muy famosa que se llama Tyrfing. El nombre significa «La que mide el destino», y a veces la llaman «Veneno de espadas». Hervör es una guerrera y quiere la espada, y se pone de muy mal genio. Me gusta porque me parece que, en las historias, la gente suele ser demasiado buena.

Hervör va a la tumba de su padre y la abre como si fuera una puerta. Entra en el ultramundo que es un lugar oscuro lleno de hogueras. Despierta a Angantyr de su sueño. Es otro motivo de que sea mi historia favorita. Si mi padre se muriera yo iría a despertarlo. Angantyr se enfada porque lo ha despertado y dice que Tyrfing es una espada terrible porque está maldita y va a hacer cosas muy malas. Y tiene filo en los dos lados de la hoja, y está envenenada y si la tocas te mueres. Hervör dice: «Soy tu única hija. Soy la heredera de la espada. La voy a coger y me voy a cortar con los filos. Voy a pasar pisando todas estas hogueras. Me voy a arriesgar a la maldición y no tengo miedo». Y su padre se queda muy impresionado de lo valiente que es. Le da la espada y le dice que tiene que volver al mundo de los vivos antes de que amanezca. Si la puerta a la tierra de los muertos se queda abierta cuando salga el sol, los muertos se irán para siempre. ¿A dónde? Eso no se sabe.

Vuelve corriendo entre las hogueras, por la tierra negra, con Tyrfing en la mano. Llega a la puerta justo cuando empieza a salir el sol y la cierra de golpe. Así salva a su padre y se queda con la espada, y todo sale bien.

Luego, viaja por todo el mundo vestida de hombre a lomos de los caballos del mar. Corre muchas aventuras. Siempre he querido correr aventuras.

La voz de papá, el fuego cálido. Todavía me sigue gustando la historia, pero hoy ya he entendido que no soy Hervör, y que los libros y la vida no son la misma cosa.

1912

Tengo trece años.

A la luz rosada de las cortinas cerradas, la piel de Henry Gilmore es gris como la corteza de un abedul, con unos labios agrietados que le tiemblan sobre los dientes amarillos. De él salen ruidos constantes, como una cazuela con agua a punto de hervir. Lo llaman pulmón de granjero y así es como te paga la tierra por una vida entera dedicada a trabajarla. No cabe duda de que se está muriendo.

Miro a mi padre, de pie junto a la cama. No me hace ninguna seña. No sé qué viene a continuación.

—Espero que se mejore pronto —le digo al padre de Tom, y pongo en la cama la cesta de ciruelas.

Cae sobre las ropas con un golpe suave. Henry Gilmore hace una mueca y respira con un sonido gorgoteante. Se recuesta contra las almohadas. Los mechones de pelo amarillento se le pegan a la frente como algas de agua dulce. Una fina franja de luz le cae sobre la mejilla demacrada. La respiración le pasa con dificultad entre los labios. Clava en mí los ojos azules turbios. En esa mirada hay algo duro, algo que busca. Veo por un momento el rostro más joven enterrado en el viejo, un reflejo oscuro en el agua. Tiene los huesos delicados, bellos a la luz del atardecer. Henry Gilmore y yo nos vemos el uno al otro. Falta aire entre nosotros. El tiempo se encoge, se retira.

—¿Sabes que tienes al demonio por padre? —me dice Henry Gilmore—. Tu padre es el demonio en medio de la noche.

Noto un contacto rápido, ligero, entre los omóplatos. Papá está detrás de mí.

—Sal —dice.

Recorro las entrañas polvorientas de la casa, bajo por los peldaños que rompen cuellos. Voy deprisa, con los ojos bien cerrados, atenta por si se oye al fantasma de Charlotte Gilmore.

Aguardo mientras espanto a patadas a los patos gordos que anadean por el patio. Tengo el vello erizado. «El demonio en medio de la noche».

Doblo la esquina de la casa y llego a los cobertizos de los animales. Al final, más allá de las ordeñadoras, se ve un morro aterciopelado por encima de la puerta del establo. La potrilla lanza un relincho suave. Cree que soy Henry Gilmore.

Cuando me acerco, agacha las orejas contra el cráneo y retrocede hacia la pared trasera, temblando. Ha crecido mucho. Es esbelta y fuerte. Pero nunca le he gustado, ya desde el día que la recogimos junto a su madre muerta. Así que se puede decir que me ha odiado toda su vida. De mala gana, lo respeto, respeto la intensidad y consistencia de su aborrecimiento.

Le tiendo la mano.

—Yo te salvé la vida —le digo—. Te salvamos Tom y yo. El señor Gilmore te habría dejado allí.

La joven yegua me mira, le tiemblan los ollares. Pienso en Tom y el resentimiento me humedece los ojos.

Mientras lloro, noto el morro de terciopelo de la yegua en el brazo. Es delicada, los labios me acarician la manga. Siento la cálida gentileza de su aliento, el confort, la presencia extraña y sólida. Todo esto me da tiempo a sentir antes de que me agarre el antebrazo entre los dientes en una presa salvaje. Noto cada fina columna de marfil. Sacude la cabeza, me ve sufrir. La golpeo en la frente, entre las orejas, con fuerza. Sonríe y aprieta más los dientes. Sus ojos oscuros de caballo brillan mientras le doy golpes en toda la cabeza.

Mi padre lanza miradas compasivas a las vallas destartaladas, pasa con cuidado entre el estiércol de vaca oscuro, pungente, que salpica el empedrado. Se dirige hacia la calesa y pone una caja bajo el asiento trasero, y luego me llama como si no estuviera seguro de mi nombre. Tiene los ojos oscuros, ocupados en otra cosa.

—¿Qué había en la caja? —le pregunto—. ¿Qué le has dejado?

—Dinero —responde mi padre.

—¿Para qué?

—Para saldar sus deudas.

—¿Y por qué? —Estoy indignada—. Con lo que ha dicho…

—No hagas caso, Iris. Se está muriendo. Y en su momento lo traté mal. Siempre que es posible, está bien hacer las paces —añade, pero no me lo dice a mí.

He visto el cambio en el rostro demacrado de Henry Gilmore. Conozco esa mirada, ese desprecio azul. Lo he visto antes, en otro par de ojos. Henry Gilmore no encontró paz en nosotros.

Vamos en silencio en la calesa. El brazo me grita con el moratón oscuro que me ha dejado la yegua. Abro la boca para recibir el viento. Me entra veloz, fresco, seco. Se lleva el sabor de la habitación caliente del enfermo, de las palabras del señor Gilmore. El miedo me ha invadido. «Enfermedad».

—No te hará daño, Iris —dice papá. Ve lo que pienso, como siempre—. No te hará daño siempre que obedezcas las Reglas.

Localizo con los pies la cornisa estrecha que hay bajo la ventana, en la oscuridad. La luz me salpica dibujos sobre la cara y las manos. Me deslizo contra las tejas. Más allá, sobre los establos, una ventana iluminada es la única guía.

Meto los dedos en las grietas al pasar. Hay una larga caída hacia el empedrado del suelo. Tira de mí como una corriente. El mundo es peculiar desde un tejado.

En el segundo gablete, me agarro bien y paso una pierna hacia el otro lado. Algo se suelta bajo mi pie y me deslizo a gran velocidad hacia el vacío. El paisaje nocturno sube precipitado hacia mí. El frío me recorre la columna.

La bota se encuentra con una superficie que cede. La caída se detiene. Dolor como agujas en las yemas de los dedos en carne viva. El canalón tembloroso cruje. Estoy metida hasta los tobillos en hojas podridas y huesos de pájaros muertos.

En la ventana, tiende las manos para cogerme. Paso sobre el alféizar. Algo me retumba húmedo en el oído. El corazón.

—Menudo jaleo has montado —dice Tom en voz baja.

Nos quedamos quietos. Pienso en Shakes, en la otra punta de los establos. Pienso en mi padre y en las Reglas. Un tablón gime bajo mis pies empapados. Abajo, el establo suspira. Movimiento cálido sobre la paja, aliento paciente de caballo. Ratones que corretean por las vigas. Una espiral de nieve entra como un torbellino sereno por la ventana. No viene nadie.

—Ya eres muy mayor para esto —dice Tom al final.

—Claro —digo. Aún me siento floja, débil—. Mira quién lo dice.

Tom me saca ya la cabeza. Las muñecas le sobresalen de las mangas como ramas de un árbol.

—Sangre —dice, nervioso—. La huelo.

—Me he arañado en el tejado.

Me coge las manos.

—Solo los dedos —añado—. Es... —Me pellizca el brazo para hacerme callar y me detengo. Va al rincón y coge algo. Movimientos pausados. Un frescor me corre por las manos. Noto sus dedos en torno a los míos. El olor a hierba cortada del linimento para caballos.

Tom vive sobre los establos de Rawblood. Nuestra amistad ha

pasado del día a la noche. Cruzar el tejado es como cruzar una frontera a otro país. Todas las noches rompo así las Reglas.

Quiero hacerle preguntas. ¿Te pone triste? ¿Querrías seguir en tu casa? Pero no las hago. ¿De qué serviría? Tom no tiene madre y yo no tengo madre. Pronto perderá a su padre y no tendrá a nadie. No sé gran cosa sobre el mundo y esas cosas, pero sí sé esto: la balanza ya está muy inclinada a mi favor, y esto la inclinará todavía más.

Últimamente se quedan entre nosotros muchas cosas sin decir. Hay demasiada falsedad. Mi padre, la enfermedad... Todo tira de mí en direcciones opuestas. Son lazos fuertes, complicados. No sé qué hacer, así que los pongo todos a prueba. Desafío a mi padre. Miento a Tom. Incumplo las Reglas y cortejo a la enfermedad. Algún día, algo se romperá. Pero ¿qué?

—Huele mal —dice Tom.

—¿El qué?

—Espera.

Ahora que lo ha dicho, lo huelo. El hedor de la putrefacción. Tengo las botas sucias de barro y podredumbre del canalón.

Crujidos. Me da un puñado húmedo de paja, coge un trapo. Me quedo de pie como una cigüeña, sobre una pata. Se acuclilla a mis pies. Me inclino y frotamos, los dos arrugando la nariz. Pierdo el equilibrio, me agarro para recuperarlo. Le cojo el pelo a Tom.

—Suelta, suelta, pelma, que nos vamos a caer los dos, suelta.

Nos dejamos caer en el suelo, presa de una risa silenciosa que nos sacude. Cierro los dedos sin fuerza sobre su pelo.

No tenemos problemas para salir. Atravesamos el establo oscuro para ir al aire libre. Una vez lejos, al pie de Sheepstor, gritamos con voces agudas, chillonas. La intemperie es como agujas finas. La última nube se disipa. Salen las estrellas y la luna brilla alta. Ilumina el valle de tierra blanca polvorienta.

—¿Truchas? —digo—. Está subiendo.

—No he traído el sedal —dice Tom. Encuentra mis dedos con los suyos, helados. Aletean y luego me sujetan—. Vamos —dice—. Te quiero enseñar una cosa.

Trepamos. Ante nosotros se alzan paredes rocosas lisas y negras contra el cielo.

—Por aquí. —Tom me hace bajar por un desfiladero angosto entre las piedras. Una estrecha franja de tierra serpentea allí, un camino en medio del granito. El mundo está arriba, muy lejos. Las rocas son como dientes húmedos, helados.

—¿El qué? —digo.

—Aquí abajo —dice, y desaparece.

Lo sigo, pero se ha esfumado. Deslizo la mano por el pasadizo de roca. Me vuelvo y tropiezo, me araño la espinilla con una piedra fría y dura. El aliento pende ante mí en una nube blanca. «Estoy sola, se ha ido», pienso, y el corazón se me acelera, me va a reventar.

Más allá hay una hendidura negra, oscura. De ella surge un brazo.

—Es aquí —dice, me guía para que entre.

En la cueva la cerilla ilumina hacia arriba hasta donde las paredes se juntan formando una punta, como un diminuto chapitel. El aire huele a tierra recién removida y al hedor antiguo de un zorro. Las paredes son de un verde vivo, están cubiertas de un musgo que brilla y se mueve bajo la luz como si recibiera caricias. El espacio es amplio, cinco hombres cabrían tumbados en el suelo blanco. Cerca del fondo, en las sombras, una piedra alta torcida, como un altar. Sobre la piedra oscura hay un botón pequeño, rojo intenso. Un zapatito de niño muy gastado. Una cuchara de madera. Una herradura y algo viejo y mohoso que tal vez fuera pan. Detrás, un brillo entre las sombras sesgadas, una cosa blanca e informe. Se mueve y se me hiela el corazón.

Es un efecto de la luz, claro. Un trozo de cuarzo antiguo bañado por la luz de la vela. Pero por un momento parece de hueso y carne muerta. Un cadáver acurrucado al pie del altar.

El rostro de Tom en un enrejado de luz y sombra. Sonríe. La cerilla chisporrotea.

—Escucha —dice.

Tras las paredes, dentro de la roca, voces agudas gritan en idiomas desconocidos, los martillos golpean el acero, el sonido de una carnicería en la distancia. Sollozos agudos, un grito silbante y susurros

quedos como el aliento. El sonido nos envuelve.

—Es el río —dice Tom—. Corre bajo tierra. No te hace daño.

Suena como todo el daño del mundo. La cerilla se agita.

—Que no se apague —digo—. Tom...

—Espera —dice—. Tenemos un... espera.

Se rebusca en el bolsillo y la llamita baila, se debilita. Las sombras avanzan, la oscuridad se acerca. ¿Qué pasa con la piedra blanca en la oscuridad? Puede que no siempre sea una piedra blanca.

—¡Tom!

Pero la llama vuelve a ascender del trocito de vela, valiente, esparciendo luz. Las paredes pasan a existir, verdes y brillantes. Tom pone la vela en el altar.

—¡No! —digo—. Ahí, no.

Nos sentamos juntos en el suelo de la cueva. Es de arena, más acogedor de lo que esperaba.

—¿Quién haría esto? —pregunto.

—No lo ha hecho nadie. Está aquí y ya.

—Pero viene gente —digo.

El zapatito yace silencioso sobre la piedra.

—Gente de antes —dice Tom. Arrastra las vocales, pone todo su Devon en ellas—. Ponte la chaqueta del revés y a San Nicolás no ves. Da tres vueltas a Bexley Tor bajo la luz de la luna en dirección contraria a las agujas del reloj. —Sorbe por la nariz, se encoge de hombros, dibuja con un dedo un círculo en la arena alrededor de la vela—. ¡Ey! —dice con la voz aguda de la señora Brewer, la mujer del carnicero de Dartmeet—. Dibujo la línea en la arena y nadie tocará la vela bajo pena de muerte. —Me mira y sonríe—. Ahora nadie la puede apagar. ¿Lo ves, pelma? ¡Es magia!

—¿Qué es ese ruido?

Arañazos tenues a lo lejos, como si alguien frotara una piedra contra otra.

—El río —dice Tom—. Ya te lo he dicho.

Pero es diferente. Más sigiloso. Alzo la vista, miro a mi alrededor. Las sombras parpadean.

—¿Para qué es? —pregunto mientras miro el altar torcido de piedra, el cuarzo deslumbrante que hay debajo. No sé por qué, no me atrevo a apartar la vista.

—A ver, pelma, aquí traes regalos para que la persona que amas no muera jamás. —Tom sigue imitando a la señora Brewer.

Se saca del bolsillo de la chaqueta una botella de cristal marrón, bebe y hace una mueca, luego se levanta y va hacia el altar. Pone encima una cosa arrugada. Se vuelve a sentar y contemplamos el guante de su padre, inerte, con los dedos lasos sobre el granito.

—Por si acaso —dice. Se frota la cara con fuerza. La mejilla se le enrojece bajo la mano—. Es una tontería. Como todas estas cosas.

Pero no vuelve a cogerlo.

—Vamos a verlo cada dos semanas —digo.

—Ya lo sé. Tom, el mozo de cuadra, pone los arreos a los caballos, ayuda al viejo Shakes a subirse al pescante. Sé todo lo que haces, pelma.

—No me llames así —replico de manera automática.

Hay un filo extraño en sus palabras. La línea entre nosotros durante el día y nosotros durante la noche se emborrona, se diluye. Me está empezando a doler la cabeza. El sonido, piedra contra piedra, es como un lamento.

—¿Qué pasó entre ellos? —dice Tom—. Entre tu padre y el mío.

La botella cae al suelo.

—No lo sé —respondo.

—Hay mala sangre —dice Tom—. ¡Misterio! ¡Intriga!

—Maldiciones. Antiguas afrentas.

La hilaridad es etérea y estrepitosa; la broma está a un hilo de la verdad. Es emocionante, como caminar sobre hielo frágil por la

charca, allí donde es más fino.

—En el pueblo se habla —dice Tom—. Sobre él, sobre ti. Sobre Rawblood.

—¿Qué se dice? —pregunto. El hielo es transparente, y debajo… ¿qué? Oscuridad fría, profunda.

—Hay una chica asesinada, enterrada en Rawblood.

Me roza el brazo con los dedos y me provoca un escalofrío. No es una sensación desagradable. Lo aparto de un manotazo.

—Para. ¿Dónde? No es verdad.

—Hay quien dice que bajo el suelo de la bodega —responde Tom—. Hay quien dice que en el desván, bueno, algunos trozos de su cadáver, en un cofre con refuerzos de hierro. Pero lo más probable es que esté enterrada bajo el cedro. —Se me eriza el vello con el roce ligero de sus dedos—. Hay una ventana de Rawblood desde la que se ve la tumba. Siempre está como recién cavada. Con la tierra húmeda. Si la ves es que estás a punto de morir.

—Aaaah —digo.

Sus dedos me acarician. Me provoca ligeros escalofríos.

—Son tonterías —dice. Se aparta un poco en el suelo de arena y me froto los brazos. Tengo la carne de gallina—. Sé de una persona que de verdad… —Se detiene y empieza de nuevo—. Mi tío Rob era mayordomo. Mayordomo en Rawblood.

—No tenemos mayordomo —apunto.

—No —dice con un tono que no consigo situar—. Ahora no. Mi padre era mayor que Rob, le llevaba casi veinte años. Cuidó de él. Me imagino que era más su padre que su hermano. No habla mucho conmigo, mi padre, digo. Pero sí que cuenta cosas del tío Rob. El caso es que, una mañana, Rob no bajó a desayunar con los criados. Y cuando fueron a buscarlo al ático de Rawblood se lo encontraron ya frío, muerto en la cama. Con los ojos muy abiertos como piedras, como si hubiera visto alguna cosa. Mi padre siempre ha estado rabioso. Dice tonterías. Que Rawblood lo mató. Que a Rob lo mataron porque hizo alguna cosa, no sé qué, hizo algo que molestó a tu padre…

Tom se calla y me mira. Me encojo de hombros. El corazón me

late acelerado.

—Por lo visto me parezco a él. Al tío Rob —dice. Tiene la bebida ya en la voz, se le nota un poco—. Aparte del pelo rojo. Y ya sé lo que estás pensando, «claro, por eso no se llevan bien, el viejo se pone triste al ver a su hijo porque se parece mucho a su hermano, vaya, ahora lo entiendo». Pues no es por eso, pelma. No me odia por eso. Es peor, porque no hay motivo. «Rawblood da mala suerte a los Gilmore». ¿Cuántas veces me lo habrá dicho? Pero allí que me mandó, ¿no? —La botella contra la arena otra vez—. Me vendió como el que vende un caballo.

Le cojo la mano. La llamita de la vela tiembla. Las sombras se mueven. Las palabras de Tom quedan en el aire, suspendidas en la oscuridad, mezcladas con otras que he escuchado. «Hizo algo que molestó a tu padre». «El demonio en medio de la noche». Me lo imagino: Robert Gilmore, al que nunca he visto. Veloz en un momento, muerto al siguiente. A lo mejor fue la enfermedad. A lo mejor la enfermedad lo mató. El hielo es fino, muy fino...

Tom me da un manotazo en la cabeza.

—Pensé que te ibas a largar pitando, pelma —dice—. Cuando has entrado. —Está tenso, habla con ligereza—. Has abierto los ojos como un búho. —Me agarra la mano con fuerza.

—Pero no me he largado —digo, invadida de alivio. El mundo se estremece, se endereza, la marea oscura se retira.

—No —dice—. Cierto, cierto. No. Toma.

El líquido me prende fuego en la garganta. Es como beber el gas de la lámpara. Toso y bebo de nuevo. La luz de la vela lo acaricia todo, inquieta, hermosa.

—Me gusta —digo.

Me refiero a la cueva, a la bebida, al páramo de afuera, a la luz de dentro. Me refiero a la calidez en el costado, donde está él. A su pelo revuelto con un halo de luz dorada de la vela. Me alegra tanto la tregua que es mareante. ¿Tregua de qué? Jugueteo con el cordón de la bota de Tom y me imagino el pie que hay dentro. Las siluetas bailan contra las paredes verde vivo. El techo en penumbra es infinito sobre nosotros.

—¿Cómo será no morir, nunca, de ninguna manera? Imagínate si

funcionara poner un guante en una piedra. A lo mejor era espantoso.

—Nadie debería morirse —dice Tom—. Nadie.

Lo miro y veo que pasa algo. Está rígido, pálido, se estrecha su propio cuerpo entre los brazos. Tiembla mucho.

—Apaga la luz, Iris. —Le brilla el blanco de los ojos.

—Es mágica, acuérdate —digo—. No se puede apagar.

No quiero estar a oscuras. De pronto, me siento extraña. Como si la mente me estuviera creciendo, presionando las paredes del cráneo. El sonido. Es como si la tierra se moviera. Se dispone a enterrarnos. O es como si la piedra respirara. No me gusta.

—Apa… apágala.

Tiene la voz gruesa, algodonosa, y la boca torcida como la de un niño. La vela sisea bajo el pulgar que me he lamido. La oscuridad cae a plomo sobre nosotros. Tom no está, la cueva no está, ¿estoy yo? Tras nosotros, dentro de la roca, la batalla se acrecienta. Las voces gorgoteantes entonan largos hechizos. Por debajo se oyen los sollozos de Tom, está llorando.

—Tendría que estar ocupándome de la granja —dice. No «de mi casa»—. Tendría que haber estado allí estos años aprendiendo a llevarla. Pero no he estado y ahora solo sé de caballos, así que ya no sirvo.

Extiendo la mano en la oscuridad. Le toco la cara, la tiene muy caliente y húmeda. Me acerco más y palpo otras partes, la clavícula, el codo, y las estrecho con fuerza.

La tristeza le sale como el aliento.

Tom me rodea con los brazos. Respira contra mi oreja. Huele a bebida, espesa, ácida, cargada de enebro. La mano que me pone en la espalda es grande y plana, luego pequeña e insistente.

—Qué más da, está sentenciado —dice contra mi pelo—. Ya está muerto.

Pienso en el rostro demacrado, translúcido, de Henry Gilmore. En la luz del atardecer sobre la piel moribunda.

—Ya lo sé —respondo. No puedo decirle «todo se arreglará».

Le late el corazón muy fuerte contra mi clavícula. Quiero meterme dentro de su carne y arrancarle el dolor. Le busco la mano. La palma cálida se cierra sobre la mía. A nuestro alrededor, el río sube como un torrente, borbotea enloquecido. Las voces son el chirrido de la piedra contra la piedra. Ya no me importa. Hay algo bueno que se mueve entre nosotros como un ser vivo. Tom se sobresalta.

—Mira, mira —dice.

La luz de la luna, trepidante, temblorosa, llena la cueva. Los haces sesgados de plata se dispersan como si atravesaran el agua al cruzar la entrada de la cueva. El pelo de Tom, su rostro, su oreja, su hombro, todo atrapado en momentos de claridad. La luz se refleja en la esquina del altar, recorre las paredes. Las sombras de nubes que están muy arriba surcan el suelo blanco.

—Ooooh —digo.

Es demencial. Es pura belleza.

La luz resbaladiza juega con la losa del altar. Entrecierro los ojos. La piedra blanca de la base entre la luz y la sombra. Me acerco más a Tom. Su mejilla contra la mía. Su voz caldea el aire.

—Me puedes contar tus secretos, Iris. Te los guardo. Nunca se los diré a nadie. Nunca jamás.

—Pobre chico —digo, compasiva—. Está mal de la cabeza.

Le doy un puñetazo. Para cortar la tensión. Me devuelve el puñetazo.

—Vale, ya veo que no. —El dedo de Tom se me desliza ligero por el cuello. Se detiene en el hueco de la clavícula. El puñetazo no ha servido de nada. La tensión está por todas partes.

—Estoy un poco… tocado —dice.

Temblamos de la risa agarrados el uno al otro. Jadeo contra la carne delicada de su cuello, bajo la oreja.

La luz de la luna juega en la cueva. Se refleja en la piedra blanca al pie del altar. Con la iluminación cambiante y la penumbra, casi parece una persona muy delgada, muy pálida. Se ven destellos de lo que podrían ser dedos huesudos, abiertos. Un cráneo que mira a través de pelo fino de bebé. El guiño de un ojo negro enloquecido. La piedra

blanca se desenrosca. La cosa blanca se levanta poco a poco. La cueva se queda a oscuras.

«No pasa nada», me está diciendo Tom. «Las nubes han tapado la luna, Iris. No pasa nada». Pero se equivoca. La roca y el río, estrepitosos y terribles. Por debajo, el sonido sigiloso de alguien que se acerca. Pisadas blandas sobre la arena, cruzan la cueva, se acercan en la oscuridad. Deseo.

Agarro la mano callosa de Tom y tiro de él. Nos levantamos y salimos corriendo, agachados, a trompicones. Algo gime como la piedra al derrumbarse. La cueva se estremece. Algo cruje y estalla bajo nuestros pies… ¿La botella? ¿Un hueso blanco? Luego queda aplastado en astillas o esquirlas. El sonido del río sube veloz, crepitante. Tom grita mi nombre y tiro de él, tropezamos, resbalamos en la oscuridad. Algo me roza la espalda. Ligero y fino como un dedo. Me recorre la columna. Estamos afuera. Atrás, en la cueva, algo se mueve.

En la colina, la noche clara me entra en los pulmones y vomito. Tom está nervioso, atento. No le puedo responder. Me pone la mano en la frente; me estremezco con su contacto. La calidez que nos envolvió los huesos y la carne, la que nos acercó, ha desaparecido. ¿Qué es él para mí ahora? Veo con temible claridad que el mundo ha perdido todo lo que tenía de bello.

—Había alguien —digo—. Allí.

Tengo la respiración acelerada. Todo da vueltas.

—Iris —dice—, creo que no. Ha sido culpa mía por contar historias. Quería meterte miedo. —Pero está asustado. Lo oigo. Su mano en la frente—. Estás ardiendo —dice—. Estás enferma… Iris…

«Enferma».

—Aléjate —digo—. O morirás.

—No grites —responde Tom—. Y lo dudo.

—No me toques.

Estoy ardiendo y helada a la vez. El sueño febril me rodea. Sombras blancas se deslizan por el cielo nebuloso. Pensé que había algo espantoso en la cueva. Pero ese algo espantoso está dentro de mí. Ha llegado, al final ha llegado. El *Horror autotoxicus.* La enfermedad.

En su ventana, en la habitación mal iluminada sobre los establos.

Tom es el mismo. La habitación es la misma. La paja, el trapo con el que me ha limpiado las botas; las dos cosas en un rincón, junto a la puerta. Aún queda un olor vago a la podredumbre del canalón y al linimento. Pero nada es lo que era. El mundo se ha vuelto resbaladizo, crudo, extraño. Ya nadie se ríe.

Tom está desconcertado, pero lo vuelve a intentar. Confía en mí.

—Tienes mal aspecto, Iris. Deja que…

Tengo que alejarlo. Hasta en mi estado febril sé lo que debo decir. Algo que ha aguardado años para alzarse entre nosotros.

—Antes tenías razón —le digo—. Ya soy muy mayor para esto. Para jugar con el mozo de cuadra.

No espero a ver su rostro. Vuelvo al tejado. Me zumban los oídos.

En mi cuarto, echo el cerrojo de la puerta. Cierro los postigos. Me tumbo en las sábanas que huelen a lavanda. Estoy helada, helada. La luz de la luna yace helada en el suelo. Las cortinas están heladas. Las siluetas de los muebles parecen heladas contra la oscuridad. Rawblood suspira a mi alrededor.

Recuerdo el tartamudeo de Tom, que le sale cuando está inquieto. En la línea oscura de su frente, como una golondrina en pleno vuelo. Esas cosas son lo que son, pero ahora son algo más. Me rozo el hueco de la clavícula. Mi carne recuerda su dedo ahí. El *Horror autotoxicus* se despierta con los sentimientos fuertes. No lo había comprendido. He roto las Reglas. He puesto en peligro nuestras vidas.

La fiebre es ya muy alta. El mundo se vuelve más blanco y más amplio hasta que todo se convierte en una sopa blanca. Las formas blancas me bailan ante los ojos. El blanco es intenso y acogedor y me dejo llevar por él. Para cuando derriban la puerta ya no sé los nombres ni nada. Helada, helada.

Charles Danforth

3 DE OCTUBRE DE 1881

Vi por primera vez a Alonso el día que diseccionamos los cadáveres. La memoria me ha jugado malas pasadas en los veinte años que han pasado desde entonces, porque lo recuerdo como si fuera un ferrotipo; la imagen es estática, de color amortiguado, quizá porque el recuerdo vive en mi intelecto y comprensión, más que en mis ojos.

No había nada espantoso en aquella sala. Me recordó a la catedral de York, que había visto en una ocasión, y a las efigies frías que allí yacen, en el aire santificado. Los cadáveres estaban lavados y enfajados en lienzo. Nada había de repulsivo en las figuras cerosas, tendidas como novias, cada una en su féretro, formas blancas surcadas por los haces de la escasa luz que entraba por las altas ventanas de la sala resonante.

Se trataba de un programa innovador, un cadáver para cada dos estudiantes, frente a la práctica habitual de la conferencia desde un estrado, que hacía que nos hacináramos alrededor estirando el cuello para ver los movimientos rápidos y minúsculos del bisturí. En lugar de eso, esta persona, o estos restos, eran para nosotros durante toda la duración de la asignatura de Anatomía. Lo íbamos a diseccionar mes tras mes, parte tras parte, órgano tras órgano. Fue motivo de mucho escándalo en los periódicos, porque ya no hacía falta un solo cadáver, sino treinta. Había leído un artículo en el *Penny Illustrated* el día anterior. Se decía que iba a provocar un incremento en los saqueos de tumbas, que eso le iba a quitar el pan de la boca a muchos trabajadores y a sus familias. Yo era incapaz de entender cómo una cosa podía llevar a la otra. Burke reposaba en una vitrina de cristal en la facultad de medicina de Edimburgo; Hare había desaparecido hacía más de treinta años. Estos cadáveres tenían una procedencia legal y decente, dictada por el Acta de Anatomía. Pero la población no lo entendía, inmersa en un dilema: los médicos tenían que aprender, pero los cadáveres había que enterrarlos.

Nos pusimos a trabajar con la voz estentórea del profesor en los oídos. Empezamos por una pierna. La forma, la redondez de la pantorrilla, los músculos conservados tan tensos y sólidos bajo la piel color cera; era un placer muy peculiar. El bisturí entraba; la dermis y las capas de músculo se abrían como una flor, pétalo tras pétalo, para revelar una variedad de colores y formas; no me lo había imaginado. El músculo es de un rojo purpúreo, intenso, envuelto en

carne marmolada del color del salmón asado. Los tendones tienen un tono blanquecino amarillento. Los componentes se presentan en disposición simétrica, como diseñados por un artesano magistral, recorridos y atados por un entramado de vasos. La vena sáfena, larga y elegante, de la que surgen las otras venas como árboles en invierno contra el cielo. La superficie ondulante del gastrocnemio, los gemelos.

Me divirtieron los vómitos y el malestar en algunos de mis compañeros. Estos cuerpos, desnudos, conservaban la modestia. No eran asombrosos, sino simples restos de un hombre que se desechaban una vez utilizados. Los cadáveres se conservaban en formaldehído. Su carne tenía muy poco que ver con la de un ser vivo; no había sensación alguna de proximidad, no me identificaba con ellos. No se me ocurrió en ningún momento «podría ser yo» o «algún día me veré así». Tal vez debería haber pensado esas cosas. Tal vez era demasiado joven para comprender de verdad la condición de aquellos cuerpos fríos que se sometían a la agresión de nuestros bisturíes.

Luego, fuimos como lobos al Lamb and Flag. La hilaridad nos dominó para compensar la incomodidad previa. Los jóvenes dejaron el miedo a un lado y pasaron a hablar muy alto. Corrió la cerveza y también la ginebra. Los rostros se sonrosaron, los labios se humedecieron, los ojos se volvieron más brillantes. Los recuerdos de la sangre, de los huesos, de las capas delicadas de carne subcutánea, se transmutaron. Empezaron las bromas soeces.

El grupo creció con la llegada de otros estudiantes recién acabadas sus clases en Pall Mall East, y los movimientos de las mesas a la barra se hicieron frecuentes. Estábamos ajetreados como ratas en una quesería. Un caballero irlandés cuyo nombre ahora no me viene a la cabeza me rogó en tono quejumbroso que apostara en la pelea a puño limpio que iba a tener lugar más tarde en el patio.

—No tenemos suficiente gente para entrar, y es Murchinson, ya lo conoces. Pelea contra un negro, y el negro ganará sin lugar a duda.

Puse reparos porque siempre he aborrecido y evitado todo tipo de apuestas y de violencia, y en este caso ambas cosas prometían mezclarse en completa anarquía. De todos modos, mi situación financiera era delicada, y no podría haber pagado mi parte. Pero no cedió, gritó que por algo estábamos bebiendo en el «Cubos de Sangre» (que es como la gente llamaba al establecimiento donde nos encontrábamos). ¡Íbamos a ver peleas a puñetazos y a hacer apuestas para que él le pudiera comprar cintas a su hermanita! La mención de las cintas tuvo como feliz consecuencia que se distrajera y empezara a

describir una casa que había visitado la noche anterior, con atracciones que, me aseguró, no me podía ni imaginar. Empezó a hablarme de un par de gemelas tan perfectas como cualquiera podría desear que hacían algo con una serpiente viva, pero a medida que hablaba la urgencia y las vocales no se coordinaron bien con la bebida que había consumido. El aliento le olía a lenguado y a pesar. No me resultó difícil escabullirme y al poco lo vi derrumbarse con la boca abierta y el pelo pegado en la frente húmeda, dormido como un chiquillo.

A medida que se ponía el sol, la luz se tornó más anaranjada y los rayos entraron más horizontales por los batientes. Afuera, las damas empezaron a salir de sus carruajes a las calles para disfrutar del aire vespertino. Las manos enguantadas y la seda clara de los vestidos se podía ver a través de los cristales irregulares. Apresuraban el paso para alejarse cuanto antes del pub, y era comprensible, porque nuestra algarabía se escuchaba hasta en Covent Garden.

Me fijé en un hombre solitario que estaba sentado aparte, en silencio, y jugueteaba con una moneda contra el borde del vaso para arrancarle un ruido melódico, no tan alto como para llamar la atención, de modo que los presentes se acostumbraron al delicado sonido que se dejaba oír por debajo del barullo. Pensé que había llegado con los demás hacía tan solo unos momentos; luego me pareció haberlo visto en la sala de disecciones aquella mañana.

Era enorme, de piel cetrina, con el pelo de la nuca erizado como las plumas de un pájaro. Vestía ropas viejas, con cuello gastado y manchas de tinta, que también salpicaban sus manos. Estaba encorvado en el banco de madera como una bestia al acecho, concentrado en la tarea que llevaba a cabo con movimientos precisos. Los dedos enormes manipulaban la moneda con una destreza que engañaba a la vista, rozaban ligeros y ágiles el borde sucio del vaso. Una imagen, tal vez un recuerdo, me vino a la mente de manera espontánea: ese mismo hombre con un bisturí en la mano, solemne en la penumbra.

No, pensé, sin duda no había estado aquella mañana con nosotros, porque me habría fijado en él con toda seguridad. Sacudí la cabeza para despejarme de las nieblas densas del local y me acerqué escudado en el jaleo. Un muchacho ingenioso se había puesto el sombrero de la tabernera y estaba proclamando con voz teatral la «mercancía de la casa». Todos los presentes estaban concentrados en él mientras se revolcaban de risa.

Acerqué el taburete con torpeza y estrépito, arrastrando las patas de madera contra las losas del suelo, y el hombre de la moneda alzó la vista hacia mí. Tenía los ojos de un tordo, brillantes y penetrantes. Movió el dedo para que la moneda cantara una vez más contra el borde del vaso.

—Lo oyen, pero no se dan cuenta —dijo—. Es una constante. Se han acostumbrado. Pero, si cambio el tono… —Echó más cerveza al vaso y la nota se volvió más aguda—. Si sigo, el vaso se acabará por romper. Y entonces se darán cuenta. Se armará un jaleo, que si las ropas, que si las compensaciones, que si un vaso nuevo, como si esto fuera una sorpresa. Pero ya se ha estado anunciando. —El vaso cantó de nuevo—. Desde hace rato. ¿Lo entiende?

—La verdad es que no. —Estaba hipnotizado por las luces que le bailaban en los ojos.

—De la misma manera, la muerte se sienta junto a nosotros todos los días hasta que llega un momento en que tenemos que reconocer su presencia. Hasta que el vaso se rompe y la vida se escapa, estamos ciegos y sordos. De lo contrario, no podríamos seguir adelante con nuestro carnaval.

Señaló al joven que estaba divirtiendo a los demás. Tenía la cara ya de un rojo intenso, con el sombrero sobre un ojo, y había empezado a lanzar patadas al aire como las bailarinas de París. El hombre de la moneda lo observaba todo con talante amable, pero ausente, como quien presencia los esfuerzos de un niño por imaginar una jirafa sin haberla visto antes.

—Pero hay quienes deciden escuchar el canto de la mortalidad que subyace —siguió—. Que suena por debajo de todo sonido, esa larga nota bajo la cacofonía. Porque los que pueden oír a la muerte, su silbido constante, no la temen, sino que reconocen que es parte de la música. —Me agarra el brazo con un gesto que parece compasivo—. Es la vocación de los más solitarios, y del más alto orden.

Nos miramos. El dedo volvió a moverse y el cristal silbó tenso. El pitido se hizo más agudo y nos envolvió en su burbuja.

—Se va a romper —dije.

—Ah, no. Todavía no —respondió.

Entonces fue cuando le tendí la mano y le dije mi nombre.

Los recuerdos de la propia juventud son poderosos. Han pasado veinte años, pero la conversación, las sensaciones, siguen presentes y tan frescas como conservadas en gelatina. ¿Cómo será volver a estar frente a ese hombre? Imagino que veré los cambios en Alonso; imagino que seguirá igual.

No sé por qué, creo que los años en Italia no lo habrán alterado demasiado; siempre fue de temperamento mediterráneo. Es ridículo, pero siento cierta timidez ante la perspectiva del reencuentro. En el pasado significamos mucho el uno para el otro.

Sea como sea, estoy deseoso de que termine el viaje, que transcurre muy despacio. ¡El suplicio del tren de las dos treinta y cinco de Paddington!

Salimos de la mole de humo negro y ladrillo sucio que da al río de aguas turbias. Los colores de todo lo que vive son un asalto a la vista: las hojas que amarillean, el azul hiriente del cielo, el esmeralda violento de los pastos.

Cuando me arrancan de las profundidades de la ciudad, siempre es una conmoción darme cuenta de los espacios y el aire que existen al otro lado. La campiña que atravesamos es del mejor estilo inglés. Hay bandadas de cuervos en el cielo sobre campos dorados. Las vacas del color de un té flojo pasan por la puerta de las vallas. De cuando en cuando, una figura destaca en el paisaje; una mujer con sombrero, delantal y un cubo en la mano; un hombre con una guadaña. Si fuera aficionado a lo pintoresco, estaría de lo más satisfecho.

Pero no lo soy, y no lo entiendo. El tren para, arranca, para, arranca, y durante casi tres horas no sube ni baja nadie. Nos detenemos en una estación tras otra, desiertas bajo la luz del sol. Box. Ni un alma. Nailsea. Tambien vacía. Y así sucesivamente.

Es un gran placer estrenar un diario nuevo, aunque esto más bien parece un libro de cuentas como los que llevan los oficinistas; y así lo prefiero, pues las páginas tienen más espacio. El papel es liso, virgen. Tiene un olor a trementina inexplicable, pero en absoluto desagradable. La tapa no ha perdido el brillo sutil y una cierta rigidez muy deseable. El diario me costó tres chelines que apenas me podía permitir, pero me encontraba en el entorno poco habitual de Belgravia y pasé ante el establecimiento del señor Stokes, lo vi en el escaparate y cedí a la tentación. Fue una extravagancia, lo sé.

Tengo una enorme fe en la observación clínica. Cuento con una hilera de libros de anotaciones en la estantería, junto a la ventana, en Marylebone Lane, con informes sobre diferentes casos de interés notable, además de cualquier cosa que pudiera ser digna de publicación. Cuando se escriben, las ideas, los hechos y los datos cobran una elegancia y un orden del que de otra manera carecen cuando los tenemos almacenados de cualquier manera durante el día. Este efecto tan grato no se circunscribe al ámbito de la ciencia, sino que se aplica también a la vida cotidiana. Poner en palabras el día me ayuda a organizar mis pensamientos. No diré que lleve mis diarios como Samuel Pepys, pero sí tengo un dominio no despreciable sobre los giros y las frases.

Llevo siempre encima una libretita marrón de tapas de cuero en la que anoto todo lo que me sucede. Por desgracia, esta mañana, con las prisas (debido a que no he descansado bien y me he levantado tarde), me he dejado en la mesilla de noche mi diario, el de la tapa verde blanda por el uso y con manchas de bromuro, junto a los botones para los cuellos de los domingos y los polvos para los dientes. ¡Me siento desnudo! Tenía planeado utilizar este nuevo diario para anotar las observaciones, no pensamientos dispersos que me pasen por la cabeza. Ahora tendrá que cumplir ambas funciones.

Releo esto y caigo en la cuenta de que también me he dejado los polvos para los dientes. M… sea.

Una vez más se ralentiza la marcha. ¿Dónde diantres nos detenemos ahora?

Minety. Que recuerda al Marie Celeste.

No he caído en la cuenta de traer algo para leer. El horario de trenes arrugado me invita a comprar una «milagrosa loción crecepelo». Se me invita a sopesar si deseo adquirir un compendio

ilustrado de mariposas británicas por tan solo veinte chelines. Me ofrece Píldoras Parr Para la Vida, que «limpian el cuerpo de impurezas dañinas, estimulan el apetito, ayudan a la digestión, purifican la sangre y dan regularidad al vientre».

Qué gran noticia. Ya puedo retirarme.

Hemos llegado a Purton. Esta estación tiene una cierta estética. Los rosales trepan por las paredes. En el poste de señales han anidado dos palomas. Hay un perrito blanco que recorre el andén de arriba abajo, pero no se ve a nadie más.

Cuando regrese, debo concentrarme en buscar otras habitaciones. La señora Healey tiene el corazón tan duro como las rodillas. Le pago treinta chelines a la semana por alojamiento y pensión completa, pero cada noche me dice que la hora de la cena ya ha pasado y me sirve un puré frío. De la misma manera, cuando tengo que salir por la mañana para ir a operar, es demasiado pronto para molestar a las personas honradas, y me tengo que conformar con el pan y el trozo de queso duro que me deja por la noche en la alacena. Vivo peor ahora que cuando era estudiante. Si tuviera un atisbo de sentido común, le compraría la consulta a algún médico rural, me casaría y me pasaría los años que me quedan curando a los granjeros, a los dueños de tierras y trabajando en el hospital local.

Shrivenham. En Shrivenham hay una mujer regordeta que quiere subir al tren. Lleva un pomander pegado a la nariz como si los olores de la estación fueran veneno, y carga en brazos con un perrito faldero de aspecto malévolo. Hacen falta cuatro porteadores fuertes para subir sus baúles y sombrereras.

Gracias sean dadas a los cielos por la industria y los progresos de la telegrafía, por la aparición del ferrocarril y la expansión del Imperio. ¡Porque hemos construido la estación de Shrivenham!

Sí, lo mejor sería marcharme de la ciudad, trabajar en el campo, con comodidad. Pero sé que no lo voy a hacer, que me limitaré a pasar de una señora Healey a la siguiente. ¿Por qué me retiene así Londres? Veamos el diagnóstico.

No se trata de un razonamiento, sino de una serie de impresiones. El mordisco de la niebla, los gritos de los vendedores ambulantes una mañana de enero a primera hora, los olores y el bullicio de los muelles; todas estas cosas se te meten en la sangre de la misma manera que la primera copa afecta a los adictos a las bebidas

espirituosas. Las patas largas de las alondras, las proclamas de los vendedores en Covent Garden, los diálogos *basso profundo* de los que manejan las barcazas; todo eso es un elixir para mí.

Puede que estas imágenes y sonidos tengan más valor porque me recuerdan lo lejos que he llegado desde mis orígenes. Si pudiera, borraría Grimstock de Inglaterra, incluso del recuerdo. No hay distancia suficiente entre Ese Lugar y mi persona. Allí nací, en esa aldea de Lancashire donde la gente sigue dejando un cuenco de leche ante la puerta de la casa en Samhain. Si Dios no estuviera en todas partes, diría que no conoce Grimstock. Allí a la tierra dura y negra hay que arrancarle el sustento, allí el viento aúlla y te corta el rostro. Los hombres mueren jóvenes y entre amargura. Es un lugar que hiela el corazón y la mente.

No queda mucho. Dos horas, un poco más. Empiezo a notar algo de apetito. Viajar siempre es agotador. Produce fatiga, migraña y náuseas. A mí, además, me genera hambre. Con Alonso pasaré días de buen vino y buena comida. Yo me conformo con una vida sencilla, pero no por eso desprecio tales cosas. Sí, será un grato cambio con respecto a los atentos cuidados de la señora Healy. Recuerdo algún truco culinario de Alonso con bayas de enebro y pato, todo un éxito.

Ahora voy a tratar de dormir un poco para estar bien despierto cuando llegue. Si el sueño no llega, me conformaré con ver pasar los campos hasta el ocaso.

MÁS TARDE Rawblood

Me apeé en Exeter en estado de confusión tras un sueño muy profundo. Mi desconcierto provocó los comentarios de un robusto niño de la zona que estaba en el andén, tirando piedras al cielo. Siento decir que las observaciones le conllevaron un coscorrón. Mientras hacía inventario de mis pertenencias, noté un golpecito en el hombro, y al volverme me encontré con que Shakes había venido a recibirme. No creía que siguiera con vida; ya me parecía viejo cuando yo era joven, pero los ojos de la juventud no ven las cosas tal como son.

Shakes lleva tantos años al servicio de Alonso que se da por descontada cierta familiaridad en el trato, pero me estrechó la mano como a un amigo antes de hacerse cargo de mi baúl de viaje. Disimulé la perturbación como mejor supe.

Rawblood se encuentra a distancia considerable, de modo que me acomodé en el carruaje y me resigné a soportar el último tramo del

viaje, agradecido por el ladrillo caliente que me caldeó los pies. No había nada de lo que preocuparse: en una noche clara, con luna llena, se puede viajar por Dartmoor con tanta seguridad como a plena luz del día.

Avanzamos por el frío anochecer aromatizado por la hierba y el brezo, lo que me animó un poco. Creo firmemente que, en esta parte del mundo, el aire tiene propiedades curativas. Las formas conocidas fueron apareciendo en la oscuridad; divisé Hamel Down. Luego, Hay Tor. Vislumbré a lo lejos las piedras en la cima de Scorehill. Es un paisaje amplio, tallado por las eras, y mi espíritu se fue animando con cada kilómetro. No disfruto en general de las zonas rurales, pero estas colinas llevan para mí la marca del afecto. He echado de menos esta tierra. He echado de menos a mi amigo. Su carta fue una ofrenda de paz recibida con alegría.

Los faros del carruaje iluminaron a nuestro paso los ojos de los conejos sobresaltados. Volví a pensar en la cena. En sus tiempos, a Alonso le gustaba en especial una especie de guiso de conejo.

Nos detenemos bruscamente. Miré hacia fuera, pero no vi ninguna luz ni nada conocido. Shakes apareció ante la puerta del carruaje con mi baúl.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Hay algún problema? ¿Hemos perdido una rueda o un caballo se ha quedado sin herradura?

—No —dijo con su tono lacónico habitual—. Hemos llegado.

Bajé del carruaje y vi que sí, que nos encontrábamos ante la casa. Solo que estaba a oscuras, y las estrellas se reflejaban en las ventanas.

—Pero ¿qué es esto? ¿No se encuentra el señor en casa?

—Parece que está trabajando aún. Le subo el baúl —dijo Shakes con su marcado acento de la zona, más dificultoso aún por la falta de algunos dientes.

—¿No me estaba esperando?

—Sí, pero se habrá olvidado.

Pensé en los recibimientos que me había deparado en su casa en el pasado. No bien se habían detenido las ruedas en la gravilla, se abría la puerta y me acogía con el fuego encendido en la chimenea, un sillón cómodo y un buen tazón de sidra caliente de Devon. Siempre el

propio Alonso me daba la bienvenida y me hacía sentir como en casa. Enorme, jovial, era el anfitrión más atento que se pueda imaginar. ¿Qué se había olvidado? ¿Alonso?

Avancé a trompicones por el camino, y las luces del carruaje me revelaron su estado: estaba lleno de malas hierbas y había calvas en la gravilla. Llamé a mi anfitrión por su nombre, pero no obtuve respuesta, así que seguí a Shakes hacia la casa oscura.

Hubo problemas con la puerta, que no se dejaba abrir. Era antigua, grande y pesada, con refuerzos protuberantes y aldaba de hierro. Al final, cedió con un chirrido que puso a prueba mi paciencia.

—Hay que ponerle sebo de carnero a esas bisagras —dije a Shakes.

Me respondió a saber qué en su dialecto local.

Cuando por fin entramos, el aire era frío y polvoriento. Me hice cargo del baúl mientras él buscaba los lucíferos. La cuestión de la luz provocó otro problema: la primera cerilla estaba húmeda; la segunda, chisporroteó como un cometa antes de morir; luego resultó que había que recortar la mecha. Cuando por fin lo logró, me resigné a cargar yo mismo con el baúl, porque me resultó evidente que el viejo no iba a ser capaz.

Seguí a Shakes por los pasillos oscuros. La lámpara iluminaba los objetos de repente, los hacía aparecer sorprendidos y extrañados, como si hubieran estado haciendo algo a escondidas en la oscuridad y se acabaran de quedar inmóviles de nuevo, pero solo un momento, hasta que nos alejáramos. Shakes iba acercando la cerilla a las lámparas y velones con la mano apergaminada. Tengo que hablar con Alonso del tema de las lámparas de gas. En estos tiempos, es inaudito vivir con un sistema antediluviano de sebo y cera. ¿No se puede instalar gas en la zona rural?

Cuanto más nos adentrábamos en la casa, cuanto más nos alejábamos del aire y la noche amable, más se apoderaba de mí una extraña ilusión: Rawblood, un lugar conocido y acogedor, quedaba a mis espaldas, pero al mirar hacia delante solo veía una morada sombría y extraña que no conocía de nada.

Llegamos a la puerta de mis habitaciones y la luz de la lámpara se movió sobre el dintel para enseguida proyectar un círculo brillante sobre la estancia. Algo se escabulló a toda velocidad hacia las sombras.

Detuve con un ademán al viejo.

—Ahí hay algo —dije sobresaltado—. Necesito un palo, un arma, algo.

Shakes me miró con gesto inexpresivo, estúpido. Se encogió de hombros y no debió de entender nada, porque entró en la habitación y me vi obligado a seguirlo. Rascó una cerilla con un movimiento rápido y encendió el candelabro. Nos miramos el uno al otro a la escasa luz. Estábamos solos.

—Bueno. —Chasqueé la lengua—. Ha debido de ser una rata o algún animal…

Estaba muy molesto, porque no soporto a las ratas. Son de lo más insalubre.

Una vez instaladas mis cosas, con la habitación ya a punto e iluminada, me volví de nuevo hacia Shakes.

—Lléveme con él, por favor.

Dejó escapar un gruñido y salimos, y para mi sorpresa me guio por el pasillo y las escaleras del servicio hasta la cocina.

A diferencia de muchos hombres, soy partidario de visitar las cocinas de las casas donde me instalo. Ahí se descubren cosas muy interesantes, y siempre es posible que la cocinera te obsequie con un pastel de mermelada recién salido del horno. En esta cocina ya había pasado muchas horas y tenía recuerdos muy gratos de ella. Y allí, por fin, encontré calor e indicios de actividad. Las lámparas estaban encendidas, aunque bajas, y sobre los fogones hervía un puchero del que salía el aroma reconfortante del guiso y la salvia.

Pero no nos detuvimos allí. Cruzamos la trascocina y bajamos por la escalera de la bodega. Estábamos en las entrañas del edificio. La casa se alza sobre un entramado de pasadizos estrechos de piedra sólida que estiran el sonido y a la vez lo amortiguan de manera un tanto peculiar. Sacudí la cabeza mientras caminábamos. Tenía un zumbido que sin duda se debía al cansancio del día, así como al hambre.

La lámpara iluminó las paredes de piedra, a trechos húmedas. Las losas sobre las que caminábamos estaban muy desgastadas. Las bodegas eran vastas, porque daban lugar a estancias a derecha e izquierda, y por doquier se veían ganchos y soportes de hierro para

barriles y toneles. El zumbido que sentía en la cabeza iba en aumento, e hice un ademán a Shakes para que se detuviera.

—No puedo —dije—. Aquí no se respira bien. Me pitan los oídos.

Entonces me agarró por el brazo, lo que me sobresaltó, y dijo algo que parecía sugerir que Alonso estaba ya cerca. Pero se me había agotado la paciencia.

—Le ruego que me suelte. Lo esperaré en el piso de arriba.

Pero, para mi asombro, no me soltó el brazo, chasqueó la lengua como si tratara con un asno recalcitrante, y tiró de mí hacia el final del pasillo. Me indigné, pero apenas quedaba sitio para eso en mi mente, porque el zumbido había subido de volumen hasta llenármela por completo.

Doblamos la esquina y vi luz, y una estancia. Me sacudí la mano de Shakes y fui hacia la entrada.

La luz era deslumbrante, blanca, extraña y ajena tras la oscuridad del corredor. Tardé un poco en acostumbrarme, pero cuando mis ojos se habituaron lo que vieron fue muy de agradecer.

Debía de ser la cámara más amplia de la bodega, con techo abovedado y paredes limpias encaladas. El aire era fresco y limpio. Las losas del suelo estaban bien fregadas, y había lámparas en nichos a intervalos regulares. Detecté la fuente del zumbido: un generador que había en el rincón. Y la habitación… bueno, de pronto había vuelto a casa.

La distribución es la de nuestro antiguo laboratorio. Alonso es diestro, así que tiene los estantes a la derecha. El compartimiento destinado a cada frasco está forrado con paja para evitar golpes bruscos. Hay un estuche de cuero blando con jeringuillas de metal sobre una jarra medidora de cristal.

Mis dominios están a la izquierda, porque soy siniestro, fuente de algunos problemas en los viejos tiempos. El quimógrafo y el hemocitómetro se encuentran sobre un tapete verde, a medio metro de distancia. Hay gelatinas para hacer cultivos e hileras de placas nuevas con marco de madera. En el centro se ven dos losas para operaciones, bien sujetas sobre cajones llenos de sacos de arena para darles estabilidad. En la izquierda, en un rincón, se oían crujidos delicados, y al fondo, tras una malla de alambre, brillaban ojos.

Es una réplica de nuestro espacio de trabajo en Brook Street. Para completar la ilusión solo faltaban las ventanas altas y las cortinas mohosas de terciopelo. Porque allí estaba Alonso, inclinado, concentrado en una pipeta cuyo contenido estaba transfiriendo a un tamiz. Esperé a que terminara aquella delicada operación antes de llamarlo por su nombre, y nos acercamos con entusiasmo.

Los años transcurridos desaparecieron de repente. Nos saludamos y estrechamos la mano. Pero, cuando se volvió hacia mí a la extraña luz, tuve que disimular a toda prisa, y me costó un verdadero esfuerzo contener la exclamación. Los pensamientos se me acumularon y, en aquellas circunstancias, le dije la primera cosa apropiada que se me ocurrió.

—¡Esto es admirable! —dije—. ¿Es luz eléctrica?

El salón cálido era un mundo diferente, sobre todo con una jarra en la mano y una manta sobre las piernas. Al principio puse objeciones a la manta, él insistió, la volví a rechazar, pero nos miramos a los ojos y el alarde de cortesía nos hizo reír. Ya no teníamos veinte años y debíamos cuidar de nuestra salud.

Se me ocurrió entretenerlo con el relato de mi intruso imaginario y le conté la historia, con hincapié en la indiferencia de Shakes y en mi propio miedo. Aquello surtió sobre él un efecto extraordinario. Al momento desapareció de su semblante todo rastro de frivolidad. Se incorporó en el asiento y me agarró el brazo con presa de hierro. Una sombra le nubló el rostro como una ola que se estrellara contra una orilla escarpada. Tuve la certeza de que, por un momento, bajo sus rasgos se encontraba otro hombre diferente.

—¿Le viste los ojos? —preguntó con los dientes apretados.

—¡Alonso! —exclamé.

Me tembló la mano y derramé parte de la sidra en la excelente alfombra Aubusson. Y de inmediato el hombre que se inclinaba sobre mí volvió a ser Alonso, con su porte amable de siempre.

Dejó escapar un suspiro.

—La bodega no es buen lugar donde trabajar horas y más horas. La luz tiene que ser muy potente y mucho me temo que me resta paciencia. Te ruego que me perdones, Charles.

Asentí de buena gana. Era una tontería, por supuesto, efecto

combinado de la preocupación, el viaje y la sidra caliente sobre mi organismo, que no acepta bien ninguna de las tres cosas.

Alonso interrumpió mis reflexiones.

—En los últimos tiempos he sido presa de todas esas preocupaciones que asaltan al hombre solitario. Te seré sincero, Charles, me alegra tu presencia.

—¡Casi parece que te avergüenza admitirlo! ¿Soy la caballería?

Se echó a reír y dijo que no, no se avergonzaba, y sí, yo era la caballería. Y luego se acordó de la cena, que estaba servida en el salón contiguo. Me alegró la sugerencia, y al acercarnos me pareció detectar en el aire el aroma del guiso de conejo.

—Tendremos que servirnos nosotros —me comunicó—. Shakes no puede, ya que ha de encargarse de guardar el equipo al final de la jornada. No hay más criados.

—Ya me había percatado —asentí a tiempo que apartaba la mano del marco polvoriento de la puerta antes de limpiármela con el pañuelo—. ¿Te importa si te pregunto la razón?

Una sonrisa iluminó el rostro desfigurado y nos sentamos. Me incomodó darme cuenta de que había percibido mi pesar ante la alteración sufrida.

Me serví conejo y, distraído, puse demasiado en mi plato, y me sentí obligado a comerlo todo.

—Cuéntame —empecé con el objetivo de recuperar el ánimo—, ¿los despediste a todos en un ataque de ira? ¿O te pareció que estaban cansados y les has dado a todos un año de vacaciones?

Ambas cosas eran igual de probables dado el temperamento mutable de mi amigo, capaz lo mismo de amar y detestar. Su capacidad para el análisis y los sentimientos es superior a la de ningún otro hombre que yo haya conocido.

Alonso ocupó su silla.

—Ni una cosa ni otra —dijo—. Cuando regresé de Siena me encontré con que ya no deseaban seguir a mi servicio.

Mientras comíamos, hablamos de diversos tópicos. Conté

anécdotas de viejos conocidos, ya no comunes, por desgracia, puesto que él llevaba veinte años distanciado de Inglaterra y de cualquier relación. Apenas me respondió. No creo que le interesaran demasiado mis reflexiones y noticias intrascendentes, pero sirvieron para llenar el silencio, y con eso me di por satisfecho.

Mientras me dedicaba a la charla insustancial, aproveché la ocasión de observar a mi anfitrión. Una inquietud significativa se apoderó de mí. No sabía por qué se habían marchado sus criados, y no hubo manera de que hablara sobre el tema. Jugaba con la copa de vino, pero sin beber. Solo me dio respuestas secas en todo lo relativo a sus intereses científicos del momento. A las preguntas directas me respondió con una pausa como para escuchar una voz interior, y luego cambió de tema con una brusquedad rayana en la grosería. En cierto modo era como yo, pero magnificado, como si todas sus luces y sus sombras se vieran a través de una lente.

Es un hombre corpulento, como ya he dicho, con una mata de pelo negro y abundante que siempre lleva demasiado largo, algo desaliñado, alborotado. Lo hace todo a gran velocidad y prefiere siempre enfrentarse a dos tareas al mismo tiempo. Le he visto resolver una ecuación con una mano mientras, con la otra, alimentaba a un gatito con un trapo empapado en leche. Se suele mostrar impaciente con otros miembros de su propia especie, pero su corazón se ablanda ante seres menos inteligentes. Luego, si el trabajo exige que los sacrifique, tampoco pone reparos: por encima de los sentimientos, tiene el temple sereno y equilibrado que requiere nuestra profesión.

No me sorprendió su apariencia variopinta; creo que llevaba dos desgarrones en la camisa y cordones de un color diferente en cada zapato. En ese sentido, estaba igual que siempre. Pese al descuido en la indumentaria —siempre llevaba los cuellos raídos y los sombreros mellados— solía ser de movimientos precisos, rápidos y cuidadosos, y en este sentido sí hay un cambio importante. Me fijé en su postura cansada en la silla, en el descuido con que consumía la cena, sin importarle mancharlo todo. Esta insólita indiferencia me dio que pensar, pero hay un cambio aún más perturbador.

Existe una constante: sus ojos. Son grandes y, como siempre había gozado de buena salud, tiene las córneas muy limpias y blancas, en contraste con el iris, que de natural es marrón oscuro o negro. Conservan esa extraña ilusión de contar con una luz interior. Son en resumen ojos perfectos, claros, y por añadidura nunca ha necesitado gafas.

Voy a dejarme de rodeos e iré al grano: debería haber dicho que era un hombre corpulento, no que lo es. Aunque conserva una estatura impresionante, Alonso se ha encogido de manera alarmante. Tiene aspecto demacrado, con la piel casi translúcida en algunas zonas y los huesos del cuello y las muñecas tan marcados que fue una conmoción cuando se inclinó hacia delante y lo vi a la luz de las velas. Su rostro es puro hueso. Estar sentado a su lado… solo diré que fue como cenar con un cadáver. No se me ocurren otras palabras que expresen tamaño espanto. Solo con mirarlo una vez me invadieron a un tiempo la repulsión y la vergüenza. Vergüenza porque debería mostrarme comprensivo y poner a su servicio mi ciencia, no acobardarme como si fuera el monstruo de las pesadillas de un niño.

Si no estuviera en su casa, si no me hubieran llevado hasta él y me hubieran dicho «Este es Alonso», no lo habría reconocido.

Una vez vacíos los platos, echó hacia atrás la silla y me miró.

—¿Hasta cuándo te quedarás conmigo, Charles?

—¡Tanto como quieras acogerme, por supuesto! Por mi parte, he hecho arreglos para una semana.

Silbó entre dientes.

—No es mucho —dijo—. No es mucho tiempo. —Parecía hablar más consigo mismo que conmigo; no supe qué responder. Pero enseguida salió del ensimismamiento y se levantó—. En ese caso, habrá que aprovecharlo. —Hizo una mueca al mover el cuerpo escuálido.

—¿Por qué has vuelto, Alonso? Dime la verdad.

La pregunta se me escapó. No tenía intención de interrogarlo.

Me sonrió.

—Vamos. Brindaremos el uno por el otro, por nuestra vieja amistad.

Me acobardé y no insistí. Creía saber la respuesta a la pregunta, pero me daba miedo oírla de sus labios: «He vuelvo a casa para morir».

Cuando nos volvimos a acomodar en las sillas y tuve otra jarra de sidra, retomé el tema y le recordé una idea que habíamos tenido,

consistente en la aplicación de mercurio para aliviar la enfermedad de Paget.

—No he hecho progreso alguno en ese sentido —dijo con un bostezo—. Casi había olvidado esos comienzos peculiares con los que nos entreteníamos.

Empecé a hablarle de una conferencia reciente en la Royal Society, muy interesante y sugerente, que defendía la teoría de las miasmas para las infecciones. Poco a poco me fui entusiasmando con el tema, de manera comprensible, en mi opinión, pues me pareció un regreso muy deseable a un principio sólido.

—Es indiscutible. Chadwick nos ha abierto los ojos, ¿no te parece? En cambio, Pacini no me convence. ¡*Vibrio cholerae,* nada menos! Una máquina como la que describe Chadwick moverá hacia abajo el aire limpio a la vez que dispersa el malo, y al evitar el aire malo se evitarán también las infecciones que se transmiten por el aire...

—¿Te acuerdas de Eames? —preguntó Alonso de repente.

—¡Por supuesto! —respondí—. Tenía aspecto de carnero y manos muy blandas.

—Y esa manera de mirar a los demás como si los compadeciera.

—Como si le dieras pena a un perro.

—Eso.

—¿Qué ha sido de él?

—Estaba trabajando en un tema, en el estudio de los efectos de un absceso en el cerebelo. No sé si recuerdas que estaba empleado en el Earlswood Asylum.

—No lo sabía, pero yo también colaboro con un manicomio, y es un trabajo de lo más desagradecido. ¡Le deseo lo mejor! —Me acomodé en la silla y me froté los pies, uno contra el otro, al calor de las brasas—. ¿Por qué lo sacas a colación?

—Eso intento decirte, Charles. Han prescindido de sus servicios.

—Pues lo lamento, pero aún no sé a qué viene la mención.

—¿De veras?

Apuré el contenido de la jarra y la volví a llenar del caldero que humeaba en la chimenea.

—No eres sincero conmigo —dije—. Tal vez creas que defiendo una posición oficial, que te abrumaré con regulaciones y trámites. O todo lo contrario, no quieres tener testigos, a alguien que cuestione tus métodos. Te aseguro, Alonso, que no robo ideas a nadie. Durante mi estancia, no me acercaré a la bodega.

Noté el rostro congestionado por el fuego y me sequé la frente con el pañuelo.

Se tapó los ojos. Pensé que tal vez estaba llorando, pero cuando volvió a mostrarme el rostro su expresión era de alegría. No sé por qué, mi estado de ánimo se enfrió. Alonso no era él mismo.

—Aaah, ¡vuelvo a sentirme yo mismo! —dijo—. ¡Llamar a la caballería, como tú lo has denominado, ha sido un acierto! No, no tengo miedo de tu escrutinio, ni de las maquinaciones de un rival. —Se volvió hacia el fuego y, a la cálida luz, volví a ver lo tensas que tenía las magras carnes sobre los huesos.

—No es que no quiera tu compañía. Me debería alegrar. No tengo reparos en reconocer que albergaba la esperanza... Porque tu talento encaja como un guante en mis objetivos. —Puso el índice sobre el mío y, por un momento, fue como si una mariposa se me hubiera posado en el nudillo—. Has de saber que las publicaciones inglesas llegan al extranjero, incluso a Italia. Sí, también la revista de la Royal Microscopical Society con tu tratado. No cabe duda de que estás en trayectoria ascendente.

No se me había ocurrido que Alonso hubiera leído cosas tan insignificantes como mis artículos en esas revistas de segunda categoría. ¿Me sonrojé? Con sinceridad, espero que no. Pero no niego que aquello me conmovió. Era un tema sin importancia, sobre la relación del agua del Támesis con la epidemia de cólera de Whitechapel. El estudio tuvo buena acogida en algunos círculos especializados, pero no provocó un gran interés...

—No quiero que aceptes sin antes entenderlo todo —siguió—. Hoy en día, la medicina experimental se encuentra con obstáculos y críticas. Las leyes exigen que la vida científica siga el camino más recto, y ya hemos visto lo que le pasó a Eames. Para mí, no tiene mayor importancia, porque no tengo consulta ni practico la medicina con pacientes, pero en tu caso es un tema que deberás considerar.

Piensa también que es un trabajo solitario, como seguro que recuerdas, y que requiere buen estómago. —Frunció el ceño—. Y llegamos así al meollo de la cuestión. Debería vacilar a la hora de pedirte esto, pero voy a hacerlo. Te lo pido. Te lo suplico. No te tendré más en ascuas. ¿No sabes por qué he vuelto?

—No, Alonso...

—Tienes que haberte dado cuenta.

—Estás enfermo —dije con un nudo amargo en la garganta.

Hizo una mueca y su rostro de piel blanca se arrugó como el papel.

—Así es, tal como has observado. Es una antigua aflicción familiar que ha perseguido a los Villarca desde... Desde que existen los Villarca, imagino.

—No estaría de más que fueras más específico —dije con el mejor tono cáustico que me salió—. Te recuerdo que soy médico.

—Ya me han visto suficientes médicos. Déjalo así. He vuelto porque tenía que estar de nuevo en Rawblood, tocar sus paredes, calentarme con el sol de aquí. Sentir cómo respira mi casa por la noche mientras me envuelve. Rawblood y los Villarca somos la misma cosa de una manera que no sé explicar. Si voy a morir, moriré aquí. —Se hizo un momento de silencio—. Pero eso no es todo, Charles. ¿Por qué te he pedido que vengas? Seguro que lo sabes en tu interior.

—No voy a hacer suposiciones, Alonso.

—He vuelto para revivir el trabajo.

—Ah... —En aquel momento, en esa habitación a oscuras, me pareció que lo que habíamos hecho juntos, lo que habíamos descubierto juntos, habitaba en las sombras y bailaba entre las llamas. El pasado nos rodeó, poderoso como el vino. Cerré los ojos y hablé con voz firme, pero no a la ruina de persona sentada en silencio frente a mí, sino al hombre que conocí, salvando el abismo del tiempo—. Por desgracia, es bien sabido que no se puede volver al pasado. No podemos ser los que fuimos.

—Ni yo lo querría —me respondió con calma.

«No —pensé—. El que lo desea soy yo; que al menos tú fueras el de antes».

—No sé si tendría ya valor para enfrentarme a tales cosas. Éramos jóvenes e imprudentes.

Pero, incluso mientras lo decía, ya estaba empezando a acceder, porque habíamos retomado nuestros antiguos roles: él dirigía, yo modulaba con cautela.

Alonso juntó las yemas de los dedos ante él y se inclinó hacia mí. La luz se reflejó en los ojos jóvenes, en el rostro desfigurado.

—*Une longue et affreuse cuisine* —dijo—. ¿Recuerdas?

—Sí.

—¿Lo recuerdas de verdad? —No supe qué responder, y siguió hablando—. Tu francés siempre ha sido deplorable. Bien, te refrescaré la memoria. «La ciencia de la vida es un salón espectacular, con luces deslumbrantes, para llegar al cual hay que atravesar una cocina larga y tenebrosa».

Alonso me miró al tiempo que se daba vueltas al anillo que llevaba en el meñique. Era muy peculiar, sobre todo para un hombre: fino, de oro, con incrustaciones de piedras blancas y rojas. Parecía más apropiado para la mano de una dama, tal vez como anillo de compromiso. Pocos hombres se animarían a lucirlo. El fuego arrancaba destellos a las piedras preciosas. Las chispas de luz salpicaban las paredes oscuras. No me presionó, me conoce bien. Solo el chisporroteo sordo de la leña en el fuego y el gorgoteo alegre de la sidra al verterla en la jarra interrumpieron nuestro silencio. Sabía que me encontraba en Rawblood, pero ante el ojo de la mente pasaron otros lugares, los sitios que había visitado en mi juventud, imbuido de otros deseos. Ciertamente me había refrescado la memoria. Solo tengo un Padre, el que está en los cielos; al terrenal no lo tengo en cuenta. Pero fue Alonso quien me enseñó a razonar, el que me mostró cuál sería nuestro objetivo más allá del sudor, la suciedad, las penurias. Fue Alonso quien me educó para sacarme de la infancia del pensamiento.

Así que me acerqué y cogí una vela. Con esa luz fui a la cocina, que ahora estaba a oscuras y olía a grasa fría. Las sombras densas lo envolvían todo pese a la luz parpadeante, pero encontré lo que buscaba, lo cogí y volví.

Alonso sonrió al ver el cuchillo. Reconozco que yo también me reí. Formulé el antiguo juramento: me pinché el dedo y le tendí la hoja afilada, y él hizo lo propio. Nos presentamos los dedos sangrantes y juntamos las heridas. Y allí nos quedamos sentados, dos hombres maduros, con los dedos juntos, sonrientes como colegiales. Suspiró como si le hubiera aliviado un gran dolor.

—Tienes que jurar que no traerás a nadie a Rawblood, ni siquiera cerca. Menos aún dejarás que entre en la casa. No podemos permitir que los chismorreos locales se ceben con nosotros.

—No me parece que vaya a haber ocasión…

—Júralo, Charles.

—Como gustes —dije—. ¡Lo juro!

Tenía una sensación extraña en la base del cuello, algo semejante a la efervescencia. Notaba la mente llena de brumas y mis pensamientos eran como nubes en movimiento, ligeros y veloces por el cráneo. Miré a mi amigo y me pareció que su rostro era el de nuestra juventud, pero enseguida volví a ver sentado ante mí a aquel desconocido destrozado.

Solo entonces me resultó evidente que me había emborrachado. Debí decirle algo al respecto a Alonso, porque oí su voz que me llegaba como desde muy lejos, y me pareció que hablaba de la sidra.

—Para haber nacido en esta zona, mi indiferencia hacia ella se podría considerar poco patriótica. El caso es que me desagrada. Sí sé que en el pueblo se comenta que las manzanas del año pasado fueron pequeñas y amargas, y tal vez eso explique que haya salido tan fuerte. ¿No es de tu agrado? Te puedo ofrecer oporto.

—No, no, es muy buena. —Bebí otro trago, cosa que exacerbó la situación, y vocalicé con cuidado—. Mucho me temo que mi cabeza no es la que era.

—Un cambio a mejor, espero. Espero que duermas bien esta noche.

Pensé que era amable por su parte, siempre atento a mí. Siempre. Conmovido, apuré el contenido de la jarra. Oí que murmuraba algo, pero no lo entendí.

Tuve la sensación de que la cabeza se me empezaba a desconectar

del cuerpo. Cuando conseguí transmitir a Alonso esta interesante sensación, me lanzó una mirada extraña, y tuve conciencia de habérselo dicho entre risitas. No respondió nada, y consideré que era hora de retirarme.

Mientras subía por la escalera describiendo más curvas de las necesarias, me asaltó un pensamiento que me obligó a sentarme. No consigo recordar en qué consistía, pero fue una certidumbre de la máxima importancia. Por suerte, al final me levanté y deseché el asunto.

—Los hombres solo están completos en compañía de otros hombres de su misma convicción —dije para mí mismo.

El epigrama me resultó satisfactorio y lo repetí varias veces. Me sirvió de acicate para llegar a mi habitación.

Allí me aguardaban tareas; el mobiliario parecía haber perdido la definición, y se movía y bailaba para aparecer en el lugar exacto para que cualquiera se diera un golpe en la espinilla. «Qué jaleo», me dije mientras me agarraba la pierna dolorida. Pero conseguí quitarme la ropa y ponerme la camisa de dormir. Con una negligencia impropia de mí, omití las oraciones nocturnas, y me dejé caer en un movimiento largo, lento, hacia las sábanas blancas, las mantas y el ladrillo que calentaba la cama, y todo ello me envolvió y me transportó a una feria donde un hombre con cabeza de oso me intentó convencer para que me casara con su hermana mientras yo expresaba el deseo apremiante de afeitarle el pelaje para así devolverle la condición humana.

4 DE OCTUBRE

La luz del sol se derrama a través de los vidrios plomados y me ataca directamente a la cabeza dolorida. Vuelvo a encontrarme en la cama, pues aparte del dolor también sufro de un exceso de impresiones a las que trato de aferrarme inútilmente en la densa niebla que me nubla los ojos.

Me he despertado esta mañana con náuseas y con los ojos inseguros. La jaqueca neurálgica, vieja enemiga mía, me había caído con todo su peso. Me había perseguido desde mi juventud. El dolor de cabeza puede ser síntoma de numerosas aflicciones y, en muchos casos, la causa del problema no se encuentra en la zona craneal, sino en otros órganos del cuerpo. Para desgracia del médico, se trata de la dolencia más común y resulta a menudo invalidante; sus causas son tan diversas como las enfermedades del organismo y de la

mente. En mi caso, cae sobre mí como un halcón cuando mi sistema nervioso se sobrecarga con las emociones, los viajes o el alcohol. En este caso concreto habían intervenido los tres factores, así que no me pilló por sorpresa.

Hay veces en que el aire basta para despejarlo, aunque el esfuerzo de salir y permanecer a la intemperie mientras en la cabeza suena una banda musical con platillos no es apetecible para el paciente.

A tal fin, me levanté y salí de la casa para ir al jardín que da a los páramos. No pasé por delante del edificio, pues aspiraba a la soledad. El día era claro y frío, y las nubes blancas surcaban veloces el cielo azul como para confirmar que sobre nosotros hay todo un mundo de gran importancia y del que no sabemos nada por nuestra condición de seres insignificantes.

Pensé en Meg. La presencia de árboles y hierba, el amplio horizonte, se combinaron para acercármela más. Cuando estoy en la ciudad, el bullicio y los olores se interponen entre nosotros y no consigo invocarla con la mente. No veo su rostro, porque el recuerdo que de él tengo está difuminado por la infancia, con ese balbuceo encantador que comparten todas las niñas. El próximo verano cumplirá dieciséis años. Elegiré entonces para ella cualquier cinta o chuchería, se la enviaré, y eso será todo. Hace doce años que no la veo. Se puede haber convertido en cualquier tipo de joven. Es mi hermana, pero si mañana me cruzara con ella por un camino no me daría cuenta, y me avergüenza reconocer que es así como lo quiero. Según tengo entendido, es ingobernable, algo que conviene considerar y actuar en consecuencia, porque ya no es una niña.

Aprovecharé esta ocasión para describir la casa, porque hoy la he visto desde un punto elevado, una loma por la que pasa el camino, caldeada por los rayos del sol que arrancan destellos de los antiguos cristales.

Para el observador moderno, el edificio es una mole bárbara, carente de las líneas limpias y que definen a los inteligentes constructores de estos tiempos. Los ángulos son caóticos, hay muchas ventanas insertadas sin concierto en el muro principal, y por doquier las esquinas se están desmoronando. Es de estilo isabelino, muy temprano, con abundantes gabletes en el tejado que, junto con adornos similares, le dan su peculiar silueta imponente.

La casa no es alta, tiene tan solo tres pisos, y vista desde arriba parece agarrarse al terreno, lo que da a todo el edificio un aura de

permanencia, de solidez. En el pasado, este lugar siempre me resultó reconfortante: da alas a los pensamientos y asienta el corazón. Ha sobrevivido durante siglos a las peores tormentas y los vientos más crueles. No conozco con tanta profundidad como debería la historia de la zona, pero me imagino que también ha sido testigo de batallas, esas tempestades que vienen de la mano del hombre.

Las dos alas adyacentes a la parte delantera forman una U y crean un patio delantero protegido de lo peor del clima de los páramos. Recuerdo que Alonso ordenó hace años que lo despejaran para crear un jardín de rosas, y durante las obras se encontraron restos de antigua maquinaria, muy curiosa, en las entrañas de la tierra negra de Dartmoor. Salieron a la luz fragmentos de baldosas y monedas, un sistema rudimentario de tuberías de plomo, los restos de un atizador, una herradura de madera. Estos avíos cotidianos cobraron un aspecto extraño a la luz de los siglos.

El jardín que se instaló consistió en una glorieta muy bella, con una paleta de colores perfecta. Se dieron sobre todo las rosas de la variedad Duquesa de Brabante, y en las tardes de verano resultaba particularmente grato ver cómo se mecían contra los antiguos muros. Es extraño (¡cuántas cosas me parecen hoy extrañas!, pero así las percibo) que un hombre del talante de Alonso concibiera la idea de un jardín de rosas así. Pero así es él.

Siento dejar constancia de que el jardín está completamente abandonado. Las ortigas y la aulaga compiten por la supremacía. Por doquier se ven espinos y zarzales. Las pocas zonas de hierba seca que se ven son tímidas, anémicas. En lugar de damascos, rosas y carmesíes, el vulgar amarillo de la artemisa lo invade todo. El jardín entero es un zarzal, un criadero de alimañas. Convenceré a Alonso para que compre un ratonero.

Siempre me ha fascinado que Rawblood, este pedazo de Inglaterra, sea propiedad de alguien no del todo inglés. Conozco la historia y sé cómo obtuvo mi amigo el color de piel, el nombre y la casa. Los antepasados de Alonso por línea materna son los Hopewell, una estirpe violenta y de sangre caliente. Eran los dueños de Rawblood. Lo perdieron por pura imprudencia —una apuesta, según tengo entendido—, y la familia se dispersó y fue desapareciendo. Muchos años más tarde, un noble español escuchó a una joven, la última Hopewell, que hablaba con tristeza del fin de su familia y de la pérdida del hogar de su infancia. Conmovido, buscó por todo el condado, compró la casa y le regaló las escrituras solo para verla sonreír. Por supuesto, acabaron por casarse, y así su hijo, Alonso, es

mitad español y mitad de Devon. Y así llegó Rawblood a manos de los Villarca.

Es una bella historia romántica que, como todas las historias románticas, tiene una dosis generosa de tragedia. Tanto Alonso como yo quedamos huérfanos muy jóvenes.

Al contemplar la casa, a la luz dorada de la mañana otoñal, no me pareció mala herencia, aunque se comprara con mucho dolor. Se me paso por la cabeza que quien la recibiera debería darse por recompensado. Yo he sufrido privaciones, duelos y penurias, sin la compensación de una edificación así, de un refugio de piedra cálida como este. Pero no, ese pensamiento carece de todo mérito. No es posible contabilizar el sufrimiento de los demás, pues es inevitable que sus tribulaciones nos parezcan escasas en comparación con las nuestras.

Estudié la disposición familiar de las ventanas, puertas y esquinas, contemplé la geometría de los batientes, la hiedra furtiva que extiende sus finos zarcillos por las paredes. El sol brillaba ya alto en el cielo y me quité el sombrero. La brisa era amable y empecé a sentir que el dolor se disipaba poco a poco, y mi temperamento se aligeró. Di una patada a una piedra, jugueteé con ella, me la pasé de un pie al otro, adelante y atrás sobre la hierba.

Allí, de pie en aquella loma, con el viejo sombrero en la mano y el rocío empapándome las botas que necesitaban de los servicios de un remendón, me sentí en paz. Confieso que abrí los brazos para llenarme los pulmones de la mañana. Estoy seguro de que cerré los ojos y me quité el cuello de la camisa. El aire me acarició la cara y en el bosquecillo se oyó el arrullo de las palomas torcaces. Y tuve la sensación en aquel momento, de pie en un otero, en un remoto rincón de Devonshire, de que podía ver Inglaterra entera a mis pies, rodeada de prados verdes, delimitada por setos antiguos de serbales y espinos blancos, entre páramos y brezo, entre pueblos de calles empedradas donde los molinos aún funcionan a la antigua usanza y los carros van al mercado por la mañana aún bajo las estrellas; de lagos oscuros y altas cumbres sobrevoladas por milanos; toda la obra del Creador en su infinita simetría.

¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en loores, hacedor de maravillas?

Éxodo 15:11

Pasaron unos minutos antes de que cayera en la cuenta de que mis devaneos tenían testigos. Las nubes pasaron por un momento ante el sol y un movimiento tras una ventana captó mi atención. Observé con atención, y la luz amortiguada me permitió distinguir un rostro muy blanco, distorsionado por los cristales en forma de rombo, que me estaba observando. Fuera quien fuera, vestía ropas oscuras que creaban una ilusión peculiar, como si la cabeza estuviera suspendida en el aire.

No es una experiencia grata creerse a solas, dejarse llevar por las extravagancias del pensamiento, tal vez rascarse la cabeza y silbar una melodía que solo existe en la propia imaginación, y de pronto darse cuenta de que hay unos ojos que lo miran y una mente que lo juzga a uno. En ese momento me invadió el frío, como si me hubiera tragado una esquirla de hielo. Agité un puño en dirección al espectador con una violencia que es impropia de mí, y sé que la ira se me dibujaba en el rostro con toda claridad. El dolor en el cráneo regresó con fuerzas renovadas.

El rostro desapareció al instante; no había llegado a distinguir sus rasgos, ocultos por una especie de sombrero que los sumía en las sombras; pero distinguí con claridad un gran desdén.

Conté las ventanas decidido a reconvenir a la criada que había tenido la osadía de observarme así. Las conté y las volví a contar, porque me parecía imposible que mi indignación quedara sin respuesta. Volví a contarlas, una vez más: una, dos, tres, cuatro. No, no estaba equivocado. El intruso me había observado desde la ventana de mi propia habitación.

Cuando entré por la puerta, mi anfitrión se estaba sacudiendo el barro de las botas. Sin el menor motivo, este acto cotidiano y tranquilo me resultó exasperante. Alonso debería controlar mejor al personal de la casa. Debería asegurarse de que el servicio no espiara por las ventanas.

Entramos a la vez, sin prisas él, yo por delante, ofendido. Tuve que acostumbrar los ojos a la escasa luz del vestíbulo.

—¿Has descansado bien? —preguntó—. Ha vuelto a colarse uno de esos condenados pájaros.

Soltó otra maldición y lanzó manotazos hacia la forma oscura, menuda y veloz, que pasó volando junto a él. La golondrina subió a gran velocidad y chocó contra el techo del vestíbulo; se

golpeó repetidamente contra el cristal de la ventana; hubo una ráfaga violenta cuando pasó volando junto a mí en las escaleras. ¡Cuánto aire podía levantar un ser tan diminuto! Pero no tuve tiempo de detenerme a considerarlo, sino que seguí adelante.

Llegué a mi habitación de manera precipitada y la registré a fondo. Como quizá era de esperar, no había nadie. El tiempo que me costó llegar allí había dado ocasión al intruso para retirarse. No había nada fuera de su sitio y solo detecté indicios de mis propias actividades. El dormitorio aún conservaba ese silencio denso del sueño reciente. La ropa de la cama estaba desarreglada, tal como la había dejado. Mis camisas se encontraban colgadas en orden en el *garderobe*, con la puerta entornada, igual que la última vez que la vi. Una mosca zumbaba junto a la ventana batiente y subrayaba el silencio con sus intentos por traspasar el cristal. En el peine, tirado sobre la cómoda, se veían algunos cabellos oscuros. El agua de haberme afeitado seguía ya fría en la palangana.

Pero no me di por satisfecho. En el aire pendía una cualidad, algo más etéreo que un olor, pero la confirmación inequívoca de que no se trataba de un error. Allí había habido alguien. Me dirigí hacia la ventana y miré al exterior. Vi la extensión de hierba que ascendía desde el camino, el lugar bañado por el sol donde me había encontrado hacía unos momentos. Bajo el cedro había algo… una especie de montón de tierra…

Un rectángulo excavado de manera rudimentaria mancillaba el verde vivo. Era una tumba, no muy grande. Suficiente para una mujer menuda o un niño. La visión me provocó una sensación muy peculiar, como si ese punto concreto actuara como imán para toda la tristeza del mundo. Me invadieron los recuerdos y las añoranzas, como si estuviera a punto de revivir un monstruoso secreto de la existencia. La tristeza me atenazó las entrañas. Aquello tenía algo desagradable, como si los sentimientos pertenecieran a otra persona y yo no fuera más que un recipiente.

Pero era imposible. Hacía menos de tres minutos que había estado en ese mismo lugar, bajo el cedro. Y la hierba estaba intacta. Pero lo estaba viendo con mis propios ojos. Me llegó, o creí que me llegaba, el olor de la tierra negra en el aire matinal… Me incliné hacia delante para escudriñar a través de las imperfecciones del cristal antiguo. Tuve la sensación de que el cristal estaba nublado, como si alguien hubiera respirado contra él. «Estoy en el punto donde se encontraba esa mujer; así que me debió ver», pensé. Y, en aquel momento, me asaltó el recuerdo de que en la casa no había ningún criado.

Un gran frío me atenazó y fue como si la ventana se apartara, como si me arrancaran de la habitación, de la luz, del mundo verde que se extendía en el exterior. Me encontraba en un túnel que iba a dar a un lugar gélido, negro y profundo. Contuve un grito y me tambaleé, y caí. Me intenté arrastrar a ciegas como un gusano hacia la puerta, pero no lo conseguí, y me quedé tirado de bruces sobre los tablones polvorientos del suelo.

Poco a poco recuperé la orientación. Los síntomas físicos se disiparon. Las paredes recuperaron la verticalidad. Me levanté como pude, y enseguida lo lamenté: era como si me estuvieran revolviendo las entrañas con una cucharilla. Tuve que sentarme en la cama sin hacer para recuperarme. Consumido por una sed abrasadora, bebí del aguamanil, aunque apenas tenía fuerzas para sostenerlo. Estoy escribiendo estas líneas reclinado sobre las almohadas como un enfermo. Estos ataques son agotadores y el repiqueteo que siento en la cabeza tiene la potencia de un gong.

Cuando me recuperé lo suficiente fui en busca de Alonso. Encontré abiertas las ventanas próximas a la puerta principal, que dejaban entrar el aire grato, pero también la corriente. Las cerré. Miré en dirección a la loma donde se alzaba el árbol, con las grandes ramas abiertas sobre la cima. La hierba estaba inmaculada. Ni rastro de ninguna tumba, por supuesto.

Encontré a Alonso todavía sentado a la mesa; más bien vi un periódico que se alzaba en su lugar de la mesa, sujeto por sus manos de dedos largos y con una columna de humo de cigarrillo que se alzaba tras las páginas. Sobre el mantel sucio se veían los platos de comida fría.

Me senté y el periódico descendió. A la luz del día, su aspecto no había mejorado. Nos observamos mutuamente. Él, con mirada amable y la cabeza inclinada hacia un lado; yo, entre los dedos de la mano en la que apoyaba el melón bulboso que sentía que ocupaba el lugar de mi cabeza. Sin duda mi aspecto era tan lamentable como el suyo.

—Si dejas las ventanas abiertas de par en par, no puedes quejarte cuando las golondrinas aceptan tu invitación —dije.

—Yo no las he abierto —respondió. Me examinó con más atención—. Veo que te ha caído encima el perro negro. —Oírlo utilizar el nombre con el que solíamos denominar mi dolencia casi fue demasiado para mí, pues en muchas ocasiones se había sentado a mi lado, en habitaciones oscuras, mientras yo yacía sin conocimiento—.

Tengo Chlorodyne.

—No me cabe duda. Te sorprenderá saber que no consumo opiáceos. ¿Cómo te lo puedo decir? —Alcé la vista hacia él—. Siento de corazón todo lo que sucedió entre nosotros en el pasado. ¿Cómo puedes perdonar? ¿Cómo?

—Ah, te refieres a la cura de Manning —dijo.

—¿Cómo puedes sonreír, cómo?

—Ah, *qué tontería* —dijo—. Corrimos el riesgo. *Solo el amor...*

No es habitual que Alonso hable en español. Mi dominio del idioma es escaso, pero aquella frase la entendí.

En los primeros tiempos de nuestra amistad, cuando éramos estudiantes consumidos por el idealismo y las ideas, Alonso y yo estuvimos muy unidos por la fascinación que nos producía todo lo relativo a la sangre. Desde la perspectiva de la madurez y la reflexión, he de reconocer que la pasión que sentíamos rayaba con la obsesión.

Conservábamos viales y pipetas de sangre, con la que experimentábamos durante las noches frías. La infectábamos con bacterias (admirábamos mucho a Pasteur, que por aquellos tiempos solo estaba empezando a dejar huella) y observábamos los diferentes efectos de la infección en el sujeto, por lo general un gato del que teníamos que deshacernos tras un periodo de observación.

Queríamos analizar sangre y estudiarla, penetrar en sus secretos de manera científica; pero en nuestro enfoque también había un elemento de reverencia rayano en lo místico. Alonso decía que era capaz de distinguir la sangre de una mujer de los tugurios de St. Giles de la de un caballero de buena cuna solo con frotar una gota entre los dedos, así como por su olor. Lo puse a prueba repetidamente y para ello utilicé sangre de gato, sangre de pollo y la sangre del cadáver de un niño al que se encontró en la zona de Seven Dials sin un brazo. Alonso se equivocó en todas y cada una de las ocasiones, cosa que no nos disuadió en absoluto.

Íbamos a ser los primeros en descubrir las propiedades de la sangre y su influencia sobre la personalidad. No éramos seguidores de Blundell. Sabíamos por qué habían fracasado sus transfusiones: porque trataba de sustituir la sangre como quien rellena una lámpara de aceite, en lugar de tratarla como parte esencial de cada ser, cosa que nosotros sabíamos a ciencia cierta que era.

Aquella calurosa mañana de mayo en que Alonso salió por última vez de la casa de Brook Street y dio la espalda a la medicina, yo me levanté y me dirigí hacia la habitación de la parte trasera que daba a los prados.

Encendí una lámpara y estudié nuestros dominios. Las cortinas nunca se abrían para dejar paso a la luz. Aquella habitación había sido alguna vez, en el pasado, el comedor del desayuno; la gente del pasado tenía una necesidad tan apremiante como misteriosa de dedicar una estancia entera a cada acción: retirarse, beber, comer, escribir, hablar... todo requería un espacio diferenciado.

Las molduras eran muy ornamentadas y las paredes estaban decoradas con sedas color azul verdoso y franjas doradas, por desgracia descoloridas con el paso de los años. El tejido se veía más oscuro en algunas zonas, allí donde en otros tiempos hubo cuadros y espejos. Imaginaba que, en el pasado, allí se habían sentado las damas. Todo me resultaba tan familiar como mi propio reflejo, pero me obligué a mirarlo con ojos nuevos.

A la escasa luz, las mesas y los estantes guardaban silencio como una multitud que aguardase mis palabras. El saloncito había sido durante un tiempo testigo de nuestro trabajo; las paredes estaban manchadas de negro aquí y allá; en los primeros tiempos habíamos sido torpes a la hora de controlar animales vivos, y no contábamos con los métodos pulcros de las jeringuillas esterilizadas y las ampollas de Limousin. El lugar desprendía cierto hedor. Ahora una dama no se sentaría allí; si estaba en su sano juicio, ni siquiera cruzaría la puerta, saldría huyendo.

Lo recogí todo. Había unos cincuenta y tantos especímenes en una colección variopinta de contenedores. La sangre de serpiente la guardaba en una antigua caja de rapé que, al estar mal sellada, había dejado que se coagulara, y a ella cabía atribuir buena parte del olor desagradable de la estancia. Teníamos sangre de asesinos célebres, de vivisecciones, de animales exóticos, de mi brazo y del suyo, todo etiquetado meticulosamente con mi caligrafía, dado que la de Alonso es indescifrable.

Los viales estaban en desorden. En los últimos tiempos, nuestras investigaciones habían sufrido reveses diversos. Eso no habría tenido gran importancia. En la medicina, cada día hay un millar de derrotas, de muertes, con apenas unos pocos triunfos que las compensen. Pero entonces había llegado el fin de nuestra amistad.

Tiré nuestros especímenes al río. Se tiñó de sangre, en algunos puntos reluctante, viscosa, y me quedé con una colección de recipientes sanguinolentos. La escena recordaba en cierto modo a una masacre en el Liliput del señor Swift. Mientras recogía los viales y tubos sucios, vi en ellos mi fracaso: habíamos buscado el sentido, pero la sangre se nos había resistido. No era un ente con vida, sino una sustancia oscura y pegajosa.

Preparé las anotaciones de aquellas primeras investigaciones sobre la sangre y las bacterias para una posible publicación, pues como materiales de estudio no eran despreciables, pero nunca me animé a hacerlos públicos, pues en mí persistía la esperanza de que no habíamos llegado al fondo del asunto. De que aún podríamos revivir nuestro trabajo y ganar fama. Pero no habíamos vuelto a vernos, ni a revisitar el tema que consumió tantas horas de nuestra juventud. Hasta ahora.

En el nuevo día, la bodega me pareció inofensiva a la luz de nuestra amistad renacida. Todo estaba pulcro, ordenado, deslumbrante. Sentí en mi interior esa emoción que precede a un día de trabajo duro, de juicios e interpretaciones, de detallar y analizar, de llevar más allá las fronteras del conocimiento.

Miré a Alonso y vi en su rostro el mismo entusiasmo. Siempre es así cuando trabajamos juntos: nuestros pensamientos y estados de ánimo se sintonizan. Me agarró por el brazo. Los dos teníamos el pulso acelerado.

—Puedo controlar el flujo del aire y la temperatura hasta una fracción de grado. Si lo hubiera construido arriba no sería posible. Y si la temperatura a la que lo almacenamos y en la que trabajamos es constante, el fruto de nuestro esfuerzo no se puede atribuir a un error, o a fuerzas externas, como la degradación. Porque, si los factores ambientales permanecen constantes, el efecto de la exposición al medio y la temperatura será un factor calculable.

Hay seis jaulas, cada una con dos conejos, y dos tanques, cada uno con cuatro ranas. También hay muestras de sangre, extraídas y conservadas en matraces. Están en un armario de cristal cerrado con llave, y la llave la lleva mi amigo al cuello. ¡Nada de cajitas de rapé! Están en hileras de ocho y, mientras trabajamos, Alonso las observa con ansiedad y las toca con delicadeza al tiempo que observa el líquido color rubí oscuro al trasluz.

También hay un arcón de madera con refuerzos de hierro, y la

llave es gruesa, con numerosos dientes. También la lleva Alonso al cuello. En este arcón también hay matraces, pero estos no los miramos al trasluz para contemplar su color.

Alonso me lo enseñó todo y le mostré la admiración debida ante tamaños logros.

—Es una labor impresionante —señalé—. Ahora solo te queda mostrarme nuestro propósito.

Se irguió en toda su flaca estatura y me miró.

—¿Nuestro propósito, querido Charles? Hemos de traer a Inglaterra al siglo xix. ¡En el continente se disponen ya a entrar en el xx! ¡Virchow, Magendie, Bernard, Pasteur, Koch, Ehrlich! ¡Los grandes hombres de nuestro tiempo! Dices que todo esto está bien... —Señaló con un ademán las paredes de piedra—. ¡Pero no es así! ¡No estamos en un hospital! No ocupamos un laboratorio en ninguna de las grandes universidades. No, trabajamos a mis expensas particulares, en mi casa. Esta bodega es la demostración de la fragilidad de la medicina inglesa. ¡A esto se ha visto reducida la investigación en este país!

»En Alemania, en Francia, en Austria, se alienta a los hombres de ciencia para que expandan los límites del conocimiento. Los apoyan el estado y la filantropía de los mecenas, tanto en los principios como en la práctica, y con eso quiero decir que tanto desde ética como desde la economía.

»En medicina, somos un país de simples aficionados, y hasta los más dotados de esos aficionados tienen que abrirse camino entre las obstrucciones que les pone una moralidad banal que dice ser una religión. La vivisección, la necesidad de cadáveres, provoca en el corazón del británico un escándalo que solo rivaliza con su arrogancia. Pero hay que hacer frente a ese escándalo y superarlo. Perderemos en todos los frentes. En la medicina, en la guerra, en el gobierno del propio imperio, todo ello si no damos máxima prioridad al progreso de la ciencia.

Lo miré con cierta recriminación. Que no me tome en serio sus diatribas contra Dios y sus largas disquisiciones contra esa institución buena y paciente que es la Iglesia de Inglaterra es buena muestra de lo permisivo que soy con Alonso. No fue eso lo que me hizo detenerme un instante y pensar. Es extraño, pero no estaba acostumbrado a considerar inglés a Alonso. Me invadió cierta sensación de afrenta que traté de enterrar, porque por supuesto lo asiste el derecho de

nacimiento, así como la mitad de su linaje, ¿no es así? Y, pese a ello...

—Sin duda podemos intentar algo aquí —dije—, pero no es cierto que no haya entre nosotros hombres de gran valía y promesa. El nuevo miembro de la Royal Society, ahora no recuerdo su nombre...

—La Royal Society es un club social, un abrevadero para viejos charlatanes.

—¿Linton? No, era un nombre más difícil de pronunciar. ¿Listen?

Mientras estábamos hablando, Alonso metió la mano en una jaula oscura y sacó un conejo agarrado por la piel del cogote.

—Te presento a Acteón —dijo—. Es el patriarca de esta pequeña familia. ¿Te acuerdas, Charles?

—La predisposición de ciertas familias. —Asentí—. «La inmunidad que viaja en la sangre».

Alonso cogió una jeringuilla y le extrajo sangre a Acteón, que sacudió las patas blanquipardas, pero por lo demás pareció resignarse. Preparó una placa y depositó una gota ambarina con una pipeta. Observé los dedos largos y blancos, la mirada atenta. El rostro concentrado de rasgos afilados. En aquel momento, pensé que el mundo volvía a estar en su sitio. Los años se esfumaron y todo regresó a su lugar.

—Seis de estos muchachos son conejos comunes. Pero los otros... Mira.

Puso la placa bajo el hemocitómetro y me indicó que me acercara.

No di crédito a mis ojos.

—¿Y con los seis pasa lo mismo?

Alonso me lanzó una mirada cansada e irónica a la vez.

—Me costó mucho trabajo dar con ellos —dijo—. Los dos son de la misma familia, inmunes a la *pasteurella multocida.*

—Nosotros lo empezamos...

Nuestro estudio de hacía años. Alonso parecía poseído, pero cuando nos separamos, abandonó la ciencia. Y todo había acabado, o eso pensé.

—Nosotros lo empezamos —asintió Alonso—. Y ahora lo vamos a terminar. Porque contamos con nuevos conocimientos. ¿Has leído a Ehrlich? Nos dio la clave con tan solo una palabra al final de su tratado... el *antikörper...*

Entrecerré los ojos. El alemán me supone un gran esfuerzo.

—El anticuerpo.

—El anticuerpo. Tras examinar a los conejos, los infectados y los inmunes, podemos aislar los anticuerpos que protegen al organismo de la *pasteurella multocida.* Tenemos que reproducir ese anticuerpo, sintetizarlo e introducirlo en los otros conejos, los que carecen de inmunidad.

—¿Y después?

—Aguardaremos. Los conejos serán conejos y se reproducirán. La nueva generación nos servirá de prueba. Si estamos en lo cierto, si hemos tenido éxito, sus descendientes nacerán ya inmunes a la *pasteurella multocida.*

—Y si es posible hacerlo con *pasteurella multocida,* ¿por qué no con el cólera, con la sífilis?

Hablábamos de manera atropellada, interrumpiéndonos.

—¡Sí, Charles, sí! ¡La transmisión de la inmunidad! Las inoculaciones son una cosa...

—... pero inocular a una familia, para las futuras generaciones... ¡es radical! ¡Revolucionario! —Casi me temblaban las piernas—. Y las implicaciones, Alonso... Si es posible diseñar una inmunidad congénita...

—De ello se deduce que es posible prevenir las enfermedades congénitas de transmisión hereditaria. El Huntington, los diversos tipos de cáncer, todas las dolencias que se transmiten de padres a hijos.

—Es el primer paso hacia la erradicación de la enfermedad.

—Nosotros no lo veremos, pero sí, es el primer paso.

—¡La transferencia de la inmunidad hereditaria! —Lo agarré por las solapas y lo sacudí—. ¿Crees que es posible?

Sonreí, y por un momento volví a ver al joven Alonso.

—¡No lo sé! —respondió—. ¡Vamos, Charles! ¿Al final alcanzaremos la fama?

Me eché a reír sin control cuando me palmeó la espalda.

No se me escapa en este caso la relación entre la situación de Alonso y su investigación científica. Se está muriendo de una enfermedad hereditaria en la familia Villarca. Tal vez se pueda hacer algo... Sería estúpido, no, sería cruel hablar del tema en estas circunstancias. El resultado es demasiado incierto. Pero no negaré que se me ha pasado por la cabeza, y sé que él lo tiene presente. Es extraño que la esperanza se parezca tanto al dolor.

Agregaré una observación de esta tarde que tiene que ver con la naturaleza de mi especialidad. La mayoría de los investigadores considera tedioso el trabajo de microscopio; es el pariente pobre de la profesión médica. La tarea consistirá en examinar la sangre y los tejidos de ambos grupos de conejos, los inmunes y los enfermos: en el recuento meticuloso de células sanguíneas rojas y blancas, en las anotaciones escrupulosas. Y tardaremos meses en completarlo. Salta a la vista que Alonso necesita ayuda, y voy a hacer los arreglos necesarios para volver el mes que viene, ya en una visita más larga.

Y así será. El microscopio es la disciplina científica más pura, porque se centra en exclusiva en la observación.

No tenía estas preocupaciones en la cabeza cuando miré a través de la lente. ¿Cómo puedo describir lo que vi en el hemocitómetro? Contemplar los componentes de la vida misma es un privilegio reservado a unos pocos. Soy un hombre temeroso de Dios y no me avergüenza reconocer que, cuando miro a través del microscopio, me siento tan cerca de Él como cuando estoy en la iglesia.

«Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?».

Juan, 3:12

[faltan páginas]

5 DE OCTUBRE

Al releer las anotaciones de ayer, me doy cuenta de que he dejado de lado y olvidado el miedo que me provocó el rostro misterioso de la ventana, la tumba cavada bajo el cedro. Me siento obligado a dudar de que estos fenómenos tuvieran lugar en la realidad, fuera de mi propia mente.

He de atribuir a la neuralgia una parte más importante de lo que creía de estas divagaciones (al releerlas, casi me avergüenzo de ellas, excepto porque dejan clara la capacidad de imaginación de una mente nerviosa). En la relectura de este recuento, es de interés clínico señalar que el dolor distorsiona la percepción. Mis observaciones son meticulosas, incisivas, ordenadas… y completamente erróneas.

La llegada a la casa desierta en la oscuridad, tras la fatiga del viaje, me puso en un estado neurótico y sugestionable: por ejemplo, la «rata» en mis habitaciones. Casi se podría hablar de automesmerismo. ¡Fue de lo más inquietante! Ahora casi me provoca risa. Sí, sin duda lo vi todo a través de un velo de duda y desconfianza. De la misma manera, por la mañana, el dolor reflejó mi sensibilidad como luz que atravesara un prisma: lo difunde, lo concentra, y mi mente vuelve a la *idée fixe* de que había «algo» en la habitación, y elige en su obsesión poner en la ventana el rostro que conjuro. ¡Es toda una experiencia para un humilde médico! ¡Una expedición al mundo de la intriga y las apariciones, que suelen estar reservadas a las páginas de las novelas populares! Pero le alegra estar ya fuera del reino de lo gótico, de vuelta en los parajes luminosos de la ciencia.

6 DE OCTUBRE

Hoy ha habido pruebas de naturaleza tanto práctica como espiritual. Hemos comenzado el proceso de tomar muestras de todas las membranas mucosas y órganos afectados de los conejos inmunes y los enfermos. Ha sido un proceso largo y de mucho sufrimiento. Hemos cauterizado las pequeñas incisiones para evitar cualquier infección, y el hedor me ha superado en más de una ocasión. Estoy casi ciego. Han sido horas de inclinarme, mirar, inclinarme, mirar. Me siento como un autómata.

—¿Cuánto tiempo van a resistir? —pregunté cuando Alonso me puso delante un tramo de intestino, blancuzco y brillante.

—Es asombroso lo que puede aguantar un cuerpo vivo —me dijo. Se apartó de mí—. Sobrevivirán. Lo suficiente.

Los gritos de los conejos eran como el viento que se cuela silbando bajo una puerta.

—Seccionaré las cuerdas vocales —dijo Alonso.

Vi su espalda, que subía y bajaba como un fuelle. Con el silencio, la cosa mejoró un poco. Los ojillos brillaban en las profundidades de las jaulas.

Más tarde, nos sentamos en los peldaños de la entrada a la luz del atardecer para fumar un cigarrillo, con el vasto roble a nuestras espaldas. La deliciosa brisa nos agitaba los faldones de las chaquetas. La tierra se extendía ante nosotros, cálida.

—La esposa de Bernard lo abandonó debido a sus incursiones en la vivisección —dijo Alonso.

—No antes de que él se gastara en el tema toda la dote —respondí. Creo que conseguí fingir humor—. Y nosotros no tenemos esposa que ponga objeciones. Somos afortunados.

Dio una calada al cigarrillo y retuvo el humo. La luz del día era despiadada sobre su rostro apergaminado.

Le puse una mano en el hombro.

—No hay más remedio —le dije—. No permitas que te afecte. Tiene que ser tejido vivo.

Noté los huesos marcados a través del tejido. Su proximidad me pareció por un momento insalubre, como si la piel se hubiera retirado para dejar al descubierto los músculos que yacían bajo ella, la delicada conexión del húmero y la escápula en la cavidad glenoidea. Huesos blancos que se movían con precisión perfecta. La bilis me subió a la garganta y por un momento la sensación me absorbió por completo.

Al cabo de unos segundos me di cuenta de que Alonso estaba hablando.

—Estoy asqueado de mí mismo —dijo—. No sigo mis propios principios, sino que me dejo conmover por el sentimentalismo, por la compasión fácil propia de los legos. Eso delata falta de propósito. Si hay que acometer estos empeños, ha de hacerse con rigor y firmeza. No con sensibilidad.

Pensé en lo que habíamos dejado en la bodega, bajo nuestros pies.

—Siempre queda la pregunta —dije—. ¿Podemos creer que estamos investidos de la autoridad necesaria para llevar a cabo estas acciones? No las llamaré crueldades, pues eso denotaría una intención de la que nos considero absueltos. Las acciones son, por su propia naturaleza, causa de gran sufrimiento, pero la ampliación del conocimiento no tiene un precio bajo. Sé que nos encontramos en la cocina larga y tenebrosa.

»Y no te voy a pedir que recuerdes las vidas que se salvarán, las familias que se verán libres de la predisposición congénita a la enfermedad. No te diré que pienses en el bien que hacemos al identificar y aislar inmunidades concretas. No sabemos si lo que hacemos traerá beneficios a hombres o animales. Es la naturaleza de la medicina, de la ciencia. Avanzamos entre las nieblas de la duda en busca de un aire limpio que tal vez no encontremos.

Alonso suspiró y se rascó la nuca. Se le erizó el pelo como las plumas cortas de un ave.

—Una vez más demuestras tu valía, Charles —dijo—. Estás en lo cierto, por supuesto. No se nos va a conceder el privilegio de una respuesta nítida. —Tiró el cigarrillo a un matorral de aulaga—. Y por tanto es una estupidez aspirar a ella.

No me quejaré aquí de los métodos. Me limitaré a presentar los hechos.

OTOÑO DE 1913

Tengo catorce años.

El cementerio está en silencio, iluminado por el sol. Hileras de lápidas leprosas, erguidas. Hojas de haya salpican la hierba reseca, rojas, anaranjadas. El verano ha sido decepcionante, gris y lleno de chaparrones intrascendentes. Lo he visto a través de los cristales sobre los que corría la lluvia inagotable. Pero hoy el cielo está despejado, el sol brilla ya bajo en el cielo.

Ella está bajo una larga losa blanca, en la esquina noroeste. La piedra brilla a la escasa luz. La mano de mi padre, cálida bajo mi codo. El saquito que lleva en el bolsillo de la chaqueta me choca contra la cintura mientras recorremos las hileras en dirección a ella.

—Buenos días, mamá —digo.

Dejo en el suelo la rama de serbal. Las bayas rojas resaltan como sangre contra el blanco. La he arrancado de un árbol en un otero que domina el Dart. Tengo las manos doloridas con largos arañazos rojos. Mi padre deposita su ofrenda al lado: iris de tallo largo, forzados fuera de temporada en algún invernadero, a saber dónde. Los delicados pétalos ondulan bajo la caricia de la brisa.

Mi padre pone la chaqueta sobre la hierba y nos sentamos junto a la parte superior de la losa. Da vueltas con gesto ausente al anillo blanco y rojo que lleva en el dedo. No recuerdo haberlo visto nunca sin él. Es un anillo de dama, tal como he descubierto hace relativamente poco. Un aro de oro fino que destaca absurdo y elegante en sus manos largas.

A veces, hablamos, y me cuenta historias sobre ella, sobre su infancia, sobre la música que le gustaba. Hoy, no; nos limitamos a estar allí, sentados.

Hay un montículo antiguo junto a la tumba; es deforme y está cubierto de viperinas y dedaleras tardías. No sé qué es, pero me gusta. Es una colina florida en todas las estaciones. Los abejorros zumban entre la maleza. Una vez, papá me contó que era la tumba del hermano de mi madre. Pero no hay lápida, y nunca volvió a hablar del tema.

Contemplo las hojas rojas caídas que se agitan con la brisa. En momentos como este, siento que tengo que protegerlo. Yo no estoy de duelo porque no la conocí. Mi padre la quería mucho y se murió, y por eso él es más importante que yo cuando venimos aquí. Pero hoy... hoy debe ser diferente.

El viento ligero me hace estremecer. Aún noto el cuerpo extraño, demasiado lleno de ángulos. Es la segunda vez que me he aventurado fuera de Rawblood desde que se apoderó de mí la dolencia.

La meningitis devoró el tiempo. Tengo agujeros enormes en la memoria. Y me alegro. He estado enferma siglos. Ojalá recordara aún menos, no más. La mano de mi padre sobre mi cabeza. «Papá, esto es la enfermedad...». «No. Calla». Pasó enero, pasó febrero, y no me di cuenta. Me falta la primavera, es una larga franja vacía. El verano se infiltró despacio, una luz cálida que arrancó destellos de los frascos y las cucharillas del alféizar, las cortinas corridas, la frente ardiente o fría contra la almohada.

Fiebre, larga, profunda, como una travesía. Vi cosas. Viajé. A veces atrapaba los últimos jirones de un sueño febril. La oscuridad y la luz de la luna se mezclaban... pero se me escabullían entre los dedos, y es lo mejor, creo. Con el otoño, estoy aprendiendo a volver al mundo de la vigilia.

Si Henry Gilmore estuviera aquí, lo visitaría. Sé lo que traería a su tumba. Ahora está floreciendo en las colinas. Brazadas espinosas de aulaga dorada. Pero está enterrado lejos, en el cementerio metodista de Princetown.

Me vuelvo y miro a papá a los ojos.

—He tomado una decisión —digo.

—¿Sí?

—Voy a ser enfermera —digo—. Es lo que haré.

—Hay tiempo de sobra para pensar en eso.

Las ideas de mi padre tienen tanta forma, tanta masa, que podría cogerlas en las manos como si fueran piedras. Cuando estoy ante él, me vuelvo fugaz. Lo que pienso y lo que siento se disipa ante su opinión fuerte. Nunca le hablo como estoy a punto de hablarle.

—Es posible —digo—. Pero hay algo que tenemos que resolver

entre nosotros si vamos a seguir.

—¿De veras? —responde, y las comisuras de los labios se le curvan hacia abajo, y estoy a punto de detenerme. Pero no puedo, no puedo parar. No quiero más mentiras.

—Estos últimos meses he tenido mucho tiempo. Pensé que debería empezar a aprender. A prepararme para ser enfermera. Y vivo en una casa llena hasta el techo de libros sobre medicina, lo que es idóneo. Pero ¿por dónde empezar, en un tema tan vasto? Así que me dije: empezaré por nosotros. Descubriré qué afecta a los Villarca. La enfermedad.

No entiendo la expresión de sus ojos oscuros. No dice nada.

—Leí todo lo que encontré sobre las familias, sobre las enfermedades congénitas —sigo—. Que se transmiten de generación en generación.

Fueron muchas horas de sostener los libros polvorientos ante mí, sobre la colcha. Mis manos débiles se impregnaron con el olor seco del papel mohoso, de la tinta vieja.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —dice. Parece muy tranquilo.

—*Horror autotoxicus* —digo—. El término que acuñó Ehrlich. Es un mecanismo de protección. El sistema inmunológico lo utiliza para distinguir entre el tejido sano y el enfermo. El *Horror autotoxicus* es bueno. Carecer de él es peligroso.

—Mucho.

—Por lo tanto, quiero saber por qué me contaste esa historia —digo, y aborrezco que me tiemble así la voz—. Por qué me has mentido desde que tengo uso de razón, toda mi vida.

Papá me pone un dedo bajo la barbilla. Me levanta la cara hasta que nos miramos frente a frente.

—Sí —dice—. Pensé que, si se trataba de algo racional, no tendrías miedo. Ya veo que fue un error.

—Eres un mentiroso.

—Si quieres que hablemos de mentiras, te pediré que me expliques por qué rompiste las reglas cada noche, por qué me mentiste

cada día. Iba a esperar a que recuperases las fuerzas, pero tú lo has querido.

—No sé a qué te refieres.

—¿Quién me despertó en medio de la noche, Iris? ¿Quién me dijo que habías caído enferma? Todo ha salido a la luz.

No sabía que Tom había acudido a papá.

—No lo castigues —digo—. Fue culpa mía. No lo eches.

—Bueno. No podemos seguir así. Quiero confiar en ti, pero hasta ahora no has sido digna de esa confianza. Me has mentido.

—He tenido de quién aprender —respondo, asombrada ante mi propia osadía.

—Pero yo lo he hecho con un motivo. —Los ojos de mi padre se clavan en la tumba. Luego, en la forma silenciosa que hay junto a mi madre, la que vive—. Quería protegerte.

—¿Por qué no puedo tener amigos?

—Cuando te cuente esto, dejarás de ser una niña. Querría haberte dado unos pocos años más de inocencia. Pero si no puede ser... Estamos en el lugar adecuado. Donde ella está enterrada. Donde me permitieron enterrarla. No era lo habitual. El vicario fijó el límite en una lápida. La Iglesia no perdona, pero al menos descansan juntos. Los hermanos. Eso sí se lo pude dar.

Algo grazna entre las ramas desnudas del árbol y me sobresalto.

—Papá...

Una sombra nos sobrevuela. Un grajo, grande, hermoso, con su voz ronca.

—Mírame —dice mi padre—. Si tienes edad para llamarme mentiroso, tienes edad para interpretar las pruebas. Vamos. Ejerce la lógica. ¿Qué es en realidad la enfermedad?

—Puede que sea tu miedo —digo—. El miedo a que te deje solo.

—No —responde—. Ojalá.

—Dímelo, papá.

—Tendrás que descubrirlo por ti misma. Es necesario. No seré yo quien ponga fin a tu infancia.

Tomo aliento con la respiración entrecortada.

—Muy bien —digo—. Entiendo que tienes una buena razón para mantenernos aislados del mundo.

—Así es.

—¿Porque es peligroso para nosotros... o porque suponemos un peligro?

—Las dos cosas.

—Somos los últimos Villarca, de modo que es cierto que los Villarca tienen tendencia a morir jóvenes, como si se tratara de una enfermedad congénita.

—Cierto.

—Pero no es un defecto congénito. Porque los que entran por matrimonio en la familia Villarca mueren por la misma causa.

—Sí.

—Y no se trata de contagio.

—No.

—No morimos por causas naturales. De lo que se deduce... que nos matan.

—Sí —dice con voz grave—. Bien.

—¿Cuántas maneras hay de morir? En la batalla, en el mar, la caída de un caballo... muchas. Pero todos nosotros morimos de la misma manera.

—Sí.

—Asesinados.

—Sí.

—Eso delata un propósito. Una intención. ¿Nos persiguen, papá? ¿Es una especie de enemistad? ¿Un antiguo enemigo de los Villarca...?

—Te estás acercando.

—Pero esto nos sucede desde hace tiempo. Mucho, mucho tiempo. Así que la enemistad se transmite de generación en generación, tal vez de padre a hijo…

—Es una única persona —dice—. Solo una.

—No es posible. —Tengo el vello de la nuca erizado, frío.

—En muchos aspectos, ella es como una enfermedad. No todo era mentira. Creo que la llevamos en la sangre, nos la transmitimos; es una herencia biológica tanto como espiritual… pero no se parece a nada que haya en este mundo. Viene de noche. A veces, en la niebla. Es una mujer, o fue una mujer. Blanca, famélica. Viene con el sonido de la piedra contra la piedra, de la desesperación. Te mira a los ojos y…

—Un fantasma.

Estoy decepcionada. Había pensado que tal vez iba a decirme la verdad.

—Fantasma, maldición… no son más que palabras. No tienen nada que ver con ella. Se nos ha llevado a todos —dice—. Uno a uno. Nos ha dado muerte. A la última que se llevó fue a tu madre, y a punto estuvo de llevarme así con ella a mí también. Tú y yo somos los últimos. Pero puedes estar segura de que esto no es una historia en el *Blackwood's Magazine.* No te equivoques. No hay una dama lúgubre que flota por las salas desiertas. No nos trae un mensaje desde la tumba. No tiene deseos, solo uno, que es acabar contigo, arrebatarte la vida. —Su rostro es sombrío—. ¿Lo comprendes?

No me dejaré engañar de nuevo. No.

—Era muy niño la primera vez que la vi —sigue—. Sentí… sentí como si al mundo le hubieran robado la médula de los huesos. Creo que me he pasado el resto de mi vida tratando de recuperarme de esa visión.

Se detiene y pone la palma de la mano contra la tierra mullida de la tumba. Tiene en la cara una expresión que no quiero volver a ver jamás, jamás. El sonido de la sangre me ensordece.

—Se nos ha llevado a todos. Y estoy decidido a impedir que se te lleve a ti, Iris. Pero para que te pueda mantener viva, para que te pueda mantener a salvo, tienes que obedecerme punto por punto. Porque hay una cosa cierta: viene a por todos los miembros de nuestra familia. Viene tarde o temprano… cuando amamos. ¿Me comprendes? —Me coge el rostro entre las manos y me mira, y es lo más aterrador de todo, porque sus ojos están cargados de tristeza—. ¿Entiendes lo que significa esto, Iris?

—Que he de tener mucho cuidado —respondo—. No puedo…

Me detengo, porque la verdad es que no lo entiendo. Un pensamiento me sale de lo más hondo: «luz de luna». La enfermedad me recorre entera.

—Si amas —dice—, o si contraes matrimonio, o si perpetúas la estirpe, ella viene. No son cosas que vengan juntas siempre… cielo santo, esa es otra conversación que hemos de tener. Pero, para ella, no hay diferencia, así que no debes hacerlo. No traigas a nadie a nuestra familia. Es la muerte para esa persona y también para ti. Los Villarca que tienen una vida larga y mueren tranquilos en su lecho son los que han vivido y han muerto solos, y no han dejado a nadie. Conocer a otros es un riesgo. Es un riesgo tener criados que vivan en la casa, recibir visitas… tener contactos. Porque hay muchas maneras en que… Por eso he intentado aislarme, prohibir la entrada a los desconocidos, no tener criados.

»No sirve de nada. Las personas son como el agua, siempre encuentran las grietas. La respuesta está en el camino más difícil. Tienes que aislarte en tu interior como si fuera una fortaleza. Tienes que mantener a todo el mundo lejos. Siempre. Controla lo que sientes por los demás, sumérgete en la actividad mental, trabaja hasta la extenuación de modo que todos tus impulsos, toda tu energía, no lleguen al corazón. ¿No ves que yo también vivo según las Reglas más

estrictas, Iris? —Me coge la mano—. El precio es muy alto. En el pasado, fue demasiado alto para mí. Sabía de la existencia de ella, sabía lo que podía hacer, y aun así… Pero no, nunca más. Ya me ha costado suficiente.

—¿Cómo puedo creerte, papá? ¿Cómo sé que no es otro *horror autotoxicus*?

El aire se ha vuelto denso con su intensidad. Casi no puedo respirar.

—Sabes que ella existe —dice—. ¿No has percibido su presencia? Aguarda entre las sombras, allí donde no llega la luz de la lámpara, en el fondo de los pozos. Está detrás de ti en un pasillo largo y oscuro. Lleva años caminando junto a nosotros, los Villarca. Ya te ha visto.

—Suéltame —digo, aunque no me está tocando.

Lo aparto de mí, huyo corriendo de su vasta sombra hacia la entrada techada del cementerio. Los caballos reculan tanto como les permite la cuerda, con los ojos muy abiertos. Noto el enganche que la cierra pegajoso entre las manos. *Algo se desenrosca a la luz de la luna.* Pongo la cara contra la madera vieja.

El contacto de la mano de papá sobre mi hombro es ligero. No habla. Tiene el rostro arrugado y triste. Me da un pañuelo.

—Y tú, papá… ¿cómo te has salvado?

—La he engañado, Iris. La he engañado una y otra vez. La vi cuando era niño, pero esa vez venía a por mi madre. Luego volvió a por mi padre… También a por tu tío… Y, muchos años después, a por tu madre… Se los llevó a todos, los arrancó de mi lado y me quedé solo. No pude hacer nada. Nada. —Señala el cementerio con un dedo largo y huesudo—. Mi Meg está ahí y… es inconcebible. No me lo puedo creer. No es posible. A día de hoy, todavía me despierto a veces tras soñar que no está muerta. —Me coge de la mano—. Son despertares insoportables. No debería estar enterrada. Debería estar aquí, a la luz del día. He tenido muchas ocasiones para el amor en mi vida. Se podría decir que más de las que me correspondían. Pero las he pagado con dolor. Atravesar ese largo valle oscuro una vez es una agonía. Yo lo he hecho muchas veces. De no ser por ti, no tendría motivos para seguir aquí. Habría muerto, y ella habría cumplido su objetivo… De no ser por ti. Eres lo único que me ata a este mundo, Iris. Pero entiéndelo. He aprendido de mis errores y jamás, jamás permitiré que se te lleve.

La ira que siente me arrolla, me recorre como una conmoción. El mundo de pronto es nuevo, vívido, peligroso. Nos quedamos allí, de la mano a la luz del atardecer, y siento lo que imagino que siente la gente en la iglesia. Los colores de la hierba, la piedra y el cielo mismo se han alterado. Y yo he cambiado, para siempre. Mi padre tenía razón.

—¿Cómo, papá? —susurro—. ¿Cómo la engañaste?

—He pagado un precio. —Se lleva la mano temblorosa a la bolsa de la cintura.

—Yo también…

—No. ¿Me oyes? Es un infierno. No quiero ni que te acerques.

—Me puedo marchar —digo.

El camino serpentea por el páramo. Es muy bello a la luz decreciente.

—Sí. Es otra posibilidad. Marcharte de Rawblood, de Dartmoor. Yo lo intenté, otros lo han intentado. Y al final no sirve de nada. Nos podemos alejar meses, años incluso. Pero nos ponemos enfermos, y la única cura es volver a Rawblood. Estar lejos nos mata. Volver nos mata.

Esboza una sonrisa con los labios apretados. Sin rastro de él.

Frío. Frío.

Una nube solitaria cruza el cielo. El viento trae el aroma oxidado de las hojas secas. A lo lejos, las aguas frías y sucias del Dart corren sobre las piedras. El páramo se extiende a nuestros pies en una sinfonía de verdes, grises, pardos. Los peñascos se clavan en la tierra. El sol ilumina el aire. Una golondrina pasa sobre nosotros.

Mi padre me pone una mano en la cabeza.

—Sí —dice—. Eres una Villarca, no cabe duda. Porque esto es amor. Lo que sentimos por este lugar, por Rawblood. Puede que con eso baste.

Asiento, porque sin duda nadie provocará en mí esta exultación. Nadie puede igualar la magnificencia de esta tierra.

—¿Qué quiere de nosotros? —pregunto.

—Es muy extraño. —De pronto está pensativo, como ausente. En momentos así es cuando recuerdo que mi padre fue médico en sus tiempos—. Sus deseos son inconsistentes… Rudimentarios, como los caprichos de un niño. Quiere tenernos cerca, quiere que estemos aquí. Pero no que crezcamos o vivamos. Es como si pretendiera conservar Rawblood, y a nosotros, eternamente suspendidos, inmutables, bajo una cúpula de cristal, en la vitrina de un museo. ¿Por qué? ¿La entretenemos? A veces, a lo largo de los años, he pensado que no somos más que sus juguetes. Solo que ella al final mata a sus juguetes.

Tiene el rostro demacrado, viejo. Como si le hubieran sorbido algo de dentro. El sol llega a la esquina del crepúsculo en el cielo y la luz amarillenta se torna tenue sobre las lápidas.

Lo comprendo. Cuando me alejo de él, se está sacando el saquito del bolsillo. No vuelvo la vista, claro. No lo miro.

Nell y Soldado pelean junto al camino, se lanzan dentelladas, veo crines entre los dientes amarillos. Contemplo el montículo que es mi madre y la loma florida junto a ella que es… ¿mi tío? Por un momento casi los veo, la familia unida en el tiempo, una serie de estanques conectados, relucientes bajo el sol, mientras el mar entra y nos baña y vuelve a salir… Debería tener miedo. Tengo miedo.

La mano de papá sobre el hombro me sobresalta.

—Iris —dice—, no soy el villano de una pantomima. No quiero echar al joven Gilmore. Pero dime una cosa: ¿puedo confiar en que harás lo mejor para ti y para él? Pienses lo que pienses, es peligroso que seas su amiga. Es peligroso para los dos.

He pasado muchas horas mirando al techo, tosiendo ante la palangana, febril contra la almohada, y siempre pensando qué le iba a decir a Tom. No hacía falta. Se trate de enfermedades o fantasmas, el final es siempre el mismo.

La soledad no es como cree la gente. No es una canción. Es un nudo amargo que guardas muy cerca de ti, como la gallina sobre un huevo. ¿Qué pasa cuando se rompe la cáscara? ¿Qué sale?

La brisa sopla con más fuerza. Me estremezco sin poder impedirlo. Papá se da cuenta.

—Tenemos que marcharnos ya. Es hora de dejarla —dice.

En el rincón del cementerio acariciado aún por el sol, la tumba de

mi madre es una algarabía de púrpura, rojo y blanco.

—Me quedo un rato. —No quiero volver a estar entre muros.

—No hace ni una semana que te has levantado de la cama —me dice con afecto—, y ha refrescado mucho.

Inclino la cabeza y accedo.

—Si confiamos el uno en el otro, puede haber mucha más libertad —dice papá—. No quiero aislarte del mundo, ni cerrar Rawblood al mundo. Por cierto, ¿por qué enfermera?

—Cuando vi al señor Gilmore, y luego cuando estuve tan enferma, me pareció que era importante curar a la gente. La enfermedad es espantosa... —Me quedo sin palabras.

—Sí —asiente—. Eso lo entiendo. Pero ¿por qué enfermera? ¿Por qué no médica?

—Eso es lo que más desearía. Pero no se me ocurrió que...

—Puedes estudiar en casa. Y luego, tal vez París. La Sorbona admite a mujeres. O Edimburgo. Les escribiré. Pero no será posible si no haces lo que te digo, si no mantienes la distancia con la gente, si no puedo confiar en que te protegerás a ti misma y a ellos.

Mantenerme lejos de él, claro. Apagar la luz.

—Puedes confiar en mí, papá. Haré lo que dices.

Tal vez mi padre esté en lo cierto. Estoy creciendo.

—Gracias —dice, cansado—. Gracias. Puedes ser feliz, Iris. Y puedes ser importante.

¿Cuándo terminaremos de negociar mi padre y yo? Al otro lado del muro del cementerio, Soldado lanza una bocanada de vaho, anhelante, en dirección a papá. Sabe quién de nosotros dos lleva el azúcar.

—Lamento mis fallos, que son muchos. Como padre, como hombre. Pero en esto no te voy a fallar.

Hace ademán de abrazarme, titubeante, temeroso del rechazo. Se le escapa el aire cuando lo rodeo con los brazos y lo estrecho con fuerza. El mundo es extraño. No siempre se entiende. Pero siempre

queda esto.

—Háblame de nuestra familia —digo—. Quiero saberlo todo. Ahora.

Regresamos despacio, dejando atrás al sol.

INVIERNO

Yace sobre la mesa de caoba. Un doble fantasmal flota debajo, reflejado en la madera pulida, brillante. Creí que iba a ser blanco, pero es gris, amarillento por los bordes.

Martin contempla el esqueleto.

—Es alto —dice para sí mismo, y se levanta—. ¿Te ves capaz, Iris?

Martin Goodman es todo colores cálidos. Tiene la piel como el pan recién horneado.

Estoy concentrada. Los huesos están en perfecto orden, cada uno lleva al siguiente de forma natural. La cabeza es una manzana calcificada.

—Cráneo —digo—. Mandíbula. Vértebras cervicales. Esternón…

Voy tocando uno a uno los huesos amarillentos. La yema del dedo canta.

Este es mi secreto: cuando toco el esqueleto, paso a ser parte del aire en penumbra de la sala, de la madera de caoba brillante, del pelo pajizo de Martin que le cae en un flequillo repeinado sobre la cálida frente. Me muevo como el agua entre las paredes de granito de Rawblood. Salgo al exterior y me extiendo por el cielo gris oscuro, el páramo, las colinas sobre las que empieza a caer la nieve.

—Muy bien —dice Martin—. Hazlo otra vez. —Extiende las manos y amontona los huesos. Es espantoso, es terrible. Era una persona, y ahora es una pila de huesos—. Ponlo como debe ser.

Le enseño la casa antes de cenar. Escudriña la galería en la parte alta del vestíbulo. Contempla la balaustrada pulida que serpentea hacia arriba y se pierde en los pisos superiores. Observa la enorme repisa de mármol que fluye como la lava sobre la gigantesca chimenea y baja por los lados. En la cascada de piedra blanca hay caballos, y

lianas, y querubines, y hombres con cuernos.

—Es de Italia —digo—. La trajo mi abuelo. De Carrara.

Se sobresalta.

—¿Vas muy a menudo? —Es educado.

—Papá me llevará cuando sea mayor —digo.

Una visita breve. No puedo estar ausente de Rawblood mucho tiempo.

Le muestro el salón rojo, reluciente, de paneles oscuros, con tapices del color de la sangre fresca. Por un momento, veo la estancia a través de sus ojos: intensa, sombría, malévola. Es una sensación desagradable, como ponerse los zapatos de otra persona aún calientes.

—No hay cuadros —dice.

—Están ahí. —Señalo con energía los pesados óleos que cuelgan por toda la habitación: garzas, edificios en ruinas, pantanos. Hombres que arrean vacas de colores tenues.

—Quiero decir de personas. ¿Dónde están los retratos de familia? De los Villarca.

—A papá le recordaban demasiado a mamá —digo—. Sería muy triste.

Estoy orgullosa de esta respuesta tan remilgada. La verdad es que creo que papá tendría miedo de verse rodeado de tantos muertos.

Martin apenas toca la carne poco hecha con la punta del cuchillo. Se sobresalta cuando mi padre le dirige la palabra, con una expresión de alarma en el dulce rostro. Mi padre le dice que es un hombre muy prometedor. Él asiente treinta, cuarenta veces.

La nieve cae cada vez más densa, en silencio, sobre Martin en el pescante, sobre la caja del esqueleto con interior forrado de terciopelo que viaja en la parte de atrás.

—Caramba —dice, y se sube el cuello.

Tiene estrellas blancas en las pestañas, en las mejillas, en el sombrero. No se apura.

Veo en su rostro lo que está pensando. ¿Por qué tiene que viajar dos horas en medio de la nieve y el anochecer cuando está en una casa enorme llena de habitaciones desocupadas?

—Buen viaje, caballero —dice mi padre.

Alza una mano sin guante, la piel cálida contra el mundo blanco.

—Bueno —dice—. Te veré la semana que viene, Iris, si... —Extiende una mano y le caen copos en ella—. ¡Si es posible!

Agito la mano en gesto de despedida.

—No le gustamos —le digo a papá cuando volvemos a estar ante la chimenea del salón rojo. Quiero decir que no le gusta Rawblood—. Y huele a limones.

La luz del fuego, el chisporroteo tras la rejilla. Nos sentamos aquí casi todas las noches. Es un ritual amable, un momento que aguardo con impaciencia. El final cálido de cada día, la forma vasta de papá tras su escritorio, o en el sillón enfrentado al mío. Las gafitas en la punta de la nariz, el pelo de tejón, blanco y negro, alborotado a la luz de las llamas.

—Cree que somos inmorales —dice mi padre—. O... no. Cree que yo soy inmoral y que te estoy educando a imagen y semejanza de mi depravación.

Hace poco que he descubierto que mi padre es muy divertido. La luz en lo más hondo de sus ojos color caoba, la ligera curva de sus labios. No lo sabía. Me hace reír.

Durante estos últimos meses hemos logrado una nueva normalidad en la que no se menciona a mujeres blancas ni a la muerte. Ahora miramos hacia delante.

Casi todas las veladas hablamos de enfermedades o de medicina. Las palabras fluyen hermosas, como el agua. *Olécranon. Coronario. Ilíaco. Parietal, occipital*. Antes no me había atrevido a imaginar un futuro. Ahora empiezo a verlo.

—Me podrías enseñar tú —le digo a papá—. No lo necesitamos.

—No —dice con tono alegre—. Estoy terriblemente desfasado. No sabría ni por dónde empezar. Y es conveniente que conozcas otras opiniones, que el mundo entre un poco en esta casa. Desde que

conoces la situación, tu comportamiento ha sido muy sensato, Iris. Y si eres sensata, es buena cosa que estés con otras personas… por irritantes que sean.

Iba a estudiar en París, pero es probable que el año que viene estalle una guerra, así que… no. Tal vez tenga que esperar, dice papá. Pero idearemos algo. Y yo lo creo.

—Qué joven tan estricto —dice papá—. Y qué seguro. Tiene esa expresión de certidumbre implacable, de moralidad implacable. ¿Tendrá opiniones muy firmes sobre las jóvenes y sobre lo que es apropiado y lo que no? Seguro que sí. Me recuerda mucho a alguien que conocí. —Esboza una sonrisa privada.

—¿A quién?

—Fue hace mucho tiempo. Antes de que nacieras tú.

El fuego le ilumina los ojos, le arranca destellos castaños. Por un momento, parece muy joven.

—Un bobo, seguro.

—Goodman no es el único que lo ve todo en blanco y negro. Y no, no era un bobo. Yo lo quería mucho.

—Un bobo —insisto.

Se echa a reír.

—Vale, es posible que un poco, sí. Da igual. Goodman es inteligente y es buen profesor. Quiere complementar sus ingresos y nosotros queremos que aprendas. Todo el mundo contento. ¿Nos importa lo que opine?

—¡En absoluto!

Martin Goodman cree que lo despreciamos. Es cierto que nos burlamos un poquito de él, pero no es lo que él piensa. Papá jamás permitiría que alguien pasara la noche en Rawblood. Solo nosotros.

Me siento en el taburete de satén, ante el espejo de la cómoda, y me prepara para el suplicio. La habitación está en penumbra, caldeada. El peine de marfil surca mi mata de pelo. Es una sensación deliciosa, retorcida. Se me saltan las lágrimas. Tiro, suelto una

maldición, lanzo balidos como una oveja. Estudio la página, pero lo dice con claridad. Cien veces. Tiro la revista contra la otra pared. Me invento mi propia educación. Con papá. Ninguno de los dos sabemos bien cómo son las damas.

En el espejo se mueve algo blanquecino. La luz de la lámpara baja y dorada, los tablones pulidos. La habitación es cálida, familiar. Está desierta. No hay nadie. Pero ¿no hay algo? Una turbación en el aire, tal vez un olor... Observo con el pulso acelerado. Me vuelvo hacia el espejo. Está inclinado hacia delante en ángulo. Veo parte de una cara joven, pálida, que me contempla desde una esquina. Mi propio rostro, que es lo que he debido de ver.

Lo del pelo parece eterno, pero al final termino. El peine tintinea contra la bandeja de porcelana. Mi habitación está en silencio. Más allá de la puerta, Rawblood se aposenta. Sonidos amables, madera, metal, que se comunican entre ellos, adormilados.

Me dirijo hacia la ventana. Al otro lado, la noche fría. El tejado es de un blanco solo roto por las huellas que ha dejado algún ave nocturna. La ventana sobre el establo está a oscuras. Algunas noches se ve una lucecilla titilante. A veces, la silueta de una cabeza. Un halo tenue de luz de vela. Esta noche, no.

Me llevo un dedo a la hondonada de la yugular. La clavícula, el último hueso que se suelda en el cuerpo. El toque final de la edad adulta. Años después de que todo lo demás haya terminado, la clavícula seguirá creciendo, formándose, uniéndose al esqueleto. La mía acaba de empezar. Tardará al menos una década en completar un proceso. Puede que cuando tenga treinta años. Un momento increíblemente lejano. La palabra «clavícula» viene del latín medieval y significa «llavecita». ¿La llave de qué? Crecer es un proceso muy lento.

—¿Quieres una historia esta noche?

Papá está en la puerta, una sombra vasta, negra. Me imagino que el resto de la gente reza antes de dormir. En Rawblood no rezamos.

—Sí, papá —digo cuando recupero el aliento.

Corro la cortina a toda prisa para dejar afuera la noche nevada. Camino descalza por los tablones fríos del suelo y me arrebujo entre las sábanas de la cama.

—¿Hervör? —pregunta.

—No —digo—. Otra cosa.

Ya no me gusta la *Saga de Hervör*. Cuando era pequeña, no me llegué a fijar en el final de la historia.

Papá se sienta junto a mí y me cuenta historias sobre nosotros. Los Villarca. Mi familia.

Una vez se va, me quedo tumbada, despierta. El aceite de la lámpara se agota. Por lo general, últimamente no me cuesta conciliar el sueño. Me cubre como una sábana de seda húmeda. Esta noche no es así. Tras un rato, me levanto y cubro el espejo con las enaguas.

Hervör llega a ser reina. Tiene dos hijos, Heidrek y Hegel. Hegel es bondadoso y amable. Heidrek es un asesino celoso y cruel. Hervör tiene que expulsar a Heidrek de su reino pese al amor que siente hacia él. Hegel, generoso, se ofrece a ir con su hermano. Hervör le entrega a Heidrek la espada Tyrfing para que los proteja a ambos en el exilio. Se ve a sí misma en Heidrek y lo quiere pese a sus fallos.

En cuanto salen del reino, Heidrek desenvaina la espada Tyrfing y asesina a su hermano. Viaja a otro reino. Es encantador y consigue que el bondadoso rey lo acepte. Luego, mata al rey y a su hijo recién nacido para apoderarse del reino.

Pero, al ver que Heidrek no se guía por el amor ni la lealtad, sus súbditos deciden que ellos tampoco lo harán. Lo matan en medio de la noche y se llevan su espada. Heidrek muere solo, sin amor, habiendo asesinado a su propia sangre.

Hervör era valiente, pero estaba equivocada. Nunca debió bajar al ultramundo ni despertar a su padre. Tendría que haberle hecho caso cuando le dijo que no se llevara a Tyrfing. Tendría que haber seguido sola.

Charles Danforth

7 DE OCTUBRE DE 1881

Vivimos en Rawblood como un par de solteros. Ya he comentado que no hay otros criados aparte de Shakes. Doy por hecho que no soportaron las investigaciones de Alonso, lo que explica que tenga unos sentimientos tan ardientes con respecto a la actitud de la gente hacia la medicina experimental. Sus sirvientes lo han abandonado y nadie del pueblo viene a sustituirlos. La cena de la primera noche fue resultado de un esfuerzo inusual que Shakes no puede reproducir ahora que tiene que atendernos y cocinar para dos. O eso deduzco de sus comentarios. Comemos una mezcla excéntrica de quesos, gelatinas y fiambres, lo que Shakes pueda sacar de la menguante despensa y algún pez del río o conejos del páramo llenos de perdigones. Estos últimos ni los toco. Ha dejado de gustarme el conejo.

Las camas están hechas de cualquier manera, tanto así que anoche me encontré con el peine del bigote en el pie, entre los pliegues de una sábana, y la ropa no se lava. En la cocina se amontonan los platos sin fregar, y Alonso se ha hecho con un terrier al que llama Punch que se encarga de los insalubres invasores que se han aprovechado de la ley marcial declarada aquí.

La casa muestra los efectos de la negligencia. En las habitaciones menos frecuentadas se acumula el polvo, y ayer me encontré una telaraña en una puerta, brillante bajo los rayos del sol. No tuve valor para quitarla. Me pareció un producto hermoso y sencillo de la mano del Creador. Hay algo de divino en una telaraña. La reverencia que sentí no menguó en absoluto cuando entré en la estancia a oscuras y se me agarró al rostro con sus manos diminutas.

Sin duda, seguir así durante mucho tiempo sería agotador, pero no puedo negar que me resulta estimulante. Vivimos sin obstáculos, sin trabas, sin juicio ajeno. Es un placer desayunar de pie, cogiendo gelatina a cucharadas de la fuente, todo ello sin dejar de hablar con Alonso de lo que nos interesa, sin tener que pararnos a pensar en el escalofrío de una criada o en un ama de llaves que entre y salga con los azucareros.

Pero me estoy dispersando. Ayer fui al pueblo a comprar coles. Hay que dar de comer a los caballos, que consumen gran cantidad de verdura y ya han devorado todo lo que había en el huerto de Rawblood. Me sorprendió sobremanera un encuentro que tuve en el

camino de vuelta.

Dartmeet se extiende a ambos lados del río. Dos grandes puentes de piedras planas unen las dos márgenes. Son los famosos puentes de losas de Dartmoor. La gente los cruza a pie, o bien atraviesan el río en esquifes, y hay muchos niños que nadan como peces, gritan y se pelean como suelen hacer los niños, bajo los auspicios del juego.

En esta zona de los páramos no hay estaño, así que los aldeanos se dedican a la extracción de turba, a la cría de ganado y a la pesca. Viven casi como han hecho desde hace generaciones, de la tierra, y hacen una sidra excelente. Sí, es un lugar grato a la vista, bullicioso y con hermosos tejados de paja, bebés regordetes y niños impertinentes, y tiene su propio ritmo. Darmeet me inspira cierta nostalgia. Habría querido nacer aquí, no en Ese Lugar.

Hice las compras, me metí el paquete bajo el brazo y me acerqué al río para contemplar el efecto de la luz del sol sobre las aguas pardas en las que se da la corvina pinta. En un recodo tranquilo, río arriba de las casas, tuve el privilegio de ver cómo un martín pescador se hacía con su almuerzo. El sendero estaba bordeado de brezo y tojos, matorrales entre los que tenían lugar los muchos asuntos apremiantes que acontecen en los arbustos en otoño. Las mariposas revoloteaban por el camino, relámpagos azules tan pequeños y veloces que engañaban a la vista. Marcaban su presencia de manera temblorosa, insegura, como conscientes de la brevedad de la existencia que les había correspondido; y cierto es que solo este calor tan fuera de época las ha hecho salir, y cuando cambie el tiempo, como pronto hará, no tardarán en desaparecer. A lo lejos, el páramo se extiende bajo el cielo despejado en surcos largos y ondulantes, púrpuras, pardos y grises hasta donde abarca la vista.

Mientras recorría la naturaleza con la vista, mi mente se dedicó a elucubrar sin gran apremio sobre un problema de cálculo que se había presentado esa misma mañana. Tan centrado estaba ensayando argumentos para que Alonso aceptara una proporción normal de corpúsculos rojos y blancos en lugar de hacer un recuento de cada muestra, lo que llevaría a un ahorro de horas si no de días, que no oí el sonido de los cascos que se aproximaban por el angosto sendero, y una curva del río me impidió verlo. Como consecuencia, llegué a la curva al mismo tiempo que el caballo y, antes de poder darme cuenta, me encontré bajo el animal.

Hay una suspensión de la atención que se da en momentos de crisis, cuando en el mundo solo quedan patas, hierro y cascos, junto

con una buena cantidad de músculos equinos que se me echaron encima. Tiré las coles a un lado y me lancé hacia el otro.

Tras levantarme de la maraña de brezo y helechos, y con una buena cantidad de ambas plantas en mi persona y en mi boca, me centré en librarme de ellas, y solo cuando pude fijarme en otras cosas me di cuenta de que el caballo, que me había parecido un ser demoniaco de ollares dilatados y fuerza descomunal, era en realidad una yegua pequeña y parda que se dedicaba a pastar, satisfecha. Dos personas iban con ella, una a lomos del animal: un niño pequeño, regordete, de piel blanca y pelo cobrizo. Lo miré y me devolvió la mirada, y se metió el pulgar en la boca.

Pasé a fijarme en el otro, un hombre que estaba a mi lado y me ofrecía disculpas abundantes, sentidas. Tenía en las manos la bolsa de coles que se había reventado con la caída.

—¡Cielo santo, no imaginaba que hubiera nadie en este sendero! En Dartmeet van por el camino grande, y daba por hecho que, de haber alguien por aquí, oiría llegar a Sadie...

—Así que ha dado por hecho que me iba a apartar yo —repliqué de malos modos, porque empezaba a sentir varias magulladuras.

Mi atacante era un hombre más joven que yo, rubio, de ojos azules grandes y con ropas de montar. Se agarraba con fuerza el sombrero y tenía una expresión suplicante en el rostro.

—¡No, no, en absoluto! No sé cómo pedirle perdón. Suelo venir por este sendero, que es poca cosa, poco más que un paso de ovejas, así que nunca me encuentro con carros o caballos. No estaba prestando atención, solo disfrutando del viaje. Tiene usted razón, señor.

Siguió así un rato hasta que me cansé del asunto y le dije que no importaba, que tenía que seguir camino. Pero el caballero, que se apresuró a presentarse como el señor Henry Gilmore, no quiso ni oír hablar del tema. Aquel era su hermano, Robert —momento en que el niño pelirrojo se sacó el pulgar de la boca para mirarme con atención —, y vivían en la granja Trubb, ¿la conocía?, al este de Princetown. Le dije que esperaba que se dirigiera allí de inmediato, con la calma y cautela de la que le sabía capaz, a lo que respondió con una carcajada. Ni mis modales ni mi evidente deseo de librarme de él sirvieron de nada que no fuera convencerlo de que debía ayudarme a cualquier precio para compensar el daño que me había causado. Imagino que se

trata de una de esas personas que considera que su valor estriba en gustar a todo el mundo. En ese aspecto no podía complacerlo, pero tampoco enfrentarme a él, y al final me pareció menos extenuante seguirle la corriente, le dije mi nombre y dónde vivía.

—Las cargará Sadie —dijo con decisión sin soltar las coles—. Rob, sujétalas bien, y nada de tonterías. No tendrán más que una babosa o dos, así que no habrá problemas, y vamos juntos. Siempre que esté seguro de que se encuentra bien, señor Danforth —insistió por séptima u octava vez—. ¿Puede caminar?

—Doctor Danforth. Y no soy de porcelana, se lo garantizo.

Un estremecimiento en la pierna confirmó la afirmación, pero me lo reservé. Mi afirmación provocó una avalancha de elogios a los doctores, así como su certidumbre de que yo debía de ser una persona muy lista, porque lo que es él no podía con los libros, y en el fondo mejor porque iba a ser granjero, y a los granjeros no les van bien esas cosas en la cabeza. Además, sus hermanas, tenía seis, ¿me podía imaginar yo lo que tenía que soportar el pobre hombre?, pues sus seis hermanas iban a necesitar que se encargara de ellas, y aquí se le nubló la expresión animada, y eso no se aprendía en la universidad, que además llevaba demasiado tiempo y solo lo preparaba a uno para trabajar en la casa, no fuera. No, lo que él necesitaba era heno, trigo, vacas.

—Y aquí, Robert, así que ya ve, doctor Danforth, ¡ocho somos en total!, es un trasto, se lo digo yo. ¡Más vale que aprenda a doblar el lomo!

—Yo voy a ser mayordomo —replicó Robert con el ceño fruncido en el rostro regordete—. No granjero. Las cosas de la granja son muy sucias.

—¿De verdad, trasto? —replicó Henry Gilmore, y le dio un tirón de la oreja. Se volvió de nuevo hacia mí—. Mis hermanas, además, tienen una edad de lo más inconveniente. La más pequeña, Rebecca, empieza a querer cosas. Todo lo que tiene ha pasado ya por cinco manos antes de llegar a ella. Y Sarah, la mayor, siempre necesita algo nuevo, pero no lo acepta, y el dinero que tiene para gastos me lo da para reparar el arado y esas cosas. No compramos nada, todo lo adaptamos, es una cosa y la convertimos en otra, como en esos cuentos griegos: un chal se convierte en un manguito, la cinta de un vestido en la cinta de un sombrero; vivimos de la imaginación, el trueque y el intercambio. Serían capaces de hacer cualquier cosa con

un trozo de tela y un alfiler de sombrero.

Al no estar familiarizado con las costumbres de las mujeres, no se me ocurrió respuesta alguna a estas ocurrencias, así que siguió hablando.

Supongo que el señor Gilmore era un acompañante entretenido para los que gusten de estas cosas. Era de conversación animada, lleno de interés por todo lo que pasaba en el mundo; pero parecía incapaz de atenerse a un tema, y su charla pasaba con la ligereza de un arroyo de un tema a otro, sin pausa: la ligera indisposición de la reina, el precio del maíz y los vallados para las vacas. Saber un poco sobre tantas cosas no es muestra de una personalidad resuelta. Yo prefiero las personalidades más sobrias, de un tono más uniforme, y el señor Gilmore es multicolor. Pero pide su opinión al interlocutor con deferencia, con aire de inocencia y expresión querúbica, hasta el punto de que me hizo pensar que mi opinión tenía un enorme peso y sería una grosería no exponerla, vista la elevada estima con que la recibía.

En el camino a través de Dartmeet y las casas de los alrededores descubrí que sacrificaba todo su conocimiento en el mismo altar que sus desdichadas hermanas: era un chismoso sin remedio. No podíamos ver un edificio en una colina distante sin que me lo señalara y me informara de que la hija mayor estaba encaprichada con el herrero de Bovey Tracey y su familia no lo veía con buenos ojos porque el muchacho era demasiado aficionado a la diversión… Y Townall, el de aquella casa de piedra, lleva años cargando la balanza cuando esquila a sus ovejas, y lo que ha ganado así lo iba a invertir en comprarle una casa a su madre en Dartmouth, así que nadie protestó, excepto la señorita Poole, la maestra de la escuela, que dijo que lo iba a denunciar a la justicia… Todo muy inofensivo, y con tanta carga de humor como falta de malicia, así que era imposible hacerlo callar, y siguió de esta manera hasta que pasamos junto a una verja en la que se enroscaban rosas tardías, fragantes. Allí se detuvo.

—Aquí vive la señora Gowan —dijo—, con la señorita Charlotte Gowan.

La expresión de su rostro hizo que yo también me detuviera. La interrupción repentina de la copiosa charla me resultó tan desconcertante como me había parecido su comienzo, así que le pregunté por la familia Gowan. Se encogió de hombros. No había nada que decir de la madre.

—¿Y la señorita Gowan?

—Es la mejor chica del mundo —se limitó a responder.

—A Henry le gusta —dijo Robert, al tiempo que se sacaba el pulgar de la boca—. ¡Le gusta, le gusta! No se ha visto cosa igual.

—Tú, calla —replicó Henry.

Las palabras no fueron bruscas, pero tenía un gesto de abatimiento. Cuando traté de animarlo con felicitaciones, se limitó a encogerse de hombros y cambió de tema. Vi en su rostro una reserva adusta que cuadraba muy mal con unos rasgos no diseñados para ella que me costó controlar la risa.

—Aún es usted joven para pensar en esas cosas.

—Tengo veintiséis años —replicó, y se volvió hacia mí sin rebajar un ápice el rigor de la expresión.

Me sorprendió. No le había calculado ni veinte. Mascullé unas disculpas por entrometerme en sus asuntos, aunque bien cierto es que me los había servido en bandeja. Se echó a reír y me dio una palmada en la espalda.

—Ya lo comprenderá, Danforth —dijo—. ¡Eso si no lo comprende ya! —Su naturaleza cordial y sus modales abiertos me impidieron tomarme el gesto como una afrenta, pero con cierta timidez le rogué que no me vapuleara más, que ya me había golpeado bastante por un día, ante lo que se rio todavía más.

Cuando llegamos al camino que baja hacia Rawblood a través del bosquecillo, hizo ademán de seguir adelante, y lo detuve con unas palabras de gratitud. Me miró con curiosidad.

—¿Aquí es donde para? —preguntó.

—Así es, mi anfitrión es Alonso Villarca, tal vez lo conozca. —Esperé a ver qué perlas tenía sobre él.

Se rascó la cabeza.

—Se me había olvidado que ahora esto se llama Rawblood. Antes era la casa Dempsey.

—Eso debió de ser hace cincuenta años.

—Por aquí, cincuenta años no es mucho tiempo. —Tenía un acento y un aire que me recordaron mucho a Shakes—. No me acordaba… creí que se refería a Two Bridges, que está un poco más adelante.

—¿Por qué no debería parar aquí?

—Puede hacer lo que desee, claro, pero nadie viene por su gusto, y la señora Hitchens, que era el ama de llaves, y su hija se casó con un comerciante de cereales de Exeter…

—Sí, sí, ¡siga!

—Pues fue la última que quedó, porque había trabajado con los padres del señor Villarca, y al propio señor Villarca lo conocía desde niño. Pero al final no pudo con ello y también lo dejó.

Dejé escapar una exclamación. ¡Pobre Alonso! No me extrañaba que tuviera una opinión tan intensa sobre la mezquindad de los ingleses.

—Si prefieren marcharse, es asunto suyo. No me entrometeré en lo que a otros les dicta su conciencia. Pero lo que hace Alonso es en beneficio de todos, de la medicina, de Inglaterra…

Me escuché a mí mismo perorar de esta guisa, y solo me detuve al darme cuenta de que estaba repitiendo buena parte del discurso que me había echado Alonso en la bodega. El señor Gilmore me miró, desconcertado.

—Ah, ¿los experimentos? Pero si eso no les importaba —dijo—. El señor Villarca ha estado haciendo esas cosas desde que volvió de la universidad, y todos le tenían en gran aprecio. No, eso no les molestaba. Si se fueron fue por lo otro.

—¿Qué es «lo otro»? —pregunté con no poca exasperación al comprender que había invertido una generosa dosis de pasión para un público que no la requería.

—Fue… bueno… hicieron que el sacerdote fuera a la casa.

—¿Por alguna enfermedad?

En ese momento intervino Robert, que había estado concentrado en arrancar pelos de las crines de Sadie.

—Por la maldición —dijo con su vocecita aguda—. ¡Por el fantasma de Rawblood! —Y volvió a lo que estaba haciendo con un gesto de concentración en su rostro querúbico.

Henry Gilmore asintió y me miró con seriedad.

—Sí, por eso.

Este chismorreo de aldea me dejó tan sorprendido que, por un momento, me quedé sin palabras. Tardé un poco en volver a hablar.

—Hace veinte años o más que conozco al señor Villarca. Las personas a su servicio siempre me parecieron muy satisfechas con su puesto, con la casa y con su señor. Demasiado incluso. Me parece mal que se dé pábulo a estas tonterías, señor Gilmore. ¡Alonso no consigue a nadie para el servicio! Que la gente del campo crea en esas cosas... en fin, se debe sin duda a lo poco que saben del mundo, es inevitable. Pero que usted, un hombre con pretensiones de refinamiento, vaya repitiendo semejantes bobadas, es inimaginable. ¡Le ruego que no siga divulgando esa historia, aunque de poco servirá ya, para evitar dañar más la posición de mi amigo!

—Perdone que se lo diga, doctor Danforth, pero él mismo lo ha hecho. —Suspiró y alzó la vista hacia el sol como para que le diera fuerzas. Era una imagen notable en un pueblo de Devon: los ángulos del rostro, los rizos del color dorado de las monedas, brillantes a la luz del atardecer... todo eso habría estado en su lugar en un friso del Partenón, no en una colina inglesa y con unas polainas remendadas—. No se puede discutir con la opinión local —zanjó.

—¿Y qué opina de la opinión local? —Permití que el desprecio se dejara oír en mi voz.

—Es como sigue. La muerte en circunstancias tan espantosas del señor anterior y su señora afectó mucho a la gente. Tenga a buen seguro que el nombre de Rawblood corrió, y no para bien. Pero también había mucho pesar por el señor Villarca, el joven. La gente lo quería bien porque no era más que un chico, según mi padre. Un chico agradable, aunque extraño. Por aquí lo consideran un muchacho de Devon, uno de los nuestros. Bueno, lo consideraban. Y luego se hizo mayor y fue a la universidad para hacerse médico, y todo iba bien.

—Vine aquí en alguna ocasión en el pasado —dije, conmovido a mi pesar—. Rawblood era sin duda su hogar.

—Sí —asintió Henry Gilmore con un tono que no acabé de entender—. Tengo oído que usted y él pasaron mucho tiempo juntos aquí por aquellos tiempos.

»Pero, de pronto, dejó sus investigaciones. Se marchó a Italia casi sin decir palabra a nadie. ¡Y no se supo de él en casi veinte años! Fue muy triste para los que lo habían visto crecer, de niño a hombre. Pero mantuvo a todo el personal de la casa con el sueldo completo, como si pensara volver en cualquier momento. Si la gente no sabía antes que los Villarca eran ricos, lo supieron entonces.

»Luego, hace unos meses, llegó noticia de su regreso. Fue a finales de agosto. ¡Imagínese la que se armó! Fue un caos, ajetreo, entrega de mercancías, ropa ventilada, cosas extrañas en cajones para la bodega, hubo que despejar el camino de maleza. Todo muy alegre. ¡Rawblood volvía a abrirse! Fue un regocijo en Dartmeet y alrededores, porque no es bueno que una casa quede vacía tanto tiempo. Las piedras y las paredes se vuelven extrañas, enloquecen. Y no me diga que las casas no tienen sentimientos propios.

»Y entonces llegó el señor Villarca. Bueno. Ya le ha visto la cara, doctor Danforth, no hace falta que le diga que es un espanto. Da miedo mirarlo. Como si tuviera setenta años, no poco más de cuarenta. Y no es solo el aspecto. Él está mal. Habla con gente que nadie ve. En lugar de dormir por las noches, grita y maldice. Algo falla. El servicio empezó a recelar, se inquietaron. Es como si otro hombre habitara en su cuerpo. Algunos dicen que sí, que es el joven señor Villarca. Otros, que es un impostor, como en una historia, que ha venido a apoderarse de su herencia.

»En la casa sucedieron cosas extrañas. La gente empezó a tener miedo. Como consecuencia, y es natural, empezaron a recordar todo lo acontecido hacía ya muchos años, en tiempos de su padre. El señor Villarca respondió a sus temores con palabras bruscas o con el silencio. Y el sacerdote, lejos de ayudar, solo sirvió para empeorar las cosas. Al final, los que trabajaban en Rawbloood se fueron. Vuelve a estar solo. Puede que eso sea lo que quiere.

»Pero en ese lugar... —Henry hizo un ademán en dirección a Rawblood, que se alzaba más abajo, entre los pliegues de las colinas—. Ahí no sucedió nada terrible cuando vivían los Dempsey. Cierto que el joven señor Dempsey no era en modo alguno un santo, y se dio a conocer demasiado bien entre las chicas de la aldea. Se dice que más de un joven de Dartmeet se parece de manera notable a él. Pero es lo que uno se espera, no más. Ahora hay quien afirma que no se debió

permitir a los Villarca que se instalaran aquí, aunque no sé cómo cree el bueno de Ned que lo podía impedir. Y puede que no les falte razón. Cuando vienen forasteros, traen sus cosas, claro, cosas que pueden ser extrañas para nosotros. Otra manera de guisar el cordero, su propio idioma, o algo que preferiríamos que no viniera.

Fui consciente de que estaba oyendo en voz alta mis propios pensamientos con respecto a Alonso y a sus derechos en nuestro país, y repliqué con más ardor del necesario.

—Se muestra usted muy misterioso y quiere espolear mi interés con alusiones a «cosas terribles», señor Gilmore, pero hasta el momento no me ha presentado más que sospechas indignas de un caballero joven. Se ha puesto al nivel de una mujer que cotillea indiscreciones en un salón de té. Lo envuelve todo con intriga e insinuaciones de conclusiones temibles, pero no me dice nada. Tal vez quiera impresionarme o asustarme, pero le aseguro que no lo logra, señor. Le deseo muy buenas tardes.

Se encogió de hombros y pareció a punto de añadir algo más, pero se lo pensó mejor, bajó de Sadie la bolsa de las coles y me deseó un buen día. Cuando se alejaron por la colina, oí la carcajada de Robert. Me pareció un sonido malévolo.

Bajé hacia Rawblood con cierta premura, con la bolsa de coles en las manos. La conversación me había dado nuevas energías y la conciencia de que lo que estábamos haciendo era muy necesario. Me esperaba mucho trabajo, y lo iba a hacer de buena gana.

MÁS TARDE

Durante la cena, que consistió en cebollas y pepinillos encurtidos, unos orejones de albaricoque, muy mediocres, y pato asado en salsa ravigote, muy bueno, le hablé a Alonso de mi encuentro. Se lo conté con todo detalle. Cogió aire antes de responder.

—No había planeado cargarte con estas preocupaciones. Sé que doy una imagen extraña, y mi fama en la zona se ha resentido.

—Puedes confiar en mí plenamente —repliqué—. Como te puedes imaginar, le he dicho a ese hombre que se metiera en sus asuntos. ¡No temas que sus fantasías hagan mella en mí!

El evidente dolor de Alonso había despertado en mí sentimientos de camaradería.

—No es una historia larga: el Misterio del Fantasma de Rawblood. Y tampoco resulta edificante, siento decirlo. Todo empezó poco después de mi regreso. Hubo chismorreos entre los criados. Un sirviente se despertó a medianoche y le pareció que no podía respirar porque le habían puesto una mano en la boca. La señora Hitchens vio algo en la despensa. No sé qué fue, pero rompió una balda entera de conservas.

»A medida que pasaban los días, las cosas fueron a peor: de noche se oían gritos y pisadas apresuradas, y de día los criados estaban ojerosos. La perspectiva de la oscuridad los aterraba. Así que tomé medidas para cortarlo de raíz. Hice venir al reverendo de Honiton, pensando que al menos no haría daño y bastaría para poner fin a sus temores. Visitó la casa, derramó agua bendita por doquier sin cuidado con mis cortinas, mascculló sus ensalmos, declaró que la casa quedaba limpia y se marchó.

»Fue un error. Un grave error. Dio pábulo a sus miedos. Al tomar medidas, había confirmado la existencia de lo que temían, ¿se da cuenta?

»Aquella misma noche, una criada huyó de la casa con mucho estrépito. Dijo que había una persona en su dormitorio. Bueno, es posible... era bonita, y sospecho que... Da igual. La casa entera se despertó, incluido yo. ¡Fue el caos! La vimos afuera, en el césped, y tal vez en su familia haya una enfermedad congénita, o había sucedido algo que perturbó su modestia, o... La verdad, no lo sé, pero tenía el rostro muy blanco y los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírsele de las órbitas. Estábamos a su alrededor, en un círculo de batas y camisones, y ella en el centro como un sacrificio, con el pelo suelto a la espalda, el rostro alzado hacia la luna y la boca muy abierta, lanzando un alarido aterrador.

Mi amigo hizo una pausa y atisbé las emociones tras la máscara demacrada de su rostro.

—No hubo manera de persuadirla para que volviera a entrar, ni tampoco para que dejara de gemir —siguió—. Y sí, la noche era fría, y enfermó. Creo que la fiebre le afectó a la cabeza, porque luego empezó a hablar con una voz infantil, con un tono agudo que helaba la sangre. Tenía la mente afectada. Solo podía hablar de la persona que había visto en su cuarto, muy blanca, según ella, con ojos como... Da igual. —Sacudió la cabeza—. No, no fue una experiencia grata ni saludable, y menos en mi propia casa. La mandé a Exeter, a la casa de Everett... ya me entiendes.

Lo entendía. Es el sanatorio mental dirigido por Everett. Asentí con gesto inexpresivo para demostrar que confiaba en su criterio, que podía seguir sin riesgo a recriminaciones por mi parte.

—El resto del servicio no se lo tomó bien. Se negaron a seguir en la casa —dijo—. Empezaron a hablar de cosas que habían sucedido en la casa hacía ya muchos años, de una «aparición» de por aquel entonces. El Fantasma de Rawblood cobró vida en sus mentes. Una figura blanca, una mujer helada que hechiza a los Villarca de Rawblood generación tras generación y les arranca la vida...

»No puedes imaginar el pesar que me causó, Charles. Revivir así la tragedia que me arrebató a mi padre y a mi madre, que se apropiaran de mi pérdida para edificar sobre ella tamaña majadería y alimentar sus supersticiones... Me resultó intolerable. Permití de buena gana que se marcharan. Aquellos a los que consideraba amigos, a los que había conocido desde que nací, habían montado ese escándalo a sabiendas del dolor que me causaban. Fue demasiado. Me enfurecí. Toda mi vida la he pasado con aquel horror a mis espaldas...

Le cogí la mano y asentí.

—Lo entiendo.

—No te había hecho partícipe de este incidente porque me avergüenza haberme plegado, plegado, sí, no hay palabra mejor, a su ignorancia, y sin obtener resultado alguno, que es lo peor. Es algo que jamás debe hacerse, Charles. Jamás.

Le rodeé los hombros con un brazo. Se le escapó una lágrima, como si fuera un niño avergonzado. Era desolador ver a Alonso en semejante estado, como ver llorar a una montaña o a un árbol.

—Y por ese motivo me hiciste jurar que no traería a nadie a la casa —dije.

—No voy a alimentar sus insensateces.

—Lo comprendo. Y me duele que lo hayas pasado mal, amigo mío. ¿Shakes no comparte la antipatía general? ¿No tiene miedo del espectro?

—No —respondió Alonso, pensativo—. En absoluto. No me sorprende que sea inmune a esas cosas, pues si me dijeran que desafía a las leyes de la naturaleza me resultaría creíble.

Me eché a reír de buena gana y alcé la copa.

—¡Pues a mí me gusta cómo nos organizamos! Casi querría dar las gracias al Fantasma de Rawblood por sumergirme en tan delicioso estilo de vida. —Cogí un orejón de albaricoque—. Solo lamento el rapapolvo que le he echado a Gilmore. Si lo comenta por ahí, dará pábulo a la historia y sustancia a los cotilleos. Todo se debe a los extraños pensamientos que se han apoderado de mí. He pasado demasiado tiempo meditando sobre el pasado: el mío, el nuestro, los recuerdos que alberga la tierra, la casa. No sé por qué, pero eso es lo que tengo en la cabeza.

—Lo mismo me pasa a mí. Creo que tratar de cambiar el rumbo del conocimiento, crear un embalse aquí, cavar allí una trinchera, intentar desviar aunque sea un poco el curso implacable del río, hace que seamos conscientes de nuestro lugar en el mundo. De lo que vamos a dejar tras nosotros y de lo que hubo antes de que llegáramos. Nos estamos poniendo metafísicos, Charles.

Protesté y traté de desviar la conversación hacia temas más sencillos.

—Pero la historia de los Villarca y de tus apreciados padres... confieso que me parece inmejorable, ya que tiene lugar aquí, en el mundo, entre dos personas, y no en las páginas de una novela.

—¿Inmejorable, dices? ¿De verdad crees eso, con todo lo que sucedió, amigo mío? Permaneceré soltero tanto como me sea posible.

Su talante no ha mejorado con el paso de los días. Cuando le había propuesto la posibilidad de contratar a un ama de llaves de Taunton o Exeter, alguien que no compartiera los prejuicios de la zona, la negativa fue tan decidida que rayó con la violencia, igual que sus maldiciones cuando una joven llegó a la puerta trasera de la casa para vender moras silvestres. Si no hubiera decidido ya en su momento de dónde procedía la «cara» que vi en la ventana, ya sabría a estas alturas, por su discurso y sus actos, que en la casa no había mujer alguna. Su decisión es inquebrantable: en Rawblood solo entraremos nosotros tres.

Trabaja como siempre, con la precisión y la constancia de una máquina, pero este trabajo lo drena por completo. Alonso parece... poseído, me atrevo a decir. Ya he dicho antes que su rostro es una Pompeya. Últimamente tiene los ojos nublados por un sentimiento que no llego a dilucidar.

Pero, aun así… aun así, pese a todo, me parece que le veo en las mejillas un atisbo de color que no tenía cuando llegué. Y las arrugas de su rostro son menos profundas. ¿Está algo mejor? ¿Algo… rejuvenecido? Esperaré un tiempo a decírselo, porque no lo quiero atormentar con falsas esperanzas.

Volviendo al presente, Alonso me clavó una mirada penetrante.

—Gilmore anda mal de memoria, porque la familia de mi madre, los Hopewell, vivió aquí antes que los Dempsey. Perdieron la casa, pero los Villarca la recuperaron. Dime con sinceridad, ¿no te parece hermosa?

Desconcertado ante lo errático de su conversación, le respondí que no podía aventurar opinión alguna, ya que sin duda…

—¡Charles! Dímelo, no temas herir mis sentimientos. ¿No te parece de una presencia admirable?

Empecé a alarmarme al observar el nivel del decantador.

—Estoy segura de que fue una dama inigualable —dije—. Pero ha pasado a mejor vida, y tal vez sería mejor retomar el tema cuando el oporto no esté sobre la mesa…

—¿El oporto? Sandeces. Miras, pero no observas. ¡No me digas que no te has dado cuenta de que cena con nosotros todas las noches!

Lo dijo con una nota burlona peculiar que me recordó a los viejos tiempos, y me devolvió a la mente lo detestable que podía ser mi amigo cuando estaba de este humor.

—No he venido a que te burles de mí —dije—. No me gustan estas bromas, y estoy convencido de que tú mismo te arrepentirás cuando reflexiones de haber hablado así, y me darás las gracias por no haberte alentado.

—Solo ha sido una broma en parte, Charles. Te quería demostrar que está aquí. La hice poner ahí para que nos acompañe. —Señaló hacia un punto a su espalda.

No había tenido ocasión de fijarme en ese cuadro en particular. Dudo de que pudiera describir cualquier cuadro de la casa, o cualquier obra de arte, aunque las debía de haber visto, sin duda. No soy aficionado a las artes, al *fol de rols* y a ese tipo de cosas. La música es a

mis oídos un sonido indiferente, y no sabría distinguir lo entonado de lo desafinado aunque me fuera la vida en ello. La belleza de la danza no me conmueve. Pero, al mirarlo... en este conjunto de lienzo y óleos se ha insuflado una vida.

El fondo es oscuro, sugiere un paisaje largo, inhóspito, pero hay una luz en el cielo, como si el sol se estuviera poniendo tras la colina, o como si ardiera una gran hoguera. Tras su hombro derecho hay una cueva que atrae la mirada; dentro se ven un altar elevado y símbolos paganos en las paredes, oscurecidas por el fuego y el hollín.

Es una mujer que entra en la edad madura y no ha hecho el menor esfuerzo por ocultar las marcas que le han dejado los años. La piel es muy blanca, con ese tono pálido que da la invalidez. Pero está llena de determinación, de vitalidad; su manera de sentarse parece indicar que solo ha hecho una pausa momentánea para descansar en el marco, para darle el capricho al pintor. Lleva el pelo recogido en ese estilo absurdo y ampuloso de hace cuarenta años, pero tiene vida y movimiento: un rizo que le cae sobre el hombro parece a punto de volar con la brisa. Los ojos son azules, grandes, miran desde el marco. Tiene una mano alzada como en gesto de advertencia, y en ella se ve un anillo rojo y blanco. El mismo anillo que lleva Alonso en el meñique.

Es extraño que una serie de trazos sobre un lienzo transmitan, vistos desde lejos, tanta personalidad y sentimiento. Me parece bella, sin duda, pero no querría que fuera mi esposa: no parece una mujer dócil. Se lo comenté a Alonso, y le hizo gracia. Como todas las noches, lo dejé sentado ante la chimenea, con un vaso delante. ¿Cuándo descansará? Porque me parece que está siempre despierto. Lo he visto pasear por el césped, bajo las estrellas, a horas infames. Lo he visto volver del páramo con el amanecer mientras yo me frotaba las legañas de los ojos.

Me reiteró la oferta de láudano para ayudarme a descansar, pero el día de ejercicio me había cansado lo suficiente para garantizar un sueño profundo. Le aseguré no sin cierta cabezonería que me las arreglaría sin su ayuda, y lo cierto es que me dormí enseguida, pensando en la piel blanca de Mary Villarca.

Fue un sueño en cierto modo agitado. En él, Alonso se inclinaba sobre mí, me cogía la cabeza y me derramaba un líquido en la boca; protesté, pero me hizo callar y me siguió dando de beber con la mirada perdida a lo lejos. Me sentí envuelto en pliegues de oscuridad, sin poder hablar. Al final, su silueta se alejó por arcos de luz azul

recortados contra la noche negra… y vi entre lágrimas que se había ido a la catedral sin mí. Me había dejado afuera, rodeado de una canción aguda, como el zumbido de dulces abejas.

De prisa, en medio de la noche

Hay alguien. Está al otro lado de la puerta. Lo oigo. Alguien me vigila mientras duermo.

8 DE OCTUBRE

El *Materia Medica* no retiene mi atención. Dejo a un lado la última obra de Darwin. La obra se titula *La formación de mohos vegetales mediante la actuación de gusanos,* de modo que no se me puede atribuir toda la culpa. Pero la responsabilidad no es solo del libro. Lamento decir que esta tarde he lanzado contra la pared la última «novela»: no sé qué inmoralidad francesa sobre teatros y mujeres de mala vida. Alonso es muy aficionado a estas majaderías. Yo, no. Pero lo cierto es que hoy nada me satisface. Algo me afecta. Me he convertido en un borracho. No tengo el menor recuerdo de haber escrito y tachado anoche esas palabras que no elevaré al nivel de anotación. ¿Quién creía que me vigilaba? De cualquier manera, mi estado de ánimo no ha mejorado tras la comunicación recibida hoy en el correo.

Es una misiva breve, pero directa. En términos generales, se me expone que Meg, mi hermana, es ingobernable, y el señor Bantry no quiere hacerse cargo de ella.

No comprendo a las mujeres. ¿Cómo es posible que esta niña, mi hermana, no sea consciente de que mi apoyo y el espíritu cristiano de los Bantry son lo único que la separa de la indigencia, de quedar abandonada en el mundo sin más posesión que las ropas que lleve puestas? La señora Bantry sugiere que vaya a verla, que tal vez mi influencia la hará cambiar. No sé cómo responder. Según me dice, es muy duro que la niña no tenga padres. Su mente, por tanto, carece de firmeza y se desvía con facilidad. Hay indicios de debilidad moral. Necesita la guía de un hermano. Pero no volveré a Ese Lugar a no ser que sea en un ataúd, y ojalá lo pueda evitar incluso en esas circunstancias. Esas colinas espantosas… Pediré que me entierren en cualquier lugar menos allí.

Mi padre se ahorcó antes de que naciera Meg. Mi madre murió al traerla al mundo. Fue una niña pelirroja, desafortunada. Prometí mantenerla y eso he hecho. Envío dinero para que no le falte de nada y no me cause problemas, pero me los causa.

En el pasado, Meg me escribía a veces. Debía de ser pequeña por aquel entonces. ¿De dónde sacaba dinero para el franqueo? ¿Lo robaba? Me desesperaba y no sabía cómo responder a sus garabatos infantiles, que eran, por decirlo de manera diplomática, alarmantes. Siempre había quejas ridículas, alegaciones de malos tratos, fantasías persecutorias... tonterías histéricas que no merecían respuesta, y bastante tenía yo que hacer, bien lo sabía Dios. En algún momento, con los años, dejó de escribirme. Por desgracia, no era indicativo de una mejora en su conducta.

¿Qué puedo hacer? ¿Traer a Meg para que comparta el techo de la señora Healy? Si como me dicen parece predispuesta al vicio, ¿puedo dejarla a su albedrío, con la ciudad de Londres a sus pies? ¿Qué hará mientras trabajo? ¿Remendarme la ropa o sacar brillo a mis botas? Lo dudo mucho.

No son asuntos que se puedan zanjar con una carta a un granjero y a su esposa. Me los imagino llevando la carta al párroco para que se la lea, dictar la respuesta a sus oídos curiosos... Creo que hay que casar a Meg. Es con mucho lo mejor. Pero debo dejar el tema por el momento. Este mes ya he enviado el dinero. La señora Bantry no va a echarla.

He puesto muchos años y muchos kilómetros entre Ese Lugar y yo. No pienso volver atrás.

El hombre que, al ser reprendido, endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá remedio para él.

Proverbios, 29:1

9 DE OCTUBRE

Era mi tortura habitual.

Estaba en el mar. Flotaba en la gran extensión de las profundidades, pequeño, solo. Una forma enorme se movía en la oscuridad debajo de mí. No había quien me ayudara. El monstruo me iba a arrastrar a lo más hondo. Pataleé, impotente, con las piernas débiles.

La cabeza afilada se abrió camino a la superficie junto a mí. La bestia retrocedió. Los dientes eran blancos, eran como cuchillos. La garganta era honda. El ojo era negro, muerto. Las mandíbulas crujieron al cerrarse. CRACK. El agua estalló. Encías enormes ensangrentadas. Desapareció en medio de la espuma. Nadó debajo de

mí, enorme, en círculos cada vez más próximos.

Surgió detrás de mí con una muralla de espuma, lanzando dentelladas. CRACK, CRACK. Y volvió a desaparecer. Tragué agua fría, salada. Estaba rodeado de kilómetros de océano solitario, con kilómetros de océano debajo de mí. Chapoteé, desesperado. Bajo la superficie, unas fauces se me cerraron en la pierna.

Me desperté.

El espantoso sonido siguió sin tregua. ¡CRACK, CRACK! Aún retenido en parte por el sueño, con unos miembros demasiado nuevos para utilizarlos bien, me estremecí ante los sonidos que poco a poco, con lentitud enloquecedora, fueron cobrando sentido: estaba despierto, en Rawblood, y abajo, en la puerta principal, había alguna persona.

Hay sueños que actúan como el exceso de ejercicio sobre una persona: le dejan el cuerpo y la mente magullados, golpeados, y el que los sufre se despierta más cansado que cuando se acostó. En ese estado me encontraba yo.

Así que tardé demasiado en bajar. Me entretuve en las cosas que hay que hacer por las mañanas. No debí hacerlo. En algún momento de mis abluciones, los golpes cesaron, de lo que me alegré. Luego, volví a dirigirme a la puerta de entrada. Como médico, mi cuerpo y mi mente están acostumbrados a responder llamadas, a atender urgencias. He aquí un hecho que he descubierto tras años de practicar la medicina. La volatilidad del hombre es tal que, cuando se perturba el orden, cuando tiene lugar un acontecimiento inesperado, tarde o temprano, pero de manera inevitable, se requerirá la presencia de un médico. Somos el remedio constante para todas las emergencias.

Ya me dirigía hacia las escaleras cuando un sonido cortó el aire como un cuchillo. ¿El relincho de un caballo con la pata rota? ¿El pitido de una máquina a vapor? No habría sabido decirlo. Sentía el cuerpo tan débil como el agua, con los ojos como ostras mal abiertas y la mente cualquier cosa menos despejada; ninguna posibilidad me parecía más o menos probable que las otras.

En la penumbra de la entrada había un arco deslumbrante de luz del día en medio del que se veían recortadas dos figuras negras. Se movían de manera extraña, adelante y atrás, como si bailaran. Una tenía una forma extraña, distorsionada, como una serpiente que acabara de comer. Esa figura rotunda lanzó un alarido mientras que la

otra alzaba los brazos para protegerse del ruido o en gesto de súplica. Corrí hacia la luz.

Henry Gilmore llevaba en brazos a un niño de cara muy pálida dominada por unos ojos negros, enormes. La cara estaba hinchada y sacaba la lengua prominente entre los labios. Tardé unos segundos en reconocer al regordete Robert; estaba presenciando una escena que los demás no veíamos y que lo hacía gritar, y era la fuente del sonido penetrante. Alonso estaba apoyado contra la jamba, con los brazos extendidos ante él, como si se defendiera del pequeño fardo.

El señor Gilmore estaba llorando, pero con el semblante distorsionado no por el dolor, sino por la rabia. Tendió su carga a Alonso, que se estremeció y se defendió de nuevo con los brazos en gesto violento. Agarré al señor Gilmore por el hombro y lo obligué a mirarme.

—¿Hay plantas de belladona en sus tierras?

No fue capaz de responderme, sino que abrió y cerró la boca. Cogí el niño de sus brazos. Era un peso grande, blando. Gilmore lo soltó de mala gana. Me di la vuelta para entrar en la casa, pero Alonso me cortó el paso.

—No puede entrar.

—No lo dirás en serio.

—En serio —repitió como si soñara.

Hice ademán de pasar, pero me empujó con un movimiento pausado, perezoso. La caída fue muy larga. Choqué contra la gravilla del camino con el niño en brazos, protegido contra mi pecho como mejor pude. Me llevé lo peor del golpe en la espalda y en los brazos, y me quedé sin respiración.

—¿Belladona? —dijo Henry Gilmore, que de pronto pareció volver a la vida—. Crece en el huerto, sí.

—Muy bien —dije a Alonso sin levantarme del camino—. Sin tratamiento, como bien sabes, va a morir. ¿Me sigues negando el permiso?

—Sí.

Alonso se metió en la casa y, para mi enorme sorpresa, cerró la

puerta. Me quedé tendido bajo el sol, con el niño envenenado en brazos. El mundo se había convertido en un lugar extraño. Henry Gilmore lo cogió mientras yo me levantaba y se echó a llorar de nuevo. El niño también lloraba. Solo podía hacer una cosa, y fue lo que hice.

—Túmbelo en el banco, de costado —dije—. Que no se mueva ni se muerda la lengua o se la tragará. Métale los dedos en la boca... así... con cuidado para no cerrarle las vías respiratorias. Y tenga cuidado...

Hizo una mueca en ese momento porque el niño le mordió la mano. Le enseñé a presionar la lengua y lo hizo.

Fui corriendo a la parte trasera de la casa. Los cristales del comedor cedieron con facilidad ante la embestida de una roca de granito de Dartmoor. Por suerte, no era una celosía, sino que en algún momento los habían cambiado por un amplio ventanal.

La casa estaba en silencio. Presté atención ante cualquier rastro de oposición y, al no oír nada, corrí hacia las escaleras sin preocuparme por guardar sigilo. Cuando llegué a las habitaciones de Alonso me las encontré vacías. Registré con esmero sus posesiones a sabiendas de que lo tendría escondido, pero no demasiado. Lo encontré envuelto en un pañuelo, guardado junto a los cuellos de camisa, que estaban todos sucios. El hedor de la habitación espoleó mis recuerdos. Cerré los ojos un instante, pero la sensación había desaparecido. El frasco era de cristal verde, turbio, aceitoso, como manchado por el residuo de demasiados dedos ansiosos. Tenía un aspecto en cierto modo malévolo. Deseé con todas mis fuerzas que cumpliera su cometido.

Tenía que coger mi bolsa y varios artículos de la cocina que me serían de utilidad. Corrí por la casa, sin ver ni oír rastro de nadie.

Cuando volví con el niño, me lo encontré cogiendo de la hierba objetos invisibles para nosotros y luego describiéndolos en voz alta, aguda. Cogí el frasco verde y le administré el hidrocloruro de morfina: cinco gotas en una cucharilla, y no le gustó. A mí tampoco me gustó. No había manera de saber qué cantidad de la medicina había ingerido, o si el líquido se le había quedado en la lengua y en los mofletes. Pensé que había que resguardarlo de la luz, pero en su estado actual no podía llevarlo lejos, de modo que indiqué a Gilmore que lo pusiera a la sombra del cedro, donde se quedó tendido entre gemidos y con los ojos en blanco.

Llevaba la ropa de dormir porque había estado por la mañana vagando por Rawblood, aunque completamente lúcido. Las piernas desnudas regordetas tenían algo de espantoso y conmovedor. Gilmore se había pasado la noche a caballo, buscándolo. Encontró a Robert y lo subió a la silla, y se disponía a volver a casa para calmar los nervios de la familia cuando el niño empezó a hablar de las ratas que le corrían por el cuerpo.

Tenía en la mano bayas de belladona que no hubo forma de hacerle soltar debido al rictus, y trató de comérselas. Lo impedimos, pero la pulpa le manchó las palmas de las manos a medida que las fue estrujando.

Lo examiné. Empezó a aparecer un violento sarpullido, rojo vivo, por todo el cuerpo. Le salpicó la piel de escarlata y lo cubrió como una enredadera ante nuestros propios ojos. Tenía las pupilas dilatadas al máximo y el pulso cercano a los ciento veinte latidos. Le noté la lengua engrosada, distendida, con espuma a los lados. Juzgué que era demasiado tarde para vaciarle el estómago. Creo que el procedimiento lo habría asfixiado.

—Se ha pasado la noche por el páramo —dijo el señor Gilmore con semblante algo más tranquilo. Tenía profundas arrugas de ansiedad en el rostro, pero se le relajaron al mirar al niño—. Cuando lo encontré parecía que estaba... como siempre. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede actuar tan despacio el veneno?

—Suele ser así cuando se trata de sustancias como la atropina. Pueden tardar hasta ocho horas en manifestarse. —Le cogí la muñeca regordeta, le di la vuelta y se la palpé—. Voy a aventurar una teoría —dije a Gilmore con tono amable—: cenó de manera sustancial.

Dejó escapar una carcajada.

—Robert tiene el mejor apetito de la familia —dijo—. Como salta a la vista.

El niño se estremeció. Le puse la mano en el hombro.

—¿Qué tiene, diez años?

Gilmore asintió. Volví a concentrarme en inmovilizar al niño.

—No quería ni dejarme hablar con usted —dijo al cabo de un rato —. El médico más cercano está en Moretonhampstead, ¡a más de una hora a caballo! Y él lo sabía. No me imaginaba que existiera alguien

con tal indiferencia ante el sufrimiento de un niño.

—Mi amigo ya no practica la medicina.

—¿Y por eso dejará que un pequeño muera en la puerta de su casa?

No supe qué responder. En vez de eso, pronuncié el nombre de Robert, pero no dio señal de oírme.

—Creo que muy pronto tendrá el deseo de miccionar, pero no le será posible. El remedio habitual es un catéter, y no dispongo de ninguno del grosor adecuado. Tiene que prepararse para el malestar.

Gilmore me miró con angustia.

—¿Sería mejor que intentáramos llegar a Moretonhampstead?

—No lo recomiendo.

—Sé que no va a morir. Ya no, porque usted se está haciendo cargo.

En su rostro se dibujó la vulnerabilidad de la esperanza. La soledad de su fe me cayó sobre los hombros. El niño empezó a llorar de nuevo. Las lágrimas le brotaron de los ojos negros, hinchados.

A medida que el día avanzaba hacia el anochecer, las sombras se alargaron y jugaron con sus facciones. El miedo y el agotamiento empezaron a jugar malas pasadas, y muy extrañas. Porque me pareció entonces que junto a nosotros, a la sombra del árbol, había una tumba recién excavada. El olor de la tierra fresca era amargo y penetrante. Me lo reproché a mí mismo, pero no pude quitarme de encima la visión.

La crisis llegó poco después de las cuatro de la tarde. Robert inició una larga conversación con su muñeco, en la que le prohibió que fuera a la feria. En la feria había mucha gente y las luces eran demasiado brillantes. Le di la razón y, sin previo aviso, se estremeció entre mis brazos y tuve entre ellos un cadáver. Lo examiné con atención. La carita hinchada, blanca e inmóvil. Solo pude pensar en Alonso, en su locura. Henry Gilmore se echó a llorar y le apretó los ojos con los puños.

Cogí las muñecas frías de Robert, se las levanté por encima de la cabeza y las bajé con fuerza contra su pecho, con un golpe.

Gilmore lanzó un grito y me agarró.

—Estese quieto —ordené—. Estese quieto o ayúdeme. Dieciséis repeticiones por minuto. Coja el reloj.

Creo que jamás había aplicado el método Silvester con tanta violencia. Subí y bajé los brazos inertes, y en cada descenso golpeé sobre el corazón con tanta fuerza que en un momento dado me pareció oír cómo se rompía una costilla. No me importó.

Al final, noté que se estremecía con violencia. El niño cogió aire con un chirrido como el de una puerta mal engrasada. Abrió los ojos hinchados y vomitó.

—Muy bien —dije—. Muy, muy bien.

Creo que Henry Gilmore se echó a llorar otra vez, pero me hundí en la calma y en un agotamiento denso. En los ojos del niño aún se veía la luz de un lugar más allá de la tumba.

Volví con ellos a la granja. Montamos los tres a lomos de Sadie porque no había más monturas en Rawblood. Cabalgamos en la oscuridad, con el niño dormido entre nosotros. Por suerte, Sadie conocía el camino, porque, entre el alivio y las lágrimas, Henry Gilmore no veía por dónde íbamos.

—No le cuente a nadie que Alonso no quiso ayudar —le dije, hablándole al hombro—. Le juro que él no habría sabido qué hacer, y Robert ha recibido bajo un árbol los cuidados que necesitaba, igual que si hubiera estado dentro de la casa. Se lo juro. Si quiere pagarme de alguna manera que lo haya ayudado, no se lo diga a los demás.

Y no dijo nada, ni a mí en aquel momento ni a su familia más tarde.

A la luz de las velas, los rostros del señor y la señora Gilmore eran espectrales. Hablé como médico. Lloraron, rieron, me dieron las gracias. No recuerdo bien qué les dije yo, y no oí lo que me dijeron ellos. Me sentía envuelto en niebla.

Una vez cumplido mi deber, volví a salir al páramo, a una noche negra como el carbón. Casi tenía la esperanza de perderme, pero la indiferencia del destino me llevó a ver antes de una hora las colinas que conocía y, más abajo, Rawblood, con todas las ventanas iluminadas, una imagen familiar. Pensé por un momento en el gasto en luz, pero la idea y la respuesta me agotaban. La casa estaba

iluminada para guiarme en mi camino de vuelta a casa.

Alonso estaba en el salón, donde el aire nocturno entraba por la ventana rota. Con los ojos entrecerrados, señaló la mesa, sobre la que había puesto los vasos así como el oporto, la ginebra y la sidra. También había una profusión de frasquitos verdes.

Si yo había albergado duda alguna sobre si Alonso seguía siendo adicto al láudano, todo quedaba ya claro. Es un tema que no tocamos porque conlleva una gran carga de pesar desde el pasado, además de ser un tema muy personal. Pero confieso que había albergado la esperanza de que se hubiera librado del hábito en estos últimos veinte años. Al parecer, había sido todo lo contrario.

Me senté junto a él, en el asiento que me había preparado. Alonso tenía la cabeza caída sobre el pecho.

—Creo que no hace falta que formule la pregunta que tengo en la mente, Alonso. ¿Por qué?

—No es bueno que otros entren en la casa —dijo a su chaleco.

—Tienes verdadera obsesión —repliqué—. Es cierto que no hay que dar pábulo a los chismorreos, pero negar cobijo a un niño moribundo…

—No entiendes el peligro que conlleva, Charles.

—Pues explícamelo.

Alonso me tendió la mano y alzó hacia mí el rostro destrozado.

—Pensé que te había atrapado la niebla —dijo—. Oh, Charles, tenía tanto miedo…

—Pues no ha sido así —repliqué—. Aquí estoy.

Era imposible que hablara con sensatez esa noche. Lo observé con atención.

Jamás lo había visto asustado de nada natural o artificial, solo de una cosa. Jamás salía de la casa si había niebla. En sus peores momentos me tienta decirle que había elegido un clima y un lugar muy peculiar para vivir, sabiendo que padecía esa manía persistente.

—La cura de Manning —me dijo—. ¿Eh, Charles? ¡La cura de Manning!

Así fue cómo hace veinte años, de manera accidental, hice adicto al opio a Alonso.

En aquellos tiempos no le habría podido negar nada, ni él a mí. Con él, el hombre y el trabajo eran lo mismo, una sola cosa. Era un placer tal como no había conocido igual ni volví a conocer.

Creo que estábamos borrachos otra vez. Sé que nos habíamos sentado ante la chimenea, en la oscuridad. Todo en la casa era básico; no teníamos tiempo para nimiedades como la decoración, y los muebles cubiertos de sábanas se alzaban pálidos tras nosotros, iluminados por el fuego como un coro. Tal como teníamos por costumbre, nos acomodamos en el suelo, ante la chimenea.

—Ahora trabajamos con animales —dijo. Y así era. Teníamos en la bodega varias jaulas, con ocupantes en diferentes estadios—. ¿Y si ampliamos nuestro campo al estudio del hombre? ¿No te parece el fin lógico de nuestro trabajo?

—Comprendo los principios, pero la ejecución...

Me lo quedé mirando. Estaba imbuido de un espíritu que no le había visto nunca. La ginebra y el aturdimiento que nos habían afectado toda la velada estaban en su punto máximo. Los sonidos del Londres nocturno parecían llegar desde muy lejos, como si ya hubiéramos dejado atrás el mísero plano mortal para ascender a otro superior.

—Cada uno elegirá una prueba —dijo Alonso—. Para el otro. Durante cincuenta días, puedes hacer lo que quieras conmigo. Puedes administrarme cualquier medicación. La aceptaré sin hacer preguntas y tomarás nota de los efectos. Y no seré consciente del tratamiento. Insisto, no me proporcionarás indicio alguno de lo que está sucediendo, o de lo que me estás administrando. No lo contrarrestaré ni lo evitaré.

—Eso es llevar la fe muy lejos.

—Y yo haré lo mismo contigo, por supuesto.

La distancia y el conocimiento acumulado llegaron al punto máximo. Me eché a reír. Él no se rio, pero me miró con afecto.

—No me vas a matar. ¿Lo entiendes? La confianza absoluta que depositamos el uno en el otro nos servirá de guía.

Pasamos un tiempo ideando los métodos que iban a regir el proceso. Teníamos que estar suficientemente sanos para cuidar el uno del otro y llevar a cabo las observaciones necesarias; las dosis debían administrarse en cantidades moderadas para que el sujeto conservara el control muscular y un grado razonable de movilidad. Debíamos llevar un registro. Por enfermos o fatigados que nos sintiéramos, era imperativo que dejáramos constancia de los resultados. Y, transcurridos los cincuenta días, el proceso tenía que poder invertirse.

Hicimos los preparativos para aislarnos. Nadie conocía nuestros planes. Ahora, con la perspectiva del tiempo, pienso que tal vez deberíamos haberlo consultado con alguien más. Hicimos los arreglos oportunos para que otros médicos se ocuparan de nuestros pacientes. Cerramos la casa e hicimos público que íbamos a ausentarnos de la ciudad. Todo eso lo hicimos para garantizar que tendríamos libertad para llevar a cabo las investigaciones sin que nadie nos molestara. En nuestro estilo habitual, en los preparativos se conjugaron el orden y el caos. Acordamos un ingenioso sistema para recibir provisiones a través de la tolva del carbón… pero, al final del experimento, descubrí que nos habíamos dejado abierta todo el tiempo la puerta principal.

Comenzamos. Todo fue de lo más normal. Él me daba cada mañana un trozo de pan, y yo me lo comía sin reservas. Y yo le daba a él cinco veces al día un sorbo de coñac. Aparte de estas pequeñas rutinas, no discutimos el asunto en ningún momento, sino que seguimos centrados como de costumbre en nuestro trabajo. De hecho, todo fue mucho más grato, porque no teníamos la molestia de los deberes y obligaciones sociales. Fuimos, durante mes y medio, una isla satisfecha.

El último día me dio su libro de notas para que viera los progresos de la investigación.

La primera anotación era un extracto copiado del diario de Chambers, y al leerla me eché a reír. Decía así.

«Por último, permítaseme insistir a todos los que adopten el sistema styriano para que lleven un registro escrito de que lo están haciendo, de modo que, en caso de accidente, no sea ahorcado por error alguno de sus amigos».

Se convirtió en un chiste recurrente entre nosotros: «¡No seas ahorcado por error!».

Me interesaban mucho las notas del trabajo de Alonso, dado que

había leído acerca del sistema styriano, la práctica de consumir arsénico para incrementar la vitalidad en momentos de gran esfuerzo. Era común entre ciertas tribus europeas: el incremento progresivo y acumulativo de las dosis va creando la inmunidad.

Durante todo el proceso tuve una salud perfecta. Alonso detectó en mí cierto nivel de fatiga, pero no fui consciente. Puedo afirmar con total sinceridad que no sufrí ningún efecto grave. Mi piel se volvió más pálida y el pelo adquirió un brillo diferente, pero eso fueron detalles. El tratamiento fue una agradable suspensión de la rutina, y me lo pasé avanzando en la lectura sobre las dolencias intestinales. Durante el periodo de deshabituación, los efectos del veneno se dejaron sentir un día o dos, pero de manera muy leve y en modo alguno incapacitante. Las notas de mi amigo eran exhaustivas, y me había administrado las dosis con incrementos perfectamente calculados. En ningún momento corrió peligro de que lo ahorcaran.

¿Y yo? ¿Cómo había empleado la licencia que nos habíamos otorgado mutuamente? Yo elegí un veneno de verdad. Hoy he clamado contra la persona que tenía delante, pero no me asiste el derecho, porque es obra mía. Yo le di opio a Alonso. Lo inicié en este camino. Fue un error terrible por mi parte. Había oído hablar de la nueva cura de Manning para la adicción al opio: consistía en un licor de cloruro de oro cada pocas horas, con inyecciones hipodérmicas diarias de estricnina y atropina. Pensé que podría dar resultado.

No fue así. Cuando llegó el momento de interrumpir el suministro de opio, Alonso reaccionó al licor de la manera más violenta. Sufrió delirios, ataques de rabia. Creo que las inyecciones solo sirvieron para darle la idea de inyectarse la morfina en vena. Pasados treinta días del fin de nuestro experimento, el ansia de droga era en él más fuerte que nunca.

Alonso tuvo que darse cuenta de que le estaba administrando láudano. Tuvo que darse cuenta. Era médico, y no con mi talento mediocre, sino con un gran don. Pero no dio marcha atrás en nuestro propósito porque confiaba en mí. Y luego fue demasiado tarde.

Debo pedir aquí cierta licencia y correr un velo; descubro ahora que, pese a lo que creía, no puedo hablar sobre aquellos tiempos. Siguieron días de secretos y dolor, y de muchas otras cosas. Las otras cosas eran predecibles, comunes a muchas historias, tal como se puede imaginar. No hace falta que las detalle aquí. Alonso se convirtió en una caricatura de hombre. Cuando se retiró al campo, y luego a Italia,

para seguir consumiendo opio en paz, cuando se convirtió en la sombra que es hoy, solo pude sentir alivio.

Más tarde, ya de noche

Por el disimulo o por la fuerza he de salir de aquí, he de hacerlo.

Mi yo nocturno, el que sueña, es de lo más alarmista. ¿Qué me domina para hacerme escribir esas cosas? La letra es mía, sin duda, y pulcra, como siempre. Anoche no estaba tan afectado. Escribir en sueños… ¿es un fenómeno nuevo?

Iris

VERANO DE 1914

Tengo quince años.

Estoy medio enterrada en paja en las profundidades de la casilla de Nell, veo cómo mueve las patas elegantes. Mece la cola, la sacude, negra y parda, gris acero. Aún no me he metido en un lío, pero me meteré cuando encuentren el jarrón roto en el comedor. Mejor me quedo aquí mientras. La paja es cálida, pincha. El establo está en silencio. Me adormilo, me despierto, camino por la frontera del abismo del sueño.

De repente oigo la voz de mi padre al oído y tengo que controlarme para no ponerme en pie de un salto y gritar.

Mi padre, al que últimamente no conozco. Ve cosas que no existen. Responde a preguntas que no le he hecho. Habla con gente que sé que murió hace mucho, mucho tiempo. Su rostro arrugado me perfora el corazón. Sus grandes ojos castaños son suaves, demasiado suaves, cuando deberían ser penetrantes. Ahora parece que está bien.

No me está gritando al oído, claro, pero sí muy cerca. En la casilla de Soldado, la contigua. He debido de estar más adormilada de lo que creía o se han acercado con pisadas muy sigilosas. La voz de Shakes responde a su pregunta.

—Con las cataplasmas estará bien la semana que viene —dice papá.

Alguien chasquea la lengua y oigo la voz de Tom.

—Venga, arriba.

Guardan silencio. Me los imagino a los tres inclinados sobre el casco de Soldado.

—Va mejor —dice papá.

—Sí —responde Tom.

—Los caballos te van a echar de menos.

—Ya vendrá alguien.

—Y los caballos lo querrán al final —dice Shakes, tranquilo.

—No todo el mundo quiere trabajar en Rawblood —señala mi padre.

Parece cansado. El sonido hueco de Soldado al volcar el cubo con una pata. Cree que es hora de comer. Mi padre le susurra algo a la oreja. Un palmetazo de una mano contra la piel brillante.

—Mañana vendré a echarle otro vistazo —dice papá.

Lo percibo, noto su presencia oscura al otro lado de la casilla, y se va.

Oigo en la casilla de Soldado que se ponen las gorras. Alguien enciende una pipa. El humo azul pende en el aire. Soldado tira el cubo.

—Bueno —dice Shakes—. Igual no es mala cosa que te vayas.

—Me imagino —responde Tom—. Ahora calla un rato mientras sacamos el estiércol de la cuadra. Luego ya te desahogas, cuando esté a muchos kilómetros. Te sentirás mejor.

—Con lo majo que eras antes.

—Ya, bueno.

—Has crecido demasiado deprisa, en todo menos en sentido común. Mal bicho. Mejor así, que no rondes a la gente. —El desprecio de Shakes resuena con estrépito entre las vigas del establo—. A las jovencitas y eso.

—¿Aquí?

—Eso, justo ahí —responde Shakes—. Sí. Emborrachándote y persiguiendo a las chicas y todo eso.

—Todo eso.

—En el ejército te enseñarán. Ya verás. La guerra te enseñará.

—Bueno —dice Tom, y en su voz asoma una rendija de inseguridad—, no sé si sabré.

—Es la mejor idea que has tenido en tu vida.

—No se me ha ocurrido a mí. Me ha dado la patada.

Silencio. Soldado vuelve a patear el cubo.

—¿Y eso? —pregunta Shakes.

—Fue él. Me dijo que ya no le hacía falta.

—Vaya. ¿Ves? Eso te pasa por ir detrás de las chicas. —Pero la voz de Shakes ha perdido el tono de confianza.

—Me dio cien libras y me dijo que fuera a alistarme. Me falta mucho para los dieciocho, pero me dijo que me aceptarían igual. Y me aceptaron.

—¿Cien libras? Pues voy a hacerlo yo también.

Salen del establo hablando en voz alta, discutiendo con cariño.

Sigo clavada en el sitio mucho después. Con la vista clavada en la ranura de la puerta, entre la paja que cruje, mientras Nell me resopla contra la espalda.

He seguido las reglas estos últimos años. Al pie de la letra. He cumplido mi palabra. Pero papá ha echado a Tom, y eso no era lo acordado.

Cuando pienso que Tom se va a la guerra, el corazón se me para. Se me para de verdad.

Ante el espejo, me estiro una última vez el tejido oscuro. El corsé me resulta ajeno, otro esqueleto entre la ropa y la piel. Me siento apretada y frágil a la vez, como si me fuera a romper. El perfume de los lirios pende en el aire, y no es lo que quería. Me lo he tratado de lavar de las muñecas. Es claro, dulce, persistente. Me parece que no es para la piel. Es para la ropa, las pelucas o algo así.

He tardado una hora, puede que más, en ponerme el vestido de montar. Sesenta botones diminutos de azabache que me cierran hasta arriba, hasta el cuello chino que me llega debajo de la barbilla. La chaqueta es pequeña, austera. Las ballenas me pellizcan en la cintura. Pliegues de la falda de sarga. Cola larga, una tira para la muñeca. El azul intenso descolorido en algunas zonas que son ahora gris tormenta. Polvo del ático aún agarrado a los dobleces.

Doy una imagen extraña, anticuada. Alta, con cintura de avispa. Blindada. Sea como sea, no parezco yo misma, que es lo mejor. Siento las carnes inquietas. Detrás de mí, en el espejo, la ventana deja ver el cielo azul. Muy bien. Ahora he de tener un aspecto diferente, he de ser diferente. Ahora nadie me va a decir lo que debo hacer y lo que debo temer.

Es innegable que no todo ha salido bien. Huelo a jarabe, con un dulzor que repugna. El corsé cruje. No noto los pulmones. El espejo me dice que estoy pálida y furiosa. Me pellizco las mejillas, pero no sirve de nada. «Hazte la raya sobre el ojo izquierdo o recógete el pelo en un pompadour bajo, y saca con el peine unos bucles sobre las sienes y las orejas. Los bucles son siempre atractivos». Yo ni siquiera consigo que se me quede el pelo debajo del sombrero. Me doy un lametón en las muñecas, me las froto contra la falda. Un sabor amargo y aceitoso en la lengua.

Me rindo. Escupo en el aguamanil, cojo la fusta y salgo.

—Mira, por fin —dice mi padre al tiempo que sale del estudio oscuro a la luz del vestíbulo. Lleva los quevedos torcidos y arruga la nariz ante la nube de rosas—. ¿Vas a montar? Oye, Iris, el jarrón del comedor…

—A Grimspound —me apresuro a decir.

Me mira. Me ve. Se detiene. Hasta de lejos veo cómo se paraliza.

—¿Dónde está tu ropa?

—Sucia —digo. Como si eso fuera motivo suficiente para subir al desván, buscar el vestido de montar de mi difunta madre y ponérmelo.

—Te queda bien —dice al final. Tiene el ceño fruncido—. Te ayudo a subir —dice, y salimos.

El sol es cegador tras la penumbra del vestíbulo. Nell está en el camino blanco, con las patas claras en constante movimiento. Alza un casco pardo, golpea las piedrecitas de mármol, las lanza por los aires como una nube. Matilda se aparta a un lado. Junto a las cabezas de las yeguas, el mozo de cuadras chasquea la lengua, las calma, primero a una, luego a la otra.

Me acerco y Nell se queda quieta, levanta las orejas. Le acaricio el cuello. La cruz del animal se recorta curva contra el cielo.

Mi padre pone la mano para ayudarme a subir. Me echo la cola del vestido sobre el brazo con un movimiento que me resulta ajeno, agarro el pomo, subo. Algo sucede cuando me alza, la mano desaparece debajo de mi pie, quedo suspendida en el aire. Luego, caigo. El aire me llena la falda.

Aterrizo limpiamente sobre las pies y la gravilla cruje. Nell me lanza una mirada sorprendida con los ojos oscuros.

Alzo la vista y hay un hombrecillo canoso y flaco en lugar de mi padre. Le tiemblan los brazos.

—Papá, ¿estás…? —empiezo a decir.

Pero el anciano agita la mano como el ala de un pájaro. Tiene los labios entreabiertos y temblorosos. Arrastra los pies hacia mí, vuelve a poner la mano para ayudarme a subir. Sus ojos están muy lejos.

—Meg —dice el anciano, y trata de tocarme.

El mozo de cuadras se adelanta, llega a mi lado en silencio, me iza al caballo, me pone el pie en el estribo.

Mi padre se detiene y parpadea. Se da media vuelta, sube los peldaños, entra en la casa. Lo sigo un momento con la mirada mientras la figura encorvada se pierde entre las sombras del vestíbulo. Le levanto la cabeza a Nell. Resopla, juega con el bocado, tiene ganas de partir. La gravilla cruje con el sonido de cristales rotos. Solo cuando llegamos a la tierra, a la hierba, oigo que Matilda nos sigue. No miro atrás. Subimos por la colina hacia el bosquecillo.

Nos detenemos cuando la casa ya no está a la vista y Matilda llega, se pone a mi altura. La brisa sopla entre los árboles. Noto el corazón pesado, ardiente.

—El caballo se porta bien —dice, y hace un ademán en dirección a Nell.

—No tenías por qué hacer eso —replico—. Humillarlo así.

La sombra de la gorra me impide descifrar su expresión. No dice nada.

—Todo iba bien. ¿Cómo has podido avergonzarlo de esa manera? —Noto como un cable tenso en el pecho. Vuelvo a pensar en lo que oí el día anterior en el establo—. ¿Cómo te atreves?

Sacudo las riendas de Nell. Echa a andar con las orejas altas ante los sonidos del bosque. Matilda se apresura a seguirle el paso.

—Vamos a cruzar Dartmeet, Gilmore. —Ni lo miro.

Empieza a decirme algo, a explicarme que es un rodeo. Pero se calla. Se lleva un dedo a la gorra, frena a Matilda para quedar a una distancia apropiada.

Esto no va como había previsto.

Es viernes y hay mercado en Dartmeet. La imagen que damos es de lo más respetable. Me detengo en una vereda para hablar con un niño que hurga en una zanja con un palo. No recuerdo su nombre. De hecho, no sé si es niño o niña, está en esa edad indeterminada.

—Voy a bajar. —Es lo único que tengo que decir para que se

apresure a ayudarme. Le pongo en la mano las riendas de Nell—. Sujétala.

Hablo con el niño, y resulta que es una niña. Me habla de su mascota, un conejito. Lo aguanto unos minutos, no más. Parece muy tonta.

—Hueles raro —dice cuando me vuelvo para marcharme.

Él me ayuda a subir en silencio. Cabalgamos. Noto con claridad a mi espalda el latido de su ira. Sigue el ritmo de los cascos de los caballos contra el empedrado mientras salimos del pueblo.

Llegamos a zonas no cultivadas. Estamos solos a excepción de las alondras y los conejos. Sigue detrás de mí, a metro y medio exacto. Lo noto como un peso. Las abejas zumban. Los saltamontes chirrían. Me duele la cabeza. La peste a lirios me cierra la garganta.

Cuando llegamos al vado se pone a mi altura. Me clava la mirada de reojo, la pupila azul. Se quita la gorra, se rasca la cabeza, se la vuelve a poner. El Dart corre ancho y pardo ante nosotros. Nunca lo había visto tan crecido. Superficie brillante, aguas profundas. Lluvia de verano que corre hacia el mar.

—Iris —dice Tom.

Alzo la barbilla y aparto la vista.

—Siempre montas con Shakes. No conmigo.

Guardo silencio con los ojos clavados en el río bruñido.

—¿Por qué hoy? —insiste Tom.

Pienso en lo que le dijo Shakes a mi padre en el establo. Tom me observa y aguarda. Es más alto de lo que recordaba. Más callado. Antes su rostro lo revelaba todo. Ahora se ha cerrado y estoy con un desconocido. Matilda, que siempre es inquieta y lanza bocados, parece un trozo de piedra bajo él. Las manos que sostienen las riendas no son las manos de un niño.

No va bien. Hace mucho que no hablamos. No me acuerdo de cómo se hacía.

Tom me lanza una mirada larga, calculadora. Luego se encoge de hombros con gesto brusco y airado.

—Muy bien —dice, y se adelanta.

Mete a Matilda en el vado. La yegua atraviesa el agua con paso seguro y sale por la otra orilla. La cola mojada es una fina tira zaína. Tom hace que se dé la vuelta para mirarnos.

Nell entra en el río con cautela, insegura al pisar con los cascos sobre los guijarros del fondo. Resopla desaprobadora ante la veloz superficie parda. Dejo que vaya a su ritmo. No se caerá. Cuando el agua le llega a los flancos, se me sueltan los pliegues del vestido y el borde roza el agua. La corriente ennegrece el tejido.

—Rayos —mascullo, y me lo vuelvo a recoger.

—Me da tiempo a terminar el libro —dice Tom desde el otro lado del río—. O a ir a Londres a ver al rey, si quiero. A hacer un crucero por el Nilo. Y estaré de vuelta antes de que llegues.

Matilda se mueve, paciente, bajo él. Arquea el largo cuello caoba, nos llama desde la orilla. En el río, Nell se detiene, planta las patas, se sacude.

—Maniática, ¿eh? —exclama Tom.

Nell no le hace caso, resopla indignada sobre el agua. Tom suelta las riendas, cruza los brazos como si se fuera a dormir, se echa la gorra sobre la cara, ronca.

Espoleo a Nell. No quiere moverse.

—Si lo has hecho mil veces —le digo, y le doy un golpe con la fusta en los cuartos traseros. Echa a andar. El lecho del río desaparece.

El agua nos sacude, ya no hay suelo de piedra, no hay vado, estamos en aguas profundas. Levantan a Nell, la atrapan en la corriente fría, parda. Se la llevan, se nos llevan como el viento se lleva un papel. Mis faldas son un pesado globo en tracción insistente que tira hacia abajo. A mi alrededor, las ondas de agua fría me agarran la cintura, los brazos, el pecho. El caballo echa hacia atrás el cuello como un monstruo marino. Nell nada. Los músculos se le mueven como pistones. Floto aferrada a sus crines. Pierdo pie en el estribo. La pesada falda tira, el río se la quiere llevar. El agua sube, me llega a la barbilla. Los dedos agarrotados y helados se sueltan, lo noto. Tragos helados. «Ahora veo cómo es», pienso. Un atisbo de Tom que salta de Matilda con la cara muy blanca y una expresión que no conozco.

Nell llega al fondo arenoso, hace pie. Sube como puede hacia la orilla, levanta muros de agua, lanza salpicaduras en todas las direcciones. Me tiendo contra su cuello, la abrazo mientras avanza, sólida, ya en tierra.

Tom suelta un taco y se limpia la cara con el pañuelo del cuello. Tiene un tic en los dedos y no le obedecen. La tela no va a donde quiere.

Nos acercamos a ellos. Nell es de color acero, está empapada. Baja la cabeza con los orificios nasales dilatados para hocicar a Matilda. Matilda parpadea y se estremece de placer bajo la lluvia de gotas frías. Vuelvo a echar la cola del vestido, chorreante, sobre los cuartos traseros.

—A la derecha hay una fosa —dice Tom.

—Sí —digo—. Ya lo veo.

Extiende la mano temblorosa hacia el cuello de Nell.

—Muy bien, muy bien —le dice. La yegua no le hace caso. Roza la nariz de Matilda con la suya—. Hay que ver si tiene bien las patas. —Hace ademán de bajarse.

—Está perfecta —le digo.

Nos miramos. Es como si a los dos nos hubieran quitado la piel. No sé qué hacer.

—Con una carrera nos secaremos —digo—. Si te acuerdas de las reglas.

Emprende el galope antes de que diga «reglas». Solo queda el retumbar de los cascos y la vibración del aire entre los árboles. Nell se estremece de ansia y la dejo correr.

Galopa como un galgo, aplasta las orejas árabes, se aplasta contra el terreno. El bosque es un borrón. Adelantamos a Matilda al salir de entre los árboles. Le cuesta más, va al trote. Tom se ha girado en la silla, mira hacia atrás. No nos oye acercarnos sobre el suelo blando del bosque; se sobresalta. Volamos al pasar junto a él hacia terreno abierto.

El páramo se extiende bajo el sol. El viento nos golpea. Más allá, los peñascos se derraman por la falda de la colina. El viejo muro se

curva hacia allí atravesando el verde. Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo, claro: la primera roca, la que tiene forma de huevo, es la meta. No vale saltar el muro. No vale atajar. Tom gana siempre. Vuelo etérea, cegada, sigo la curva larga, frenética. Nell parece prolongarse debajo de mí, las zancadas son más amplias, la tierra vuela bajo sus cascos. El viento me azota el vestido a la espalda, se extiende rígido. Vacío. No queda nada más que mi corazón y los golpes de los cascos. Nell ve el morro largo y negro de Matilda cada vez más adelante junto a ella y se ríe. Nunca había oído reírse a un caballo. Es imposible que vayamos más veloces, pero Nell estira el cuello gris, se convierte en un revuelo de patas. Noto escalofríos bajo la piel. Una piedra suelta, una madriguera de conejo, un clavo viejo, un socavón en el terreno, si vacila un instante, si pisa en falso, nos romperemos el cuello. El huevo reluce, me llama a treinta metros. La tierra se alza hacia nosotras al galope. No veo a Matilda. Pasamos junto a liquen dorado, junto a roca gris. Junto al huevo.

Tiro de las riendas de Nell. Noto alfileres en las mejillas. Resopla, jadea, suelta el aire en explosiones. Poco a poco afloja la marcha como quien despierta de un sueño. Le acaricio el cuello acalorado, lo noto pegajoso bajo la palma de la mano. Le digo que es maravillosa. Me retumban los oídos en el silencio repentino. El viento nos ha cegado.

—Me ha tirado en el muro —dice Tom detrás de mí.

Lleva a Matilda con una mano. La otra le cuelga inerte, extraña. Tiene arañazos en la mejilla, y el costado cubierto de lodo negro. Matilda le da un empujón con la cabeza y él la aparta con la mano rara. Es extraño, Tom nunca se cae.

—Te está bien empleado —digo al final—. Saltar el muro es trampa. Las reglas.

—No lo he saltado.

Se acerca para bajarme; una mano inerte; la otra, formal.

—No —le digo.

Me bajo sola, empapada, torpe.

—Hueles como la peluca de una vieja —dice Tom. Los lirios.

Atamos los caballos a un serbal pequeño y retorcido que crece en la loma y subimos. Encontramos un lugar a la sombra entre las piedras y nos sentamos. Extiendo la falda para que se seque, un círculo amplio

de sarga gris. Más abajo, entre las rocas, una víbora sale de una grieta sombreada. Serpentea silenciosa y decidida bajo el sol. A nuestro alrededor todo es azul, verde, púrpura. Pasan las nubes. En la cálida distancia, una oveja protesta.

—No lo hice para humillarlo —dice Tom de repente—. Te soltó. Te vi caer. Está peor, Iris.

—No pasa nada. —La beligerancia que muestro es pura formalidad. Trato de no pensar en el anciano desconocido que ha ocupado el lugar de mi padre. Trato de no pensar en las manos que tendió hacia mí, en que me llamó por el nombre de mi madre—. Estaba enfadada. Y no por mi padre. Bueno, sí, en parte… ¿es verdad que te vas, Tom? ¿Te marchas?

—No, ¿y tú? —Habla en tono liviano.

Le cojo la muñeca y se la coloco despacio. Lanza un grito y se incorpora. La víbora se escurre hacia la oscuridad como el agua que cae de una jarra. Tiene la muñeca hinchada, rosada bajo la piel tostada del brazo. Bajo esa piel, los huesos están demasiado separados.

Rebusco bajo la falda mojada.

—El cuchillo —pido.

Se lo saca del bolsillo y me lo pone en la mano. El sonido del algodón que se rasga.

—A ver cómo explicas eso —dice.

—Siempre me estoy rompiendo la ropa.

Cuando tengo tres tiras largas de la combinación, cojo la muñeca y la vendo con fuerza. Lo aguanta entre estremecimientos. Le devuelvo el cuchillo, la mano.

—Te vas a marchar —digo—. No me mientas. —Tiene los ojos clavados en Matilda, que se frota contra la corteza del serbal—. Os oí hablar ayer, a Shakes y a ti.

—¿El qué? —dice, y se vuelve hacia mí.

Tiene en la cara un gesto extraño, pensativo. Veo la sangre en el rasguño de la mejilla.

—Que papá te dio dinero.

Las palabras se me rompen en la boca.

Tamborilea sobre el granito con los dedos de la mano sana. Me roza el borde oscuro y mojado de la falda. Frota el dobladillo entre el índice y el pulgar.

—Esta porquería a poco te mata —dice.

—Era de mi madre. ¿Te vas a la guerra, Tom?

—¿A dónde, si no? ¿Qué voy a hacer? ¿Ser tu mozo de cuadra toda la vida?

Se quita la gorra. Se recuesta contra la roca con la cara vuelta hacia el cielo y los ojos cerrados. Bajo los rayos del sol le veo el rostro demacrado, pálido, ausente. Tiene en la frente una magulladura vieja del color de la mermelada de ciruela. Le llega hasta el ojo. Otra, debajo, aún más vieja y ya amarillenta. La mano con la que se aprieta la gorra contra el pecho está hinchada, con los nudillos de un púrpura intenso, mullidos, casi negros.

—Te has metido en peleas —digo—. ¿Qué has hecho, Tom? Pelearte, emborracharte… correr detrás de las chicas —añado, inspirada.

Me lanza una mirada muy azul.

—¿Y qué? —dice—. ¿Qué más te da?

—No se te da bien lo de pelear —digo—. Por lo que veo.

—No, no muy bien. —Suspira—. Tendré que hacerlo mejor. Cuando me vaya.

—Pues no te vayas —digo. Pero sigue hablando.

—La verdad, quería decírtelo. —Le tiembla la mano sobre la piedra—. Aquella noche no debí llevarte allí. Debí darme cuenta de que estabas enferma. Lo siento.

Lo dice y se vuelve, descargado de culpa, se pasa la mano por los ojos. Tiene la muñeca blanca vendada, me resulta insoportable. Pienso en cómo lo he obligado a cabalgar detrás de mí al pasar por Dartmeet. Recuerdo lo que le dije hace años, después de la cueva, con la voz aguda de fiebre. «Ya soy muy mayor para jugar con el mozo de cuadra». Algo me sube por dentro, un sentimiento, como el agua.

—Te he tratado como a un criado —digo—. Ahora, en el pueblo. —Doy con la palabra que me resulta poco familiar, exótica—. Ha sido imperdonable.

—No —dice—. Qué va. —Se apoya la cabeza en las manos—. «Detrás de las chicas» —dice con voz aguda. Es una buena imitación—. Shakes se habría muerto.

Tiene los párpados grandes, con pestañas oscuras, y tan blancos que casi parecen azules. Los dientes le brillan entre los dedos. Todavía está enfadado.

—Y lo siento —digo—. Siento la muerte de tu padre. Te lo tendría que haber dicho hace mucho.

Se sacude como un perro al que han dado orden de estarse quieto. La sangre le corre por la vena del cuello, los tendones se le mueven con delicadeza. Demasiado cerca de la superficie, demasiado a mano. Es de carne, hueso, aliento, todo unido por apenas nada. No me lo dejo de imaginar ensangrentado, despedazado.

Le rozo la mejilla y, debajo, el hueco elegante que se curva hacia la boca. Noto su aliento cálido en los dedos. El conocimiento que tengo de estas cosas es imperfecto. Me dejo llevar por algo ajeno a mí.

Hace una mueca.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Todo irá bien —digo—. Pero, si te vas… —Oigo mi propia voz—. Si te vas, yo no estaré bien. Nunca más. —No doy con las palabras para transmitirle lo espantoso que sería, cómo quedaría muerto mi corazón dentro del pecho, como una piedra.

Tom me aparta las manos de su cara.

—Quita —dice—. ¿Estás loca?

Ha palidecido de desagrado.

—Lo siento. Solo quería…

—Casi no me has dirigido la palabra en un año. Y ahora, esto. Lo último que me dijiste fue que te dejara en paz, ¿te acuerdas? Querías estar sola. Y supongo que es eso, que estás demasiado sola, ¿no? Eso es todo. ¿A quién conoces? A nadie. Solo a mí. Te tiene aquí sola, Iris.

Eso no está bien. Te hace rara. Pobre.

Es como una serie de golpes a la cara. Siento el impulso que lleva cada uno. La sal emborrona los colores.

—Venga —dice en tono ligero—. Venga, déjate de eso.

Todo sucede demasiado deprisa, o demasiado despacio. Me froto los ojos con las manos. La luz estalla y se encoge contra con párpados. El sol me ilumina las mejillas calientes.

Espero. Espero a dejar de sentir las agujas en los ojos, a que el aliento no se me trabe en la garganta. Espero.

Cuando me calmo, alzo la vista. Tom está de espaldas a mí. Rígido, inexpresivo. Le doy un palmetazo. El sonido de la carne a través de la camisa fina.

—Ayayay —grita.

—Mírame —digo—. Quiero decirte algo.

Agacha los hombros. Todo él se derrumba.

—Iris —dice como si hablara con sus rodillas.

—Sigue —ordeno.

Alza la vista. Antes de que diga nada, amago con darle una bofetada, rápida, ligera. Grita, se echa hacia atrás con los ojos muy abiertos. Apenas le rozo la barbilla con los dedos.

Se lleva la mano a la mejilla y se me queda mirando.

—No tiene gracia —dice.

Pero sí la tiene. Parece espantado, pero tras un momento él también se ríe con esa risa arrolladora.

—¿Sabes por qué no he querido acercarme a ti? —le digo.

Y se lo cuento. Le hablo de la negociación, del trato. De los Villarca, de ella. Tom escucha con atención. El aire y el sol parecen limpiar las palabras. El mundo cambia a medida que hablo. Es como si le lavara el miedo.

—Mi padre me contó algo por el estilo —dice cuando termino—.

Una historia muy parecida, antes de morir. —Aprieta los labios en una línea delgada—. Estos viejos… fantasmas, maldiciones, qué tontería, todo para explicar que no se llevaban bien. Son bobadas, ya lo sabes, ¿no, Iris?

—La verdad, sí —digo.

—Debe de estar muy solo —dice Tom.

Estoy temblando, liberada. Aquel día, en el cementerio, la primera vez, estuve en lo cierto. La mujer no es más que los temores de papá. El miedo a que lo deje solo.

Nos sentamos. Contemplamos la tierra cálida, vibrante. Lo miro: la línea de la nariz, de la mandíbula. Los recuerdos me asaltan desordenados. Los pies metidos en el arroyo poco profundo. Los días largos y el sabor de la hierba. La nieve, el lomo del caballo. El dolor del diente que se me saltó al dar una voltereta, el estiércol en el establo, el hueco rosado bajo la lengua. Sus cejas, la línea de una golondrina contra el cielo. Sujetó la cabeza de la potrilla aquel verano. Los ojos oscuros del animal, las manos cuidadosas de Tom. Su voluntad feroz de vivir. Una parte enorme de mi vida ha transcurrido así, en silencio con él.

—Lo decía de verdad —digo—. En serio. Sin ti, nunca estaré bien.

No tengo miedo. Me mira con ojos azules, sombríos. En realidad, sí tengo miedo. Una pluma me flota en el pecho. Se mece, desciende, cae.

De pronto está muy blanco, muy mal.

—Mierda —dice.

Coge la sarga mojada y la extiende con delicadeza. Estira el dobladillo y tira. La piedra se desliza debajo de mí. Mi hombro choca con su clavícula.

—Cuidado.

—Lo siento —dice.

De cerca, es más extraño. Las pestañas como plumas negras. La vasta geometría cambiante de su rostro, la cueva rosada de su oreja. El aliento en mi pelo, el viento en la hierba alta. Los sonidos tenues de su piel. Atisbos desconcertantes y desconectados. Ojos opacos de pánico.

Dibujo una línea con el dedo por el montículo oscuro de su ceño.

—No pasa nada —digo.

Despliega las manos, se abren como una flor en la base de mi espalda. Su aliento me llena la cabeza como un océano. Estamos vivos. El cielo nunca ha sido tan amplio.

—Entro —dice Tom.

—No —respondo—. Se lo tengo que decir yo.

La luz cae perezosa sobre el camino. El olor a hierba cortada. Rawblood se extiende alargada y silenciosa al atardecer.

—Menuda pinta —señala, y es verdad.

Tengo la falda empapada otra vez, pesada de barro. En el camino de vuelta, en medio del río, Tom me ha hecho montar en Matilda. Hemos dejado a Nell a su paso. He montado delante de él hasta llegar a casa, le he notado el corazón contra la espalda.

Saco la lengua y le doy las riendas de Nell. Me pesa la falda empapada en el brazo. La puerta de entrada chirría, pero no sale nadie. Atravieso las habitaciones en las que entran los rayos de sol. Cruzo el salón donde caldean las baldosas en franjas doradas, por el corredor oeste donde forman diamantes contra el suelo y las paredes. Me detengo ante la puerta del despacho de mi padre.

¿Qué le voy a decir? ¿Qué hemos decidido? Matrimonio, imagino, aunque no hemos hablado de ello. Solo sé que no hay tiempo. No hay tiempo antes de que Tom se vaya, así que tiene que ser ya. Espero a que me lleguen las dudas. No llegan. El calor irradia desde dentro de mí. El peñasco, la luz del sol, lo llevo todo dentro y me precede. He roto el trato, pero me perdonará. Mi padre siempre ha querido que sea feliz.

La puerta del despacho se abre con un sonido que es como el de un cuchillo en la espalda. La estancia es calurosa, sofocante. Apesta a sudor viejo. Los paneles oscuros de las paredes están llenos de cicatrices que parecen zarpazos. Hay papeles por todo el suelo. Algo pequeño y negro se mete corriendo bajo una estantería. En la rejilla de la chimenea hay un libro colgado boca abajo. Aquí no entra a limpiar Shakes. Esto es de papá.

Mi padre está soñando. Medio recostado contra el escritorio, con

los ojos vidriosos bajo los párpados entrecerrados. El estuche de cuero está abierto, dentro se ve el brillo del metal. Tiene el rostro ausente, pero las manos largas, elegantes, no paran de moverse. La manga de la camisa subida, el torniquete. La aguja brillante, lista.

Me doy la vuelta para marcharme. Esto es espantoso, es lo que no debo hacer jamás: mirar mientras papá utiliza la bolsa.

La falda mojada barre el suelo con un susurro sonoro.

—¿Iris?

Tiene la voz lenta, embarrada, con la lengua torpe.

—Ya me voy, papá. Lo siento mucho, lo siento mucho.

Me oigo la voz aguda, asustada. Una niña nerviosa.

Me detengo con la mano sobre el pestillo. Pienso en los largos años de soledad, los años de «la enfermedad». Las noches que me pasé temiendo no ver el amanecer, que la muerte iba a descender sobre mí, inesperada. Los largos días de soledad. La vergüenza, la culpa arraigada. «Soy una paria, estoy infectada». Las historias de fantasmas, de muertes, de maldiciones... Soy un bicho raro ignorante, acribillada de monstruosidades. Casi una mujer, pero no sé peinarme. Y todo porque papá no quería gente cerca. Para consumir la morfina en paz. Y de repente ya no lo siento.

—Dime una cosa, papá. Si no me hubiera interesado la medicina, si no hubiera descubierto que lo del *horror autotoxicus* era mentira, ¿me habrías dicho otra cosa en algún momento? Así que, cuando la enfermedad ya no te sirvió de excusa, se te ocurrió lo de ella... Los motivos para que no te deje jamás. Enfermedades, fantasmas. Eres un mentiroso, papá. Quieres que sea una niña para siempre. —Tiene los ojos oscuros clavados en los míos—. ¿Sabes que casi me convencí a mí misma de que la había visto? Tenía mucha fiebre, estaba asustada. He estado asustada toda la vida. Y ya basta.

Voy hacia donde está desplomado. Le quito la aguja hipodérmica de la mano inerte. La extiende en gesto vago, pero me la escondo a la espalda.

—Esto es lo único que te importa —digo—. Hace tiempo que lo he aceptado. Siempre te he tenido en un pedestal. He querido ser como tú. Eran esperanzas infantiles. No hay nada que emular en ti. Eres un cobarde que quiere que me esconda del mundo igual que

haces tú. Me has tenido aquí sola, encerrada, como una muestra bajo el microscopio.

»Hiciste que Tom trabajara como mozo de cuadra, me amenazaste con enfermedades y con fantasmas para que pusiera fin a nuestra amistad. Y casi lo conseguiste… pero luego has tratado de mandarlo lejos. Y hay cosas que no puedes controlar. He venido a decirte que vamos a casarnos.

—Ya veo —dice con voz espesa, adormilada.

—Bien —respondo—. Espero que me des tu bendición.

Suspira.

—Ya veo —repite—. Ya la veo. A ella.

Alza la vista. Algo vacío y muerto mira por sus ojos. Se levanta. ¿De verdad mi padre es tan alto? Su cuerpo desprende hedor.

—Papá…

Pero no desperdicio más palabras. Porque eso no es mi padre.

El gran escritorio de nogal cae hacia delante con estrépito. Doy un salto atrás, grito «¡no!», pero es rápido. Me agarra el cuello, me lo aprieta con los dedos hasta que veo estrellas. Me tiene sujeta la garganta con una sola mano, con poderosa facilidad. Dolor. Círculos blancos. Crujidos como los de huesecillos al romperse… Me ha agarrado demasiado abajo como para romper el hioides, pero me está ahogando. Algo se me estrella contra el pómulo como una roca. Me golpea con el puño grande, cerrado. Todo estalla y oigo un zumbido, en las orejas, en el cráneo. La estancia se desvanece. Estamos en medio de una nube. El sonido me llega amortiguado, desde muy lejos. Entre las nieblas, me echa la mano a la espalda en busca de la aguja y, al hacerlo, afloja la presa, solo un poco.

Le rompo la nariz con el talón de la mano. Es un crujido rápido, rojo. Hay sangre en el aire, gotas suspendidas. Ruge, me suelta la garganta. Cojo aire de golpe como un fuelle y salgo corriendo.

Tom está ante la puerta del despacho, pálido, interrogante.

—… —digo.

Las lágrimas no me dejan ver. Me mira durante un instante, me

agarra de la mano y corremos. Las pisadas rápidas del desconocido detrás de nosotros.

Corremos, corremos por Rawblood. Tom tira de mí, me estira el brazo como si fuera de goma. Los dedos resbalan y chirrían sobre los pestillos, las manos asustadas chocan con las paredes al doblar las esquinas, los pasillos parecen estrecharse a nuestro paso. El desconocido está cerca, su aliento es como un horno.

Salimos como una explosión al gran vestíbulo iluminado por el sol. El vestido de montar se me escapa de los dedos traidores y no lo puedo volver a recoger, lo arrastro empapado al correr, se me engancha en las grietas y deja una estela brillante, me hace ir más despacio. Es todos los sueños que he tenido en los que alguien me perseguía, salgo corriendo de la oscuridad, me pisa los talones. El aliento del desconocido es entrecortado, suena como unas almenas, la piedra contra la piedra. Una gran sombra se cierne sobre mi espalda como un torreón.

Se me enreda el pie en la falda. Caigo. La caída es infinita. Algo pesado me golpea, me aplasta contra el suelo con un crujido de las costillas. Agito los dos puños enloquecida. Aún tengo la aguja en una mano. Me había olvidado. Perforo algo carnoso con un sonido brusco. A lo lejos, el cristal se rompe. Hay sangre en regueros que me corren por las manos, en todas direcciones, hacia la oscuridad.

Noto las baldosas frías bajo la mejilla. Los rayos de sol estrían el vestíbulo. Hay un rastro sucio, brillante, por la piedra. En medio del vestíbulo, el rastro se mezcla con un rojo pegajoso. Es repugnante, como la estela de un enorme gusano herido. Me incorporo.

La forma negra junto a mis pies. La sangre corre por todas partes, se acumula, brilla en hilos entre las baldosas. Corre entre los fragmentos de cristal que hay por doquier a la luz cálida. La aguja hipodérmica rota sobresale del pecho de papá, se mueve con delicadeza cuando respira con dificultad, brilla. El aire silba a través del pulmón perforado.

Tom es pequeño, está acurrucado en la esquina, junto a la chimenea, de espaldas. Sube y baja la cabeza, emite un sonido chirriante.

Papá me tiende una mano roja, resbaladiza.

—Iris —dice—. Esto.

Hace girar el anillo para sacarlo del dedo pegajoso. Despacio. Cae en la palma de mi mano como una piedra.

—Ahora es tuyo —dice mi padre—. Querida.

—Papá. —La boca oscura de payaso se abre más en el gris de su chaleco—. Papá —insisto—. Ahora lo entiendo. No creía… Lo siento, lo siento mucho…

Mi padre dice «lo sé». O tal vez solo «Es». Se sobresalta, mira algo que hay detrás de mí. Un dedo helado me recorre la columna, Me giro. El miedo me eriza la piel. No hay nada, solo Rawblood, cálida al atardecer. Mi padre me tiende la mano. Tiene los ojos fijos, muy abiertos. Estanques pardos.

—Ya veo —dice—. Ya la veo.

Noto la mano ensangrentada, ligera sobre mi cabeza, y se va. Queda la ropa y la carne fría. Muerto.

Los sonidos me llegan como a través del agua. El viento entra silbando por una ventana, no sé dónde. La sangre que cae al suelo suena como tic, tic, tic. Presiono el rostro contra el que fue el suyo. Es caucho frío. El aire gira con colores vivos, un carrusel.

Tom se mueve en el rincón, muy pálido. Pienso en él, en lo que dirá Shakes, en lo que dirán los demás… Pienso en ella y me quedo helada. Yo no he visto nada, nada, excepto la sombra oscura de papá, su sangre. Pero ella estaba ahí. Él la vio, y se ha llevado su vida. ¿Dónde está ahora? En cualquier lugar…

—Tom —digo—. Tom.

Alza el rostro y lo tiene gris. Algo le cuelga de la comisura de la boca.

—Coge esto —digo. El anillo brilla en la mano cálida y temblorosa de Tom, blanco y rojo—. Llévatelo. Te lo doy yo. Pero vete. Vete ahora mismo. Corre.

Tom no se mueve y se lo grito una y otra vez. Protesta y le aparto las manos a golpes cuanto trata de sujetarme. «Vete», le digo. «Vete, vete, vete». Hasta que se va.

Una vez se ha marchado, me siento. Por dentro estoy encogida y reseca. Las lágrimas que me corren por la cara no tienen nada que ver

conmigo. Otra vez tengo el vestido empapado, ahora de sangre. El olor denso pende en el aire. Han pasado siglos desde esta mañana, toda una vida desde la roca, el sol, el aire. ¿Fue verdad? Es imposible. Nunca ha pasado nada ni volverá a pasar. Siempre he estado sentada aquí, con el vestido húmedo, rojo y pegajoso que se me va secando encima, abrazada a un cadáver cada vez más frío.

No cabe duda, todo esto es culpa mía. Han quedado al descubierto las profundidades insondables de mi estupidez. De mi descuido recalcitrante, de mi arrogancia. Pensaba que las reglas no iban conmigo. Papá me lo dijo, me lo advirtió, y no lo creí. No creí en ella. Pensé que podía hacer lo que quisiera, y el precio ha sido insoportable.

Le cierro los párpados sobre los ojos vidriosos. No es fácil. Quieren seguir abiertos. Me siento. Ya estoy más allá de los sentimientos. El dolor, la pérdida… son palabras extrañas e insuficientes que no tienen nada que ver con el desgarro, el agujero que me atraviesa el corazón. Mi padre está muerto y yo lo he matado. Tendría que haber muerto yo. Tendría que haber sabido lo que iba a pasar.

Puede que no la vea, pero ahora entiendo lo que quería decir mi padre. Ella está en todo. En el aire, en el camino, en los setos oscuros. En las piedras que me golpean la carne. Ella es todo lo que enferma al mundo, pero también es nuestra plaga privada, solo para nosotros, los Villarca.

Le hablo con la mente. Le pido que venga. Le ruego que me lleve, se lo suplico, a mí, que soy la última de la estirpe.

Demasiado tarde. A lo lejos, el lamento del roble. Una puerta. Viene alguien.

Charles Danforth

11 DE OCTUBRE DE 1881

Hoy, más muestras de tejidos. Alonso y yo nos turnamos. No hay por qué sufrir los dos a la vez.

La bodega estaba en silencio. No encendí la espectral luz eléctrica, sino que llevé mi lámpara de gas.

Los conejos están tendidos, inmóviles y jadeantes, inmovilizados por el vientre con tiras de tela blanca. El aire tiene un olor que no es desagradable, a albahaca molida y a carbólico. La cabeza entre las patas y los vendajes humanos hacen que parezcan algo salido de la imaginación de un ilustrador satírico (tal vez *The Field Hospital*).

Hice lo que tenía que hacer. Fui por la estancia seguido por sus ojos brillantes, reflejado en todas las pupilas color nuez. No me gustaba el ruido que hacían antes, semejante al graznido de un águila, pero casi me gusta menos el silencio que guardan ahora.

Al llegar al final de la hilera, vi que el macho viejo (se me había olvidado el nombre absurdo que le había puesto Alonso) se había soltado los vendajes. El conejo estaba acurrucado en el rincón de su caja, pequeño, peludo, pardo. La venda del cuello le colgaba a un lado y dejaba ver la limpia marca color óxido de la incisión traqueal. El barullo de vendas blancas estaba en otro rincón, sucio de marrón y amarillo, pisoteado como si hubiera intentado enterrarlo. Abrí la puerta y, distraído y olvidadizo, fui a cogerlo.

Se dio la vuelta para huir y me mostró mi error al dejar a la vista el otro costado. Vi demasiado bien nuestra obra. Es una lección de anatomía. En el flanco izquierdo, tiene la piel retirada a un lado, recortada. Las costillas anteriores están serradas, romas. Al otro lado hay una cálida cavidad en la que se ven las entrañas palpitantes. El subir y bajar delicado de los pulmones. Son rosados, bonitos, parecen sedas suaves colgadas para una fiesta. El entramado de vasos sanguíneos azules recorre este paisaje a la vista. Cuando se movió, vi por un momento el bazo, rojo y protuberante como la punta de una lengua. Hay zonas ennegrecidas aquí y allá, en los puntos de donde hemos extraído tejidos, cauterizadas con un hierro al rojo. Lleva enredado en la pata trasera un tramo purpúreo y suelto de intestino.

Todo eso lo había visto antes, y buena parte era obra mía, pero, en aquel, momento… Bueno.

Lo volví a vendar con buen cuidado de no tocar los órganos con los dedos, y empezó a emitir un sonido, cosa que me había parecido imposible. Era como un silbido metálico, lastimero. Enseguida me di cuenta de que eran mis manipulaciones lo que estaba comprimiendo los pulmones y hacían salir el aire por la abertura de la garganta, la laringe. Pero el sonido me afectó. Fue indescriptible, y no puedo garantizar que me haya repuesto.

Después, subí a la cocina y, tras una búsqueda, encontré una cebolla que le llevé a la jaula. No la miró, ni tampoco a mí. No sé si se la comerá, o si le hará daño. O si a los conejos les gustan estos alimentos. Ahora casi me dan ganas de bajar a quitarla de ahí. No sé qué hacer. Dios, qué cansado estoy.

12 DE OCTUBRE

Seguimos adelante, seguimos adelante. Los días son largos, por las noches no hablamos. El ocaso nos engulle agotados. En la mesa solo se oyen los sonidos propios de comer. Luego, nos sentamos en los sillones polvorientos y bebemos, mucho, largo rato; al final, me voy a descansar con paso inseguro y la mente nublada, solo para levantarme entre maldiciones a la mañana siguiente para volver a empezar.

Parece que Alonso vuelve a tener el pelo oscuro. Los mechones negros crean una imagen extraña y agradable, como si fuera un tejón. ¿Se lo estará tiñendo? No he juntado valor para preguntárselo. Ahora aparenta unos cincuenta años en lugar de setenta. Rawblood le sienta bien. No puedo decir lo mismo de mí.

Mi visita se ha prolongado mucho. Hay que ponerle fin ya. He dicho que volveré el mes que viene para presenciar la siguiente etapa, cuando introduciremos un contaminante en los ejemplares sanos. No me creo que vaya a dar resultado. Empiezo a dudar de nuestra tesis. Lo cierto es que no planeo volver. Cuando llegue el momento, elaboraré cualquier excusa.

Me resultará grato volver a mi vida, por espartana que sea. Recuerdo casi con añoranza el rostro poco atractivo de la señora Healy. Las grandes gestas están muy bien, pero la monotonía es reconfortante, así como cumplir con el propio deber. Sin duda mi consulta se habrá resentido con mi ausencia: por mucho que lo intento, Babcock no me gusta, y lo dejé al cargo muy a mi pesar; a fuer de sincero diré que me parece un cabeza hueca y que impondrá sus nociones anticuadas a mis pacientes. Puede incluso que se los quede, y es... Pero ¡basta! No vale la pena pensar en ello. Baste con

decir que será un alivio volver a tomar las riendas. Le he dicho a Alonso que planeo marcharme. No ha comentado nada, pero me ha dado una frasca de coñac para traerla aquí abajo.

La bebida se ha vuelto necesaria, tanto para soportar la compañía mutua como para seguir adelante con el trabajo. El olor de la bodega empieza a ser muy desagradable.

El calor tan impropio de esta estación también me está afectando. Sigue sin llover. Hay inquietud en la zona. Los matorrales están llenos de bayas de otoño, entre los abejorros y las mariposas delicadas; las flores siguen abiertas en su extraño revivir e impregnan el aire rancio con su perfume. Pero los árboles han perdido las hojas. Los pájaros no saben qué hacer. Por todas partes se ven golondrinas y gansos que tendrían que haber partido hace ya semanas hacia climas más soleados. Trazan círculos silenciosos, atentos, en el aire. La tierra estalla con una exuberancia forzada, como a la espera de un duro golpe.

13 DE OCTUBRE

No estoy satisfecho. No vemos progresos. Ahora mismo padezco una ligera gripe que hace que tenga la mente espesa y me falten energías. Hoy he intentado trabajar, pero enseguida me he visto superado. Me ha resultado muy grato dejarlo. Mis movimientos eran torpes. A nuestros especímenes no les va bien. Mis muestras son paupérrimas. El aire apesta a quemado. No volveré a describir sus ojos. Todo lo que veo me parece ya carne o hueso.

Y el calor no cesa.

A toda prisa

ojos como ruedas blancas y negras, cabeza calva. Fuera, fuera

Santo Dios. Tengo que poner el diario en la otra punta de la habitación por la noche.

14 DE OCTUBRE

El señor Wallace, el colega más eminente y sensato del señor Darwin, nos demuestra la conclusión evidente y lógica: que los animales están manifiestamente sujetos a los procesos evolutivos, pero el hombre no se encuentra a merced de estas mismas reglas. El hombre es obra de Dios y está tocado por Él. Pero es duro, es muy duro bajar a la bodega y pasar allí largas horas, es muy duro recordar

que lo que hacemos con los seres que están a nuestro cargo sirve a un propósito más elevado que nosotros mismos, más elevado quizá que la propia ciencia de la vida. Que está al servicio de Dios.

15 DE OCTUBRE

No la mires a los ojos. No Dios mío los ojos

Metí el diario en el cajón, y el cajón estaba cerrado. Me guardé la llave en el bolsillo de la chaqueta y la colgué al otro lado del cuarto. Pero el libro estaba abierto ante mí, con grandes gotas de tinta en medio de la página.

Quizá debería atarme las manos.

18 DE OCTUBRE

Escribo estas líneas encerrado en mi habitación. Por fin comprendo la naturaleza de esta visita. Es la venganza. Corro peligro de muerte.

Expondré con precisión los acontecimientos.

Ayer, superado por la fatiga, fui a dar un paseo por el páramo, ya que sentía que me faltaba el aire. El calor es implacable. En cuanto al trabajo, no hemos conseguido preservar el tejido a la perfección sin matar la infección, y así transmitirla. Nuestro proceder es el de carniceros insaciables. La bodega rebosa putrefacción y dolor. Me alegro de poder estirar de nuevo brazos y piernas, y cada zancada me levanta el ánimo.

Una vez dejé atrás la casa, me encontré sobre un cúmulo de grandes piedras y me senté para disfrutar del sol. Fue una idea excelente. A mi alrededor solo se veía el páramo, verde y gris, y esos arbolillos, los serbales, que en esta zona del mundo se inclinan obedientes al viento, con esas bayas color escarlata que resaltan contra el pardo mortecino de la tierra. Sentarse a observar la naturaleza, a la que no le importan nada mis angustias, es un gran beneficio para la salud. Vi una oveja con un corderito tardío, nacido según me pareció hacía menos de una hora. El cordero era todo patas desobedientes y certidumbre decidida mientras la oveja lo animaba, y el espectáculo era encantador; me quedé absorto en sus intentos por levantarse, me dolió cada tropezón. Cuando por fin consiguió levantarse y dio los primeros pasos inseguros, sentí una emoción irracional, y tuve que apartar la vista.

Se me pasó por la cabeza que el cordero estaba en una situación envidiable: sin intelecto ni curiosidad, sin deber alguno para con Dios o con la humanidad, solo tenía un propósito, sencillo y puro: el deseo de levantarse, de asombrarse, de esforzarse, ¡y conseguirlo! Y luego echar a andar hacia su vida de oveja, hacia su muerte de oveja. Alonso diría, y casi oigo su voz, que en resumen así es como transcurre la existencia de buena parte del ser humano.

Estaba así, inmerso en mis reflexiones, con el ceño fruncido y un palo en la mano con el que golpeaba el brezo (he descubierto que, en los momentos de ocio, el hombre siempre buscará un palo y algo que golpear) cuando oí un sonido como el de una sierra que pasara con torpeza por la madera, contra la veta. Me sobresalté y divisé la figura encorvada de Shakes, recortada contra el páramo y recorriendo la cima de la colina en dirección este.

Eso no me habría llamado la atención de no ser porque, en las últimas semanas, lo había visto desde la ventana del salón cuando iba o venía por esta misma colina y con el mismo aspecto decidido. Dartmeet no está por aquí, así que no va al mercado. Duerme sobre los establos de Rawblood, así que no va a casa. Y ni se me pasa por la cabeza que tenga una enamorada. En estas expediciones no lleva nada consigo que sugiera que está haciendo alguna tarea para la casa (por ejemplo, mi baúl de viaje, que tiene la hebilla rota y que le he pedido que lleve a arreglar). Regresa también con las manos vacías, sin ninguna de las cosas que nos empiezan a hacer mucha falta. Las primeras que se me vienen a la cabeza son el azúcar y el jabón de afeitar.

Iba de espaldas a mí, quizá sacudido por la tos que lo afecta. No me había visto y, asaltado por un deseo repentino de hacer diabluras, me levanté y lo seguí.

Puede que no sea correcto por mi parte, pero este hombre me desagrada. Está aferrado a Alonso. A Alonso se le rompe la pluma y no le da tiempo ni a mascullar una maldición antes de que Shakes esté a su lado con una nueva o arreglándole la vieja, muy cerca de él, como si quisiera respirar el mismo aire que su señor. No hay servicio que no le preste, pero la casa está sucia y abandonada. La chaqueta de Alonso está cepillada y sus botas brillan como el agua cada mañana, mientras que en el saloncito amarillo hay ratones muertos bajo las alacenas.

A esto hay que sumar su comportamiento para conmigo: en la mesa, en más de una ocasión me he encontrado con moscas en la copa, cosa que nunca le pasa a mi anfitrión. Y me mira. Tal vez no

parezca una provocación, pero que te observen en silencio durante largos minutos desde debajo de unas cejas finas y desaliñadas es muy perturbador.

Creo que Shakes viene de una cárcel de deudores cercana a Gales. O puede que me lo haya inventado. De lo que no hay duda es de que es originario de Devon, tal como delata su acento, pero no me cabe duda de que le han pasado cosas interesantes desde la última vez que vio Hay Tor. Shakes es a la vez mayordomo, ayuda de cámara, cocinero, jardinero... Me parece que está demasiado unido a Alonso.

Lo seguí por el páramo con un paso apresurado que en ocasiones me hizo tropezar. ¡Camina muy veloz! Fui con sigilo, siempre tras arbustos de brezo y corriendo desde una roca a un matorral de aulaga. En un momento dado me pareció que se iba a dar la vuelta y me tiré al suelo, con lo que la ropa se me llenó de polvo y tierra reseca. Pero no fue así, y al cabo de un rato me pareció seguro levantarme y seguirlo de nuevo.

No sé por qué me proporcionaba tanto placer aquello. Era un acto carente de principios, pero me vigorizó, me llenó de un espíritu travieso, me hizo disfrutar del sol y la brisa. Había pensado seguirlo una hora o dos como mucho. Cuando me acerqué a él, oí que hablaba en voz alta. ¿Consigo mismo, con el páramo, con Dios? Quién sabe. No conozco su conciencia. Los caminos que eligió me facilitaron seguirlo. Iba por veredas estrechas, entre muros derruidos, junto a gigantescos matorrales de aulaga, nunca por terreno abierto donde el silbido del viento te acaba por arrancar las orejas.

Los helechos y los brezales crecían por doquier. A lo lejos, en una colina lejana ambarina de otoño, se alzaba el gran túmulo. Pasamos por un claro salpicado de piedras. Tropecé con un pedernal medio enterrado, trastabillé y estuve a punto de romperme la cabeza contra otra. Se me ocurrió entonces que las piedras no parecían dispersas al azar, sino con una semejanza de orden: de pronto, como si me hubiera metido sin saberlo en un funeral, me di cuenta de que habíamos entrado en los confines de una de esas antiguas aldeas britanias bárbaras que se ven a veces en las colinas. Había metido el pie en la zona del hogar, que brillaba a la luz del sol de esa manera tan habitual en el granito. Estaba dentro de una casa, una morada pequeña, más que mi dormitorio en Rawblood. El suelo era de hierba, con brezo en los rincones. Lo único que quedaba, los cimientos, estaban cubiertos de musgo y líquenes dorados; los restos de las paredes y poco más estaban derruidos y dispersos. Me sentí alterado. Allí no había vivido nadie desde hacía mil años, pero seguía siendo una casa. Me

aseguré de salir por la puerta, en lugar de saltar sobre las paredes.

Por pura casualidad, llevaba en la chaqueta la frasca que Alonso me había vuelto a rellenar de coñac. Es un remedio poderoso. Me liberó del abatimiento y volví a estar de humor vacacional. Y a seguir a Shakes. Me moría de ganas de saber lo que decía. En cierto modo, era como una obsesión. Creo que llevo demasiado tiempo encerrado en la bodega.

Seguimos así un buen tramo, pero no capté nada de lo que le salía de los labios aparte de algún que otro sonido. Tras un tiempo, se detuvo a la sombra de una gran roca que se alzaba en la colina. Se instaló a sotavento, sacó una empanada y empezó a desmenuzarla mientras movía los labios como inmerso en una conversación apremiante.

La piedra estaba rodeada de matorrales altos de helechos. Localicé una zona agradable en la dirección del viento y me acerqué a hurtadillas para escuchar.

Shakes estaba cantando con una voz de barítono ligero, inesperadamente agradable al oído. Me detuve para escuchar la canción, porque me llamó la atención. Voy a tratar de transcribirla a partir de las notas que tomé a lápiz.

Y cuando ella habló el corazón me robó

quién iba a decir que tanto vacío cabía en mí.

Roto y muerto me dejó, blanco con el albor,

sin verla más, sin poder su nombre decir.

Adiós a sus ojos de luz, a sus labios de seda, adiós,

adiós a su luz, a su [palabras incomprensibles]

La marea nocturna me la arrancó

el último sabor [no sé qué, no sé qué] despedí

quién iba a decir que tanto vacío cabía en mí.

[No se entiende] la chica de Devon

voy hacia la muerte sin parar de reír,

mejillas de nieve que veo soñador

en el páramo mis huesos entierra con dolor.

[Más palabras incomprensibles]

Teme al hombre de hueso blanco, la mano de hueso blanco

como yo la temo a ella que robó mi corazón.

La canción seguía por el mismo camino, con más versos advirtiendo sobre el «hombre de hueso blanco» y sus venganzas particulares. Pero el viento se llevó las palabras y el lápiz me falló de una manera que me pareció irritante, ya que me había costado la extravagante suma de dos chelines, cantidad que no me puedo permitir. Cuando lo compré, me dieron garantías de calidad muy convincentes, lo que en retrospectiva me tendría que haber servido de alerta.

Nos quedamos así sentados cierto tiempo, con las notas de la canción aún en el aire. En alguna ocasión he pensado que, cuando disponga de tiempo, tras asentar bien la consulta y tal vez publicar suficientes artículos como para sentirme acreedor de un poco de ocio, me gustaría compilar una colección de estas cancioncillas populares, de los cantos del pueblo llano, lo que queda de una Inglaterra más pintoresca y auténtica.

Empecé a notar el suelo algo húmedo, a lo que soy muy sensible. También, unos cuantos especímenes del género *Formicinae* empezaron a exhibir sobre mi persona su personalidad intrépida y exploradora. Al principio no me importó, pues la hormiga es un ser interesante, pero cuando su insistencia fue en aumento me planteé si no sería hora de volver a casa. Al fin y al cabo, ¿qué había avanzado con vigilarlo?

Pero, en aquel momento, Shakes se volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo, se levantó y trotó hacia el este. Una vez más, su aire decidido me atrajo de manera irresistible, igual que un niño tira del juguete de madera que lleva sujeto con un cordel. No podía renunciar a mi propósito. Me liberé como pude de las invasoras, me levanté y emprendimos la marcha.

Hasta entonces no había prestado demasiada atención a la ruta, pero me di cuenta de que estábamos en una parte de los páramos que no conocía; habíamos atravesado Hamel Down dando un rodeo y nos acercábamos a la antigua ruta del correo. Este camino sigue la antigua vía romana y por tanto es muy recto y bien tendido, aunque no se

utilice a menudo. Está lleno de arena y poco frecuentado, y con la distancia no me costó esconderme de Shakes. Empezaba a sentir cierta camaradería con él y me imaginé que había una afinidad entre nosotros, que caminábamos juntos, como tantos habían hecho con anterioridad. Bebí más coñac.

Vi un poni del color de las castañas maduras. Iba a su lado un potrillo de pelo largo color rojizo. Son unos caballitos muy resistentes en el páramo que no parecen aptos para sobrevivir al invierno. Pero sobreviven, tal como salta a la vista por la abundancia de siluetas oscuras, tranquilas, las manadas de ponis que salpican el terreno. En ocasiones me da la sensación de que todo el esfuerzo que hacemos en esta vida se resume en expandir y proteger esa misma vida.

Las bandadas de chorlitos levantaron el vuelo a nuestro paso, abandonaron con alarma los brezales y nos precedieron como dardos furtivos y fútiles, entre graznidos, lejos de sus hogares. Me pareció que pasábamos como gigantes entre ellos, y eso les debíamos de parecer. Tengo bastante imaginación cuando me dejo llevar por ella, y me asaltó la idea de que para aquellos pajarillos era como un Titán: el Dios de los Chorlitos. ¿Qué les iba a ordenar hacer aquel día?

«Emprended el vuelo hacia el cielo», les dije sin palabras, y obedecieron. Me reí al verlos ascender.

Shakes se detuvo y vi que el camino había desembocado en otro más ancho. El perfume me llegó aun antes de ver lo que habíamos buscado, aunque era la variedad del sur, no las silenes rojas, los berros de prado y los ajos de oso de mi infancia. El olor dulzón de la reina de los prados me asaltó las fosas nasales. Mi incomodidad llegó al punto máximo.

Flores, tantas flores, en grupos nauseabundos. Tantas juntas solo se ven dos veces en la vida. Volví a ser joven. Volví a caminar hacia la encrucijada más allá del muro en ruinas de la iglesia, volví a oler la tumba de mi padre y a oír el llanto de mi madre.

Traté de dar media vuelta, pero ya había llegado. Las flores crecían en la tierra cuarteada, entre matas de brezo, dedaleras, rosas mosquetas, eufrasias, madreselva, aulaga, cinco-en-rama y margaritas. En la cima del montículo había una losa pequeña.

El hombre de fe ve el cementerio junto al camino con ánimo serio. Es para mí un alivio que en los últimos tiempos se haya puesto límites a la prohibición. Los que se quitan la vida merecen compasión

pese a su pecado, y también el escaso alivio que se les pueda dar. Una tumba sin identificar, el alma apartada de la tierra consagrada del cementerio… son abominaciones que repugnan a la piedad.

Pero este montículo, con su manto colorido, no provocaba repugnancia. Parecía el destino de una peregrinación.

Me había olvidado de Shakes. Se alzaba como la losa, con los ojos clavados en mí, y advertí con espanto que todo mi esfuerzo de sigilo había sido en vano. No había rastro de sorpresa en su rostro, pero los surcos y arrugas estaban labrados en plata, como si fueran obra de un joyero. Las lágrimas le corrían por la cara sin llegar a caer, para formar una máscara de reproche.

—Me ha seguido, doctor Danforth —dijo—. Se cree tan poderoso que incluso esto es asunto suyo.

Sonreí, tartamudeé.

Él se irguió. Más alto y joven. Era fuerte y poderoso, era el centinela del páramo.

—Esto no le concierne.

—No sé qué decir —respondí—. Ha sido… ha sido una locura entrometerme en sus asuntos de esta manera. No tengo disculpa. Solo quería tomar el aire y luego… —Me detuve. Dar explicaciones era aún peor, dado lo endebles que eran. No iba a defender mi causa.

—Cuido de él —dijo Shakes—. También cuidé de ella. —Clavó los ojos en la tumba—. Mary Hopewell. Así se llamaba. Cuando la conocí. —El rostro curtido se suavizó. Fue un espectáculo grotesco y fascinante a la vez: mil arrugas diminutas se fundieron—. He estado siempre con ellos. Pero usted… usted no es nada. Es como las sanguijuelas que se agarran al ternero en el lodazal. Usted se alimenta de sangre.

Se me pasó por la cabeza responderle con ira, pero de pronto Shakes parecía estar lejos, muy lejos de mí. Me di la vuelta y huí al tiempo que emitía no sé qué ruidos y el terreno ondulaba bajo mis pies, y caí de bruces, y se me llenó la boca de arena fina antes de que me diera cuenta de que a mí también me habían cegado las lágrimas.

En ese momento fue cuando comprendí la verdadera naturaleza de mi estado. Estaba bajo la fuerte influencia de un opiáceo que, casi sin duda, se encontraba en la frasca de coñac. Estaba drogado.

Pensé dar la vuelta, regresar sobre mis pasos, pero el camino se había tornado en juncia bajo mis pies: me agarraba los tobillos y me hacía caer una y otra vez. Cuando abrí los ojos, vi el brezo que ondulaba ante mi rostro, pero ya no supe dónde estaba el aire y dónde la tierra negra. Las lágrimas me corrían hacia arriba por la cara y se fundían con la película de sudor, creaban pozos rectos que me horadaban los ojos. Los colores y las formas se movían de manera antinatural, sin la menor semejanza con los objetos y cosas del mundo. Una y otra vez me caí y me volví a levantar, pero los golpes no me dijeron nada, solo que estaba más allá de toda ayuda. ¿Tenía turba mullida bajo el cuerpo o me había caído del mundo? Con el rostro presionado contra el cielo frío implacable, no vi la manera de volver al mundo mortal.

La muerte me sigue aquí. Me vuelva hacia donde me vuelva, estoy enfrentado a su silencio. Todos los muros y cuerdas que he utilizado para dar consistencia a mi vida no son nada; han caído, se han cortado. Me he derrumbado como una marioneta en un vodevil barato. Creía ser un hombre, pero solo soy un trozo olvidado de madera, tirado en un rincón oscuro de un repulsivo teatro. Los monstruos que se mueven entre bambalinas tienen hambre. Su aliento fétido me llega como el toque de la fiebre. No hay luz, no hay luz aquí, aparte de lo que proyecta la luna nauseabunda. Clava en mí la mirada ciega como un gusano indiferente. Las palabras no significan nada. Solo me esperan las fauces hambrientas que me van a consumir como un gusano pez. Cuando sentí que me engullía, me regocijé.

—Eso es, acabemos de una vez —exclamé.

O puede que no. Tampoco tenía importancia. Las mandíbulas me devoraron amorosas los pies y la garganta fría me pareció un refugio cuando me deslicé por ella. Olí el aliento de un millar de hombres muertos cuando el animal me lamió las pantorrillas. «Permitiré que te lo lleves todo —juré—. Llévate este envoltorio de carne, déjame volver a la oscuridad». Las estrellas que daban vueltas sobre mí dibujaron formas lascivas, grotescas. Se oscurecieron, brillaron anaranjadas, bailaron una danza que conocía, aunque este conocimiento me avergonzara. El hedor de mi propia fragilidad empezó a resultarme insoportable. Pataleé para acelerar el proceso, para que me engullera antes. La boca era una prensa que amenazaba con aplastarme las espinillas, y yo ansiaba esa liberación, rezaba por el fin de este ensamblaje descuidado. Allí estaba mi padre, pero no lo reconocí. Tenía la apariencia de una niña pequeña con un vestido sucio. Me sonrió y vi que no tenía dientes en la hermosa boquita sonrosada, sino que en ella se encontraban los restos de antiguas

civilizaciones que no iban a resurgir. «Soy ceniza», dije a mi padre, que sacudió los tirabuzones y rugió con el sonido de un motor. Comprendí que la niña se iba a comer el gusano cuando acabara conmigo, que así nos consumiría a todos, y luego se marcharía dejando un rastro de fuego, huellas llameantes que iban a marcar la tierra como las cicatrices de una antigua batalla.

Me hundí.

Las voces eran viejas, lentas. Discutieron sobre las correas de mis manos. Hablaron de la hija de alguien, que había dicho la semana anterior que el pantano era muy denso en esa zona.

—Es una señal —respondió el otro—. Hay que hacer caso. Dice que no hay que pisar aquí.

—Ya…

Se oyeron ruidos de algo arrastrado, el crujido de los tablones. Las voces me rodearon como madres preocupadas. Eran sonidos tan acogedores que me eché a llorar. Luego, durante largo rato, no supe nada.

Cuando volvieron a hablar lo hicieron a través de una luz purpúrea tan hermosa que me resultó insoportable. Tenía las manos atadas por encima de la cabeza y tiritaba de frío. Me acercaron a los labios un pellejo de agua fría. La sed me consumía. Fijé todo mi ser en lamer el agua de la vejiga, pero cuando me llegó a la boca fue con el sabor de la oscuridad salobre, de los monstruos que había visto. En aquel momento lo comprendí todo… y lo dejé escapar por la boca con un grito a la luz del próximo amanecer, como un niño al que le negaran la comida.

19 DE OCTUBRE

Me trajeron de vuelta a Rawblood sobre una puerta vieja sacada de las bisagras. Alonso trató de suministrarme ron caliente. Yo me negué a tomar nada que viniera de sus manos. Shakes me miraba con los ojos brillantes desde un rincón. Les dije que iba a descansar en mi dormitorio.

Bajé a la bodega. La fuerza de las poleas que utilizaron para sacarme de la ciénaga me había dislocado el hombro. Es el derecho, por suerte, de modo que el dolor no me impide escribir, ni retorcer un pescuezo de pequeño tamaño.

El pelo y la sangre se me pegan a las manos, se me meten bajo las uñas. Como a la dama de la obra de teatro: no me las podré lavar. La mayoría ya estaban muertos. ¿Cuándo fue la última vez que los atendimos? A los que no estaban muertos les rompí el cuello. Ya hemos sufrido todos demasiado. Creo que lo hice llorando. He cerrado los oídos a la canción de la mortalidad, he rechazado mi vocación como defensor de la razón y los hechos. Mis manos y mi mente protestan cuando escribo las palabras. Cuánto mejor habría sido para la humanidad y la creación que semejantes cosas no existieran, que no tuvieran lugar tamañas traiciones.

Me quedé allí un tiempo después de terminar. La vela parpadeó. Las paredes de la bodega tenían un brillo peculiar. A la luz incierta, los cadáveres parecían muy pequeños. Me dirigí a la última jaula y acaricié el pelo espeso de Acteón, el lomo rígido. No sé qué pensaba percibir. ¿Absolución? De un conejo.

Allí, de pie entre las jaulas con las puertas abiertas, oscilantes, fui presa de la sensación de que me estaban observando. Di vueltas y más vueltas, sin dejar de ver algo por el rabillo del ojo. Algo largo, desgarbado. Me quedé paralizado, como pegado al suelo con cemento. Los pies no me obedecían, sino que parecían clavados, como en los sueños. Chillé en aquel momento, y la luz de la vela se agitó para presentar a mi mirada frenética atisbos de cosas desconocidas; una forma larga y repulsiva, una sombra prolongada que se deslizó a mis pies como hacen las sombras, reptando por el suelo…

Me di la vuelta y salí huyendo de aquella cripta, aquel osario. ¿Cómo había pensado que era un lugar dedicado al conocimiento, a la razón? Cierto, solo se trataba de conejos, y mis actos tenían un sentido. Pero, entonces, ¿por qué me pesaban tanto? ¿Por qué protestaba así mi conciencia?

Desde el principio, nunca juzgué a Alonso con la misma vara que aplico al resto de los hombres: para mí siempre estuvo al margen de las reglas, incluso de las morales. Era un ser de encanto exótico, de instintos y, en su momento lo creí, de integridad. Yo le había causado un gran mal en el pasado, pero empezaba a preguntarme si esto, si permitir que nuestra amistad se desarrollara en esa línea, si dejarme constreñir por una deferencia exagerada hacia su mente y su persona, no había sido aún peor. Lo había llevado a esto. No quedaba nada de él, de su cerebro científico. Todo esto era obra de un loco. No me podía creer que le hubiera seguido el juego. Tal es el poder de los recuerdos, del afecto: durante un tiempo, son capaces de persuadir a quien quiera creerlo de que el negro es blanco. Pero ya no quiero

creer.

Ahora voy a hacer frente al león en su guarida. No sé qué sucederá. Esconderé el diario en una ranura entre los tablones del suelo. No será fácil que lo encuentren si sucede algo que me impida regresar.

Lo aguardé en el despacho, al anochecer. No lo oí llegar. Alcé la vista y me lo encontré delante, una silueta alta recortada contra el ocaso.

—¿A oscuras, Charles?

Su presencia es imponente. Resulta sencillo pasar por alto lo grave y musical que es la voz de Alonso. Encendió las lámparas y la cálida luz amarilla envolvió la estancia en una ilusión hogareña. Lo observé. Sí, estaba en lo cierto. Ha cogido peso, parece joven, como si la estancia en Italia le hubiera drenado la vida y Rawblood se la devolviera... Su piel ha recuperado el antiguo lustre cálido. Sus ojos vuelven a tener luz.

—Charles —dijo—. Los conejos.

—No permitiré que lo sigas haciendo, Alonso.

—No te agrada —dijo con voz tensa—. Ni a mí. Pero lo tendríamos que haber hablado...

—Pensé que iba a morir en el pantano, y eso hace que cualquiera vea con claridad. Ahora lo entiendo todo.

—Lo dudo mucho.

—Se acabó, Alonso. Sigo siendo médico, probablemente mediocre, pero médico. No tengo fiebres ni un resfriado, y no soy un borracho. Es muy sencillo. Me has estado sedando con opiáceos desde que llegué a Rawblood.

—Cierto —asintió.

—¿El láudano estaba en el vino? ¿O en la comida?

—En ambos.

—¿A qué ingesta me has sometido? En gotas.

Se llevó la mano al bolsillo y me sobresalté, pero solo sacó un

lápiz. Busqué un papel y solo encontré un horario de trenes arrugado. Alonso lo cogió y empezó a escribir. Me tendió los resultados.

—Solo es un cálculo estimado —dijo.

Administración

13 gotas en café o equivalente ocho horas antes del mediodía

12 gotas en sidra o comida dos horas después del mediodía

14 gotas en vino, coñac o comida ocho horas después del mediodía

17 gotas en pipeta en la madrugada, dormido.

= 56 gotas

—Tienes la letra de una araña agonizante que se arrastre por la arena mojada —dije—. Esto son más de dos dracmas de morfina cada veinticuatro horas. Es mucho...

—Es necesario subir la dosis de noche —dijo con una mueca—. Es necesario, Charles. Tú más que nadie debes saber lo que pretendo...

—Lo que pretendes... no lo sé. Pero si sé que te has convertido en un ser aborrecible.

De pronto, estaba asqueado. Asqueado de mí mismo, de mi naturaleza persuasible, de él. Quería que los dos recibiéramos castigo, él por su orgullo desmedido y yo por haberlo aceptado. Alonso estaba fuera de todo marco moral, pero yo era despreciable, lo que me parecía aún peor.

—Siéntate —dije—. Por favor.

Así lo hizo y me miró con gesto interrogativo.

—Lo he resuelto —seguí—. El Misterio del Fantasma de Rawblood.

—Charles... —empezó con un tono tan suplicante que, por un momento, me conmovió la angustia que le vi en los enormes ojos. Pero me recuperé.

—¿Recuerdas a Pinel? —dije—. Un talento limitado, pero sólido. Describe ese estado particular, *manie sans délire*... ¿lo traduzco o lo

traduces tú? La locura sin delirio. Una locura inteligente, racional. Demencia moral. En cuanto a Koch… no diré que la psiquiatría sea una ciencia, pero tampoco desprecio su trabajo. Koch ha diagnosticado un estado mental que denomina *psychopastiche*. Se podría traducir como psicopatía, supongo.

»¿Qué rasgos delatan la psicopatía? El primero es que se trata de una enfermedad hereditaria. Una locura que se transmite en la estirpe.

Alonso clavó los ojos en mí.

—Prosigue, Charles —dijo—. Empiezo a seguir tu razonamiento.

—Tu madre asesinó a tu padre. Sé que nunca se demostró ante un tribunal, y sé también que no hablamos nunca de esto, Alonso. Pero ya ha pasado la hora del tacto y las evasivas. La historia de la familia Villarca es sangrienta.

»La segunda característica que distingue la *psychopastiche* es la falta de moral que lleva al disfrute del dolor ajeno. La figura espectral que entraba en los dormitorios de los criados y trataba de asfixiarlos mientras dormían, que atacó a aquella muchacha de una manera tal que le arrebató la cordura… Fue espantoso, pero todo se reduce a actos humanos. Tengo delante de mí al Fantasma de Rawblood. ¿Quién pudo hacerlo sino tú, Alonso? De la misma manera, no me parece ningún accidente que el pequeño Gilmore cayera mortalmente enfermo en tus tierras. Eres el responsable de sus padecimientos, planeaste su muerte. Te negaste a tratarlo, pero permitiste que se quedara afuera para poder observar…

—No permitiré que ningún niño entre en esta casa —dijo—. Es mucho mejor para todos que no se acerquen.

—En ese aspecto estoy de acuerdo —respondí—. No sé qué te ha sucedido durante los años que hemos estado sin vernos, Alonso. No sé qué maldad se ha apoderado de ti. Pero has desarrollado la necesidad de causar dolor a los demás. No siempre puedes tener sujetos humanos, así que ideaste el experimento de los conejos. Eso te ha permitido satisfacer tus impulsos bajo la tapadera de la ciencia. —Hice una pausa porque notaba algo en la garganta. Pensé en Acteón y la boca se me llenó de bilis—. Me repugna haber participado en esta pantomima macabra.

»La tercera… —Al llegar a este punto titubeé un poco, porque sabía que había contribuido a hacer de Alonso lo que era—. La tercera, una influencia o modo de vida degenerado puede activar el

mecanismo de la manía. Y eso también es mi responsabilidad. Porque, en nuestra juventud, tú y yo actuamos con degeneración moral.

—Es increíble que hayas dado con la manera de atribuir esto a nuestra degeneración —replicó con tono ácido—, si te empecinas en describir así lo que fuimos.

Le vi el rostro retorcido de ira a la escasa luz dorada de la lámpara. Me estremecí.

—Siento, siento de verdad la parte que tuve en esto. Siento que lo que pasó entre nosotros haya contribuido a tu locura. Siento haber causado tu adicción al opio, lo siento más que nada. Pero he de recordarte que fue un error, no algo intencionado...

Alonso cambió de postura.

—Eso has mantenido siempre. La cura de Manning. —Carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Eso es todo?

—Sí —dije, exhausto.

Pensé en todas las veladas que habíamos pasado sentados así, en esos mismos sillones, discutiendo, debatiendo. En un mundo más sencillo.

—Charles —dijo—, no es posible que creas semejante cosa. Has tejido un entramado de falsedades demenciales y tú mismo te has convencido.

Me miró con gesto implorante, con rostro sincero. Me armé contra los sentimientos que provocó en mí. No es el hombre que había conocido, solo tiene su apariencia para engañarme.

—No creo que hayas matado. Todavía —dije—. Pero lo harás. Por ejemplo, no lo sé... ¿Qué planeabas hacer conmigo? ¿Cómo te ibas a vengar? —Notaba la garganta seca—. También creo que, tras la locura, aún está ahí mi amigo. A él apelo. A él le pido que piense. Piensa lo que vas a hacer, Alonso. —Me levanté—. Me iré mañana, con la primera luz del día. Y si piensas impedírmelo, que sepas que tendré a mano la pistola.

Me di media vuelta y regresé a mi habitación.

Hace tanto calor... ¿dónde está la lluvia? He abierto las ventanas de par en par para que entre la noche. Huele a humo, puede que haya

una hoguera en alguna parte.

He traído a mi habitación al perrito, Punch. Está acostumbrado a dormir en el establo, pero no creo que le importe un cambio de residencia. Punch es un terrier pequeño, peludo, gruñón e imprevisible como suelen ser estos animales. Me defenderá de las alimañas, que me inspiran terror. Anoche, cuando me disponía a acostarme, un ratón me pasó corriendo por encima del pie. Fue una experiencia de lo más ingrata, y no creo que vuelva a darse si Punch está en el cuarto: tiene una admirable naturaleza sanguinaria. La única parte de su naturaleza que no me complace es esa tendencia que tiene de traerme los trofeos, y luego no volvérselos a llevar. El perro dormirá al pie de la cama, cosa que me resultará agradable y reconfortante. Necesito tener a otro ser cerca de mí cuando duerma esta noche; necesito la presencia de otro ser vivo, de corazón palpitante.

Alonso ha llamado a la puerta. Creo que he dado un salto en el aire. Tengo el sistema nervioso alterado, erizado de temores.

—Estoy apuntando con la pistola a la puerta —dije.

Cogí el atizador de la chimenea.

Su voz me llegó amortiguada a través de la madera.

—No lo entiendes, Charles. El láudano. Lo tengo aquí. Tienes que tomarlo o será mucho peor para ti...

—¡No me amenaces!

—No quería decir eso —respondió—. Te protegerá...

—Basta —repliqué—. Ya he oído suficiente.

—Maldita sea tu estampa —replicó—. He soportado con paciencia los insultos bajo mi propio techo. He tolerado las conspiraciones y las críticas contra mí. He permitido que te sigas engañando sin hacer nada. Si no lo tomas, lo vas a lamentar, Charles.

—Eres un monstruo —dije—. No te conozco.

Solo me respondió el silencio, así que di por hecho que se había marchado.

Cerré la puerta con dos vueltas de llave. Punch y yo íbamos a dormir como reyes, protegidos por el roble macizo. Al menos conservaré parte de mi condenado orgullo. Sé que va a ser una noche dura. Estoy preparado para lo peor. La abstinencia de los narcóticos nunca es deseable.

Nunca olvidaré los ojos de Alonso, a quien tanto he querido, rebosantes de la maldad que lleva dentro. La tristeza me golpea como el viento. ¿Qué será de él? Porque algo hay que hacer al respecto. No se puede permitir que siga su camino.

Veo en él a un hombre que se ha dejado dominar por su pasado. Carga a cuestas con la muerte de sus padres igual que otros llevan un retrato de su amada en un guardapelo. Está enamorado de su tragedia. No quiero convertirme en algo como él. Alonso está destruido, pero yo, no. He intentado olvidar, borrar… qué estupidez. ¿Acaso pensé que el Señor no sabía de mis errores? Por supuesto que los conoce. He de presentarme ante Él con un corazón abierto. Muchos y pecaminosos son mis secretos, los he guardado en una caja cerrada, en las profundidades de mi alma. Ahora voy a probar otro método: reconoceré mis fechorías y las expiaré.

Es extraño, pero me siento lleno de esperanza. Estoy decidido a que este extraño interludio, este triste episodio, no sea estéril.

Buscaré nuevas habitaciones nada más volver a Londres. ¡Hasta la vista, señora Healey! Si la aguanto es solo porque no le molestan mis actividades nocturnas. ¿Cómo dijo Canon Wilson? «Inmoralidad, utilizado en ese sentido especial que no hace falta que defina». Por supuesto, si nos atenemos a la descripción de Koch, con mis «aberraciones morales y mi comportamiento» yo también entro en la categoría de *psychopastiche.* Pero lo voy a dejar todo. Todo ese trabajo, esa sordidez, es agotadora. Anhelo cierta tranquilidad. Buscaré una consulta en algún pueblo. Diré a la señora Bantry que lo disponga todo para enviarme a Meg dentro de unos meses. Nunca se me había pasado por la cabeza tenerla conmigo, pues no me veía atendiendo a alguien joven. Pero todo eso se va a terminar. Creo que puedo aspirar a un poco de paz. Esto ha sido una purga para el alma. Puede… puede que vaya a Grimstock en persona a recoger a Meg. Puede que vea una

vez más esas colinas grises y frías donde nací. Y puede que no me resulten tan aborrecibles. Creo que, por primera vez, entiendo el perdón.

Tengo la certeza de que puedo empezar de nuevo. Redención... saboreo la palabra en la punta de la lengua. He seguido el camino más largo y retorcido, he sufrido y soportado... pero todo eso me ha acercado a Dios.

Así que, por extraño que pueda parecer, al final tengo que darle las gracias a Alonso.

«Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido».

Proverbios 14:2

A a Dios me ay ude máslíbranos d mal tiemblo tanto no pu escribir no había isto cosa igual

Calma manos calma corazón. Centrarme, pensar, Dios mío, santo Dios... no sirve rezar ¿acaso no grité el nombre del Señor? Sin respuesta. Pensé que era a Alonso a quien temer. Qué error. Dios, los ojos de ella..

los ojos de ella

agujeros profundos al eñor Dios esa cosa blanca reptando tación. Diez dedos blancos que me buscaban el cora zón

Tiene ancos. Cómo llegaron ahí, quien pudo lo? ¿Y cómo no lo vi? Dios misericor

y los ojos

AL AMANECER

Bendito sea dios. Bendito sea Dios por la luz, por el día.

Estoy en la colina, con la camisa de dormir y la bata. Estoy helado hasta los huesos, pero no podía quedarme ni un minuto más dentro de la casa. Habría escapado de mi habitación en medio de la noche, pero la idea de encontrarme con ese ser monstruoso en un pasillo oscuro, de ver esa forma blanca iluminada por la luz temblorosa... no lo habría soportado. No pude volver a dormir, sino que encendí la vela y conté las horas hasta el amanecer.

Cuando la bendita luz se hizo visible entre las canteras me levanté de la cama. Todo era extraño. Las formas eran demasiado cortas o demasiado largas, y la luz gris blanquecina me hirió los ojos doloridos. No pude sentir alivio alguno. Aquello se había ido, sí, pero oyó mi grito débil, y respondió a él. Tenía mente, tenía voluntad propia. Me estremezco de espanto, porque ese ser está lleno de intención, extraña y abrumadora. Evitaré por todos los medios nombrarlo.

Pero soy un observador, un hombre de ciencia, no puedo olvidarlo. He de rendirme a la razón. Haré el diagnóstico.

Primer postulado:

¿Sirve lo sucedido al perro para valorar hasta cierto punto la gravedad de la situación?

Me costó un esfuerzo inaudito no salir huyendo. Me senté en la hierba y la acaricié como si fuera un ser vivo, noté su textura, inhalé el aire, me llené los oídos con la alegría del cuco madrugador. Aquello me hizo bien. ¿Qué saben la hierba o los pájaros de las traiciones del hombre, de la malevolencia de esa cosa que hay adentro? Debí hacer caso de las notas que me dejó mi yo drogado. Debí escapar. Eso debí hacer.

Cuando conseguí calmarme, entré a toda prisa en ese lugar. No tardé en dar con lo que buscaba y salí en pocos minutos. No pasó nada, pero ya no soporto esas paredes.

Punch estaba acurrucado, inmóvil, bajo el banco de la ventana. Frío. Lo he traído afuera porque no quiero dejarlo en ese lugar. Fue un buen perro, hizo bien lo que los perros tienen que hacer. En ese momento me asaltaron los calambres, el mareo y los temblores que me estremecieron. Estábamos así sentados cuando oí sonidos de alguien que se aproximaba procedente del bosquecillo. No tuve miedo; creo que no volveré a tener miedo, porque se me ha arrebatado algo que no voy a recuperar.

Advertí que Alonso se había sentado a mi lado.

—La has visto —dijo.

Asentí.

—Cerraste la puerta con llave, así que no pude ir a ayudarte. —Me habló con voz amable, como hace tanto, tanto tiempo, le oí hablar a los niños, a los caballos—. No estás bien.

Metió la mano bajo la bata y me la puso en la espalda, que tenía tan húmeda como si acabara de pasar bajo un repentino chaparrón primaveral.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el vial. Fui a cogerlo, pero se sacó también del bolsillo el estuche de una jeringuilla y lo acopló. Vi entonces que se trataba de una ampolla.

—¿Lo quieres? —preguntó.

El estremecimiento que noté en las carnes fue increíble. Los dedos se me flexionaron del anhelo. Alonso asintió.

—Mejor así.

Me cogió el brazo y buscó una vena con dedos delicados, y lo hizo.

Creo que luego se ocupó de sí mismo. No lo recuerdo porque el mundo se convirtió en mantequilla. Noté que se tumbaba a mi lado, los dos boca arriba como margaritas al sol, bajo el cielo desconcertante.

—¿Qué es eso? ¿Qué clase de...? Lo que vi anoche. Me partió el alma en dos. Es imposible que Dios y esa cosa existan a la vez. Uno de los dos es una fantasía.

—Cuéntame lo que viste —dijo.

Se lo conté. Me resultó irritante darme cuenta de que temblaba al hablar.

—Las heridas que tenía... No puedo describirlas. Pero eso... la mujer... sangra. ¿Es una fantasmagoría que acecha en la abstinencia de la morfina?

—¿Crees que puede tratarse de eso?

—No —respondí—. Estaba ante mí, blanca, putrefacta...

Una vez más, la debilidad se apoderó de mí y el miedo me estremeció.

—Dime una cosa —pidió Alonso—. Una sola cosa que la haga diferente a todo lo que has visto antes.

—Algo le goteaba del hombro. Tenía la cabeza rapada y cicatrices

como... no sé cómo describirlas. Era como la tierra bajo la luna. Y un sonido, como un crujido, de piedra contra piedra. De máquinas muy antiguas chirriando como la muerte. Había humo, todo lleno de humo, como azufre. La habitación parecía... en llamas, pero sin calor. Las llamas lamían las paredes como si estuviéramos atrapados en una cárcel, en las profundidades del infierno. —Volví a sentir el horror ante mí. Lo cogí del brazo—. Y el perro... murió de miedo. ¿Cómo puedes vivir tú sabiendo que hay semejante espanto en la casa? ¿No lo ves...? —No pude poner fin a la frase.

Me recorrió con la mano el cuello de la camisa de dormir, me dejó regueros en la carne.

—Es curioso —dijo—. A mí no me importuna. Tal vez porque es evidente que yo ya estoy condenado. Hay otras cosas que me persiguen cuando duermo. Algo bueno tenía que tener. No, como bien has imaginado, lo que la mantiene a raya es el láudano. Siempre sé cuándo está cerca, pero es como si nos separara un velo que no puede atravesar.

Segundo postulado:

Los opiáceos proporcionan protección hasta cierto punto. La aparición no afecta a la mente del sujeto si ya está embotada. El láudano residual que tenía en el sistema me salvó de ella.

—Querías estudiarla a ella —dije—. No las enfermedades congénitas. Pero se me aparece a mí, no a ti. ¿No es terrible? No tenemos ningún tipo de control sobre ese ser. Eso es seguro. ¿O pensabas espantarla a golpe de microscopio? ¿Qué te hizo pensar que se transmite por la sangre?

—¿Por qué somos tan optimistas al pensar en lo hereditario y elegir lo que se puede transmitir y lo que no? Los niños abandonados que luego han vuelto de Mayhew con su familia, Charles, bien sabes que muestran características propias de los suyos, como morderse las uñas y el miedo a la oscuridad, aunque se hayan criado entre desconocidos. Si una cualidad tan intangible se puede transmitir, ¿por qué te parece imposible que una inteligencia, una influencia como ella, utilice como vehículo la estirpe, la procreación? Eso mismo hacen las enfermedades congénitas, como la sífilis. Así se transmite la nariz recta... El noruego aquel que escribió la obra de teatro, ¿cómo se llamaba...?

—Alonso —lo interrumpí.

Tenía los ojos negros febriles a meros centímetros de los míos. Le notaba el aliento ardiente en la mejilla.

—Atiende, Charles. La obra esa era sobre la sífilis. Sobre generaciones y cómo se pasan cosas de unas a otras. En su idioma se llamaba *Gengangere.* ¿Y qué significa? ¿Te lo imaginas?

—No, Alonso, no me lo imagino, y no veo la relevancia…

—Fantasmas. *Gengangere* significa «fantasmas». No lo entiendes, Charles. Tú no sabes lo que es vivir con ella pisándote los talones. Yo la mantengo a raya porque me aturdo, limito mis facultades, vivo una vida a medias. Pero está siempre a mi alrededor: en el aire, en la oscuridad antes de dormir, en cada bocanada de aire que respiro. A veces la noto. La noto aquí. —Se dio unos golpecitos en la vena azul que se le hincha en la muñeca blanca—. Dentro de mí. Me corre por la sangre. —Sacudió la cabeza—. No tenías derecho a matar a los conejos. Me has destruido una vez más, Charles.

—Me has utilizado de manera abominable —dije, repentinamente furioso—. Ahora te haces la víctima, pero me has traído aquí apelando a la amistad, me has mentido y has puesto en peligro mi vida. —Señalo a Punch—. Me has utilizado peor que a ese perro.

—No lo niego.

Me levanté para marcharme.

Alonso tendió el largo brazo y me agarró por el cuello de la camisa de dormir, y me obligó a sentarme de nuevo. Me pegó los labios a la oreja.

—No comprendo a Dios —dijo—. Pero créeme cuando te digo que empiezo a comprender el infierno. Y si al infierno he de ir, al menos antes haré una cosa: ¡terminar este trabajo! Dame tus notas.

—Alonso —repliqué—, te voy a hablar con claridad: estás confundido por los opiáceos. Fuiste un hombre de medicina, un investigador y diagnosticador de primera línea. Pero he sido un imbécil al seguirte. Esto no va a dar resultado. Lo hemos intentado y no va a salir bien. En cuanto a los métodos… nada que sea bueno puede tener un precio así para nuestras almas. He estado equivocado en muchas cosas, lo sé, pero también sé que ahora estoy en lo cierto. —Se me llenaron los ojos de lágrimas—. El opio ha embotado tu mente. Si no te das cuenta… entonces, es lo que me temía. Ya no eres médico.

Le aparté la mano y cogí mi libreta. Arranqué las páginas con nuestras anotaciones, nuestros datos y observaciones, todo nuestro trabajo. Que, entonces lo comprendí, había sido un cáncer. Es increíble que todo aquel dolor se pudiera plasmar en números, en tinta. Encendí una cerilla y la arrimé a los tristes fragmentos que tenía delante. Ardieron sin el menor sonido, azules, grises, anaranjados. Alonso lanzó un grito e intentó coger los papeles. Creo que no le habría importado quemarse las manos. Pero la brisa del páramo se los llevó con facilidad, los hizo volar en círculos por el cielo. Contemplamos las llamas diminutas que se alzaban en el aire de la mañana.

—Tenemos que llegar al salón iluminado sin pasar por la cocina tenebrosa —le dije.

Le temblaron los dedos que había tendido como un mendigo. Cuando volvió a hablar, la crueldad le teñía la voz.

—Llevo dos décadas vagando por un erial. Mi único consuelo ha sido que tú también estabas acabado.

—De eso no dudes —repliqué—. Desde que nos separamos, mi vida ha sido un largo duelo.

Le puse una mano sobre los hombros temblorosos, agitados. Su forma me resultó familiar entre los brazos y por un momento tuve entre los míos al joven Alonso; no supe dónde me encontraba. Los momentos en el tiempo se superpusieron así, como las imágenes de una linterna mágica.

—Al final te he protegido, aunque sin saberlo —digo—. Si no hubieras sido adicto al láudano, ella se te habría llevado hace ya muchos años.

—¿Y eso es un consuelo para ti? —replicó. El desprecio se traslucía en su rostro—. No debería. No me vengas con esas sandeces. Esto me ha sido impuesto, soy su siervo... no, soy su esclavo. Es una ofensa a la mente. —Me agarró la barbilla con fuerza—. ¡Repugna a los sentidos y a la razón! El orden, la lógica, la ciencia. A eso estaba entregado. Y tú me lo arrebataste todo como un ladrón. En algo sí tienes razón: ya no soy un médico. Me robaste mi profesión. ¡Como mínimo, me debes tu vida! Yo estoy trastornado, esto lo padeceré hasta el día en que muera. No duermo, no como. Soy un hombre acosado. No existe la cura de Manning, Charles. ¿Verdad? No fue un error por tu parte. Te conozco mejor que nadie. Tenías miedo de tu

Dios. Me hiciste esclavo del opio para castigarme por lo que deseabas.

Darle opio a Alonso fue un error terrible por mi parte, pero perdonable. *Solo el amor*… Todo esto ya se sabe. Fue un accidente.

Bien. Esto es lo que no he contado nunca, a nadie. Nuestro proyecto de cincuenta días estaba contaminado en origen. Él era todo luz, cegador. Ya he dicho que llevábamos una vida degenerada y es cierto, pero había más. La degeneración, por sí sola, habría sido tolerable. Toda la vida había vivido con mi vergüenza. En Grimstock me habrían puesto en la picota si no me hubiera marchado. La certidumbre de mi degeneración me ha curtido.

Pero no conocía el amor. Es un sentimiento espantoso. No estaba preparado para aquella caída. Antes de Alonso, no sabía cómo te golpea, como una enfermedad, como la locura. No estaba preparado para el miedo. Miedo a que Alonso no fuera un desviado moral auténtico, igual que yo. Miedo a que jamás se diera por satisfecho con un pobre hombre como yo. Yacía de noche, desvelado, junto a él, imaginando el momento en que me abandonaría. Pensé que Dios me lo iba a quitar para castigarme.

Cuando, aquella primera noche, junto a la chimenea, Alonso me preguntó si sabía lo que iba a administrarle, le dije que no. Era mentira. Sabía que había llegado el momento de actuar, de atarlo a mí. Le quité la vida igual que si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Y al final me abandonó, así que había destruido en vano lo que amaba.

—Tienes razón —dije—. La cura de Manning no existe.

—Muy bien —dijo Alonso. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo y suspiró—. Te confieso que te hice venir para destruirte. Necesitaba de tu ojo para el trabajo, y tenía que darte opiáceos para salvarte de ella y que pudieras investigar. Pensé que no me importaba lo que te pasara. Pensé que era mera justicia, que estabas en deuda conmigo, por así decirlo. Pero, cuando llegaste, no sentí que me estuviera vengando. Es extraño, pero fue un placer estar contigo. —Se frotó la frente e hizo una mueca—. Me he engañado a mí mismo, Charles. Te he traído a Rawblood sin más objetivo que el simple y evidente, que te quería tener cerca. Te echaba de menos. He sido egoísta, qué error.

—No, no es cierto —dije.

Nos miramos, y fue desolador.

—Contabas con mi confianza, con mi amor. Pero creías que eso no le gustaba a tu Dios. Qué tontería. ¿Por qué no fuiste capaz de aceptarlo en tu corazón? Fue un desperdicio. Tiraste por tierra tu vida, la mía.

—Lo sé —dije—. Fue culpa mía, solo mía. Y hoy... la he visto a ella. He visto que Dios es una farsa. He vivido toda mi vida medio oculto entre las sombras, ¿y para qué? ¿Para aplacar a quién?

Me acarició con la mano blanca, fuerte. El pelo negro le caía sobre la frente.

—Tienes muy buen aspecto ahora —dije—. Estás mejor, Alonso. Más joven. No sé cómo es posible, pero...

—Sí. —Su tono era sombrío—. Creo que es obra de ella. Le gusta tenernos cerca. ¿Qué voy a hacer ahora, Charles? Estoy atrapado aquí, en Rawblood, en esta semimuerte sombría... ¿qué va a ser de mi vida?

—No lo sé.

El mundo, líquido, dio vueltas.

Tercer postulado:

Está unida a los Villarca, a Rawblood, y ellos están unidos a ella: cuando se alejan de Rawblood, los Villarca enferman.

—Menudo par estamos hechos —dije—. Los sodomitas adictos al opio.

—Te desgastas sin llegar a hacer frente a las cosas, Charles —respondió con tono cansado—. A veces, tenemos que poner fin a algo para siempre. Hay una frase que me da vueltas en la cabeza. ¿De dónde la he sacado? No lo sé. Puede que sea del doctor Johnson, de algo que leí en un tren. ¿En un periódico? Da igual. Dice así: «Nunca hacemos nada por última vez de manera consciente sin una gran tristeza en el corazón». Yo iría aún más lejos y diría simplemente que nunca hacemos nada por última vez de manera consciente.

—Nunca hacemos nada por última vez de manera consciente —repito—. Sí, siempre persiste la creencia de que habrá una próxima.

—Bueno —dijo—, ya ha habido demasiada tristeza. Debe haber una última vez. Tengo la sensación de que siempre estoy mirando hacia atrás.

—Tienes todo el derecho a utilizarme de la manera que quieras —dije—. Merezco la muerte.

—No —replicó—. A eso me refiero. No es así. Tenemos que dejar atrás el rencor, la venganza. Tenemos que olvidarnos de quién fue el primero en herir al otro, y tratar de vivir. Tenemos que intentar vivir a la luz de la mañana.

Me eché a reír.

—Hace poco pensé algo por el estilo. Tal como lo dices, parece fácil.

Lo estreché contra mí con fuerza para sentir la forma de su espalda, la línea de su cabeza orgullosa. Lo besé. Luego, me levanté y eché a andar colina abajo sin volver la vista atrás.

—Ven a la casa cuando entierres al perro —dije sin mirarlo.

Conclusión:

Imposible obtenerla.

Recuerdo... tantas, tantas cosas, pero una tarde en particular. Estábamos bebiendo junto al río. Habíamos estado con algún becario de leyes que se llevaba bien con nosotros, y luego en el Temple. Beber entre aquellos arcos de piedra insufla ínfulas de grandeza a cualquier joven. El Támesis bajaba tranquilo y no se veía un alma en la zona. Todo estaba impregnado del aroma de las glicinias. Nos inclinamos sobre el río bajo los rayos del sol y nos vimos reflejados en las aguas turbias. La luz jugó con los rasgos de Alonso, y bajo los arces lo vi dorado, joven. Tenía las mejillas sonrojadas de placer, los ojos muy abiertos, el brillo del sol en ellos. Me tendió la mano. Se la cogí. En el agua, nuestro reflejo nos imitó.

—Esto es un estado de gracia —dijo.

Aún no había sucedido nada, no habíamos concebido las acciones que poco a poco nos llevarían a esta situación calamitosa.

Lo veo en mi mente: enterrará a Punch en el páramo, se tomará la molestia de dar con un lugar adecuado, en lo alto. Tratará el cadáver con delicadeza y lo enterrará hondo. Cubrirá la tierra con piedras y los zorros no lo podrán sacar. Lo sé porque lo conozco igual que conozco mis propios anhelos. Puede que rece por el perro, como si el animal tuviera alma. Es pagano hasta en eso.

Pese a todo, volverá pronto. Solo hace falta un agujero pequeño para un perro. Será rápido.

Perdóname. Perdóname, Dios en cuya existencia ya no creo. Perdóname, Meg, de quien no me he ocupado como era debido. Y sobre todo, perdóname tú, Alonso, amigo mío. Entonces no comprendí el valor de la acción, que no es el del pensamiento. La acción es definitiva.

Da igual. No busco redención, o al menos no para mí. Espero que encuentres la salida del túnel en el que te metí hace ya tantos años. Puede que la contrición que se ofrece con libertad, incondicional, tenga valor. Eso espero. Espero que pueda cambiar el curso de los acontecimientos de maneras que no podemos imaginar. Puede que te sirva de ayuda.

Pobre libreta mía. Las tapas están llenas de quemaduras, de salpicaduras de sangre de conejo. Las páginas cuelgan torcidas del lomo, hay bordes rasgados de las que he arrancado. No es un legado digno, pero es todo lo que tengo para ti, Alonso. Es mi confesión definitiva, completa, final. Solo te pido una cosa: no dejes morir de hambre a mi hermana, Meg. No tengo nada que legarle. Estoy por completo a tu merced.

Me alegra haberte dicho por fin la verdad. He puesto en palabras todo eso que jamás habría dicho si no supiera que era mi último día. Puede que el único día sincero de mi vida.

Quiero que sepas que no hago esto debido a nuestra larga y triste historia. Nuestros pecados no son nada en comparación con la malevolencia que he visto en la noche. Tú no puedes comprender lo que es verla. No puedes. Desde antes de oír tus pisadas en la colina esta mañana ya sabía que este era mi destino. Puede que te parezca una salida cobarde por mi parte. Verla es conocer el terror inabarcable que se extiende más allá del círculo de luz de la hoguera, más allá de las ideas del hombre. El velo se ha desgarrado para dejar a la vista un abismo en el mundo. Nada perdura. Todo es oscuridad. Horror. Nos precipitamos en la oscuridad, una caída que no cesa. Vamos a la deriva en el vacío infinito, sufriendo. La luz del amanecer no llega jamás.

El día se oscureció mientras hacía mis preparativos. Hace un momento, la habitación se ensombreció como si alguien hubiera cubierto el sol con una mano. No me sorprendió: me pareció coherente que los días y las horas perdieran el rumbo. Pero, entonces,

me llegó el sonido más dulce que he oído jamás. Fui a ver de dónde procedía. No me lo pude negar. Al otro lado de la ventana, la hierba brilla y un manto gris cubre el horizonte más lejano. Hay diamantes por doquier. Se adhieren al cristal viejo, a los paneles de las ventanas, hacen que todo centellee y baile a través de sus prismas. Pese al olor rancio y polvoriento de esta casa, me llega ese aroma lleno de bondad: la tierra, afuera, bajo la lluvia.

Ya la tengo en la mano, lista: la soga. Hace mucho que cargo con esta deuda. Hoy la pago.

El poema me danza en la mente, apenas recordado... Es estadounidense, claro. Algo sobre los rayos de luz de luna. Algo sobre envejecer en otoño, dormir en la fría noche en los brazos de otra persona... Nada, no me sale. Solo recuerdo el último verso, que dice: «Y aquella noche fui feliz».

Iris

1915 Sanatorio Earlswood

Tengo dieciséis años.

El sol flojo que se arrastra por el suelo. La boca como algodón. Motas de polvo. Las demás también despiertan. Se mueven en las camas como polluelos amarillos. Los movimientos son cortos, tentativos, como si ya estuvieran cansadas. Gemidos de articulaciones doloridas. No sé dónde, sollozos. ¿Es por la mañana? Me suelen tener dormida. No se me dan bien las horas y los días. El destartalado reloj en la pared. El cuadrado amarillo fijado al pie de mi cama que dice que soy peligrosa. Nada de visitas. Nada de cartas.

La mujer rubia y corpulenta que tengo al lado me mira. Ojos azules como globos.

—¿A qué hora el tren? —dice. Es una de las muchas cosas que no sé. Le devuelvo la mirada. Me resulta fascinante en su temblorosa blancura, es como un flan de leche—. ¿A qué hora?

—Hola, Julia —digo—. Precioso día.

Se vuelve hacia el otro lado con un bufido, tan lejos de mí como le permiten las ligaduras.

Observo la segunda manecilla del reloj mellado. Me permito pensar en él durante un minuto exacto. Un minuto cada vez que me despierto. No más. Tengo miedo de que vean su nombre en mis ojos.

Lottie nos quita las camisas de fuerza nocturnas. Todas sacudimos los brazos un momento para confirmar que aún los tenemos.

—¿A qué hora el tren?

—Falta mucho, cariño.

Lottie no es mala persona. La otra, Doris, siempre le dice a Julia que se marchó hace una hora.

Arrastro los pies por el jardín. Me abrazo a la valla, a la pared. Una vuelta al perímetro, dos. Las perlas de sudor me corren por la nariz. Arrastro las piernas débiles, rígidas, hasta que se me empiezan a soltar, hasta que más o menos puedo andar. Es mejor estar al aire libre. Al menos tengo eso. Julia se pone a mi altura. Camina a mi lado

en silencio. Le tiembla la papada.

—¿Mataste a tu papi? —dice—. Es lo que cuentan.

—No —respondo—. Fue ella.

Asiente. Caminamos.

—Yo maté al bebé —dice—. No quería.

—Claro. Lo siento.

—Ya lo sé. Y yo. Todos lo sentimos.

—Tú y yo no somos iguales —le digo, y me alejo apresurada con las piernas temblorosas.

Me paso las horas que estoy despierta con miedo a morir aquí.

No hay nada que interrumpa los días grises, nada. Tanto habría dado que me enterraran a mí también. Al final es lo mismo. A veces me siento como si cayera. Es una caída larga en la oscuridad. Pienso en Hervör, que viaja por las tierras negras de la muerte para despertar a su padre. Ojalá fuera posible.

Alimentos. He estado un rato sin sentido, no sé qué comida es. Almuerzo o cena, porque el desayuno consiste en pan, y esto es caldo.

Un movimiento. Carne blanca y temblorosa por el rabillo del ojo.

—Hola —dice Julia. Callo—. Seguro que estás triste.

Hay un hueso en el caldo. Lo atrapo entre la cuchara y el cuenco. Hueso. Metal sin brillo. ¿De quién es esta cabeza? Presiono con la cuchara. Un crujido, me gusta ese sonido.

—Todas estamos tristes —dice—. Ya, ya. Tú eres diferente. Pero la verdad es que no, así que cállate.

No es justo.

—Lárgate.

—Vete a la mierda —dice con tono alegre.

Cuando he roto el hueso en trocitos contra el fondo del cuenco alzo la vista, pero ya se ha ido.

Después de la sopa desfilamos de vuelta a la sala. Nos tumbamos de espaldas, cada una en su cama con barandas. Lottie, Doris y Annie hacen la ronda. Nos echan la lona por encima, aprietan las hebillas. Tintineo de metal, susurro de cuero. Es el sonido por toda la habitación. Son rápidas. Son tres, y nosotras, unas treinta. Y a veces, solo algunas veces, en mitad del fenobarbital, alguien lo recuerda. Esta noche, no.

El pinchazo de la aguja. Annie que sigue hilera abajo. Tengo poco tiempo, tiene que ser rápido. ¿Qué? El páramo. Es un día borrascoso…

Que no sea demasiado bueno. Que luego no te resulte insoportable despertar aquí.

… anochece, pero aún queda algo de luz dorada. Se ve desde aquí hasta el mar, una fina línea azul. El sol invisible se pone, se convierte en un fulgor blanco en el oeste. En ese rincón del mundo, las nubes tienen ribetes dorados. «Mira», digo… No, eso no. Estoy sola. Camino por el sendero que sube a Hay Tor. Meto los dedos de los pies en la tierra, respiro hondo, noto la hierba húmeda bajo las suelas de las botas. La ladera desciende, sopla el viento. El extraño olor metálico de la aulaga. Es de un amarillo vivo. Debe de ser primavera.

Algo atraviesa corriendo el camino. Pequeño, vivaz, patas largas. Del color de la calidez, de la sangre, del ocaso. Se detiene y proyecta una sombra alargada.

El zorro se ha parado en una pose perfecta, una pata esbelta y negra en el aire. Pelaje rojizo óxido, orejas grandes, demasiado grandes, pétalos amplios contra la cabeza larga. Joven, poco más que un cachorro. Unos ojos grandes, dorados y salvajes se clavan en los míos.

Nos miramos, el zorro y yo. Inmóviles. Atrapados en la tierra, el uno en el otro, en el cielo. El hocico delicado se entreabre. El zorro gruñe silencioso y blanco. Dientes pequeños, perfectos. Tan pequeño y tan fiero. Le sonrío y desaparece como el humo. Alcanzo a divisar la cola poblada.

¿Por qué no hice más preguntas? Papá. ¿Por qué no te lo pregunté todo acerca de ella? Acerca de ti. Acerca de todo. Me imagino que, por entonces, no me creía que la gente se muriera de verdad. Solo he querido a dos personas. Y solo crees en la muerte cuando te hiere en lo que amas.

El manto, el negro. Se cierra sobre mí.

Por la mañana. Julia está lanzando alaridos. La razón es evidente casi de inmediato. El hedor está por todas partes.

Julia forcejea en la camisa de fuerza nocturna. Se debate. Tiene la cara brillante de lágrimas, los ojos azules son dos círculos perfectos. Doris la mira.

—Serás puerca —dice—. Qué vergüenza.

Lleva un trapo colgado de la cintura y suelta las hebillas de Julia con las yemas de los dedos. La cama está llena, resbaladiza.

—Qué asco —dice Doris—. Pues no te lo vamos a cambiar. Ya lo sabes. Las sábanas se cambian los martes.

—No he podido —dice Julia. Tiene la voz trabada—. No he podido, no he podido evitarlo.

Lanza un grito largo, agudo, roto. Es eterno. Otras voces se unen en toda la sala. Lamentos desgarrados.

—Las ha provocado —dice Doris a Annie. Se vuelve a Julia—. Las has provocado. Muy mal, muy mal. Esta noche, cuando duermas encima de esto, piensa en lo que has hecho.

El hedor se extiende. Las mujeres gritan.

Julia no protesta. Se calla. La vergüenza le sube por la cara hasta que le entra en los ojos. Se le convierten en guijarros de cristal. Se va, está en otra parte.

Nos ponen en fila. Mañana gris. Nubes etéreas. El viento nos agita los camisones blancos. Somos ovejas rezagadas. Ojos azules y negros de sueño. Estoy sentada junto a Julia. Apesta. Está temblando.

Doris empieza por el principio de la fila y va bajando. Abre las bocas. Hurga con un instrumento metálico fino. Pasa un dedo por los dientes amarillentos, les da golpecitos con la uña para comprobar si alguno se mueve. Labios agrietados, lenguas de papel. Somos un rebaño tembloroso.

—Oye —le digo a Julia—, siento lo de antes.

Julia me mira. Un hilo de saliva brillante le corre por la barbilla como un cable.

—Lo siento —repito, pero no dice nada.

Cuando Doris llega a mí, dejo que se acerque. Espero a que tenga la mano rosada enorme junto a mi nariz. Cierro las mandíbulas con fuerza y precisión. Aprieto hasta que noto el sabor de la sangre.

Solo lo veo en el último momento mientras me hundo, me hundo, con la aguja en el brazo, los golpes en la cabeza, la sangre metálica entre los dientes: Julia está sonriendo.

Después de eso, durante largo rato, nada.

Llega la mañana. Otra vez. ¿Cuál? No importa. Lottie llega hasta mí pero no me quita la camisa de fuerza. Afloja las hebillas de la espalda, me incorpora. Veo demasiado tarde que tiene la aguja en la mano y quiero llorar, no lo soporto... volver tan pronto al sótano negro.

—Es un calmante —dice Lottie—. No, no, quieta. Esta vez solo es un calmante, porque ha venido alguien a verte.

No parece probable. El fenobarbital me lava por dentro, arrastra los sentimientos.

Un hombre entra en la sala. Pelo brillante, planchado. Se le escapa un mechón cuando se sienta a mi lado, le cuelga sobre el ojo, pasado de brillantina. La línea firme de la mejilla es como la curva de un túnel. Se acaricia la solapa en movimientos lentos, cortos, como si el traje fuera su mascota. Tiene una sonrisa tímida. Huele a humo de pipa, a limones, a piel limpia. Me asombra la tersura de su frente, del color del pan caliente.

—Estás despierta. —Martin sonríe—. Muy bien.

Le devuelvo la sonrisa. Tengo la lengua embotada, inerte, desobediente. Pero, por dentro, estoy cantando. Quiero decirle que su rostro me trae el sabor del brezo, el sonido de las golondrinas en los aleros del tejado, las aguas pardas del río. Ha traído Rawblood a esta sala larga, sucia. Tanta felicidad me duele. Debí tener fe en que alguien iba a venir. Nunca se me habría ocurrido que fuera Martin, pero debí tener fe en que alguien iba a venir... Esto no podía durar eternamente. Si la vida fuera tan cruel, no tendría sentido.

Martin sonríe, yo sonrío, tengo mil preguntas que quiero hacerle... pero no. En Earlswood, las paredes tienen oídos, y ojos, y agujas. Eso lo sabe cualquiera. Todo a su debido tiempo.

Mi susurro es tan bajo que apenas mueve el aire.

—Martin, gracias. Casa.

Martin me mira a los ojos y me sonríe.

—Soy el doctor Goodman. ¿Te acuerdas de mí? Es un placer. ¿Me permites que te llame Iris? Sí.

Claro que me acuerdo de ti, intento decirle a Martin. *Cráneo, mandíbula…*

Se saca un depresor lingual del bolsillo del pecho. Me abre la boca con delicadeza. Me mete el depresor, es un palo seco. Me mira. Sus ojos rebosan bondad.

—Nunca se me invitó a quedarme en Rawblood —dice—, pero para mí es un placer invitarte a quedarte en mi casa. ¡Tanto como quieras! —Se ríe ante su propio chiste.

Espera a que se me calme la respiración. Con sumo cuidado, se saca el pañuelo del bolsillo del pecho. Me acerca el tejido. Lo noto áspero contra el rostro resbaladizo. Los dedos le huelen a limón.

—Bueno, ya basta —dice—. Aún no lo sabes, pero tienes suerte. Mucha suerte. Vas a quedar a mi cargo sin reservas para el tratamiento. ¿Te das cuenta? Tu salvación ha sido el Acta de 1913. Y lo has hecho muy bien. No ha costado nada obtener los certificados. A partir de ahora todo va a cambiar, Iris.

Miro el cuadrado amarillo al pie de la cama. Claro. Nada de visitas. No me van a liberar. He perdido Rawblood. He perdido a mi padre. He perdido a Tom. Solo me queda esta habitación. Es lo único que voy a tener. El aire sucio cargado de pesar.

Giro la cabeza y le lanzo una dentellada a la mano, pero la ha apartado. Cierro los dientes sobre el vacío.

—Sí, ya me han hablado de tu truquito —dice con voz ecuánime —. Eres la que muerde. —El mundo se mueve. Me está cogiendo en brazos—. Llena de fenobarbital —dice, dolido—. Qué barbarie. Y úlceras de estar tanto tiempo tumbada. No sabes cuánto lo siento… Pero vamos a empezar a tratarte con técnicas modernas, racionales. Conozco tu historia, conozco tu caso, y tengo muy buen recuerdo de tu estado mental anterior, lo que nos servirá de guía. Es… una… suerte… increíble. —Escupe cada palabra al aire con delicadeza—. Lo primero que quiero que entiendas es que esto no es culpa tuya. ¿Por dónde empiezo? El comportamiento de la mente. Lo cerca que estamos

del ser salvaje. Cuando el leopardo despedaza a la vaca obedece las órdenes de su cerebro mamífero, que tiene una estructura similar al nuestro. Utilizamos ropa de cama y leemos a PG Wodehouse, pero no por eso hemos conseguido erradicar este instinto. Queremos matar y queremos ser seres humanos morales. Esta dicotomía puede llevar a una desintegración de la personalidad, sobre todo en las mujeres. La violencia del animal está en guerra eterna con el impulso natural de una dama joven de buena educación. Porque, no lo olvidemos, el leopardo también es un ser natural. Y es fuerte. En algunos es muy, muy fuerte. Como por ejemplo, en ti. Es un defecto congénito con una larga historia en tu familia. He de insistir de nuevo, no es responsabilidad tuya. Tú misma has dicho que tu padre te advirtió sobre eso…

—No —digo. Llega la rabia y la recibo con alegría—. Me advirtió sobre ella.

—Ella. De acuerdo. Yo habría hecho lo mismo. Habría contado la historia de manera que no asustara a una niña. Créeme, Iris, no veo culpa alguna en tu padre. Hizo lo que pudo. Pero «ella» no lo mató. ¿Verdad?

Ella estaba presente.

—Sé lo que parece —respondo—. Pero fue ella.

Me rozó con sus dedos helados. La mirada de mi padre clavada en mi rostro. El espacio frío que sentí a mi espalda. El escalofrío que me recorrió. «Ya veo. Ya la veo». El feno no puede frenar la marea que sube, sube, sube amenazadora.

—No hay ninguna mujer, solo tú. —La voz de Goodman es cortante.

Me gustaría decirle «No has entendido nada, parásito, bobalicón, no has…». Pero no puedo, porque, aunque ella interviniera, la que lo hice fui yo. Porque papá me lo avisó. Pero no le hice caso.

—Dime, Iris —sigue—, ¿cuánto tiempo puede estar la mente dividida entre dos impulsos divergentes sin fracturarse? No lo sé. Pero es lo que sucede siempre, con el tiempo. Se fractura. Una joven criada en relativo aislamiento. Pocas aficiones. Su impulso masculino alentado por intereses masculinos. La anatomía y todo eso. Luego, el catalizador… ¿cuál fue? No lo sé. Tal vez algún tipo de incontinencia sexual. Sería lo más común. Y el leopardo queda libre. —Hace un ademán como un zarpazo al aire—. Dices que no recuerdas el crimen

que cometiste. Yo creo que no puedes reconocer los actos de tu mitad salvaje. No reconoces la angustia y el dolor porque los has cerrado a cal y canto. Están en una jaula. Le pertenecen al leopardo.

»Yo te puedo ayudar. Puedo domar al leopardo. Puedo hacerlo inofensivo. Y tú vivirás satisfecha en la dulce posición para la que naciste.

»Te voy a hablar de hombre a hombre, Iris —dice—. Voy a ser directo. Afuera, el mundo se está derrumbando. —Su mano sostiene la mía, cálida y firme—. Estamos en medio de la guerra que pondrá fin a todas las guerras. En Europa andan sueltos los leopardos hambrientos. —Suspira y, por un momento, se olvida del sermón—. Lo que está sucediendo es insoportable. Pero terminará y, Dios mediante, cuando termine el mundo seguirá en pie. Puedes ser parte de ello. Tienes una posibilidad real de rehabilitarte. Se acabó la medicación. Será cuestión de ejercicio, de responsabilidad, de rehabilitación. Dime. ¿Me vas a ayudar?

Puede que sí haya una esperanza de libertad. Una posibilidad.

—Te diré una cosa más —sigue al tiempo que se alisa la solapa—. Has recibido algunas cartas. Las tengo yo guardadas. Las he leído, claro, y no me han parecido demasiado encendidas ni inflamatorias. Así que, si llegamos a un acuerdo, te las daré.

Preparo con cuidado la lengua, la mente. Tengo que hacerlo bien.

—Gracias, doctor Goodman —digo—. Por sus cuidados y por su atención. Lo ayudaré.

Martin sigue sentado, lame la punta del lápiz. Le brillan los ojos grises.

Solo una persona en el mundo me puede haber escrito.

Las nubes se acumulan en el cielo. La luz del jardín es como las profundidades de un acuario. Vamos junto a la pared, lejos de las demás. Annie y Lottie están sentadas en los peldaños, con las manos sobre el regazo. Hablan en susurros. Nadie nos presta atención.

Nos pegamos a la pared y avanzamos con sigilo. Ladrillo sucio del color y el olor de la sangre coagulada. En este ala, el ala de oficinas, las ventanas no tienen barrotes y la que busco oscila, entreabierta.

—Vamos —digo, pero Julia se ha olvidado de lo que estamos

haciendo.

Sacude la cabeza.

—Niña mala —dice, y se tira del camisón, muestra el hombro, las manchas de la piel.

Se me encoge el corazón. Tiene uno de esos días. Sonríe, tímida, lenta.

—Solo ayúdame a subir —le digo con voz rápida, intensa—. Nada de niña mala. Venga, venga. Es esta. No me las va a dar. Las necesito.

No sé si me entiende, pero asiente y me coge el pie con la mano. Me doy impulso y me escurro para entrar. El marco de la ventana se me clava en el vientre. Huele a papel, a tinteros y a metal. Las paredes son del mismo color verde aceituna, pero aquí hay comodidades. Una taza de té de porcelana azul y blanca con un platito sobre el escritorio. El cartapacio es de cuero, oscuro intenso. Encima hay un pañuelo sucio. Me imagino a Goodman sentado en la silla, escribiendo, utilizando el pañuelo... ¿dónde están mis cartas? La idea parecía sencilla, pero la realidad es diferente. La habitación huele a limones. Se me va a resistir. Aquí queda algo de él y no es solo el olor. El miedo me oprime el corazón. Me retuerzo en el alféizar para entrar más en la habitación y en ese momento unas manos me agarran los tobillos.

—Vamos —dice la voz sombría de Doris.

Me agarro a las cortinas gastadas con los puños, al marco, doy patadas. Me proporciona cierto placer notar que el talón hace crujir el hueso. Pero hay gritos, pisadas apresuradas, y enseguida más manos. Las cortinas ceden, se sueltan de las argollas. Me retuerzo, trato de aferrarme a algo. Oigo un sonido como el gruñido de un perro y soy yo. El peso es terrible, están colgadas de mí, parecen de plomo, se me resbalan las dedos y caigo afuera, contra el suelo. Me golpeo la cabeza y veo chispas.

Manos cálidas, metal frío. Cerca, ronquidos. Sí.

Voces, arriba.

—Cuidado, Doris, que esta es la que muerde.

—Una rata de desván, desde luego.

Está en lo cierto y me encanta. Lo sé todo sobre las ratas. Durante

unos momentos, el placer puro y penetrante lo ocupa todo.

—... quince días que no estaban arriba —está diciendo Doris—. Les ha hecho mucha gracia todo lo que han limpiado las enfermeras inglesas, se han empeñado.

—Qué gente.

—Desde luego.

De repente la oigo junto a la oreja y me sobresalto aunque a estas alturas ya sé que no debo. La aguja entra, fluida, exquisita.

—Menuda has armado, Lottie.

—No es culpa mía. Tú, deja de moverte.

—Para de una vez, compórtate.

Esto me lo dicen a mí, creo. Estoy haciendo algo que merece una reprimenda. No sé qué es. Los miembros, los ojos, los dedos, son cosas fantásticas, indistinguibles.

Esperaré. Aguardaré el momento. No voy a morir aquí.

Otra vez la aguja. Esta vez entra bien.

—Ya está. Así no nos darás guerra un rato.

Algo me corre por las venas, crece como el coral.

—¿Qué iba diciendo?

—Los franceses.

—Son unos ingratos.

Las voces se desvanecen en la oscura lejanía, se van.

Otra mano en mi frente. Limones.

—Ay, Iris. —Tiene la voz cargada de pesar.

Floto. El estanque es negro. Respiro el agua.

1916

Tengo diecisiete años.

Entreabro los párpados a la luz gris. Torbellinos, nubes. Me muevo en espirales, en ventiscas de nieve.

Una vaharada de humo aromático, musgoso. Una pipa. Los dientes que se cierran sobre la boquilla. El olor a limones, la voz de tenor tímida y cautelosa, como el agua sobre la roca. El sonido de un pulgar que se lame para pasar la página.

Siento la presión de su atención. Los dientes contra la pipa. Los sonidos leves de las monedas, la tela, el papel. Se ha puesto de pie a mi lado. Manos en los bolsillos, jugueteando bajo el tejido.

—Hola, Martin —digo—. La defectuosa está despierta.

—Ah —dice. Un dedo me sube el párpado. Un destello de luz blanca, un pulgar rosado—. Tenemos que ponerte mejor —dice. Parece triste—. Al menos tenemos que intentarlo. —Las monedas le tintinean en los dedos. Una mano sobre mi cabeza. Me quedo inmóvil.

—Doctor Goodman —suplico—. Por favor, no me haga dormir. No más. Por favor.

Me coge la mano.

—Solo un poco más, con suerte —dice—. Escucha.

—¿Cuánto tiempo tengo?

Trato de incorporarme. Siento las piernas como cuerdas mojadas.

—Es lunes, diecisiete de septiembre.

—No —digo—. Es junio.

Saboreo el aire. Tiene mohos, golondrinas, hogueras.

La mano ligera sobre mi cabeza. Papá agita la mano para saludarme en el jardín de lavanda. Toso. Tengo la garganta como leña mal cortada.

—El tubo de la alimentación —dice, bondadoso—. A veces es muy molesto. Toma.

El agua es como esquirlas de hierro en la garganta.

No estoy en la sala. Estoy en un lugar verde que no conozco, con fijaciones de metal en las paredes. Un lavabo en el rincón. En algún

lugar caen gotas.

—Tengo que salir afuera —digo—. Deje que vaya al jardín.

Suspira.

—Voy a ser sincero contigo. Lo he intentado todo. He diseñado un régimen intensivo de ejercicios saludables, de entretenimientos controlados, de electroterapia, de hidroterapia, de conversación. En el proceso has herido a cuatro enfermeras, dos de ellas tienen mordiscos graves. Has intentado una y otra vez entrar en mi despacho y coger cosas. Cartas que, tal como demuestra tu comportamiento, no estás en condiciones de recibir. Has intentado salir del hospital en tres ocasiones. Como resultado has sufrido... —Va contando con los dedos —. Una perforación en la tráquea con un lápiz, avulsiones graves en los dedos y en los hombros con un cuchillo romo, varias laceraciones en el cuello causadas por objetos como una jarra de agua, la pata desatornillada de una cama y la puntera de una bota. Todas estas lesiones se curan despacio y mal porque estás desnutrida debido a que hay que alimentarte mediante un tubo mientras estás sedada.

—Estoy segura de que es verdad —digo—. No lo recuerdo.

—Exacto. Es lo habitual. No recuerdas tus actos, y más concretamente no recuerdas el acto que te trajo aquí. Insistes en que has sido encerrada injustamente. Tienes un comportamiento violento y problemático conmigo y con el personal. Seguro que comprendes que no podemos dejarte con el resto de las internas de Earlswood. No puedo permitir que la situación siga así. Pero te he quitado todos los privilegios, todas las comodidades... no hay manera de reencaminarte que no haya probado. Te he fallado. ¿Qué más me queda por hacer?

Las paredes verdes sudan. Parecen inseguras, como un castillo de madera. Se van a derrumbar, nos van a enterrar.

—Quiero hacerte una proposición, Iris. Veamos. Te niegas a reconocer tu crimen, y en cierto modo haces bien. Porque estás a merced de tu mal congénito y lo sabes. No es culpa tuya. Pero para ti nada va a cambiar, nada, si no reúnes valor. Te quedarás aquí para siempre, le morderás los dedos a Doris, estarás sedada la mayor parte del tiempo, tu vida consciente se reducirá a unas horas a la semana, te incrementarán las dosis de feno a medida que desarrolles resistencia a la medicación, y eso exacerbará las pérdidas de memoria. Experimentarás poco y recordarás aún menos. Llegará un día en que te despertarán y tendrás el pelo gris, y no reconocerás a la anciana del

espejo.

Saco la lengua reseca muy despacio. La estiro en toda su longitud entre los labios agrietados. Lo miro con los ojos muy abiertos. Corro las cortinas. Dejo que vea el interior un momento.

—No me dejará marchar —digo—. Igual que nunca me dará mis cartas.

Hace tiempo que he conseguido convencerme de que solo son una ficción.

Palidece, se queda mudo con el lápiz chupado en el aire. Luego asiente como si tuviera que darme la razón. Sus ojos son gatos persas.

—No te voy a coaccionar ni te voy a persuadir. Me limito a exponer los hechos. Tengo una elevada opinión sobre tu inteligencia, y me voy a fiar de ella. —Pone una carpeta color beis en la cama, junto a mi rodilla—. Estos son los estudios. No pienso insultar a tu inteligencia sugiriendo que no los vas a comprender. Durante los dos próximos días no te van a sedar. Estarás aislada. Mucho me temo que no será agradable. Por el síndrome de abstinencia, ya sabes. Una vez transcurrido ese tiempo, me dirás si quieres volver a dormir o no. —Hace una pausa y se levanta. Las monedas le tintinean en los bolsillos—. Podría hacerlo sin tu permiso —sigue—, pero no es la solución. Creo firmemente que quieres ponerte bien. Y quiero que lo decidas tú. Solo así empezará todo. Eso. Piensa.

En la oscuridad, el sonido frío de su salida. Metal, cerrojos, llaves brillantes. Al otro lado de la pared gruesa, ronquidos. Los muros se comban, cóncavos, palpitantes. El techo es muy, muy bajo. No me funcionan los pulmones. Las ratas corretean por el desván. Algo me respira con aliento caliente, suave, en la nuca. El olor a limones pende en el aire. Por debajo, el hedor denso de un felino grande. Cojo el informe. En la carpeta se leen las palabras «Leucotomía prefrontal».

«Mediante la lobotomía, se causan lesiones importantes en el lóbulo occipital de los perros. Se vuelven amables e inofensivos, cuando antes mordían y atacaban...»

Cuando vuelvo a la superficie, Goodman viste de gris desgastado, el cuello de la camisa muy blanco en torno al cuello vulnerable cuando traga. Alza una mano en gesto interrogador, espera mi permiso. Asiento. Me levanta la venda. El roce involuntario de la mano en la oreja. Piel cálida. Limones.

¿Ha ido bien?, intento preguntar. No sé bien qué me sale, pero parece que me entiende.

—Maravilloso —dice—. Trepanación perfecta, está cerrando bien.

El alivio me invade, como una ola lenta.

—Muy inteligente, muy inteligente —dice.

Puede que se refiera a mí o puede que no. Vuelve a ponerme la venda con cuidado infinito en torno al cráneo afeitado, se acomoda de nuevo en la silla.

—¿Te puedo enseñar unas imágenes? —Rostro abierto, ojos amables—. Dime lo que ves.

Miro el dibujo de un pez. Digo pez. Miro el dibujo de un sol. Digo sol. Digo col, pan, flor, casa. Pero a veces las palabras no salen cuando las digo. A veces lo que me sale es «pelo» o «ooo» o «cama».

Me pone un dedo en el dorso de la mano.

—Ya saldrá, Iris —dice—. Ya saldrá.

Sonreímos. Luego viene una imagen de algo delicioso, hecho de rizos y ondas, que salta de la tarjeta al espacio que nos separa. Siento que la hilaridad crece en mi interior. Primero está dentro de mí y luego fuera, y me estoy riendo. Sonríe, extiende el brazo, me acerca más la imagen, lo que me provoca más felicidad.

—¿Eh? —dice, y es el colmo. Me colapso.

—¿Qué es? —pregunto, pero lo que me sale es «ratón». Pruebo de nuevo. «Silla mal». Las palabras se tienen que abrir camino entre las carcajadas.

El doctor Goodman le da la vuelta a la tarjeta, la mira. Sus ojos grises se abren aún más, se clavan en los míos. La sonrisa se le dibuja amplia y dulce en el rostro. Su risa es inesperada, rápida, grave. Nos reímos juntos, al borde de las lágrimas.

El nombre llega como una ola de sentimiento. Rawblood. ¿Cómo ha conseguido una foto de mi casa? En cierto modo, me devuelve a mi ser.

—¿Ya estoy mejor? —digo, y me sale bien—. ¿Puedo ir…?

¿A dónde? He vuelto a perder la palabra. Pero me aferro a unas pocas certidumbres: que ayer leí el informe, que dije que sí. Que me prometió que luego podría.

—Iris —dice. Hay un momento de confusión, luego recuerdo que soy yo—. Lo voy a intentar con todo mi ser. Vamos a acabar con tu capacidad y deseo de causar daño a los demás.

—Me ha hecho la… cosa. —La palabra que sabe a metal—. Así que estoy mejor —digo. Pero vuelve ese resbalón extraño de la lengua. Lo que me sale de la boca es «quémalo».

—Tengo que irme —dice con genuino pesar—. Es un placer verte también.

Se levanta, pasa el pulgar distraído por el mazo de tarjetas. Traquetean al pasarlas, tic tic tic tic.

Me llevo la mano a la cabeza. Trata de detenerme, pero la venda cae al suelo con un susurro. Me palpo el cráneo, tan extraño y suave, sin pelo. Las grapas, los puntos, raíles en miniatura. Y los bordes de cicatrices más antiguas, ya curadas.

—Hay seis agujeros, no dos —digo. Pero oigo «No es. Arco con mito de salvia»—. Solo tendría que haber dos aberturas. —«Llega circo, embolismo, en el corazón».

Me tomo tiempo. Le clavo los ojos. Olfateo el aire en busca de algún rastro de la estación. Solo huele a carbólico y a limones.

—¿Cuántas veces? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —«Agravio, insuflado, arbitrario. Sibilante».

Le brillan los ojos.

—Tienes que tener paciencia, Iris —dice—. Estamos aprendiendo mucho. Eres una pionera.

Me duele algo, no es la cabeza. Me examino entera con cuidado.

Tengo el vientre vendado. Hay una herida. Una incisión entre las caderas. No soy idiota, me imagino lo que me han quitado. Pero le hago la pregunta con los ojos.

—Comprenderás que era necesario —dice—. Tu defecto solo podía dar lugar a defectos en… Bueno.

La manera lenta en que se le curvan los labios es fascinante.

Soy rápida. Las tarjetas vuelan por los aires. Sus dedos saben a limón. Hay un estallido de metal y sal. Ya que estaban, me tendrían que haber sacado los dientes. Carne mullida y debajo, el hueso. Caos, silbidos, voces, cacofonía. La puerta se abre de golpe y manos de mujer me sujetan y pecheras blancas almidonadas me dejan sin aire, y la aguja, claro.

La puerta se cierra, cerrojos corridos. Silencio pesado. Su sangre en la boca. Escupo a la almohada rígida. Al otro lado de una pared, alguien ronca, un trueno lejano. Exploro. Mis dedos temblorosos lo confirman. No fue ayer cuando vi el informe. Ni mucho menos. ¿Cuántas veces me ha mostrado las imágenes? ¿Volveré a verlas mañana por primera vez? Tengo que librarme de esa idea en cuanto se me ocurre o me volveré loca.

¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo, cuánto tiempo?

Me equivocaba. Voy a morir aquí. Debí saberlo. De mis ojos no salen lágrimas, pero recorren la habitación sin mi permiso. El mundo está hecho de ángulos resbaladizos, enloquecidos, brillantes. En realidad, ya me estoy volviendo loca.

«Iris —me dice mi padre al oído—. Quémalo».

Tengo diecinueve años.

Tom Gilmore

2 DE ENERO DE 1918 Francia

Iris:

Perdona el silencio. No soy yo mismo. Volví de permiso hace una semana. Ayer nos movieron otra vez. no puedo decir a dónde. al final las ratas siempre nos encuentran. No hay quien guarde secretos a las ratas.

Cielo rojo esta mañana. Han llegado cajones con botas nuevas pero solo pie izquierdo así que hemos tenido que cortar las puntas. Anoche tendimos la alambrada a la luna llena. Dos caídos por bala. Uno por ellos y el otro por nosotros en la cabeza por error. No fueron tiros limpios. No seguiré por ese lado.

Perdona el desorden. no sé ni cómo.

Todo empezó hace unas semanas. cuando me pareció verte. Estábamos en un pueblo. Todos borrachos y buscando mujer. No era para mí. Me llevé la botella a la fuente de la plaza. Había luna. El agua sonaba. Todo estaba silencioso y amortiguado entre sacos de arena.

Olor a lirios. No la vi hasta que no la tuve al lado. llegó en silencio como el humo. Menudo salto di. Pero cuando la vi fue peor. Le dije perdona que te mire así es que te pareces a alguien que conozco. Habría jurado que eras tú pero no porque los colores diferentes. Por un momento olió a podrido como si cerca hubiera algo muerto. pero no. solo lirios. Da igual le dije que lo sentía. pero no hizo nada solo sonrió y pensé que a lo mejor no hablaba inglés pero luego me dijo con voz muy inglesa tienes que cavar la tumba. *no sé por qué pero es lo más aterrador que me ha dicho nadie. Le pregunté qué quieres decir, pero se había marchado. Con el olor.*

Me pasé días mal. igual todo el mundo se ha vuelto loco ya y siempre hay algo muerto cerca. Tú y yo. ¿Nos reconoceríamos? No soy el que era. Seguro que tú también has cambiado.

El caso es que llegó el permiso y la verdad justo a tiempo. Me pasé dos días en Londres antes de volver al campo. Fui a un baile en Vauxhall. Con una chica que me dijo cosas amables. Todo bien al principio pero hacía mucho calor. Estábamos bailando y ella estaba hablando cuando me di cuenta de que había demasiada luz y todo brillaba mucho. La sala los banderines los vestidos. era como el escenario de una obra de teatro. todo el mundo recitaba su parte y se movía por ahí. Las caras muy pintadas.

acotaciones. risas. *Música. Fue una idea aterradora. Me puse muy mal. empecé a pensar que si empujaba las paredes se caerían como decorados. todo organizado todo falso y ella haciendo su papel. No pude parar. estaba en un estado que no lo soporté mas ni a ella tampoco. Monté una escena y a nadie le hizo gracia. Me echaron claro.*

Pensaba que el aire me iba a despejar la cabeza. era una noche fría. Pero miré los balcones los edificios la gente que pasaba y el café que había en la otra acera y todo me pareció pintado. Londres estaba pintado. Todo. El mundo era un escenario. Me puse muy mal.

Seguí bebiendo y fue peor. Tampoco pude dormir. Al día siguiente igual. No me lo quitaba de encima. Estaba en un escenario. Todo decorados finos y al otro lado nada. Cogí el tren. El vagón igual de pretendido. Pensé que traspasaría las paredes si les daba un puñetazo. La tierra que se veía al otro lado también era plana era un telón pintado. Casi se notaban las pinceladas.

En casa fue aun peor. La granja llena de polvo y el patio de hierbajos. Dentro los tablones del suelo están podridos. Ventanas rotas. Una paloma muerta en la chimenea. No sabes qué peste. La última vez que vine no estaba tan mal. O igual no me fijé. Parece un lugar donde solo han pasado cosas tristes. ¿Es cierto? Da igual. Vi que el viento lo agitaba como si fueran lonas y nada detrás. Devon no es real. Mi casa no es real. Aquí no hay nada que me llame. Fue como caer al vacío.

No fui a Rawblood. No iré jamás. Mando las cartas pero la casa no la pienso pisar. Me han dicho que Shakes sigue allí. Me lo imagino al viejo solo en las habitaciones vacías. Espero que duerma en el establo. Solo estuve una vez en la casa. aquel día. Y eso Bastó. Esa casa.

Nunca pensé que me alegraría volver a las trincheras pero me alegro. Aunque estén inundadas que lo están. volví al barro al pan duro agusanado y las cosas volvieron a ser sólidas. Qué alivio. Y la gente. Los hombres son más fáciles. Estos tíos saben. aquí no te da por pensar que todo está pintado.

Los demás también lo notan. No soy el único. Inglaterra ya no es un lugar real. Hay una canción que circula en las trincheras. «Estamos aquí porque estamos aquí. Estamos aquí porque estamos aquí, Estamos aquí porque estamos aquí...», y sigue así siempre igual. Antes me parecía una tontería pero ya no. Es lo único que se puede decir que sea cierto.

no todo el mundo piensa así claro. Están los que tienen familia y esas cosas. Si tienes a alguien con quien volver te aferras a eso. a tu hogar

y a esas cosas. Esos tíos lo pasan fatal. Nunca están contentos y no suelen durar mucho. para no perder la cabeza aquí hay que olvidarse de lo demás. si no hay otra cosa todo es mejor y más fácil. no hay otra cosa que el frente.

Siempre hemos sido los mejores amigos tú y yo. Supongo que amigos no suena a mucho. Para los que no lo saben. Pero es mucho. Todos los recuerdos y todos estos años.

Espero que lo entiendas. Tengo que dejarlo ya. es la última vez que te escribo. No puedo seguir. No me respondes así que o no estás o no me perdonas o estas cartas no te llegan.

Debí hacer algo. Lo sé. Me dijiste que huyera. no debí huir. No debí dejarte. Te he pedido perdón cien veces. Espero que me creas. No sé si es así. ¿Recibes estas cartas? Da igual. esta es la última. no puedo seguir viéndote en todas partes.

Creo que estoy al límite de lo que puede ser y soportar una persona.

Tu anillo. Lo he conservado todo este tiempo. No en el bolsillo ni con mis cosas. Colgado de un cordón al cuello. Tenía miedo de perderlo en el barro. O que me lo robaran. Eso pasa como te puedes imaginar. pensaba que algún día te lo podría devolver. no va a ser así.

Te lo he dejado. en la cueva. sobre la piedra. El agua de las paredes sonaba a muerte. Si lo quieres allí lo tienes. ¿Te acuerdas? «Para que la persona que amas no muera jamás». Antes la gente creía en esas cosas. Qué tontería. Da igual en fin adiós.

Atentamente

T

Meg Danforth

NOVIEMBRE DE 1881 Cerca de Grimstock, Lancashire

Los lazos de sangre no se pueden romper. Es una pena. Cuando Charles muere, lo noto.

En general, intento no pensar en él. Me manda una carta por mi cumpleaños y otra por Navidad. Y eso es todo. No lo he vuelto a ver desde que era muy pequeña. Antes le mandaba notas suplicantes. A mi hermano mayor. No me respondió nunca y pensé que tenía la dirección mal o algo así, o que estaba de viaje y que cuando volviera iba a leer mis cartas, vendría a la granja Bantry al galope, mataría a Samuel Bantry, me daría un trozo de tarta, me llevaría a Londres y me compraría vestidos. No fue así.

Más adelante la señora Bantry me dijo que las plumas de la cola del gallo sirven para invocar, y las quemé todas las noches. «Ven a salvarme». Ese verano todos los gallos de las granjas cercanas se quedaron pelados. Pero no vino y aprendí a no tener esperanza. Aprendí despacio. Más adelante incluso, traté de verlo con el Ojo. Muchas, muchas veces. Pero no dio resultado. Su mente me debía de haber echado con mucho poder. Me ha enterrado a mucha profundidad. Mi Ojo es muy poderoso: si no lo veo, eso quiere decir que no guarda ningún recuerdo de mí y que no me reserva ningún amor en su corazón.

Estoy en el pajar y he subido la escalera. Samuel Bantry está abajo, en el patio de la granja, y me llama. No sabe que estoy aquí arriba, va al azar, matando el tiempo. La mañana está avanzada, es viernes y no tardará en marcharse al pueblo a beber. Solo tengo que aguantar.

—Meg —dice—, sal. Como no salgas, habrá correa. No querrás correa, ¿eh?

Envuelvo el desprecio en silencio. ¿De verdad cree que voy a responder? Al azar o no, su voz tiene ese tono negro.

—Pelofuego —dice—. Cuando te encuentre te vas a enterar.

El cuero le golpea la mano como una fusta. Es un insulto flojo. Los he oído mucho peores. En esta zona, el pelo rojo es de bruja, y no hay más que hablar.

Abajo, un cubo resuena con la patada de Samuel. Una gallina revolotea alborotada en el patio.

Aminora el paso. Está pensando. Las pisadas son silenciosas. Me escondo tras una torre de heno. Me sumerjo en el calor polvoriento. De pronto el pajar ya no es un lugar seguro. Pero veo la escalera de pino desvencijada contra la pared. Está aquí, así que no puede subir a cogerme. ¿Y qué me haría si sube? Bofetadas. Correa. Una buena paliza. Y ya está. Magulladuras, unos cuantos verdugones y unas lágrimas no son nada nuevo.

Pero no estoy segura. Últimamente, en lo más profundo de los ojos le brilla algo más. Hace poco que he cumplido los quince años. A las mujeres se las castiga de otra manera, no como a las niñas.

Ruidos abajo. Algo arrastrado por el empedrado sucio. La perspectiva no es buena. Me encojo como un ratón y me entierro más en la paja. Me resulta difícil, porque está pasando algo.

El altillo parpadea a mi alrededor como un ojo enorme. Los tablones crujen y tengo heno en la nariz. Abajo, el metal resuena contra el empedrado... pero, detrás de todo eso, a través de todo eso, veo... un cielo purpúreo sobre un páramo lejano. Amanece sobre tierras cálidas. Rocío en la tierra aterciopelada. Dos hombres en una colina, con un perro muerto. No los oigo, pero la ira, la desesperación, me llegan en oleadas.

El heno está caliente y el grano me hace cosquillas en la oreja. Suena un golpe cuando algo se apoya contra la trampilla. Tengo que moverme, pero me deslizo por el cielo sobre una casa con muchos gabletes y chimeneas y... Los ojos y orejas de Samuel aparecen en el altillo como un monstruo marino que saliera a la superficie. Al parecer, una valla para encerrar ovejas también sirve como escalera.

Los ojos de la señora Bantry son redondos como los de un búho. Ocupa toda mi visión, como un paisaje. Detrás de ella, un rincón de cielo azul. Voy a decir algo, pero se pone un dedo ante los labios. Me callo.

El olor a tierra y el barro pegajoso me cubren. Los tengo en la boca, bajo las uñas, en las orejas. Mi pelo son colas de rata, parduscas. Por fin de un color aceptable. Bajo el barro hay sangre en varios puntos. Creo que he caído al vertedero. Cuando me ha empujado. Arriba, en el altillo, Samuel está silbando. Se va a beber como todos los viernes después de enseñarme una lección.

Me ayuda a lavarme en el abrevadero de los caballos, junto al camino. Me meto dentro, me siento. El agua sube, alta, un acantilado de cristal. Luego baja. La señora Bantry me la va echando por encima con una jarra. Hago una mueca cuando me toca, pero no hablamos de ello. No serviría de nada. Las magulladuras son plumas negras en las muñecas, el cuello, la espalda, las piernas.

Estoy dividida. Mi yo exterior llora y se agarra a la señora B para reconfortarla y reconfortarme. Otra parte de mí piensa cuánto falta hasta que… hasta que… porque Samuel nunca me había golpeado en los muslos hasta ahora.

Una parte pequeña de mi ser, la más clara y profunda, está pensando en mi hermano.

La señora Bantry me aconseja, como siempre, que no lo haga enfadar, que no haga enfadar a Samuel. Las dos sabemos por experiencia que no servirá de nada. Por mucho que le obedezca al pie de la letra encontrará un motivo. Hoy no ha sido tan malo, en el pasado me he tenido que pasar semanas en cama. A lo largo de los años me ha roto todas las costillas, todos los dedos. La clavícula, dos veces.

Lo cierto es que, si no fuera yo, la que tendría los ojos amoratados, los dientes sueltos y el pitido en las orejas sería la señora Bantry. Pero quiere evitármelo, como si eso no fuera a llevarla a ella al dolor. Se comporta como si en el mundo existiera la justicia, la razón, y es admirable. Es una buena mujer.

La señora Bantry me enseñó los primeros pasos. Me enseñó que la escalera de las brujas está hecha de cordel de colores determinados. Me enseñó las plumas y las flores, sus propiedades enteras, quemadas.

Ella nunca había creído de verdad. Me di cuenta la primera vez que cantaron entre mis manos, las plumas, la sangre. La primera vez que tuve el Ojo. Para la señora Bantry no eran más que juegos. Pasatiempos de mujeres que se transmitían en su familia, emocionantes y secretos. Rituales, costumbres. Sin consecuencias. Debió de ser una sorpresa enorme cuando saltaron ante mí con fuego vivo, con poder.

Tuvo miedo. No volvió a enseñarme más. Pero ya era tarde. Para entonces, las raíces, la tierra y la sangre me hablaban, me decían cómo utilizarlas. La señora Bantry siempre ha cuidado de mí a su manera, aunque no me comprendiera. Pero, en ciertos aspectos, no

puede desafiar a su marido.

Sé una cosa que ellos no saben. Mi hermano va a morir. Puede que ya esté muerto. ¿Quién mandará la carta? Me queda un día, como mucho tres, antes de que se enteren de que no va a llegar más dinero. Respiro hondo y aparto el miedo a un lado. Me recrimino. No todo está perdido. Siempre se puede hacer algo. Descubriré mi rumbo.

El amanecer es despejado, la luna clara aún brilla en el cielo. Noto el brezo mullido y agradable bajo los pies. Corro. Mis magulladuras cantan. No tengo mucho tiempo. Bajo Bow Peak, el valle está envuelto en sombras. El arroyo es una costura de plata en la tierra. Lo sigo por la estrecha orilla, contra corriente, mientras el rocío de la mañana se me cuela a través de las suelas de las botas. A la entrada del valle, el arroyo salta como una anguila sobre las rocas cubiertas de musgo.

Me saco de debajo del chal el frasquito de vinagre y aceite, y el plato de estaño. Vale con cobre y lo mejor es la plata, pero solo tengo estaño. Lo pongo bajo el manantial. El agua le pasa por encima. Es un sonido hermoso, apresurado. Cae la luz e ilumina el valle. La luna es una uña fina de plata.

Cuando llega el momento, cojo el plato con agua del manantial y lo pongo en la hierba. Vierto el aceite y el vinagre, y espero. El agua queda inmóvil como el cristal. Refleja la luna, el amanecer. Respiro hondo. Digo lo que tengo que decir, y luego lo pido. «Muéstrame la respuesta».

Nada. Un mosquito diminuto cae en el plato. La superficie se estremece en círculos concéntricos. Aguardo. No pasa nada. Tal vez no he hecho bien la pregunta. «¿Quién me va a ayudar?», pregunto. Nada.

Cuando los Bantry se enteren de que ya nadie me mantiene, me echarán. Lo entiendo. No tienen gran cosa. Pero antes de echarme, Samuel hará lo que quiera. Me apostaría la vida. El dinero ha sido la fina cuerda invisible que me salvaba del desastre, y ya no existe. Seré una mendiga, moriré pronto, de frío, de hambre, violada y golpeada hasta la muerte en una zanja. Es lo que les pasa a las mendigas.

¿Qué puedo hacer? No se me escapa que mi situación es desesperada. Contemplo la luna blanca en el agua clara, y me río. Refleja la verdad: nadie va a ayudarme. Charles nunca me ha dado motivos para quererlo, pero pienso en su muerte y me escuecen los

ojos. Las lágrimas caen en el agua inmóvil. Se agita, gira. Lágrimas por él, por mí.

La luna se descompone y se vuelve a ensamblar. Está a mi alrededor en hebras de extraña plata. Un rostro espantoso con los ojos llenos de locura. El espanto me atenaza el corazón. El agua se estremece, se oye un sonido como el de cartas barajadas, y desaparece. Y de pronto estoy en otro lugar.

Me rodean paredes de piedra cálida. Una casa. Pasillos, habitaciones que se abren a mi paso; en el centro hay un salón, como la cámara de un corazón. Afuera, tenue, el sonido de la lluvia contra el granito sólido, mojado. Por todas partes huele a lluvia y a piedra. Otra habitación, quizá una biblioteca, o un despacho. Cuero y paneles de madera pulida. Al otro lado de los cristales emplomados, colinas grises, agrestes.

Tengo una silla debajo, la aparto de una patada. Floto en el espacio.

El dolor es inmediato, brutal. No puedo prestar atención a nada que no sea el dolor aplastante que me atenaza el corazón, y la soga, tosca y prieta, que me desgarra el cuello. No son mis manos y no es mi cuello. Veo por los ojos del hombre colgado. Este hombre… su carne tiene cosas en común con la mía. Recuerda. Hemos visto las mismas cosas misteriosas en la nada cálida y oscura que precede al nacimiento. Noto la forma de nuestra nariz, que es la misma, y el verde lago de nuestros ojos, que es el mismo, y comprendo con pesar. Es mi hermano. Por fin.

Nos balanceamos colgados de la viga que cruje. Nos ahogamos, agonizamos. Nuestros pies patean el aire en gesto inútil. Nuestro cuerpo, sin aire, se rinde poco a poco. Solo lo conozco durante un segundo antes de que muera.

Hay un rostro en la mente de mi hermano. Es su último pensamiento: un hombre: oscuro, vasto, inmóvil como si estuviera tallado. Pelo negro con hebras blancas, manos largas y elegantes. La luz de sus ojos es como el sol sobre las aguas pardas de un río. Profunda. El amor que siente Charles me conmueve como un golpe. Estoy aturdida. Estoy llorando. ¿Quién es ese hombre? Nunca lo sabré. Un regalo de tormento, que se entrega y se arrebata.

Pero luego, esto.

Cuando el cerebro de mi hermano se transforma en una hoguera,

cuando dispara miles, millones de estrellas a la noche infinita, cuando su carne pasa de rosa y viva a muerta, lo oigo. Mi nombre. Cuando la garganta se le cierra y la sangre le estalla en los ojos, me percibe.

«¿Meg? —dice—. No sé… ¿cómo? Dios mío, tengo miedo…».

«Tranquilo —le digo—, yo seré tu guía».

Se alegra. Me permite que toque su corazón con el mío. Por fin.

Cuando todo termina, estoy muy débil. Me siento y agarro puñados de tierra. Lloro. Doy zarpazos al mundo. Me ha vuelto a abandonar, esta vez para siempre.

Mary Hopewell y Hephzibah Brigstocke

1839

Mary Hopewell estaba bendecida con esa belleza que no es de este mundo, compuesta como está por los síntomas de la enfermedad: palidez, delicadeza, languidez, voz queda y ese rubor en las mejillas que se asemeja a la fiebre. Había sido muy admirada, pero nunca se casó, pues los médicos dictaminaron que su salud no lo soportaría. Esto no habría afectado en absoluto tras llegar a la avanzada edad de treinta años sin conocer a ningún hombre con el que quisiera contraer matrimonio, pero pertenecía a una generación de mujeres cuyos hermanos, padres, tíos y primos cayeron en la guerra, ante el pequeño tirano francés que durante años aterró al mundo. Los Hopewell eran una familia antigua originaria de Devon, pero Mary no la disfrutó mucho tiempo. Tras perder a todos los hombres de su apellido a manos de Bonaparte cuando era niña, casi todas las mujeres de su familia fueron muriendo con los años, aquejadas por la misma enfermedad que ella sufría. La consunción se las fue llevando, y al final Mary se quedó sola.

La señorita Hopewell vendió su casita de Brighton y se fue a vivir con la única prima que le quedaba, la señora Anstruther, casada con un caballero de la profesión legal y carrera prometedora, y una familia joven que mostraba una marcada tendencia a ampliarse a la menor oportunidad. La señorita Hopewell afirmó que consideraba su obligación contribuir cada mes a las finanzas de la casa, pero la sola idea se consideró mezquina y la señora Anstruther la rechazó más que nadie. No, no podían permitirlo. Prefería que la señorita Hopewell se apoyara en ellos. ¿Acaso no estaban perfectamente instalados en el mundo? Tonterías. La prima Mary debía quitarse esas ideas de la cabeza, disfrutar todo lo que pudiera de Londres y vivir tranquila.

Pero, tal vez... si le parecía bien llevarse a los niños de paseo alguna vez, sería un alivio cuando la señora Anstruther tenía una de sus jaquecas, cosa que le pasaba a menudo por las mañanas. ¡Los angelitos estarían encantados! Y el talento de Mary al piano era indudable. ¿Tal vez Alice podría practicar con ella un poquito por las tardes? Porque, tal como estaba, la niña nunca iba a tocar en un salón. Y a la cocinera le iría de maravilla aprender a hacer aquella salsa bechamel que la señora Anstruther había probado en Brighton y tanto le había gustado. La receta era de su hermana, ¿verdad? Pobre Ana, Dios la tuviera en su gloria. ¿Tenía un truco, quizá hervir la leche? Y si Mary no estaba muy cansada por la noche, sería muy amable por su

parte ayudar con los zurcidos, porque a la señora Anstruther no se le daba bien la aguja, sin duda una de sus muchas carencias, y siempre había montañas de prendas que arreglar… Con estos pequeños favores, el señor y la señora Anstruther se considerarían más que pagados. ¡Qué cosas tenía Mary, mira que hablar de dinero!

La señorita Hopewell se imaginaba que Londres estaba muy bien; no lo llegó a frecuentar demasiado. Zurció, cosió, frotó, atendió niños, enseñó francés, italiano y piano. A menudo tenía que retirarse a su habitación por la noche, y en los meses más fríos no podía salir. En estas ocasiones, recibió las atenciones más solícitas: cuando la señora Anstruther le llevaba los pañuelos para que los cosiera, también le llevaba jarabe de amapola y una escupidera.

—Bien poco puedo hacer por la pobre —le contaba luego a su marido en la comodidad del salón—. No estará mucho tiempo en este mundo.

La señorita Hopewell se alojó con los Anstruther tres años, durante los cuales la familia creció dos veces. Una mañana de invierno, al principio del cuarto año, en la estación más fría que se recordaba, la señora Anstruther visitó a la señorita Hopewell en su habitación para charlar. La señora Anstruther confió a su prima que estaba en estado, ¡más felicidad llegaría aquel mismo verano! Qué bendición. Aunque había que hacer un esfuerzo con cinco hijos, y pronto otro más al que también habría que llevar al colegio, vestir, alimentar… Y las perspectivas del señor Anstruther eran magníficas, pero había tenido algunos contratiempos, algo que había pasado en las entrañas laberínticas de aquella gran entidad masculina, la bolsa de valores, que ella por supuesto no alcanzaba a entender. El caso era que había que ajustarse los cinturones una temporada breve, muy breve.

La economía doméstica de la señora Anstruther siempre había sido perfecta. Suscribía la máxima del obispo Hall: «Buen carretero es aquel capaz de maniobrar en poco sitio». Y en casa de la señora Anstruther empezó a haber muy poco sitio. Pesaba todas las semanas el tarro de té para calcular el consumo, y apuraba el bote de mantequilla que la señorita Hopewell podía tomar con el desayuno. Cada cucharada que se llevaba a la boca la señorita Hopewell era observada, y empezó a sospechar que también medida. Cuando dijo que se iba a quedar en su cuarto a la hora de cenar porque no tenía hambre, su anfitriona exclamó: «¡Pero si anoche solo comiste siete cucharadas y media de ragú! Y bien sabes que ya no se podía guardar más, así que Betty se comió el resto».

Betty, la segunda doncella, estaba cogiendo peso, porque la consunción de la señorita Hopewell era peor con cada invierno que pasaba. «Pero no muestra indicios de declive permanente», oyó desde sus almohadas comentar al señor Anstruther, hablando con su esposa.

Los medicamentos y comidas que se le recetaban a la señorita Hopewell empezaron a salir de la cocina ya en dosis y cantidades bien pesadas.

Con el invierno llegó el peor brote de la enfermedad de Mary. Hubo días en que no parecía en este mundo. Betty dejó de molestarse en intentar quitar las manchas de sangre de los pañuelos; se le devolvían con el color del óxido. Pero, como había observado el señor Anstruther, no parecía capaz de morir.

No fue ninguna sorpresa para la señorita Hopewell que, con la llegada de la primavera, los solícitos Anstruther decretaran que necesitaba un cambio de aires, un clima más cálido. Habían meditado a fondo el asunto. Iban a extrañar enormemente a su querida prima, pero lo mejor para ella era viajar a Italia con una acompañante contratada a tal efecto. Se publicaron anuncios, hubo entrevistas, y al final se dio con la persona ideal, todo gracias al señor Anstruther, el único pariente varón que, por tanto, estaba al cargo de la señorita Hopewell.

La señorita Hopewell contaba con un pequeño capital que el marido de su prima se encargaba de administrar; bastaría para pagar un nivel de vida aceptable y el salario de su acompañante. De hecho, tal como señaló el señor Anstruther, como llevaba años casi sin tocarlo, el capital se habría incrementado. La señorita Hopewell lo miró pensativa y accedió. Estaba harta de que le calcularan la vida, cosa que solo servía para subrayar su probable brevedad.

La señorita Hopewell conoció a la señorita Brigstocke en Dover, la víspera de su partida. Hasta allí la había acompañado la señora Anstruther, que se pasó el viaje dándole golpecitos cariñosos en la mano y garantizándole su afecto, su dolor ante la separación inminente. En el carruaje, la señorita Hopewell pensó mucho en la mujer que iba a ser su compañera íntima. La señorita Brigstocke iba a estar más cerca de ella que la señora Anstruther de su marido, ya que la pareja tenía intereses diversos y opuestos, como suele pasar con los matrimonios: domésticos, legales, sobre la moda, sobre la familia… A veces pasaban semanas sin que se vieran más allá de unos minutos. La relación que iba a mantener con aquella mujer desconocida no sería así: en el extranjero, sin conocidos y con escasos recursos, se iban a necesitar la una a la otra.

Era un día luminoso, muy inglés: la brisa cortante de marzo se colaba por las grietas del carruaje y se colaba bajo la pelliza de la señorita Hopewell. Cuando llegaron a Dover, la señora Anstruther se inclinó hacia delante para ver mejor a la gente que se arremolinaba; la señorita Hopewell se recostó hacia atrás. No quería ver la caricia del sol sobre los vestidos de seda ni los galones dorados de los oficiales. Pensó que el mundo estaba vivo y alerta, pero no quería tomar parte en él. En cambio, miró en dirección al mar, proceloso y salpicado de las siluetas negras de los barcos.

—Está agitado —murmuró la señora Anstruther para sus adentros —. Muy agitado. Espero que no…

El puño de la señora Anstruther se apretó con verdadero apremio; la señorita Hopewell leyó los pensamientos de su prima y sonrió. Si hacía falta, la señora Anstruther empujaría el paquebote con sus propias manos.

Le pareció que apenas pasaba un momento antes de ver a la señora Anstruther de pie en las losas del suelo, «¡vamos, Mary, baja ya del carruaje!», antes de dejarla en la sala de café de la posada Cinque Ports con una mujer menuda y gris. Era la señorita Brigstocke, con la que iba a compartir el resto de sus días.

Cuando la tuvo sentada ante ella, no pudo ver en la señorita Brigstocke nada que la alarmara, pero tampoco nada que le insuflara confianza. La mujer llevaba un vestido gris merino con zurcidos pulcros y abundantes. Tenía el pelo encrespado al estilo de la gente que se fijó por última vez en esas cosas antes del cambio de siglo. Su rostro era menudo, surcado de arrugas, con ojos negros brillantes. La

señorita Hopewell presintió en ella un atisbo de desesperación: parecía vacía de vida, seca, arrugada.

La señorita Anstruther sugirió pedir algo de comer y salió de la estancia con el tacto jovial de quien no tiene nada en juego. Las dos mujeres se miraron un momento.

—Es como un matrimonio concertado —dijo al final la señorita Brigstocke—. ¡Qué pintoresco! Si no nos gustamos, le aseguro que puede expresarle sus reservas a la señora Anstruther, ya sabe, en voz baja, y yo adoptaré una expresión malévola o bien me fingiré borracha, y se dará cuenta de que no soy la acompañante adecuada para usted. No hay nada que nos obligue a seguir adelante si no lo deseamos; por su parte puede poner otro anuncio, y por la mía hay un empleo muy aceptable en Hove que también he estado considerando, así que por eso no se preocupe. —La señorita Brigstocke hizo una pausa—. Aunque confieso que siempre he deseado visitar Italia —dijo en un tono muy diferente.

Mientras hablaba, un gran cambio tuvo lugar en la señorita Brigstocke: la luz cayó sobre ella con la misma cualidad acuosa, a través de los cristales de la sala de café. En su rostro se veían las mismas arrugas y los ojos conservaron el tamaño pequeño, obstinado. Pero a la señorita Hopewell le pareció que se había abierto una puerta. En la coraza de la solterona se abrió una grieta a través de la que se divisaron cosas extrañas.

—*Nel mezzo del cammin di nostra vita* —entonó con precisión—, *mi ritrovai per una selva oscura, ché la diritta via era smarrita*

*

.

Para Mary Hopewell, Italia no era más que un recuerdo de Dante: los ríos, campos, ciudades y gentes solo eran imaginaciones del poeta; sabía que, cuando pusiera una mano en la piedra ardiente de una plaza a mediodía, o cuando escuchara el lenguaje cantarín, o viera un sol extraño en un cielo azul intenso, todas esas cosas le parecerían una capa que escondía la sustancia de sus versos. Eso no habría bastado para unirla a la señorita Brigstocke. Al fin y al cabo, no era tan extraño saber de memoria algún fragmento del *Inferno*. No, lo que la conmovió fue el rostro que pronunció aquellas palabras. Había aparecido otra mujer que utilizaba la apariencia convencional de la señorita Brigstocke.

—Espero que seamos amigas —dijo la señorita Hopewell, y descubrió que era capaz de sonreír.

La señorita Brigstocke sonrió a su vez, y se liberó de la presión que la atenazaba por dentro, porque no sabía de ningún empleo en Hove.

El viaje transcurrió como todos los viajes largos, en tramos alternos de interés y letargia. La señorita Hopewell se mantuvo al margen. En cambio, la señorita Brigstocke siempre estaba mirando a su alrededor. Hizo bocetos de vendedores de aceitunas y muelles calcinados por el sol en los puertos donde atracaban, y anotó sus observaciones en un diario de tapas rojas de cuero. En todo momento mantuvo una distancia cautelosa entre ella y los objetos de su estudio. En la posada de Livorno hubo un incidente: un niño que la señorita Brigstocke estaba dibujando se aventuró a hablar con ella, a ponerle una mano en la falda. Ella pensó que quería quitarle el monedero y gritó, y le dio una bofetada. Resultó que el niño era el hijo del posadero, y la señorita Hopewell tuvo que hacer un esfuerzo y desembolsar algo de dinero para evitar una situación desagradable. Fue un alivio para las dos llegar a Siena.

Las dos mujeres se las arreglaron para vivir bien, ya que en estos lugares el dinero cunde más. Llevaron una vida discreta, como hacen las damas inglesas cuando disponen de recursos limitados. La señorita Brigstocke insistió en que no se quedaran en la ciudad: estaba convencida de que los apartamentos serían pequeños y llenos de alimañas. Ella personalmente no importaba, pero no se encontraría bien por la señorita Hopewell y viviría en constante temor por su salud. La señorita Hopewell no puso reparos; a ella le importaba bien poco. Se instalaron en una casita en los alrededores, lo que el agente llamó una «villa», de paredes rojas con grietas, tejas rosas e higueras que atraían enjambres de insectos. Allí se dispuso a pasar la señorita Hopewell el resto de sus días y a legar lo que restara de su capital a la señorita Brigstocke.

Constreñidas por una sensación de intimidad forzada, las dos mujeres trataron al principio de tropezarse lo imprescindible. Durante el primer mes, ambas estuvieron sobre todo en sus respectivas habitaciones, siempre atentas a la puerta de la calle o del jardín; solo cuando una salía se aventuraba la otra a recorrer el resto de la casa. Vivieron las dos con el temor de verse sometidas o someter a la otra a la dura prueba de la cotidianeidad.

Poco a poco, cuando se fueron encontrando a la hora de comer o

de manera sorpresiva en el salón, fueron identificando un terreno común. Una alusión pasajera a algún cuadro reveló el gusto compartido por las acuarelas, que fue tema de conversaciones desganadas, pero constantes. De ahí pasaron a otros como el arte, la música y las ventajas de los viajes por el extranjero. A principios de junio, la señorita Brigstocke invitó a la señorita Hopewell a llamarla Hephzibah, a lo que Mary respondió con la petición similar de que la tratara a ella por su nombre.

Hephzibah adoptó la costumbre de visitar a Mary en su habitación al anochecer para comentarle los logros y decepciones del día. Mary escuchaba sentada en la cama con la cabeza inclinada en gesto de atención cortés al tiempo que cosía o remendaba alguna prenda: Hephzibah sentada en un sillón, sobre los talones, como una niña, con las madejas de pelo gris sueltas en torno a la cara.

—¡La mermelada del desayuno! Esto te va a sonar extraño, Mary, querida, pero los albaricoques extranjeros hacen que la conserva sea muy diferente. No voy a ser tan cabeza hueca como para decir que echo de menos las semillas en la mermelada, pero no lo sé, la gelatina de moras tiene un algo otoñal, ¿no te parece?, algo que te recuerda a los arbustos, el sol, los días frescos... a Inglaterra...

La señorita Hopewell tenía suficiente sensibilidad para darse cuenta de que los comentarios eran pequeñas ofrendas, y no los despreciaba. Cuando la señorita Brigstocke tenía la osadía de alabar un chal de cachemira o unos pendientes («ay, querida, mejor guárdalos bien, que Gabriela es buena chica, pero ya se sabe, los criados tienen los dedos muy largos...»), la señorita Hopewell la animaba a coger prestado lo que quisiera. La señorita Brigstocke siempre se dejaba convencer al final para aceptar estos detalles y, cuando devolvía lo que fuera, se tomaba muchas molestias en demostrar que estaba en perfectas condiciones. En estas transacciones corteses nunca se mencionaba lo que ambas sabían: que, un día no muy lejano, todas las posesiones de la señorita Hopewell pasarían a manos de la señorita Brigstocke, porque la salud de Mary no iba a mejor.

Había un pacto entre las dos mujeres: que iban a tener una vida. Iban al mercado, pintaban. Por las noches, se leían en voz alta la una a la otra, cosían, rezaban, y acompañaban los pasatiempos con lujos muy racionados: un vaso de ratafía, un libro de la biblioteca inglesa, una partida de naipes. Y a medida que pasaban los días, ambas sufrieron en privado la misma traición: descubrieron que Italia tenía huesos propios, y no eran los que Dante le había prestado. De esto no

hablaron.

Su vida transcurría en las afueras, lejos de las modas, en un pequeño enclave inglés fuera del camino de los viajeros, grupos y comerciantes (porque «lejos de las modas» conllevaba la característica de «económico»). Pero dos mujeres solas, sin riquezas ni privilegios que las avalaran, obligadas a recibir en un pequeño salón que huele a cocina, no corren el riesgo de una avalancha de visitas. Según la señorita Brigstocke, era un alivio estar al margen del jaleo. ¡Qué liberación, le comentó una tarde, estar solas, no sometidas a esa lucha constante, la sociedad!

—Sin duda —asintió la señorita Hopewell.

La señorita Brigstocke hizo una pausa. Tenía el rostro más congestionado que de costumbre.

—¡La sociedad! —repitió con odio.

La señorita Hopewell alzó la vista de las páginas de su novela. La dejó a un lado y se recostó en las almohadas para observar a su compañera. A la luz de la lámpara, la señorita Brigstocke parecía temblar. Se estaba mordiendo la lengua.

—Hephzibah —dijo Mary—. Pareces muy afectada.

La señorita Brigstocke asintió. De pronto, puso la cara entre las manos.

—Bien sabes que mi vida no ha sido feliz —dijo entre los dedos—. Nací en un asilo para pobres, eres consciente. Nunca lo he ocultado. Pero no te he dicho algo que tengo miedo de que afecte en gran medida a tu opinión sobre mí.

»El asilo me puso el nombre de Sarah. El de Hephzibah lo elegí yo. Me pareció adecuado. Sale en la Biblia. El nombre que me puso mi madre al nacer fue... *Talaitha*. Siento decir que no vengo de un linaje respetable. ¿Sabías que mis padres eran romaníes? No, claro, porque no te lo he dicho. Me lo reprocho. Espero que comprendas mi reticencia. No se me ha recibido bien en las buenas casas. Siempre que consigo un puesto, se acaba por saber. No sé cómo, pero siempre. Un amigo de mi padre me ve en el mercado, reconoce su rostro en el mío, y me saluda; o me traiciono: una mañana, le dije a mi última señora en romaní que estaba lloviendo. Mi madre diría que he rechazado mi destino, a mi pueblo... y que ahora ese destino me rechaza a mí. *Prikaza.*

»En cuanto se conoce mi procedencia, no tarda en llegar el rechazo y el deseo de apartarme, y hasta yo misma lo siento. En buena parte se debe a la desconfianza hacia mi gente, pero no es eso lo que me obliga a cambiar de lugar.

»Cuando me veo a través de sus ojos... es espantoso. “Gitanos. Gadže Gadžensa, Rom Romensa”, dicen. De tal palo, tal astilla. Son las costumbres que tienen. Me creía muy audaz por haber escapado de mi pueblo. Los despreciaba. ¿Y qué he conseguido? Creo que, al dejar atrás el pasado, quería descubrir mi propia naturaleza, pero ha resultado que no tengo un carácter muy discernible. No soy ni una cosa ni otra. He abandonado a los romaníes, y los *Gadže* no me aceptan.

»Pero te he contado todo esto y he omitido algo importante: pedir perdón. No te lo conté en Dover, cuando sé por amarga experiencia que es algo que los demás quieren saber. O, como mínimo, les molesta que se lo haya ocultado. Es imperdonable que te permitiera que me aceptaras sin conocer ese hecho significativo. No, no, tengo que decirlo todo o no lo diré. Tú y yo somos contrapuestas, en nada similares, y si no hubiera percibido armonía entre nosotras te lo habría confesado de inmediato. Pero anhelaba venir contigo, así que pequé por omisión. Y luego empecé a conocerte, a apreciar tu amistad de gran manera, como espero que tú aprecies la mía, y cada día que pasaba era más difícil confesar, renunciar a la calma y acuerdo que había entre nosotras. No soportaba ser una extraña a tus ojos. Pero no ha estado bien. Y, si deseas que me marche, así haré.

Mary apartó las colchas y se levantó. Se dirigió hacia donde estaba sentada su amiga y le puso una mano en los hombros encorvados. Sintió la delgadez del cuerpo rígido de la señorita Brigstocke bajo el algodón.

—Qué duro es tener que ocultar algo sobre ti misma —dijo Mary—. Es una fuente constante de ansiedad y agotamiento. Te ha debido de causar gran infelicidad guardar este secreto, siempre alerta para no descubrirte o confesar. No te voy a decir que no volveremos a hablar del tema porque estoy muy interesada y me gustaría hacerte preguntas, si no te resultan demasiado angustiosas.

La señorita Brigstocke clavó los ojos largo rato en el rostro de Mary. Asintió. Se sonó la nariz y se remetió bajo el gorro de dormir los mechones de pelo blanco.

—Nunca te podré pagar tanta bondad —dijo a Mary—, pero haré

todo lo posible por merecerla. Ahora, por lo que más quieras, vuelve a la cama. Pregúntame lo que quieras. ¿Qué te gustaría saber? El libro de mi vida, por aburrido que sea, está abierto para ti.

Mary se echó a reír.

—¡Todo! Cuéntame un cuento que te contara tu madre cuando eras pequeña. Háblame de la historia de tu pueblo.

—Eso llevaría mucho tiempo —respondió la señorita Brigstocke —. Y no conozco bien las antiguas costumbres, no les haría justicia.

Estaba tan angustiada ante la incapacidad de complacerla que Mary sintió deseos de reír. Se contuvo.

Una luz repentina se encendió en los ojos de la señorita Brigstocke. Miró a la señorita Hopewell con firmeza y creciente decisión.

—Mi familia tiene un talento propio muy peculiar —dijo—. Una especie de vista. No puedo describirlo mejor. Mi madre era una gran *chovihani*. Mi habilidad es mucho menor, pero en ocasiones soy capaz de ver el carácter y el futuro de una persona en las líneas de la palma de la mano.

»Voy a hacerte la lectura. ¿A qué mejor fin puedo dedicar mi talento? Si no tienes objeciones morales, Mary... dame la mano. —Cogió entre los dedos los de Mary, fríos, sin resistencia—. Nuestros clientes prefieren que examinemos la mano, es lo que se espera, pero en realidad suele bastar con sostener un objeto personal, algo que pertenezca a esa mano, como un guante o un anillo. Vamos. Veamos que te depara la fortuna.

La señora Brigstocke alzó la palma suave hacia la luz. La examinó con la atención reflejada en los ojillos negros, intensos. Presionó con el pulgar la muñeca de Mary, que apartó la mano a toda velocidad.

—No es necesario, Hephzibah —dijo con voz fría—. Veo mi futuro con toda claridad. Es *desagradable, brutal y breve*.

Mayo dejó paso a junio y los días se fueron haciendo más largos, y el sol cayó despiadado sobre el tejado rosa de la villa. Por aquellos días llegó a Siena un tal reverendo Comer, que iba visitando todas las iglesias. El reverendo vio a la señorita Hopewell en la *panetteria*, donde él se estaba haciendo con bollos dulces y ella con el pan. No tardó en averiguar su dirección. Como explicó a las dos mujeres, los

hombres de iglesia no están a la merced de las convenciones. La vocación les da acceso a todas partes. Se mueven en una esfera más elevada y desprecian los detalles como las presentaciones.

Las dos damas descubrieron que eso era cierto cuando el señor Comer llegó el día de la colada y las encontró hasta los codos en agua jabonosa. Esto no lo detuvo, sino que lo alentó a visitarlas de nuevo, y a menudo, porque el reverendo comprendía su situación y sentía compasión por ellas. Les rogó que creyeran que no le importaba el olor a cocina en el salón. A los hombres de Dios no les importaba el aroma a cebolla.

En una villa compuesta de tan solo cuatro habitaciones, era imposible esconderse cuando las visitaba el señor Comer, como comentó la señorita Brigstocke a la señorita Hopewell, a no ser que se metieran debajo de la cama. ¿Y por qué iban a querer esconderse?, preguntó la señorita Hopewell. El contacto con una persona como el reverendo, tan compasiva, solo podía aportarles beneficios. Y además, añadió, sin relación aparente, tenía a su disposición un caballo y una calesa.

Hephzibah no entendió a qué venía aquello. Tal vez la pobre Mary había estado demasiado tiempo al sol aquella mañana.

Cuando el reverendo Comer descubrió durante el curso de una visita matinal que la señorita Hopewell deseaba ver los olivares de Argiano, fue toda una revelación. Cualquier cristiano sensible estaría deseoso de proporcionar una pequeña alegría a aquella pobre mujer. ¡Sin duda debían ir los tres, y aquel mismo día!

La expedición fue un éxito y, al día siguiente, la señorita Hopewell expresó interés en la iglesia de Fiesole, y apenas había terminado de decirlo cuando ya tenía la propuesta de hacer una excursión a ese lugar.

La señorita Hopewell veía la situación con temperamento ecuánime. Si el reverendo sorbía aire por la nariz con demasiado ruido, bueno, no era un precio alto a cambio de explorar el monasterio abandonado de Pontignano. Si la describía en tono triste como «pobre alma» unas veces, como «frágil flor de tallo delicado» otras, bueno, también era tolerable mientras lo hiciera de camino a los viñedos de Chianti.

La señorita Brigstocke tenía escrúpulos. No le gustaba buscar tanto la generosidad del reverendo. Le parecía... abusivo. Pero la

señorita Hopewell calmó sus temores: tarde o temprano, el reverendo se marcharía a otra zona, y mientras, los acompañantes dóciles con caballo y calesa no crecían en los árboles. No se podía vivir siempre con lo mínimo.

En un día más caluroso que de costumbre, los tres estaban tomando el té en la *campagna* bajo un parasol blanco, según la moda de la época. De pronto, el reverendo Comer se empezó a atragantar. Se le puso el rostro de un color amoratado intenso, con un brillo incierto. Las dos mujeres llegaron al momento a la conclusión de que había que buscar auxilio para él.

La «frágil flor» sugirió que sería mejor bajar juntas a la carretera donde habían dejado la calesa y hacer señas a algún vehículo que pasara, tal vez a la diligencia que hacía aquella ruta, para pedir ayuda. Eso hicieron, y esperaron un tiempo junto al camino calcinado por el sol. No vieron ni rastro de la diligencia; la carretera, que según la imaginación de la señorita Brigstocke estaba atestada de bandoleros, parecía desierta de vehículos. Pero al final el sonido de unos cascos anunció la llegada de un hombre con librea de colores vivos, a lomos de un caballo sudoroso, que debía de volver de algún recado.

La señorita Brigstocke salió al paso del animal con gritos angustiados.

—*Aiuto, per piacere, vi preghiamo di portarci a Siena!*

**

Mary agarró a Hephzibah por el cuello del vestido y la sacó del camino mientras el hombre se esforzaba por detener al caballo en medio de una nube de polvo. Al final, cuando consiguió pararlo, miró a la señorita Brigstocke.

—Señora, le ruego que no se ponga al paso de un caballo al galope.

—Usted es de Devon, reconocería ese acento en cualquier parte —intervino la señorita Hopewell.

El corazón le rebosó de recuerdos. Escucharlo allí, tras tanto tiempo…

—Sí —respondió el hombre con calma—. William Shakes, señora, de Peter Tavy, junto al río Tavy.

Se quitó el tricornio para hacer una reverencia, dejando a la vista un rostro agradable, de unos cuarenta años más o menos, con pelo color rubio arena sin necesidad de polvos o peluca.

—Me acuerdo de Peter Tavy —dijo Mary—. Buen lugar para pescar. Me alegra conocer a alguien de mi misma zona, pero ojalá fuera en mejores circunstancias. Estamos en apuros. Una persona de nuestro grupo se encuentra indispuesta y hemos de buscar asistencia con la máxima premura. ¿Estamos cerca de sus tierras? ¿Nos recibirá su señor? ¿Hay algún médico en las proximidades?

El hombre asintió a cada una de las preguntas. Mary pensó que era una persona calmada y eficiente.

—Así se hará. Enviaré un carruaje a recogerlos. Estén atentas.

El caballo emprendió el galope, y las dos mujeres se quedaron en la carretera desierta, manchadas de polvo.

—¡Pero bueno! —dijo la señorita Brigstocke, angustiada—. ¿Qué es eso de ir a la casa de un caballero desconocido a suplicar ayuda? ¡En menuda situación nos has metido, Mary! Esto no está bien.

—Tú solución era una locura —replicó la señorita Hopewell, decidida a esperar.

—Es lo que quería evitar, aceptar el auxilio de un desconocido, ¡y de un extranjero, nada menos! —Tras pasarse toda la vida dependiendo de otros, la señorita Brigstocke no era partidaria de estar en deuda con nadie, y valoraba la poca independencia de la que disponía. Era reacia a aceptar más de lo imprescindible—. Pero puede que vaya a Siena a buscar ayuda —dijo, esperanzada.

—Estás anteponiendo la cortesía a la necesidad —replicó la señorita Hopewell con energía—. Un viaje de dos horas a la ciudad, y luego la vuelta. ¡Qué locura! Hay que actuar con la máxima celeridad. Si no hubiera pasado ese hombre por aquí, yo misma habría conducido la calesa hasta la casa más cercana para pedir ayuda.

La señorita Brigstocke bajó los ojos ante el reproche. Mary suavizó el tono.

—Pero no —dijo—, no te habría dejado.

Tendió una mano fría enguantada a la señorita Brigstocke, una rama de olivo. La otra mujer se la apretó.

Un gran carruaje oscuro de estilo italiano llegó traqueteante por el camino, y con él, el señor Shakes, a caballo. Los lacayos obedecieron las instrucciones de las mujeres y llegaron junto al clérigo, y Mary y Hephzibah subieron también.

No tardaron en llegar a un muro con una puerta que, al abrirse, dejó paso a un jardín formal, algo muy poco habitual en el país. Pese a la fatiga y la preocupación por su acompañante, cuyo color era cada vez más alarmante, las dos mujeres se animaron con el perfume de las flores que impregnaba el aire, el césped cuidado, verde y exuberante pese al intenso sol. El carruaje pasó entre grandes robles que sombreaban el camino con el dibujo familiar de luces. La señorita Hopewell miró a un lado y se encontró con un cervatillo: el animal la miró un instante con sus ojos de nuez y se desvaneció como el humo entre los árboles. Tras una curva del camino, apareció un lago bordeado de juncos, sobre el que nadaban los cisnes; y, al otro lado del lago, se alzaba una casa alta y blanca, rodeada de frutales y rosaledas. El sonido de las cigarras a lo lejos les sonó extraño y fuera de lugar. Las dos damas se sentían como si hubieran entrado en Inglaterra.

Los criados trasladaron al reverendo a las profundidades de la casa pese a sus protestas de que se encontraba, tal vez no bien, pero sí mucho mejor, y no quería que se armara tanto jaleo... La voz quejumbrosa se perdió en la distancia escaleras arriba mientras un mayordomo deferente indicaba a las mujeres que lo siguieran por un pasillo de mármol hasta el frescor de un salón desde donde se veía un bosquecillo de naranjos, y allí les ofrecieron té.

Al principio, la señorita Hopewell y la señorita Brigstocke se quedaron sentadas, sin alzar la vista, inmóviles y tensas como efigies, como si las observara una gobernanta invisible; sabían que allí eran intrusas. Pero luego, una doncella almidonada y blanca retiró las tazas, y transcurrió un largo intervalo sin que acudiera nadie, y comenzaron a exhibir la curiosidad normal cuando uno se encuentra en un entorno tan interesante y desconocido, y empezaron a mirar a su alrededor.

Los techos eran altos y decorados de manera inteligente para dar la ilusión de un dosel de verdor: aquí y allá había pintados colibrís de colores vivos entre el follaje exuberante. A intervalos se veían las pieles de diversas fieras: leones, antílopes, osos, cebras..., todas sobre el suelo blanco y negro de mármol de Carrara. Las cabezas estaban intactas, de manera que muchos pares de ojillos de cristal observaban a las mujeres. En la estancia soplaba una ligera brisa que les llevaba el

perfume del azahar. Las ventanas altas estaban abiertas y permitían ver las copas de los árboles, que crujían con el viento y lanzaban al aire unos pocos pétalos de las flores más tardías. A lo lejos, las colinas doradas se alzaban hacia el cielo luminoso, cegador. Desde algún lugar que no alcanzaban a ver les llegó el sonido del agua al caer contra la piedra y, en un momento dado, el ladrido de un perro. Las mujeres hablaban en susurros y miraban a su alrededor, y se señalaban una a otra las pequeñas peculiaridades del lugar. La señorita Hopewell llamó la atención de la señorita Brigstocke sobre una curiosa cajita de teca que había en un escritorio. Estaba adornada con tallas de cabezas de niños, susurró a la señorita Brigstocke; cabezas de niños con pelo largo al aire...

Se sobresaltaron al oír que se abría la puerta tras ellas. Un médico regordete y alegre entró en el salón y les comunicó en inglés impecable que el reverendo solo estaba aquejado por un golpe de calor: un día de descanso con paños frescos sobre la frente le devolvería la salud. Las mujeres le dieron las gracias y preguntaron quién era su anfitrión y dónde se encontraba, pues también querían agradecerle sus atenciones y hablar de la manera de volver a la villa, porque no tardaría en llegar el ocaso y aún tenían que volver al camino a por su calesa, llevar al reverendo a Siena y regresar a su hogar... El médico sonrió y les dijo que tenía la seguridad de que ya estaban preparando el carruaje a tal efecto. En cuanto a su anfitrión, el que residía allí era el señor Villarca, pero con respecto a su paradero... Se encogió de hombros. El mayordomo le había pedido que se ocupara del inglés, y se había limitado a hacerlo.

—Tal vez la señora de la casa pueda recibirnos solo un momento —aventuró la señorita Brigstocke—, solo para expresarle nuestra gratitud.

El médico negó con la cabeza y les dedicó la sonrisa más amplia. No había ninguna señora Villarca. Hizo una inclinación y resultó evidente que ya no estaba pensando en las dos mujeres; se marchó para atender otros asuntos, dejándolas sin saber a quién agradecer tanta gentileza.

La señorita Hopewell se sintió de pronto inquieta, angustiada; tal vez había pulgas en aquellas pieles viejas; expresó su intención de dar un paseo por el bosquecillo mientras esperaban. La señorita Brigstocke puso reparos. No era correcto tomarse esas libertades en las tierras de un caballero. Ella prefería quedarse sentada allí y esperar. Hubo entre ellas un intercambio cortés de opiniones divergentes: la señorita Hopewell afirmó que el aire de la estancia le resultaba aletargante y

que no podía soportarlo, y la señorita Brigstocke, que jamás osaría decirle a su querida Mary cómo comportarse, pero que a ella le parecía que no era apropiado que la vieran a solas en el jardín de la casa de un caballero soltero. La señorita Hopewell se situó junto a una ventana y le respondió que, si a Hephzibah no le parecía demasiado transgresor, se quedaría allí y respiraría como pudiera, siempre que eso no resultara ofensivo, que a la señorita Brigstocke no le pareciera mal. Mientras decía esto, Mary oyó un sonido susurrante abajo, en el bosquecillo.

Bajó la vista y descubrió que no estaban solas. Había un hombre entre los árboles. Los ojos del desconocido estaban clavados en la señorita Hopewell. Eran estrechos y sombríos, profundos, como troneras.

Era esbelto, moreno, con el rostro hierático como la madera tallada. Llevaba en brazos a un pequeño spaniel. El perrito lo miraba tembloroso y gruñendo de amor. El hombre llevaba un chaleco de terciopelo, suave como la noche más negra, bordado con hilo de oro. Las mangas de seda de la camisa se ablusonaban como la crema de la leche. Se cerraba el cuello de la camisa con un alfiler en el que se veía una enorme esmeralda.

El hombre la miró, inexpresivo. Mary fue a moverse, a romper el mortífero contacto visual, pero no pudo. El hombre soltó al perrito, que lanzó un ladrido y escapó corriendo. Ni aun así pudo dejar de mirarlo. Estaba atrapada en el túnel negro de su mirada, no podía escapar… A Mary le vino a la mente la imagen de la cuerda de un arpa, apretada a la clavija por una mano inexperta. Los dedos torpes hacen girar la madera y la cuerda suena aguda, cada vez más aguda… La señorita Hopewell sintió que algo se rompía dentro de ella con un sonido espantoso. El hombre le mostró los dientes, tal vez en una sonrisa o en una mueca. No lo habría sabido decir, pero le pareció espantoso y, con un grito contenido, volvió a entrar en la estancia. Todo daba vueltas a su alrededor, y los cuadrados blancos y negros ondulaban bajo sus pies.

—¡Ah! —exclamó Mary.

Se dejó caer de rodillas. El corazón le palpitaba como una paloma prisionera. Se llevó una mano al pecho con fuerza, como si tratara de agarrar el órgano con los dedos, a través de la carne, encerrarlo en un puño. Las marcas de los dedos en la piel le iban a durar muchos días. La señorita Brigstocke acudió a ella, frenética. La señorita Hopewell estaba muy blanca e inmóvil.

—Estoy bien —dijo—. Pero, la ventana, mira, por la ventana...

La señorita Brigstocke corrió con pies ágiles. Miró en todas direcciones.

—¿El qué, Mary? —preguntó—. No veo nada. Bueno, hay un perrito jugando bajo los árboles... Tienes que verlo, te hará mucho bien, ¡qué cosa más bonita!

El señor Shakes las estaba esperando en el camino de gravilla, a la luz del atardecer. Ayudó a las damas a entrar en el carruaje y se dio un golpecito en el sombrero.

—No tengan temor alguno, yo las seguiré en la calesa.

El acento cálido volvió a afectar a Mary, a traerle a la mente recuerdos de la infancia y el sabor de la nata en días luminosos, cuando todo iba bien; días que creía ya olvidados.

—¿No va a viajar con nosotros? —preguntó impulsiva, y le tendió una mano como para coger la suya, como para invitarlo a subir al carruaje.

—Esta vez no, señorita Hopewell.

Sin más, se dirigió hacia la calesa y el caballito regordete, y la señorita Hopewell se quedó sonrojada ante la mirada de sus acompañantes.

—Mary —dijo la señorita Brigstocke, mucho más directa de lo habitual—, ¿has perdido la razón?

De modo que el grupo fue escoltado con toda premura de vuelta a la ciudad. El ocaso cayó sobre ellos por el camino. Las ventanillas abiertas del carruaje dejaban entrar el aire templado de la noche y el perfume del tomillo y la salvia silvestre.

El reverendo Comer viajaba recostado, sin decir nada, tal vez consumido por la indisposición o mortificado por haber sido la causa de tantos inconvenientes.

A la escasa luz, con el ritmo tranquilizador del bamboleo del carruaje, las mujeres tuvieron tiempo de reflexionar sobre los acontecimientos del día. La señorita Brigstocke tenía la palma firme sobre la mano de Mary y de cuando en cuando se la apretaba. Mary no decía nada. Iba con el rostro vuelto hacia la noche, hacia los aromas

de la tierra en penumbra.

La señorita Brigstocke se confesó revigorizada por la aventura, pero no del todo satisfecha.

—Villarca es un apellido español, creo —dijo—. ¿Qué hará un caballero español en Italia? Aunque, si he de ser sincera, de los dos países prefiero con mucho Italia, y me parece muy superior. Tal vez esta sea una de sus muchas residencias y aquí solo viene a pasar el verano. Pero mantener ese jardín debe de requerir mucho trabajo, agua, ¡y dinero!

Algo se había colado muy hondo en la señorita Hopewell. Algo cargado de conocimiento que se había alojado en su interior. Una carga que le estrujó el corazón con zarpas de parásito.

Los días siguientes fueron tranquilos, dedicados a sus quehaceres habituales. El reverendo las visitó para despedirse, pues partía hacia Florencia. El señor Comer lanzó miradas a la señorita Hopewell. ¿Tendría la gentileza de hablar un momento a solas con él? Pero la señorita Brigstocke oyó un ruido en la cocina, algo que sin duda pregonaba alguna catástrofe, no le cabía duda, los criados extranjeros eran un desastre, estaban en poder de esa Gabriela a la que solo se podía llamar sirvienta en el sentido más amplio de la palabra. El señor Comer iba a tener que disculparlas. Este miró a la señorita Hopewell. No había oído nada, seguro que solo era una nimiedad doméstica, pero Mary no alzó la vista. Otro sonido, un golpe contra el suelo… ¡imposible hacer caso omiso! La señorita Brigstocke tenía que ocuparse de aquello, de modo que al reverendo Comer no le quedó más remedio que despedirse. Le costó siglos encontrar el sombrero, pero al final se fue arrastrando los pies y con muchas encomendaciones para que no se olvidaran de él.

Cuando el sonido de los cascos del caballito se perdió a lo lejos, la señorita Hopewell se dirigió a la señorita Brigstocke de la siguiente manera:

—¡No ha sido muy amable por tu parte negarle la ocasión a ese pobre hombre, Hephzibah!

—Tal vez no haya sido amable —replicó la señorita Brigstocke—. Pero reconocerás que he sido hábil.

A la mañana siguiente, la señorita Brigstocke se encontró con su compañera muy angustiada cuando fue a desayunar con ella. No encontraba un anillo que había sido de su madre, y antes también de

su abuela. Se embarcaron en el caos de recuerdos sucesivos que acompaña siempre al extravío de una posesión: lo había llevado puesto el miércoles, se acordaba bien; la señorita Brigstocke se había fijado porque no hacía juego con la muselina color lavanda que vestía aquel día.

Al final, la señorita Hopewell estuvo segura de que lo había llevado el día de la malhadada expedición. Se lo había quitado para guardarlo en el bolsito cuando bajaron a la carretera para no atraer una atención indeseada, y no se lo había vuelto a poner, pero ya no estaba allí, ni por ninguna parte. Recordó que había sacado del bolsito un pañuelo para recoger las migas de las pastas que les sirvieron con el té en la habitación desde donde se veían los naranjos. Tal vez el anillo había estado entre los pliegues y se le cayó allí. Llegaron a la conclusión de que era posible, muy posible.

La señorita Brigstocke no sabía qué hacer. ¿Cómo recuperar el anillo, cómo indagar siquiera, cuando ni siquiera habían conocido al hombre, que además parecía una persona caprichosa? La señorita Hopewell no vio el problema: había que escribir una carta, pedir al caballero que les hiciera una visita, preguntarle sobre el anillo y darle las gracias, aunque también señaló que no se había involucrado en ningún momento en el rescate y en todo momento mantuvo las distancias con las damas. La señorita Brigstocke sugirió que tal vez era por decoro, para que no se diera una situación embarazosa. La señorita Hopewell recordó el semblante del hombre del jardín y no consideró probable que esa fuera la explicación. Era consciente de que tenía algo oscuro y roto dentro de ella, un hueco en la hilera de las cuerdas perfectas y tensas del arpa.

Escribieron la carta, pero no recibieron respuesta alguna, y la señorita Brigstocke no tardó en olvidarse del asunto. En cambio, Mary Hopewell no dejó de pensar en las frases redactadas con todo cuidado, en la atención que había puesto en ella. Acumuló desprecio hacia el hombre que se consideraba tan superior a ellas hasta el punto de no poder escribir una respuesta cortés.

Una tarde, cuando el sol estaba en lo más alto, cuando la idea de cualquier actividad o la sola idea de la idea era tan agotadora que habría hecho llorar a Mary, las dos mujeres estaban en el salón a oscuras, desgranando guisantes. Tenían cerrados los postigos para defenderse del calor. Afuera, la calle estaba en silencio. Era la hora de la siesta.

El olor verde de los guisantes y su pequeño tamaño, el sonido que

hacían al caer en el cuenco, eran de lo más grato. Mary los agitó en la palma de la mano y notó su frescor. Pensó de manera vaga que no sería tan mala cosa ser un guisante en un día como aquel. Se controló y se reprendió a sí misma. Se estaba volviendo una persona extraña. No podía permitir que la soledad y el tedio de los días la afectaran.

—Voy a abrir las ventanas —le dijo a la señorita Brigstocke—. Me da igual el polvo. Lo siento, pero no puedo seguir sentada a oscuras y con calor ni un momento más.

Atravesó la estancia en la penumbra y dejó escapar una exclamación al tropezar con un taburete.

—Jamás me acostumbraré a este clima. No puede ser bueno para la salud. —Forcejeó con los cerrojos—. Deberíamos aprender de los italianos, Hephzibah, y acostumbrarnos a dormir por la tarde. ¡La única manera concebible de soportar estas horas de calor es pasarlas inconsciente!

Al abrir de golpe los postigos, oyó un grito y se dio cuenta de que una de las puertas de madera había chocado contra un obstáculo, más concretamente con la cabeza morena de una persona que, según parecía, había estado escuchando junto a la ventana.

Dicha persona alzó la cabeza y se llevó la mano a la frente manchada de sangre. Tenía los ojos oscuros entrecerrados para protegerse del sol.

—Venía a tomar el té —explicó el señor Villarca.

Era todo cortesía. Se deshizo en disculpas por su conducta mientras enjugaba con un pañuelo la sangre de la herida. Había regresado de visitar a unos amigos y se encontró con la carta, y lo asaltaron los remordimientos. Lo mejor que se le ocurrió fue ponerse en marcha de inmediato, sin coger ni el sombrero ni el bastón, para reparar el daño causado. No pensó en los posibles problemas hasta que no llegó a la villa: no sabía si estarían en casa, si querrían recibirlo, y vio los postigos cerrados. Le pareció de mala educación importunarlas.

—Así que, dadas las circunstancias, ¿qué podía hacer? —siguió—. ¿Anunciarme, como haría cualquier visitante? ¿Marcharme y volver otro día cuando hubiera respondido a su carta? ¡No! Mucho mejor es pegar la oreja a su ventana como una criada curiosa. Hasta que la señorita Hopewell… —Le hizo una inclinación—, me ha recompensado como merezco y me ha devuelto el sentido común con un buen golpe

en la cabeza.

Mary Hopewell encontró muy divertido aquel rápido alarde de confianza. Parecía un caballero amable y elegante. ¿Podía tratarse del mismo hombre que le había lanzado aquella mirada asesina? Pero el salón se estremecía en torno a ella. La sangre le había salpicado como óxido el terciopelo púrpura de la chaqueta. Acariciaba la taza de té con la mano. Era demasiado vívido para una estancia tan pequeña, con las piernas demasiado largas para la silla, la mirada demasiado directa, demasiado inquisitiva. No se trataba de que fuera alto, pensó Mary, sino de que ocupaba el espacio sin pedir perdón. Tenía una voz melodiosa, considerada, y un inglés perfecto, elegante. Solo le quedaba un tenue rastro de español en las consonantes, como un indicio de que por debajo había otro hombre. Parecía a la vez demasiado tranquilo y demasiado amenazador, y Mary no supo qué pensar.

—Pero ya nos hemos visto antes, señor Villarca —dijo—. Aunque no nos presentaron.

El señor Villarca inclinó la cabeza hacia un lado con gesto cortés.

—¿De veras? —inquirió—. ¿En Londres? Qué vergüenza, señorita Hopewell, no caigo.

—En su jardín —replicó Mary—. Lo vi en el jardín, entre los naranjos.

—Señorita Hopewell, nunca llevaría la contraria a una mujer tan adorable...

—Usted me miró. Yo estaba en la ventana...

—... excepto para señalar que, si hubiera tenido la inmensa fortuna de conocerla antes, se me habría quedado grabada en la memoria.

La señorita Brigstocke dio unas palmaditas tranquilizadoras a Mary en la mano.

—Hacía mucho calor, querida. Y no te encontrabas bien.

—No me equivoco —insistió Mary—. Y no me encontraba tan mal como para no confiar en mis sentidos...

El señor Villarca se quedó en silencio y la señorita Brigstocke

la miró con gesto amable. Fue una pequeña humillación infligida con maestría. Mary tenía el rostro acalorado. La habitación le daba vueltas. El señor Villarca bebió el té a sorbos. En sus ojos brillaba un fuego frío cuando los clavó en los de Mary.

El señor Villarca llenó el vacío con insignificancias tranquilizadoras. ¡Qué grato haberlas conocido, aunque fuera tarde! Si su querida madre, Dios la tuviera en su gloria, había muerto el año anterior, se hubiera enterado de que no se había interesado por ellas tras unos momentos tan angustiosos... bueno, mejor no pensarlo. Bastara decir que su madre era de Sevilla, y las mujeres sevillanas eran temibles cuando se enfurecían... Y siguió hablando sin perturbarse, todo esto sin apartar los ojos fríos de la señorita Hopewell. Por la mente de Mary pasaron historias antiguas, apenas recordadas, de pactos y pepitas de granada. Al acceder a tomar té tibio y bizcocho duro (la vituperada Gabriela se había tomado libre de manera inesperada aquella tarde, aquella tarde precisamente) en su sofocante salón, con mosquitos por doquier, el hombre debía de tener alguna intención...

—Dígame, señor Villarca —preguntó la señorita Hopewell, y se alarmó al oír el tono agudo de su propia voz—, ¿cómo lo habría castigado su señora madre? Disculpe mi estupidez, pero me parece usted un hombre adulto. ¿Aún lo trataba su madre como a un niño? ¿Le habría dado una azotaina? ¿Se trata de eso?

El señor Villarca se volvió hacia ella. No había ni rastro de la expresión salvaje que la señorita Hopewell había atisbado en el jardín. Pero, al verlo, se estremeció igual que el perrito que había llevado en brazos. Le pareció que la estancia se tornaba negra, se llenaba con los aromas de la tierra nocturna y cálida.

—Claro que no, señorita Hopewell —respondió el señor Villarca —. Jamás me habría hecho algo así. No habría sido correcto para mí ni para ella. No. Habría hecho algo mucho, mucho peor. ¡Me habría reprendido en público! Pero ya no lo puede hacer. —Esbozó una sonrisa amable—. Me imagino que no pretendía hablar mal de los muertos.

Mary sintió una punzada de miedo, delicada y fría.

El anillo, por desgracia, no había aparecido, pero el señor Villarca iba a hacer que registraran también el carruaje. Carruaje que, por cierto, podían utilizar cuando quisiera. De hecho, tenía otro en Siena que no utilizaba nunca, y era un escándalo. Les estaría muy

agradecido si lo ayudaban a justificar tamaña extravagancia. Era inaceptable que no contaran con un carruaje cuando los alrededores eran tan hermosos.

La señorita Hopewell tuvo intención de rechazar la oferta. Sabía que no debía aceptar aquella caridad para los pobres. Pero, cuando se miraron a los ojos, la lengua se le convirtió en piedra. Probó a no mirarlo. Era imposible. Una y otra vez se veía atraída y paralizada por su mirada, por las luces que bailaban en las profundidades castañas, las largas pestañas negras. Aquella mirada le recordaba a algo, a un animal... Se reprochó aquellas locuras. Era dominante y autoritario, cosa que tenía en común, en opinión de Mary, con muchos hombres vanidosos, pero había sufrido a otros peores. Se sintió recuperada, pero luego volvió a perderse en el largo túnel oscuro de sus ojos.

La señorita Brigstocke estaba hablando de Bristol, ciudad que le gustaba mucho.

—No puedo decir que sea mi hogar, y de hecho dudo que haya tal cosa para mí —dijo—. Como gobernanta, hay que cambiar de lugar muchas veces, ya sabe. —Estaba cada vez más acalorada—. Pero no, claro, cómo lo va a saber usted, señor. Pues eso, que hay lugares que lo llaman a uno, ¿verdad?

Mary pensó en el sueño compartido de Dante, en la calma imaginaria y la calidez soleada de una Italia envuelta en versos, y sonrió. Hephzibah y ella le habían pedido demasiado a su nuevo hogar. No era de extrañar que estuvieran tan decepcionadas tanto del país como del lugar que ocupaban en él.

Mary alzó la vista y se dio cuenta de que el señor Villarca la estaba mirando. Inclinó la cabeza hacia ella. La luz se deslizó por los planos elegantes de su rostro.

—¿Y usted, señorita Hopewell? ¿También echa de menos las costas donde nació?

La pregunta resonaba tan cercana con sus pensamientos de aquel mismo momento que tuvo que hacer una pausa para recomponerse; tenía la sensación de estar muy lejos de la conversación, cada vez más.

—No —dijo—. No añoro Inglaterra en sí. Dices que hay lugares que apelan a nuestra naturaleza, Hephzibah... Yo solo he tenido ese sentimiento una vez. En el hogar donde pasé mi infancia. Tuvimos que marcharnos cuando era muy pequeña, así que apenas tengo recuerdos, pero son muy poderosos. La casa estaba al pie de una colina, rodeada

de páramos, que ocupan buena parte de Devon. Era un lugar agreste con un nombre muy apropiado: Rawblood. Pero la perdimos hace años, y creo que le han cambiado el nombre. Según la leyenda familiar, si nos alejábamos de Rawblood nos poníamos enfermos y moríamos. Es una sandez, por supuesto, pero, en los momentos de tragedia, el corazón demanda razón. Porque los Hopewell nos alejamos de Rawblood y todos hemos muerto salvo yo.

»Era una casa muy peculiar, de granito y pizarra. Deforme, con ángulos extraños en las habitaciones, lo recuerdo pese a mi corta edad. Pero el aroma del aire, la curva del pasamanos... —Se sorprendió al escuchar su propia elocuencia. Rawblood pareció alzarse a su alrededor, con muros hechos de aire neblinoso—. He vivido en otras casas, desde luego, algunas se podría decir que mejores. Pero ninguna me ha provocado esa sensación particular de estar en mi hogar. Incluso hoy en día, cuando leo en una novela la descripción de las vistas desde una ventana, lo que me viene a la mente son las vistas desde mi habitación infantil en aquella casa. Cuando sueño con un jardín siempre es con aquel jardín, rodeado por las dos alas de la casa, como en un abrazo protector...

Mary se sobresaltó. La habitación volvió a su ser alrededor de ella. Por un momento, había cruzado la frontera.

—Bueno, no tiene importancia —dijo—. Fue hace mucho tiempo.

Sentía que le habían robado algo muy valioso contra su voluntad. Miró al señor Villarca.

Este, por su parte, estaba en silencio, algo impropio en él, así que recayó sobre la señorita Brigstocke la labor de retomar la conversación, y le preguntó algo sobre el estado de las carreteras cercanas a Siena.

Estuvo en la casa alrededor de una hora y cuando se marchó dejó tras él un vacío. Solo en el momento de su partida se sintió con total claridad el efecto que había surtido sobre las mujeres. Cuando la puerta se cerró con estrépito tras el señor Villarca, que obviamente no tenía costumbre de manejar en persona cosas como los picaportes, la señorita Brigstocke y la señorita Hopewell se miraron por encima de los escasos restos de la merienda, y volvieron a bajar la vista enseguida. De pronto, no se reconocían. Todo estaba retorcido y había perdido su forma habitual.

—¡Y quiere prestarnos el carruaje! —dijo la señorita Hopewell al

tiempo que limpiaba las migas de bizcocho de la mesa—. Tendrías que haberle dicho que no, Hephzibah. Todos esos favores que nos ofrece, *de haut en bas*... Son indecorosos.

La señorita Brigstocke la miró, atónita.

—Y qué semblante tan inquietante —siguió Mary, airada. Se apartó un mechón de pelo de la cara. Luego, palideció y se quedó inmóvil—. Ya lo tengo —dijo—. Es una serpiente. Tiene la mirada de una serpiente.

Fue a visitarlas a menudo, dos o más veces por semana. Les trajo tarros de miel, cuadros, un ruiseñor en una jaula. Las llevó a ver los prados de flores silvestres, las iglesias, todo lo que pensó que sería de su interés. Bueno, no era más de lo que había hecho el reverendo Comer. Pero el señor Villarca no se conformaba con eso. Las aturdía con propuestas entretenidas, siempre con un matiz indecoroso tenue, casi indetectable, pero que ellas advertían al instante.

Les prometió obtener un balcón para presenciar el *palio* en agosto, así podrían ver juntos aquel espectáculo delicioso y violento a la vez. La capa lustrosa de los caballos, el clamor de los cascos al galope por las calles, era asombroso. ¡Y muchos años no moría nadie! Si eso no les apetecía, ¿tal vez permitirían que las acompañara a Roma en Semana Santa? O podía hacerse con una de esas cabinas sobre ruedas para ir a la playa. ¡O podía dar un baile, unas veinte parejas, y ellas serían las anfitrionas!

Rehusaron todas las ofertas, nerviosas, pero el señor Villarca las seguía importunando. Siguió sonriendo a la señorita Hopewell y mostrándole los dientes blancos. No podía estar ante ella sin dejarse llevar por la diversión. En cuanto a la señorita Hopewell, sentía una gran presión en su interior, como una mano que le estrujara el corazón. Aquellas semanas las vivió como presa de unas fiebres, con el juicio y los sesos alterados. Tenía la sensación de estar comportándose como una alocada, pero siguió adelante como si algo tirase de ella. ¿Acaso no le gustaba el caballero?, le preguntó la señorita Brigstocke. Tanta reserva, que luego daba paso a arranques impropios de mal genio, aquel comportamiento desmedido, no eran propios de ella.

—Es como esas historias que se contaban antes —dijo la señorita Hopewell—. El que conjura al *djinn* tiene que aceptar las consecuencias.

Y con tan aforística afirmación hubo de conformarse la señorita

Brigstocke, porque la señorita Hopewell no quiso decir más.

Los tres estaban sentados en la platea del Palazzo Chigi Saracini de Siena. El señor Villarca, con su traje azul oscuro, tenía un brazo en gesto indolente sobre la baranda. Los puños con gemelos de diamantes centelleaban a la luz de la sala. Era una noche cálida. Abajo, en el patio de butacas, los abanicos se movían como las crestas de las olas en el mar agitado.

El intermedio había llegado justo a tiempo para la señorita Hopewell. El brillo de las lámparas y el movimiento de los cuerpos le resultaba deslumbrante. Se estremeció en su sencillo vestido de batista. Los cantantes desafinaban y eran demasiado agudos; la historia era incomprensible y rudimentaria; pensó que estaba al borde de una migraña. El señor Villarca le preguntó si se encontraba bien.

—Muy bien —respondió ella. Pero no pudo contenerse y siguió hablando—. En esta ciudad todo huele a polvo caliente. Todo es seco. El polvo se cuela por las ventanas, en la ropa, en la comida... no se puede escapar de él. Lo noto en los ojos y en la garganta.

—Este polvo es muy propio de Siena —respondió el señor Villarca con su voz agradable—. Pero el polvo no es polvo, ¿verdad? Está compuesto de muchas cosas que el viento recoge. Por ejemplo, Senio y Ascanio, hijos de Remo, que fundaron la ciudad; los papas Medici; el signore Pisano, que construyó el duomo; no perecieron, sino que permanecen. Todos descansan aquí, en la tierra, y esa tierra con el tiempo se ha secado y se ha elevado por el aire, va de un lugar a otro, se posa y se levanta, giran en torno a nosotros, ¡está bajo nuestros pies! ¿Se da cuenta? Esto... —Olfateó el aire—. Esto es aquel pintor que vivió aquí con su amante y murió en Fiesole, decepcionado. Y esto... —Pasó un dedo por los cortinajes que colgaban junto a ellos—, es una niña que veía visiones y a la que quemaron en la estaca en la plaza. Esto es la peste que acabó con dos tercios de la ciudad en 1348. Esto es un perro leal que sacó a rastras a su dueño de un edificio en llamas durante la batalla de Montaperti, y esto...

La señorita Brigstocke, que había seguido la conversación con mucho interés, se echó a reír.

—¡Qué cosa más repulsiva, señor Villarca! ¡Según usted, estamos respirando huesos viejos! —Dio unas palmaditas a Mary en la mano y se volvió hacia el escenario—. Ah, creo que va a empezar de nuevo. ¡Fíjate en esa dama! Nunca entenderé que las mujeres corpulentas

gusten tanto del satén rojo...

El señor Villarca se volvió hacia Mary. Sus ojos entrecerrados eran dos ventanas iluminadas desde las que se veía la noche. Sin apartar la vista, se lamió el polvo de la yema del dedo.

Mary se levantó de su asiento con el pañuelo sobre la boca. El señor Villarca se levantó también y fue a donde estaba la señorita Hopewell, al fondo de la platea.

—¿Señorita Hopewell? ¿No le gusta la obra?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. No puedo pensar. No recuerdo el título. No...

Se oyeron murmullos de protesta entre los ocupantes de la platea y la señorita Brigstocke se volvió para mirarlos con gesto de reproche. El señor Villarca guio a la señorita Hopewell hacia las sombras y la miró. A ella le pareció que, con aquella luz, la piel del hombre tenía un brillo sedoso, como la superficie del agua. Apartó la vista y tosió, tosió con fuerza, con el pañuelo contra la boca. Él aguardó junto a ella silencioso como un gato. Cuando terminó, Mary lo miró con ojos llorosos.

—No soporto que me mire así, que me hable así —dijo. Se quitó el pañuelo de la boca—. Como si no supiera nada sobre el sufrimiento. Habla de ello como si fuera un juego. Como si se lo hubieran regalado todo y no se hubiera tenido que ganar nada, y por tanto no lo valora. No tiene miedo de convertirse en polvo porque no ama nada. Parece usted vacío, hecho de papel. ¡Puf! —Hizo un gesto fluido con la mano para mostrar un papel que se alzara, como el polvo, en el viento, pero luego palideció y se tambaleó—. Tonterías —dijo.

El hombre la sujetó por el codo. Con la otra mano, rozó el pañuelo con la punta de una uña.

—Mi carácter la ofende —dijo—. No es la primera vez.

Mary lo miró sin parpadear.

—No, eso no lo hace ofensivo a mis ojos. Solo despreciable. Un rico estúpido. Pero no es eso. Está protegido de todo por el lujo. Sí, el dinero es su armadura. La seda, las piedras preciosas... Recita como un loro las frases del hombre consentido. Es estupidez fingida, es un disfraz. Porque no le importa nada. No, señor, no se moleste en decir lo contrario. Lo veo a usted con claridad. Veo lo que hay bajo sus

muchas apariencias. Es despiadado. A mí no me puede engañar. Aquel día lo vi en el jardín. Vi quién era en realidad. He visto su corazón, y es de hielo.

Se miraron. La música rasgaba el aire en torno a ellos. En las sombras profundas de los ojos del hombre se agitaban las luces.

—Me gustaría saber qué ha hecho —siguió Mary Hopewell. El olor oscuro de la salvia y la noche le llenaba los sentidos—. No sé qué fue, pero no me engaña.

El señor Villarca la miró.

—Es un gran placer condenar a los demás —dijo.

—Se equivoca conmigo, señor. No me proporciona ningún placer.

—Miente, señorita Hopewell, y miente muy mal. Eso será su perdición.

Ella clavó la vista en él. Su corazón era un tambor.

—Calumnias —dijo—. Meras calumnias, despreciables e inútiles. Si quiere hacer algún mal no le va a bastar con eso.

—Si se encuentra en casa mañana por la tarde, iré a hacer el mal con cita previa.

—No tenemos nada que hablar.

El hombre puso el dedo sobre el cuadradito de tela que Mary tenía en la mano, casi tocando su piel. Acarició el tejido con delicadeza, como si fuera un animalito. Sobre el blanco se veían diminutas salpicaduras de sangre.

—Iré. No me lo puede impedir.

La señorita Hopewell se encogió de hombros y ocultó el miedo.

—Me resulta indiferente —dijo, cargando la voz de desdén.

Los dos se dieron la vuelta y volvieron a sentarse, uno a cada lado de la señorita Brigstocke. Mary Hopewell, con rostro inexpresivo; el señor Villarca, recostado en el asiento y mordiéndose la uña del pulgar en un gesto tosco y con los ojos entrecerrados. La señorita Brigstocke no tardó en decidir que la ópera era mala y que se estaba haciendo tarde. Los demás estuvieron de acuerdo y pidieron el

carruaje.

A la mañana siguiente, el sol mostró más carmesí en la almohada de la señorita Hopewell. Se quedó mirando las manchas y luego llamó a la señorita Brigstocke.

—Necesito descansar —dijo—. Me levantaré a mediodía. Tráeme, por favor, la bacina de alcanfor y asegúrate de que tenga listo el vestido de seda color heno.

La señorita Hopewell no estaba acostumbrada a hacer peticiones de aquel tipo, y las formuló con torpeza. La señorita Brigstocke la abrazó. Haría los arreglos necesarios. El señor Villarca iba a venir aquella tarde, ¿verdad? Excelente, porque sus visitas eran muy entretenidas. ¡Las cosas que decía! La señorita Brigstocke iría a buscarla en cuanto llegara. Hasta entonces, era mejor que se pusiera cómoda y descansara.

Sin más, se puso manos a la obra con ojos decididos. Trajo un tónico para Mary, junto con la bacina y cintas para el pelo. Volvería para ayudarla cuando llegara el caballero. La señorita Hopewell se tomó el tónico y volvió a recostarse en las almohadas.

Despertó al anochecer con el canto de los grillos y un sueño nebuloso: una mano que le presionaba la nuca como una serpiente que pasara lenta, pesada. La seda color pajizo estaba sobre la silla, gris a la luz del ocaso. Los aromas de la cocina llegaban a través de los tablones del suelo. Gabriela estaba cantando de manera desafinada. La señorita Hopewell apartó las colchas y corrió descalza al salón, donde la señorita Brigstocke estaba sentada con su labor de punto de cruz a la luz de una vela. Se miraron.

—No ha venido —dijo la señorita Hopewell. No era una pregunta. La señorita Brigstocke negó con la cabeza—. He soñado que oía su voz, y luego la tuya. Que estabais hablando. —Miró a su compañera en gesto mudo de súplica.

La señorita Brigstocke volvió a negar con la cabeza, la miró con ternura y se mordió el labio inferior.

—Querida —dijo—, a menudo se me ha pasado por la cabeza que tal vez el señor Villarca no sea del todo bueno. Da un poco de miedo, ¿no? Y nunca me han inspirado confianza los hombres que se hacen la manicura. Quizá sería conveniente guardar distancias con él.

—Qué estúpida he sido, Hephzibah —respondió Mary Hopewell

—. Pero todo sea para bien.

Dejó escapar una risita gorgoteante, se dio media vuelta y salió de la estancia.

La señorita Hopewell esperó a la señoritra Brigstocke junto a la *panetteria*, como habían acordado. Hephzibah había tenido que ver a la costurera, pero le había asegurado a Mary que solo iba a ser un momento. El aroma del pan ascendía en espiral y era delicioso. El día era gris y el cielo encapotado presagiaba lluvia.

La señorita Hopewell vio a William Shakes apoyado contra la pared contraria, concentrado en cargar la pipa con dedos seguros. Al ver a Mary, arqueó las cejas en gesto amistoso y cruzó la calle para ir a reunirse con ella.

—¡Lo veo muy bien! —comentó Mary.

—Lo estoy —asintió él. Sonrió con la pipa en la boca—. Me alegro de que nos hayamos encontrado —dijo—, porque tenía muchas ganas de contarle una cosa: acabo de volver de casa. El señor Villarca y yo hemos estado en Dartmoor.

—¿Por qué? —preguntó ella en tono brusco—. ¿Qué tenía que hacer allí? —Aquello la trastornaba. Una vez más, el señor Villarca se tomaba libertades con lo que ella tenía en mayor estima—. La verdad, señor Shakes, sé que es asunto suyo, pero ¿qué clase de lealtad lo ata a él? A un hombre tan... —La señorita Villarca se mordió la lengua, pero lo decía todo con los ojos.

—Luchamos juntos en Albuera, ¿sabe? —respondió el señor Shakes sin alterarse. El aroma fuerte del tabaco se enroscó en el aire —. Así nos conocimos, y por eso el trato entre nosotros es un tanto informal. La guerra no hace distinción entre caballeros y hombres comunes.

—Albuera... ¡pero si el señor Villarca no es tan viejo! —exclamó Mary. Al momento se interrumpió, mortificada—. Le ruego que me perdone.

El señor Shakes negó con la cabeza y sonrió.

—No, no —dijo—. No se preocupe. Los hombres podemos llevar la edad de dos maneras: por dentro y por fuera. Yo llevo la mía en la cara, pero tengo el corazón tranquilo. Él es de apariencia atractiva, pero los años le pesan por dentro.

»Cuando nos conocimos, hace muchos años, el señor Villarca era joven por dentro y por fuera. Y yo también, claro. Luego la guerra nos pasó factura. Albuera. Aquel día nadamos en sangre. Los que escriben los despachos dijeron que fue una victoria. Nosotros sabemos que no. Lo que hicieron los franceses en los pueblos… Eso no debería verlo nadie. El hedor de los cadáveres quemados. Lo recordaré toda mi vida… Pero perdóneme, no debería contarle estas cosas.

—No seré yo quien se lo reproche —respondió Mary—. Todos los hombres de mi familia son militares. Todos. Mejor dicho, eran militares. Mi padre cayó en la Península en 1807, el año en que yo nací.

—Muchos quedaron sin padre por aquellos tiempos —dijo el señor Shake.

—No fue para mí una tragedia porque no lo conocí. En cambio, mis hermanos… El comandante William Hopewell, del Decimosexto de la Caballería Ligera. El comandante Henry Hopewell, del Séptimo de los Húsares de la Reina.

—¿Waterloo?

La señorita Hopewell asintió. Tenía un nudo en la garganta. Antiguos pesares.

—Eso sí lo recuerdo —dijo.

—La caballería es valiente —respondió William Shakes.

Se quedaron unos momentos en silencio, inmerso cada uno en sus propios pensamientos.

—Señorita Hopewell —dijo Shakes al final con un acento de Devon más marcado que nunca—, yo no entiendo a los hombres, solo a los soldados. Y, en el fondo de su corazón, el señor Villarca sigue siendo un soldado. Para mí es como un hermano. La vida y la guerra le han quitado muchas cosas. Y pensé que tal vez usted también entendería estas cosas. Espero que sepa reconocer un corazón que sufre, aunque lo disimule.

La señorita Hopewell vio la imagen de un señor Villarca más joven, de rostro franco que la oscuridad aún no había tocado.

—No sabía que estuvo en esa guerra. No sabía que había estado en la guerra.

—Claro —respondió el señor Shakes—. Eso me parecía. Bueno, señorita Hopewell, que tenga usted un buen día.

Y se alejó, dejando a su paso un rastro de humo.

—Mary, querida —dijo la señorita Brigstocke—, ¿entras en la panadería o te piensas quedar afuera? Porque me da la sensación de que va a llover.

Llevaba en la mano un paquetito y procedió a describirle el contenido: solo una papeleta de agujas e hilo de seda, porque allí no tenían el estambre que necesitaba para las medias.

—Cielo santo —dijo—. Aquí ha estado fumando alguien. Qué olor tan intenso.

La señorita Hopewell permitió que la cogiera del brazo. Permitió que la llevara bajo el toldo de la *panetteria* mientras empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Se sentía extraña y atemorizada. No le gustaba que la obligaran a reconsiderar sus ideas.

Aquella noche, como de costumbre, las dos mujeres se sentaron en la habitación de Mary, y también como de costumbre la señorita Brigstocke la empezó a deleitar con lo que había pensado y hecho durante el día. La mente de la señorita Brigstocke abarcaba mucho, desde lo poco fiables que eran los criados italianos hasta las grietas entre los tablones del suelo que eran un tormento (imagina lo que encontraríamos ahí debajo si las levantáramos, querida Mary. ¡A lo mejor se te cayó ahí el anillo!). Analizó el problema de eliminar el polvo rojizo de Italia de la parte baja de los vestidos, la elegancia de esos perros, los galgos, y la negligencia del carnicero del pueblo, y de ahí pasó a las compras en general. Describió sin prisas un encaje que había visto esa mañana, muy blanco e intricado, con una caída como una cascada de agua, con un dibujo de arabescos de florituras que se repetía una y otra vez, y quedaba a la vista cuando se ponía a la luz…

Los ensueños de la señorita Brigstocke se vieron interrumpidos por un sonido estrangulado y, cuando alzó la vista, vio que la señorita Hopewell estaba llorando. Las lágrimas le corrían por la cara, entre los dedos, brillaban a la luz de la vela. Violentos paroxismos le sacudían los hombros.

—¡Mary! —exclamó la señorita Brigstocke con sincera alarma—. Pero ¿qué te sucede?

La señorita Hopewell alzó la cabeza. Tenía los ojos hinchados; el

rostro, enrojecido y marcado por el esfuerzo.

—Qué tontería —dijo, atragantada—. Es… es desmesurado que un trozo de tela despierte tanta pasión. ¡No lo soporto más! ¡No quiero oírlo! ¡Vete! Ya tengo bastante con soportar tu presencia, que me fue impuesta, y con que me llames «querida Mary», ¡no me bombardees además con estas cosas… de mujeres! Vete, vete, ¡vete!

Se dejó caer sobre la almohada, sacudida por los sollozos. Notó en su interior aquel gusano oscuro que se movía, y se fustigó.

La señorita Brigstocke la miró un momento. Se levantó de la silla y se acercó a la cama muy despacio, y se sentó en la colcha. Dio a Mary tiempo para apartarse y la tomó entre sus brazos, y empezó a mecerla al tiempo que murmuraba sonidos inconexos y le acariciaba la cabeza.

—Sí, sí —dijo—. Te he cansado. Sí, eso es. Hablo demasiado, es verdad. Siempre he tenido ese defecto. Pero no te dejes afectar por mis tonterías. Mañana todo será diferente, te lo prometo.

—¡Mañana! —sollozó Mary contra el vestido de la señorita Brigstocke—. ¡Mañana! Sí, habrá que soportarlo, y el siguiente, y el siguiente. ¡Esta serie interminable de mañanas! ¡Cómo los aborrezco! ¡Maldito sea mañana! ¡Al infierno con mañana!

La señorita Brigstocke cruzó los brazos con fuerza y cerró los ojos con más fuerza todavía.

—Como quieras —accedió en tono amable.

Al día siguiente por la noche, en la mesa, había junto al plato de la señorita Brigstocke un paquetito en el que ponía «Hephzibah» en la caligrafía elegante de la señorita Hopewell. Gabriela la informó en su dialecto toscano de que la otra signorina estaba *malato* e iba a cenar en su habitación, y la señorita Brigstocke se concentró en su cena solitaria. Mientras comía como un pajarillo una chuleta y un poco de ensalada, miró de reojo el paquete.

Tras terminar de cenar y llamar a la doncella para que recogiera la mesa, cogió el paquete y desdobló con cuidado el papel, y puso el cordel a un lado para utilizarlo en otra ocasión. Una vez retirado el envoltorio, quitó el papel de seda, y sobre el regazo le cayó una tira de cremoso encaje siciliano.

El verano dejó paso al otoño, y las labores de preparar la casa

para el invierno ocuparon a las dos mujeres. La señorita Brigstocke hablaba a menudo del señor Villarca a las contadas personas con las que se relacionaban. Comentaba sus caprichos y rarezas en saloncitos caldeados donde los ingleses tomaban el té, hasta el punto de que parecía pender como una nube sobre las tazas y su semblante se aparecía en las pastas. La señorita Hopewell, en cambio, no lo mencionaba, y permanecía reticente cuando salía el tema. Pero aún tenía algo dentro que le atenazaba el corazón.

Mary estaba cada día más silenciosa. Pasaba mucho tiempo dedicada a la correspondencia, dirigida sobre todo al *signor* Fratelli, *avvocato,* Siena. Un día, un secretario legal llegó a la casa cargado de papeles, plumas y burocracia. Se pasó la tarde encerrado en el salón con la señorita Hopewell. Esto supuso un inconveniente, ligero, claro, para la señorita Brigstocke, que jamás, jamás osaría entrometerse en los asuntos de Mary, y menos cuando podía tratarse de temas de administración, ¿alguna cosa de importancia? Así que no pudo entrar a coger el bastidor para seguir bordando, porque lo había dejado en el salón, y ahora iba algo retrasada con la labor. Pero claro, jamás se le ocurriría ni mencionar una nadería semejante a su querida amiga; es más, ni siquiera recordaba por qué había sacado el tema.

Mary Hopewell no dijo nada.

—Ay, Mary —dijo la señorita Brigstocke—. ¿Qué va a ser de nosotras?

—De ti, no lo sé —respondió la señorita Hopewell, irritable—. Yo voy a morir.

Los ojos de la señorita Brigstocke se llenaron de compasión y lágrimas.

—No tengas miedo —dijo—. Eres la mejor de todos nosotros, querida. Serás la primera en volver al seno de nuestro Señor.

La señorita Hopewell se quedó en silencio.

—No tengo miedo —dijo al final—. En cierto modo, me gustaría tenerlo. Es que la perspectiva es tan... tortuosamente aburrida...

Muy rígida, se levantó de la silla y se fue a su habitación. No volvió a bajar en varios días.

Una mañana encapotada, ya bien adentrado el otoño, se oyeron golpes fuertes en la puerta de la villa, tanto que las dos mujeres se

sobresaltaron en los asientos mientras remendaban un mantel, la señorita Hopewell incluso se pinchó un dedo. Tras muchas protestas, Gabriela fue a abrir.

El señor Villarca entró por la puerta y de inmediato llenó el aire y los rincones de la estancia.

—Vengo a ofrecerles mis disculpas y espero que no me las desprecien —dijo al tiempo que les ofrecía dos ramilletes de colores vivos.

El olor penetrante de las flores impregnó la estancia. El centro de las flores era amarillo como la yema de un huevo, y los pétalos, del mismo rojo intenso que la seda de su chaqueta.

Se dice que no hay nada tan enriquecedor como una reunión de amigos. El señor Villarca se embarcó en la narración de lo sucedido durante sus meses de ausencia, lejos de ellas. ¡Cuánto le había costado! Las señoras lo perdonarían, sin duda, dado su talante generoso.

La señorita Hopewell respiró hondo. Quería enseñar al señor Villarca una extraña flor que había encontrado junto a un pozo, en un prado. Era muy peculiar… creía recordar que la había guardado en su bolsito.

—¿Tendrías la amabilidad de ir a buscarla y traérmela, Hephzibah? —pidió Mary.

La señorita Brigstocke la miró.

—Si estás cansada, sería mejor que te retiraras, Mary. —Se volvió hacia el señor Villarca—. ¡Una conversación puede ser tan agotadora como una caminata a paso vivo!

El caballero no respondió. Mary clavó una mirada en su amiga.

—Te lo agradecería enormemente, Hephzibah. Por favor, tráeme esa flor —le dijo.

La señorita Brigstocke salió, y la señorita Hopewell se quedó a solas con el señor Villarca.

Ninguno de los dos dijo nada. La señorita Hopewell no podía mirarlo a los ojos brillantes, entrecerrados. De modo que el señor Villarca le cogió la mano y le pidió que fuera su esposa.

Se oyó un sonido en el pasillo, el crujido de un tablón del suelo. Ambos miraron hacia la puerta.

Salieron al jardín de la villa, un cuadradito de tierra seca en el que crecían sin control las cintas. Sobre ellos, el cielo gris de noviembre.

—Con respecto a su pregunta, señor, me hace un honor inmenso —dijo Mary sin preámbulos—. Ni se imagina cuánto me duele tener que decirle que no. Lo considero a usted un hombre peligroso y no quiero mayor cercanía. No puedo esperar la felicidad de la unión con un... individuo así. No estoy convencida de que sus intenciones sean firmes. Al fin y al cabo, ni siquiera pudo acudir a una cita.

El señor Villarca dio una patada a un trozo de tierra seca, que se desmoronó y le cubrió la bota negra de polvo rojo.

—La comprendo, señorita Hopewell. Pero no puede sumar eso contra mí. Sí vine aquel día.

Mary Hopewell alzó los ojos hacia él y lo miró fascinada.

—¿Comprende lo que le digo? Es muy amable por su parte, pero no puedo decir lo mismo. No vino usted, señor.

—Vine —replicó—. Y la... persona que me recibió, me dijo que usted no podía contraer matrimonio. Me dijo que para usted sería la muerte. Supe entonces que tenía que marcharme, y decidí no volver a verla.

—Qué conversación tan indiscreta —dijo Mary—. ¿Quién le dijo eso?

—Pensé que la enviaba usted como mensajera —respondió. Sacudió la cabeza—. Pensé... bueno, no importa.

—¿Quién tuvo semejante osadía? —La señorita Hopewell estaba muy pálida—. ¿Quién pudo ser tan cruel?

Él no respondió. Mary se le quedó mirando, y el rubor le subió por las mejillas.

—De acuerdo —dijo—, en ese caso, ¿quién es usted para marcharse por lo que le dijo esa persona, sin decirme ni palabra, como si fuera una niña que se ha portado mal?

—En mis tiempos, mandé a la tumba a muchos, muchos hombres —dijo el señor Villarca—. Es demasiado. Así que ser la causa de que perezca alguien más...

La señorita Hopewell, que había vivido mucho tiempo con la mortalidad pisándole los talones, lo interrumpió.

—No me hable de su culpa, de las muertes en el campo de batalla y de esa otra muerte, la mía... No hable de ellas como si fueran la misma cosa. No lo son. No le corresponde a usted juzgar cómo podría llegar mi última hora ni culparse por ser la causa, ni congratularse por impedirlo.

La ira había dado fuerza y color a la señorita Hopewell.

—Poner fin a otra vida —insistió el señor Villarca—, y además, la suya... me resultó intolerable. Parecía que ninguno de los dos estábamos en libertad para hacer lo que quisiéramos. Todo parecía muy claro.

—Qué irresponsabilidad, qué presuntuoso por su parte.

—Cierto —respondió—. Ahora lo veo claro.

—Conozco mis circunstancias —dijo la señorita Hopewell—. Sé los obstáculos que se interponen entre el matrimonio y yo. A no mucho tardar, se dará cuenta de que ha tenido suerte, porque, si le dijera que sí, le estaría haciendo un mal favor. En cambio, su situación no está para mí tan clara. Dice que usted tampoco estaba en libertad para actuar. Explíquese.

El hombre apretó los labios y la luz de la ira volvió a iluminar su rostro.

—Es un hecho antiguo: los Villarca llamamos a la mala suerte cuando contraemos matrimonio. Le parecerá una tontería, pero no es así.

»Tras muchas penurias, mi abuelo abandonó a su esposa y se fue a Viena, donde no encontró la paz, perdió la razón y murió en un hospital. Mi padre contrajo matrimonio tal como se acordó para él, con su prima. Buscaron un clima saludable para vivir y se fueron a Suiza, pero murió en una reyerta poco después de mi nacimiento. Mi madre dejó de comer y también murió. Mi tío se casó con su lavandera; la asesinó durante un paseo por los Pirineos en su *lune de miel*, y luego se tiró por un barranco. ¿Quiere que siga? Mi familia...

nunca hemos vuelto a nuestro país, y con motivo. Trae recuerdos tristes a los que llevan mi apellido. Allí causamos mucho mal. He optado por pasar mis días en Italia.

»La sangre de los Villarca es oscura y densa. Los Villarca tenemos un temperamento furioso, sublime, lleno de poesía y de locura. Siempre buscamos la luz sin dar nunca con ella. No debemos compartirnos con otros. No es bueno. En mi idioma lo llamamos *la luz oscura*. Hay quien dice que es una maldición. Personalmente, lo ignoro, pero no cabe duda de que nuestro pasado, la historia de la casa Villarca, tiene episodios ignominiosos. Ignominiosos. Nuestra estirpe está bañada en sangre. No hay familia que merezca más una maldición.

»Pero lo he meditado bien, puede estar segura. La *luz oscura* es más bien una locura, una debilidad heredada. Son cosas que afectan con no poca frecuencia a las familias nobles, que han protegido demasiado su linaje, ¿me entiende? Es esa tendencia excesiva a casar a nuestros hijos con parientes próximos. Ni a los perros se los cría así, pero es lo que sucede con los Villarca. Es lo mismo. Superstición o locura, el hecho innegable es que, cuando contraemos matrimonio, llega la tragedia: bebemos, perdemos la cabeza, nos enfurecemos, herimos a otros… y siempre, siempre, morimos jóvenes. Tal es la situación. Tenía miedo por mí mismo, tal vez de mí mismo. Ha dicho que me estaría haciendo un mal favor… por mi parte, así sería, sin duda. Me gusta hacer bien las cosas, pero mucho me temo que este asunto escapa a mi control.

»Fue maravilloso que se enfureciera conmigo, que me mirara con… odio, diré. Porque, mientras fuera yo el único que albergaba estos sentimientos, nada podría ir mal. —Frunció el ceño y su voz se tiñó de tristeza—. Cultivé su desagrado, lo alenté. Mostré un comportamiento zafio y grosero. No quiero ni pensar en lo que hice, y lo lamento. Pero cuando empecé a sospechar que, pese a todo, usted no estaba del todo a disgusto conmigo… Ah, eso sí que fue aterrador.

Algo se agitó dentro de la señorita Hopewell, un sentimiento como el nacimiento de una inspiración. Clavó la vista en una baldosa rota en el suelo y se estremeció, y se arrebujó en el chal.

—*Luz oscura,* dice usted. Es un buen nombre, sí. ¿Locura? Es posible. Pero no solo eso. Percibí la oscuridad de su alma nada más verlo.

Se quedó inmóvil y a Mary le pareció que volvía a asumir su

postura felina para mirarla.

—Ahora llegaremos a eso —dijo.

—Prosiga, señor.

—Me dice usted que soy frío —continuó el señor Villarca—. Me dice que parezco envuelto en desesperación. Y todo eso es verdad. He llevado lo que otros denominan una vida pecaminosa. Creo que toda mi virtud se ha secado, se ha marchitado. A veces, en sueños, recorro el interior de mi corazón, y es una tierra negra, llena de banderas negras que ondean hechas jirones y plantas venenosas que crecen en matorrales nefastos, de serpientes que reptan... mi corazón es un jardín nocturno letal.

—Lo sé —dijo ella con la respiración entrecortada.

—Pero también he visto su corazón, señorita Hopewell, y es igual que el mío. —Las palabras fueron como una bofetada para Mary. La abrasaron por dentro—. Ni toda su belleza puede ocultarlo —siguió—. Esa mirada baja, esa meticulosa corrección, esos modales decorosos, no son disfraz suficiente. Hay un gran agujero negro allí donde debería estar la esperanza, donde debería haber vida. Dice que ve la oscuridad que hay en mí. Yo veo la suya como un reflejo. Conozco el vacío que siente.

—No toleraré que nadie me hable así —replicó ella—, y menos un hombre que...

—¿Qué? ¿Qué le he hecho, señorita Hopewell? ¡Nada, que usted sepa! Pero lo siente, percibe la caverna que hay en mi interior. Porque los iguales se atraen, siempre es así. ¿Me lo va a negar? —Le puso una mano en el brazo, apremiante, con los ojos como ranuras llenos de luz —. ¿Va a negar que somos iguales?

—Es usted un villano —dijo.

El señor Villarca asintió.

—Los dos somos villanos.

Mary no se podía mover. Su mundo se había trastocado para siempre.

—No tengo a nadie —continuó el señor Villarca—. He perdido a toda mi familia. Todos y cada uno sufrieron una muerte espantosa.

Madre de Dios. Estoy solo, corrompido por los recuerdos. Usted también está sola, señorita Hopewell. Los dos destruidos, acosados por las pérdidas. Puede que la pena nos haya arrebatado la virtud, que nos haya corrompido. Tal vez no la podamos recuperar. ¿Va a negarlo de nuevo? ¿Va a...?

—No, no lo negaré —dijo Mary Hopewell, agotada. Las lágrimas le desbordaron los ojos y no trató de contenerlas. Era como si le hubieran quitado de encima un enorme peso de oprobio—. Somos iguales. Lo percibí. Lo percibo.

El poder, el extraño peligro del momento, la invadió. La enormidad de saberse conocida. Notó la mano del hombre fría en la nuca.

—Nunca ha conocido usted la libertad —dijo el señor Villarca—. Las damas están hechas de otra madera. No deben querer, no deben saber ciertas cosas. Yo, en cambio, nunca he conocido la paz ni el afecto. Tal vez no seamos villanos. No hemos tenido la oportunidad de descubrir lo que somos.

En su voz había una nota de anhelo infinito. La mano de Mary buscó la del hombre. Sus dedos se entrelazaron, y en ese contacto ella sintió la atracción dolorosa de lo posible. Años, una vida...

Apartó la mano.

—Esto no está decidido —dijo—. Tal vez sea una villana, pero no haré lo que me pide. Sería demasiado cruel. ¡Si usted supiera...! Perdió a su familia, presa de la violencia y la locura, pero los Hopewell también mueren jóvenes. Al igual que los Villarca, nos asesinábamos unos a otros sin reparo, nos enfrentábamos en duelos, moríamos, sí, moríamos con frecuencia. Luego perdimos nuestro hogar y nos dispersamos, y uno tras otro fuimos cayendo víctimas de la enfermedad... Habla usted de la sangre, de la maldición de los Villarca, pero no es menor la que pesa sobre los Hopewell. Es una historia trágica a la que conviene poner fin. Soy la última de mi apellido y no viviré mucho tiempo en este mundo. Por estos motivos y cien más, no le daré la respuesta que quiere, señor.

—Al final llegaremos a un acuerdo —replicó él—. Ha nacido en mí una gran pasión por usted, y tengo buena maña para conseguir lo que quiero. Puede que sea mi acto más monstruoso: sacarla de esta vida que lleva.

—Es extraño, pero no me importa —dijo Mary.

Negó con la cabeza, y en sus ojos se leyó la resolución que era la respuesta: no.

El hombre cogió la mano de Mary y se inclinó para hablarle al oído de manera que sus palabras llenaran de aliento el espacio que los separaba.

—*Nel ciel che più de la sua luce prende* —dijo—, *fu'io, e vidi cose che ridire, né sa né può chi di là sù discende...*

***

. Si se casa conmigo, hará solo lo que usted quiera. No habrá nada que yo no comprenda. Lo que desee, cualquier cosa, será suyo antes de que termine de decirlo. Esa será mi misión en la vida. ¿Lo comprende?

—El *Paraíso* —respondió Mary—. Es una libertad paradójica si otro ha de permitirla. He de irme.

—Espere. —La voz del señor Villarca era agónica—. Lo sé, sé que he hecho muy mal. Debería haber empezado por esto.

Se sacó un fajo de papeles del forro blanco del chaleco de seda. La señorita Hopewell sonrió.

—Señor...

—Por favor —la interrumpió—. Léalo.

Ella miró las primeras líneas; la segunda página, luego la siguiente. Las fue pasando con dedos inseguros. Movió los labios en silencio. El corazón le palpitaba contra las costillas como un niño que pasara un palo contra un enrejado.

—Me llevó cierto tiempo localizarlo —dijo el señor Villarca—. Se había convertido en la casa Dempsey. ¿Quiénes eran esos Dempsey? Irrelevante. De modo que, si lo quiere, la llevaré a su hogar, a Rawblood. Dice que nada me importa, y no es así. Sé ver cuando algo es raro y precioso, y no se puede dejar escapar. De modo que diga lo que quiera; deme la respuesta que guste; líbrese de mí. Pero no vuelva a pensar que no leo su corazón.

Su rostro, siempre tan atento y elegante, rebosaba en aquel momento de ansiedad.

—No sabe lo que ha hecho —dijo Mary—. Y lo quiero... —Se pasó una mano por la frente caliente. Con la otra, estrechó contra su pecho las escrituras de la casa—. Tan pronto como sea posible. No me importa... —No terminó la frase. Su rostro tenía la expresión distante de quien está oyendo un sonido muy lejano—. Debería llevar a William Shakes a casa, a Devon —añadió—. Echa de menos aquello.

El señor Villarca sonrió.

—Así es —dijo—. Es cierto. ¿Y usted?

Mary no dijo nada pero le cogió el rostro entre sus manos blancas y lo miró. Lo miró con atención, largos instantes. Él le devolvió la mirada sin orgullo, sin artificios. Y ella vio en su interior al soldado cansado.

—¿Acceder para luego abandonarte? ¿En un año, en dos? —respondió Mary—. Sería despiadado y cruel por mi parte. ¿Cuál es tu nombre?

—Leopoldo —respondió, y entrecerró con gesto de horror sus luminosos ojos almendrados—. ¿No es espantoso?

—Espantoso —dijo—. Yo soy Mary. —Se detuvo, desconcertada —. Había pensado... ni lo sé, tantas cosas... —Sentía en su interior una creciente hilaridad. Lo miró y no la pudo contener, como si se abrieran las compuertas de una presa—. Y todo este tiempo pensando que tú eras el villano... como si estuviéramos atrapados en una obra de teatro... —No pudo contener más la risa—. Creí que era espanto, pero ha resultado que era amor.

—Es una confusión comprensible —dijo el señor Villarca—. ¿Qué me respondes?

¿Qué más quedaba por decir? Por primera vez, las circunstancias siguieron el ritmo de los dictados de su corazón.

El señor Villarca se marchó al anochecer. Mary se levantó y entró en la casa. La señorita Brigstocke estaba junto a la puerta que daba del jardín al saloncito, pálida y temblorosa, con los ojos como pasas mojadas, y no pareció advertir la llegada de la señorita Hopewell. Tenía en una mano una flor roja marchita y, en la otra, un fino anillo

de oro viejo adornado con rubíes y diamantes.

—*Lav hi azar, yak, alazas, b'or, amria. Ai! Ai ai, johai* —estaba murmurando en voz baja, con los ojos idos—. *Beng tasser tute! Detlene. Ladzav, ladzav ladzav! Jekh dilo kerel dile hai but dile keren dilimata*

****

.

La señorita Hopewell la miró con cautela. Hephzibah se había convertido en una desconocida para ella. Fue a pasar por delante de la mujer para entrar en la casa. Pero, cuando lo estaba haciendo, la señorita Brigstocke la agarró con mano de hierro.

—Mira. La tengo. La flor —dijo—. También tengo el anillo, estaba en tu bolsito. No se había perdido. Me has engañado de la manera más baja. Lo has atraído a nosotras como una vulgar… como una vulgar…

La señorita Hopewell miró a la señorita Brigstocke.

—Sí —dijo—. En pocas palabras, eso he hecho.

—Pero lo desprecias. Le tienes miedo.

—Eso creía. Pero estaba muy equivocada. —Sonrió casi para sí misma.

—Habíamos hecho un pacto, Mary, tú y yo —insistió la señorita Brigstocke. Empezó a llorar con sollozos desgarrados—. Te creí constante. Pensaba que éramos amigas.

Mary respiró hondo, con los ojos tan brillantes como las canicas con las que juega un niño.

—Te compadezco, Hephzibah —dijo—. Pero me ha dicho algo de lo más extraño. Aquel día, mientras dormía, soñé que te oía en el piso de abajo hablando con el señor Villarca. Dos voces altas, y tú hablabas de mí. ¡De verdad pensé que era un sueño! Y eso me confirmaste tú cuando te lo pregunté. Me dije que estaba loca y me avergoncé por ello. Pero vamos a decir la verdad. Vino aquella tarde, y tú lo echaste, le dijiste que yo no podría sobrevivir al matrimonio, a los hijos. ¿Es cierto?

La señorita Brigstocke estaba llorando sin disimulos.

—Sí, sí —dijo—. Así fue.

—¿Tanto deseabas mi modesto capital? —preguntó Mary—. ¿Tanto?

Se miraron. Mary se encogió de hombros y se volvió para marcharse. La señorita Brigstocke tomó aliento y se secó las lágrimas.

—Detente, Mary. Hay una cosa… Por lo que fuimos, te lo he de decir. Hace un momento, cuando tenía tu anillo en la mano, entre los dedos, me llegó una visión. Nunca he sentido un mal viviente tan intenso. Este matrimonio solo traerá enfermedad y muerte, devastación durante generaciones. Hará crecer flores negras en una tierra negra. No vivirás. Te lo suplico, te lo imploro, no hagas lo que pretendes…

La señorita Hopewell la mandó callar alzando una mano.

—Basta, señora —dijo—. Basta de entonaciones y estratagemas. Puede que tengas razón. Puede que esas palabras dichas desde la falsedad sean ciertas. Es posible que no viva.

»Pero, suceda lo que suceda, estoy decidida a forjar mi propia existencia. No me dejaré empujar, dominar, encorsetar y mentir. Malditos sean todos.

»Resumiendo, señorita Brigstocke, he descubierto que ha estado hablando por mí, cuando no tenía el menor derecho. Fingía defender mis intereses, pero solo en su propio beneficio. —Mary respiró hondo y, cuando volvió a hablar, su voz cargaba con el peso de las lágrimas no derramadas—. Me habla de engaños, pero aquí la única engañada he sido yo. Y por usted. De cualquier manera, ya no importa.

Cogió el anillo de los dedos helados de la señorita Brigstock, pasó de largo junto a ella y entró en la casa oscura.

—*Lashav*! —le gritó la señorta Brigstocke—. Negro es tu futuro, y también largo. ¡Más largo de lo que crees! *Lashav, lashav, lashav!*

*****

La señorita Hopewell no se volvió.

—¡Carga, pues, con la maldición! —Le gritó la señorita Brigstocke. Y luego habló a la nada—. He intentado impedirlo.

A la mañana siguiente, Mary despertó con una sensación de que algo se había reordenado, de que existía una ausencia en la pauta de

las cosas. Se quedó tumbada, todavía a medio camino de un sueño que había sido estridente y de colores vivos, con abundantes tejidos vaporosos que se extendían como carreteras hacia lo lejos… Giró la cabeza en la almohada para notar su frescor en la mejilla. Tenía el pelo suelto bajo los hombros. Rodó con delicadeza de un lado a otro sin pensar en nada. ¿Qué sucedía?

En la calle, las puertas se abrían y cerraban, pasaban caballos, los cascos golpeaban contra la tierra. Los pájaros entonaban su canto agudo. En la cocina se oía el silbido familiar del hervidor mellado, las zapatillas de Gabriela por los tablones del suelo, su voz desentonada.

En cambio, solo le llegó silencio de la habitación adyacente. Ni rastro del canturreo agudo e incesante de la señorita Brigstocke, del crujido de sus tablones cuando se movía. Hephzibah se había ido de la casa. ¿Cuándo? ¿Durante la noche? Habría sido muy gótico huir en la oscuridad. Pero se había ido, Mary lo notaba. El aire mismo había cambiado, igual que la luz que entraba por los postigos, los rayos de luz invernal que caían sobre el suelo. Mary miró a su alrededor, la habitación pequeña de rincones polvorientos, las vigas oscuras que desprendían un aroma resinoso, la alfombra desgastada, otrora verde, ahora de un gris pálido. Cerca, un ratón lanzó un gritito chirriante, ahogado. Toda la escena tenía un aire de irrealidad, como un recuerdo imperfecto. No sentía nada.

La almohada estaba blanca, inmaculada. Mary la observó, pensativa. De pronto, tomó aliento, se llenó los pulmones respirando hondo. El aire fluyó fresco, limpio. «Estoy muy bien», pensó. Era algo muy grande para sentir tan poca sorpresa. Su compañera la había dejado. Y le parecía bien, casi inevitable. «Es cierto. Rawblood nos sana». Tras esa idea llegaron otras que la recorrieron como la fatiga, como la calidez: «Hoy volverá él. Y me voy a casa…». El sentimiento que la traspasó fue como la luz.

Mary está ante la ventana, muy erguida, con el suelo frío y sólido bajo las plantas de los pies. Abre los postigos para que entre el día cegador, levanta los brazos por encima de la cabeza y se despereza sin reparos, se pone de puntillas como las bailarinas. Extiende los brazos, forma una estrella. Echa la cabeza hacia atrás y bosteza.

1850 Far Deeping, Lincolnshire

La mujer que lo había agarrado por la manga en Church Street estaba famélica. Los huesos se le marcaban en la cara como cantos de platos.

—Reverendo —dijo.

Lo miró con ojillos negros como bayas, hundidos y turbios. Se recogió la ropa demasiado ancha. Era de franela gris, llena de manchas, ajada. El viento de la mañana se le colaba por los agujeros.

El reverendo Comer suspiró para sus adentros y se preparó.

—Señora —dijo—. Voy con prisa, como puede ver. Si me requiere para asuntos de naturaleza espiritual, adelante. De lo contrario, es mejor que vaya a la Casa Magdalena, en Union Street, donde conseguirá el tipo de auxilio que necesita.

La mujer se envaró. Alzó la cabeza y lo miró, y solo entonces la reconoció, pero por supuesto ya no podía retirar sus palabras.

—No comprendo, reverendo Comer —dijo la señorita Brigstocke. Su tono de voz decía que había entendido perfectamente.

—¡Mi querida señorita Brigstocke! Cielo santo, ¡qué maravillosa sorpresa! Estaba con la cabeza en otra parte y he dicho lo primero que se me ha ocurrido, ya me entiende. Eh... le ruego que me perdone. Es la carga de mi vocación, ¡y el hecho de que no esperaba ver a una vieja amiga! ¿Qué estábamos diciendo?

—Aún no habíamos empezado a decir nada.

Un mechón de pelo gris le cayó sobre la cara. Lo apartó a un lado, al borde de las lágrimas.

—¡Eso no puede ser! —respondió desesperado—. ¿Quiere tomar el té conmigo, por los viejos tiempos? Sería para mí un placer.

—Bueno —respondió la señorita Brigstocke con delicadeza—, no lo sé. ¿Qué hora es? Ah, ya veo. Pues no tengo que ir a ninguna parte antes de las once, de modo que... —El hombre aguardó con paciencia durante toda la representación. Al final, ella pareció decidirse—. Y claro, sería una pena no tener ocasión de saber qué ha sido de usted. Han pasado diez años o más.

Una vez estuvo satisfecho el orgullo, la acompañó por el empedrado.

El semblante de la señorita Brigstocke mejoró cuando entraron en The Rose. Puso el abrigo de franela gris en la silla que tenía al lado, con lo que dejó al descubierto un vestido que tal vez había sido negro,

pero ahora era del verde turbio de las aguas más profundas, remendado aquí y allá con batista de colores diversos y lino a rayas rojizas, lo que le daba aspecto de tumbona mohosa en un paseo marino. No llevaba sombrero. Tenía el pelo ondulado como una mata de hierba seca. The Rose estaba medio lleno, y el reverendo vio en una mesa al fondo a la señora Munn, dueña de la tienda de ropa y accesorios para caballeros, con su hija. Lo miraron con los ojos muy abiertos y haciendo comentarios tras las tazas de té. Las saludó con la mano y ellas correspondieron con movimientos titubeantes. Aquella misma tarde lo sabría todo Far Deeping.

Pidió té, pasteles y sándwiches. Luego le miró los labios finos sobre los dientes parduscos.

—¡Y unas pastas de almendra! —añadió.

La señorita Brigstocke guardó silencio, con las manos sobre el regazo. Despedía cierto olor, no a cloaca, pero sin duda notable, fermentado. Una vez más, el reverendo deseó que no lo hubiera visto. Le gustaban las cosas cómodas, y la señorita Brigstocke, en aquel estado, era muy incómoda. Esperó, pero la mujer no se animó a hablar.

—¡Bueno! —respondió—. Seguro que tiene mucho que contarme. ¡Pero me sorprende verla de vuelta en Inglaterra!

—Ah —respondió—, llevo bastante tiempo en el país. La verdad es que me marché de Italia el mismo año en que nos conocimos.

—¿De veras? Qué pena. La señorita Hopewell y usted llevaban una vida tan confortable juntas...

La mujer sonrió, pero tenía los ojos clavados en la bandeja de pasteles que estaba llegando a la mesa en ese momento. El reverendo se puso tres en el plato de inmediato para alentarla a hacer lo mismo.

—¡Pero no hay nada como el hogar, señorita Brigstocke! Aunque me imagino que no lamentará la aventura. Viajar amplía tanto los horizontes...

—Sí —dijo ella—. Mucho, mucho.

—¿Qué la trae a Far Deeping? ¿Se ha instalado en la zona?

Esperaba de corazón que la respuesta fuera negativa. Se imaginó las obligaciones inevitables. La mujer no era respetable, pero tampoco

una obra de caridad. Todo le resultaba muy incómodo. ¿Tendría que invitarla a cenar la señora Comer? Y ese olor… como a gato, o a comadreja.

La señora Brigstocke le dedicó una sonrisa bondadosa, como si le leyera el pensamiento y quisiera que supiera que lo comprendía.

—Aún no tengo planes firmes, reverendo —dijo—. He venido a ver a una prima que vive cerca de aquí y se me ocurrió visitar el pueblo porque me habían dicho que era encantador. Y así es. ¿A quién podría no gustarle? Los caminos, esos toldos tan alegres, la gente que va y viene entre tejados de teja o paja… Dígame, la iglesia, con ese chapitel tan imponente, ¿es estilo normando?

Él se echó a reír y le dijo que no, que ni mucho menos. La conversación prosiguió de esta guisa, en tono muy agradable, durante varios minutos, en los que se aplaudieron los méritos de la vida rural y se lloró el declive de la arquitectura inglesa. Los modales de la señorita Brigstocke eran perfectos, no tenía demasiadas opiniones firmes y mostraba una deferencia encantadora hacia los puntos de vista del hombre. Mientras hablaban, se dedicó a observarla con creciente angustia.

—Señorita Brigstocke —dijo cuando terminaron los sándwiches —, espero que no me considere demasiado atrevido, pero me parece que no se encuentra usted en la mejor situación. ¿Cómo ha sucedido esto? Siento hablarle de manera tan directa, pero…

Ella se sonrojó y apartó la vista. No dijo nada. Se mordisqueó el labio inferior. Pero el reverendo estaba decidido a no dar marcha atrás.

—Por favor —dijo—. Somos viejos amigos, ¿no es así?

La señorita Brigstocke asintió sin levantar la vista.

—Mucho me temo que mi partida de Italia fue un tanto precipitada, y no me pude permitir el lujo de buscar una posición adecuada. Acepté lo primero que encontré y, como ya sabrá, señor Comer, cuando se cae en una situación adversa, luego vienen más, porque la gente solo es capaz de ver tu pasado más reciente.

—Sé lo duro que es estar sin recursos o amigos —respondió con tono cálido—. Pero la señorita Hopewell y usted… espero que no se separaran enemistadas.

La señorita Brigstocke lo miró a los ojos.

—No diré nada al respecto, porque no está bien hablar mal de los muertos.

—¿Muertos?

Sintió una agitación por dentro, un sentimiento, un sentimiento viejo: fue como volver a ver tras muchos años el lugar donde solías jugar de niño.

—Sí —asintió la señorita Brigstocke—. Recientemente. Su esposo y ella, los dos… Pero, claro, puede que usted no lo sepa. Se casó en 1840.

—No, no lo sabía. Pero me alegro —dijo, y sintió otra oleada de compasión—. Eso la pondría a usted en una situación complicada.

—Sí —dijo—. Mary volvió a Inglaterra para casarse, mientras que yo… Bueno, es mejor no estropear una ocasión grata con una historia triste, ¿verdad?

—Siempre fue muy delicada —comentó el reverendo mientras recordaba los ojos oscuros de Mary Hopewell, tan hundidos en el rostro blanco como un lirio.

—No, por desgracia, no. Pensé… Tendrá que perdonarme, pero hubo un momento en que pensé que usted y ella… —La señorita Brigstocke lo miró con ojos cargados de intención.

El reverendo recordó aquel idilio italiano, el sonido de los cascos del caballito, las colinas bañadas por el sol, los platos de aceitunas bajo los árboles. Pensó en el olor de las hierbas aromáticas, en las mujeres que colgaban sábanas blancas en los setos durante las tardes cálidas. Todo eso fue antes de conocer a Theresa y casarse con ella, y de que su mujer le diera dos hijos robustos cuyos gritos llenaban la casa día y noche. No cambiaría eso por nada del mundo, claro. Pero era bonito contar con el recuerdo de la mano elegante de la señorita Hopewell entre las suyas, del sol. ¿Cómo la solía llamar? Solo para sus adentros, claro, pero le había parecido muy poético. Frágil flor.

—Ah, sí —dijo el reverendo—. Puede que hubiera algo de eso, por aquel entonces.

Su propia voz le sonó extraña, ronca, cargada de sentimiento, con un ligero trémolo, como la de un actor.

Sí —continuó—, siempre fue muy delicada. —«Oh, Mary...», pensó.

—Aunque, claro, la muerte de Mary fue violenta, horripilante —siguió la señorita Brigstocke—. No se puede echar la culpa a su salud.

El reverendo Comer se sintió como si le hubiera echado agua fría por encima. Se había imaginado algo placentero y melancólico, y de pronto, aquella conmoción... Sintió una agitación incómoda en las entrañas. Al final, sí, sí había algo zafio y tosco en aquella mujer.

—Tal vez me lo debería haber mencionado.

La voz le había salido aguda y fría, era consciente.

—Solo sé lo que me han contado —siguió la señorita Brigstocke—, pero se lo diré. Aunque hablar da mucha sed, ¿no le parece? —Cogió una pastita de almendra y la mordisqueó sin dejar de mirarlo.

—Sí, sin duda —respondió. Pidió más té.

La estancia se estaba vaciando en torno a ellos. La mañana dejaba paso al mediodía y había muchas cosas que hacer en un día de mercado. Había empezado a llover. Las gotas azotaban los cristales como perdigones maliciosos. Se le ocurrió que la mujer no quería salir a la calle con la única protección de aquella prenda gris, y que estaba envolviendo en misterio la historia para prolongarla. Se ablandó y recuperó la caridad cristiana. No se iba a enfrentar a ella.

—Tengo entendido que Mary fue muy feliz —dijo la señorita Brigstocke. Los vapores de la taza de té le envolvieron el rostro—. Se habían instalado en una casa de Devon, de donde era originaria su familia, ¿sabe? Hace poco he estado por allí y es una zona de colinas ondulantes, aunque aislada, muy aislada y solitaria. La casa es el sueño de un demente, de piedra vieja y puertas enormes, imposible de calentar. Pero está en un lugar agradable, en un valle, al pie de una colina y con vistas.

»Parece ser que Mary ocupó bien sus días con la casa y con una escuelita que creó en el pueblo, entre otras cosas. Se habían traído de Italia un sirviente que lo llevaba todo con mano de hierro. Tenía un nombre un tanto peculiar... ¿Rattles? ¿Quivers? ¿Shakes?

»Hubo pequeños desacuerdos con los vecinos, tengo entendido, cosa muy normal en estas zonas rurales. Un tal Gilmore metía el ganado en sus tierras, o no dejaba que lo metieran en las suyas, o algo

así. No entiendo mucho de esas cosas del campo. Y claro, tuvieron descendencia, un hijo varón al que pusieron un nombre extranjero, no recuerdo cuál. Eso los hizo aún más felices.

»Cuando el niño creció, Mary adoptó la costumbre de salir con él al páramo y pasar allí largas horas, jugando con él, enseñándole los nombres de las plantas y esas cosas. A veces los acompañaba su marido. En muchas otras ocasiones, el sirviente. Voy a llamarlo "Quivers", no puedo seguir refiriéndome a él como "el sirviente", y soy incapaz de recordar su nombre... A todo el mundo le parecía extraño que Mary se pasara tanto tiempo a solas con un niño y con Quivers, pero como bien recordará usted, no le importaba lo que opinara nadie ni la imagen que daba. Y su marido no puso remedio, por supuesto, muy típico de... Perdón, se me olvidaba. Usted no llegó a conocerlo.

»Un día, fue a solas al páramo con el niño. No volvió a la hora de comer, ni tampoco por la tarde. A eso de las cuatro, el día, que había sido claro y luminoso, dejó paso a una niebla de esas que son frecuentes en la región. Es como si todo quedara envuelto en lana. La niebla cubrió la casa, el valle, se coló bajo las puertas y llenó las ventanas como una nube. —La señorita Brigstocke hizo una pausa—. Para mí esto encierra un espanto especial —siguió—. La niebla me da miedo. Estar envuelta en ella... así me imagino la muerte. Nada en el mundo, solo un envoltorio blanco y denso, y el sonido de las propias pisadas. Bueno, eso no tiene nada que ver.

»Cuando la niebla cubrió la casa sin que hubiera ni rastro de ellos, la preocupación se convirtió en miedo. El señor Villarca estaba fuera de sí. Es comprensible. Se acercaba el ocaso y todos los sirvientes se armaron con lámparas y antorchas y salieron a buscarla. Recorrieron el páramo en una larga fila, la llamaron a gritos y alzaron las luces. Pero la niebla era densa y la tarde era tan oscura como la noche. Las luces eran apenas visibles en cuanto se alejaban un poco los unos de los otros. Habría sido fácil tropezar con una piedra suelta y caer, meterse en una ciénaga y hundirse. O hasta alejarse demasiado entre el brezo y perecer en el frío y la oscuridad. La partida de búsqueda había empezado temiendo por ella, pero enseguida empezaron a temer por ellos mismos. Caminaron con cautela, tiritando, y se dijeron que tal vez sería mejor volver a la casa. Todos menos el señor Villarca, que siguió adelante sin pensar en el peligro, llamando a gritos a su esposa. El sonido viaja de manera muy extraña en la niebla, ¿se ha fijado usted?

»Al fin, se oyó un sonido espantoso, como el de una piedra al

romperse. A veces se emplea una gran bola de metal para derribar un edificio, ¿sabe a qué me refiero? Golpea el ladrillo, las vigas, el cristal de las ventanas, y el sonido no es el de un impacto, en absoluto. Es como un chirrido, un alarido. Pues eso mismo fue lo que sonó. Los miembros de la partida agitaron las antorchas y corrieron como pudieron hacia el origen del sonido al tiempo que la llamaban a gritos. Cuando llegaron a la cima de Bell Tor, miraron hacia abajo, entre los jirones de niebla, y vieron algo que parecía una araña rota contra el suelo. Era el señor Villarca, que tenía entre los brazos a su esposa y a su hijo. Ella estaba inconsciente, empapada, con el vestido de batista lleno de barro. El niño no hacía más que llorar y hablarle a su padre. Fuera lo que fuera lo que le dijo, hizo que el señor Villarca lanzara otro alarido espantoso. Los criados trataron de que soltara a Mary, porque era obvio que la pobre tenía el brazo roto. Al principio, no hizo más que llorar y agarrarse a ella, pero al final tuvo que soltarla porque el niño se había abrazado a él y no paraba de hablarle en español muy deprisa. Alonso, se llama Alonso. Tuvieron el sentido común de no llamarlo como su padre. Alonso. Pobre niño.

»La envolvieron en una manta y la transportaron lo mejor que supieron, pero, cuando estaban cerca de la casa, Mary se despertó, y abrió unos ojos que helaban la sangre. Miró sin ver a la luz temblorosa de la lámpara y solo dijo “La he visto”. Cosa que no tenía el menor sentido, pero, claro, estaba bajo los efectos de una conmoción espantosa. Cada vez que decía algo, su marido se echaba a llorar. Pero al final llegaron a la casa, llamaron al médico y le entablilló el brazo. Los criados calmaron y bañaron al niño, y ahí debería haber terminado todo.

—Villarca —comentó el reverendo—. Qué extraño, me suena...

La señorita Brigstocke le lanzó una mirada antes de seguir hablando.

—Después de aquello, Mary tuvo que guardar cama un tiempo. Había cogido frío en el páramo, pero también sufría otras dolencias menos explicables. Los ojos le empezaron a causar problemas. Los tenía muy sensibles. Se quejaba de que todo estaba como en penumbra, como cubierto por un velo. No soportaba la luz directa, le lloraban los ojos y rehuía hasta el sol del atardecer, pero tampoco soportaba la oscuridad, porque entonces veía cosas que no existían. Despertaba a las doncellas de madrugada con su llanto y lamentos, decía que había niebla en la habitación, que esa niebla no la dejaba ver. Una vez le tiró la jarra de agua a una figura que, según ella, estaba de pie en medio de la habitación, una mujer pelada como un

gusano. Le gritó que dejara de mirarla. La enorme cara de aquel ser pendía sobre ella por las noches.

»Estaba convencida de que habían cavado una tumba al otro lado de la ventana. Se pasaba horas mirando ese punto concreto bajo un viejo cedro con los ojos nublados. Decía que allí habían enterrado a una chica asesinada. Lo repitió tanto y con un tono tan lastimero que su marido hizo que cavaran por toda la colina. Levantaron metros y metros de tierra, hurgaron por todas partes, fue un caos. Y no encontraron nada, claro. Ni rastro de tumbas o de chicas. Pero Mary siguió con la vista clavada en la colina. Dijo que a veces oía el ruido de la pala al clavarse en la tierra, el sonido del cadáver al caer en el agujero.

»Empezó a rechazar a su esposo y a su hijo. Se acabaron los días soleados en el páramo. Siempre tenía las cortinas corridas. El señor Villarca quiso llevársela para que descansara y sanara en el continente, pero Mary se negaba a salir de la casa. En cierto modo, lo culpaba por lo que le había pasado, por haberse casado con ella. "¿Por qué me diste esto sin decirme el precio?", le decía.

»Fue perdiendo la vista y, al mismo tiempo, la razón. Tenía ataques de ira en los que recorría la casa con los ojos en blanco, ciega, rompiendo la porcelana. Se hacía daño y se lanzaba contra las paredes, se golpeaba la cabeza contra las puertas hasta hacerse sangre. Decía que no le llevaran a su hijo porque no quería hacerle daño. Eso mismo dijo: que no quería hacerle daño. ¿A qué se refería Mary? ¿A ella misma o…? De cualquier manera, fue una petición sensata, vistas las circunstancias.

»Un día, Leopoldo Villarca desapareció, y muchos pensaron que no había podido más. Los hombres tienen límites, todos, ya lo sabe. Yo nunca lo olvido. Una noche cenó en la casa, dio un beso de buenas noches a su hijo… y, por la mañana, había desaparecido, igual que un caballo del establo. La conclusión era evidente, y a ella llegó todo el mundo.

»Su ausencia pareció aliviar a Mary. Se volvió más dócil e incluso accedió a que la viera un médico muy bueno en temas de la vista, aunque este dijo que no se podía hacer gran cosa. No podía quitarle las cataratas. Incluso aceptó ver a su hijo algunos días durante media hora. Volvió a comer, recuperó fuerzas y pasó noches más tranquilas.

»El cadáver del señor Villarca apareció en la ciénaga, a tres kilómetros de la casa. Lo encontró un pastor. Solo asomaban las botas.

Seguro que el pastor pensó que había encontrado un buen calzado hasta que se dio cuenta de que alguien lo llevaba puesto. Las ciénagas son extrañas. Engullen cosas y las retienen, las conservan en la oscuridad mucho tiempo, pero luego algo cambia y las dejan salir como nuevas. Y eso pasó. Nadie lo supo explicar, pero hubo una cosa que… Bueno.

»Creo que no querían decírselo a Mary, pero al final lo hicieron, y no se lo tomó tan mal como temían. Derramó una lágrima. Sus ojos eran ya como bayas de muérdago, blancas y lisas. Quiso pensar que su marido descansaba en paz. Les dijo que se llevaran al niño de la casa, al pueblo de su aya, que tenía que estar con otros niños. Y ella iba a guardar luto, cosa que lo podría alterar.

»Aquella noche, Quivers se despertó porque salía humo de las habitaciones de la planta superior. Cuando consiguió derribar la puerta ya era demasiado tarde. Estaba muerta, en el suelo. Las llamas le lamían el pelo y subían ya por las cortinas. Consiguieron apagar el fuego. Había tanto humo que casi no podían ver… era como si todo se hubiera llenado de niebla. Mary tenía en la mano el atizador con la punta todavía al rojo vivo. Se había sacado los ojos.

»Sé muy bien que cuando sucede algo como lo que le acabo de relatar es normal que la gente diga “Bueno, siempre me pareció muy rara, no me daba buena espina”, como si lo hubieran visto venir. Y no quiero hacer eso mismo. Pero había algo extraño en ellos, en los dos. No eran gente de esa que vive una vida larga, envejece y muere… Se lo vi en el rostro durante aquellos meses en Italia. Los dos eran demasiado apasionados. No entendían que hay que… Es lo mismo.

»No soy dada a los chismorreos, pero también se dijo que Mary estaba demasiado encariñada con Quivers. Que el criado detectó el humo y llegó a su habitación muy deprisa aquella noche espantosa… que siempre andaba cerca de ella.

»Y claro, cuando encontraron en la ciénaga al señor Villarca… ¿no se lo he dicho? No tenía ojos, como si se los hubieran sacado a zarpazos. Pudo ser cualquier cosa. ¿Quién sabe cuánto tiempo estuvo en el páramo? Pero sí, dio que pensar a la gente, y lo primero que pensaron fue en Mary. Les pareció demasiada coincidencia. ¿Acaso le había sacado los ojos a él también?

El reverendo Comer apoyó la espalda contra el respaldo de la silla.

—Qué espanto —dijo—. ¡Qué espanto! —Le faltaban las fuerzas. Cuánto horror... y que mal encajaba allí, en aquel local cálido, con el tintineo de las cucharillas—. Sabe usted mucho sobre todo esto, señorita Brigstocke.

—Así es. Acabo de visitar la zona cercana a Rawblood. Ya sabe, la casa donde vivían.

El reverendo sintió que algo le daba vueltas en la cabeza y lo incomodaba, un titular que había leído en el periódico hacía dos semanas...

—Quise saber bien lo que había pasado —siguió la señorita Brigstocke—. Por casualidad me encontraba en los alrededores, y en Dartmeet me encontré con una mujer que había sido cocinera en Rawblood. Y había otros, claro, que trabajaron allí y conocieron a los Villarca. Tuve la suerte de tropezarme con algunos. Todo había armado un gran revuelo, como se imaginará. Así que se hablaba mucho del tema. No se puede uno fiar de los periódicos, pero los hechos fueron tal como se los he narrado.

La incomodidad en la mente del reverendo Comer había cobrado forma y lo embargó una sensación espantosa.

—Villarca —dijo—. La señora Villarca, a la que llamaron en el *Post* «La Diablesa de Devon»... ¿Quiere decir que se referían a la señorita Hopewell?

—Sí, reverendo. Es el nombre vulgar que dieron al caso.

—No sabía que hablaban de ella. ¿Cómo lo iba a saber? Su nombre de casada...

Tenía la frente cubierta de una fina película de sudor frío. Bebió un sorbo de té. Le temblaban los labios y la mano, y se salpicó el chaleco con unas gotas calientes. La señorita Brigstocke lo miró. Sus ojos negros se habían transformado en dos estanques profundos, peligrosos.

—Claro, ¿cómo lo iba a saber? —dijo la señorita Brigstocke—. Entiendo que habría sido difícil. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Sí, pensé que tal vez no se había enterado de lo sucedido a su querida amiga Mary, así que he venido a contárselo. Me imaginé que querría saber lo que había sido de ella.

—¿Vieja amiga? Apenas nos conocíamos...

—Claro que se conocían. Usted estuvo presente cuando conoció a Don Leopoldo Villarca aquel día, en Italia —replico la señorita Brigstocke—. De hecho, visitó su casa. También pasó mucho tiempo con ella, e incluso le hizo una proposición. Incluso diría que hubo una relación muy personal…

—Santo Dios —replicó el reverendo.

Miró a derecha e izquierda. Por suerte, el establecimiento estaba vacío aparte de ellos.

—Dudo mucho que nadie de este pueblecito encantador lo averiguara por su cuenta. ¡Si ni siquiera usted lo sabía! Pero, si se supiera, sería usted objeto de un gran interés. Imagínese, conocer de manera tan personal a una supuesta asesina…

»No siempre resulta cómodo tener cerca a las personas que nos acompañaron en otros tiempos. Encontrárselas por la calle, cruzarse con ellas en la carnicería… A veces preferimos alejarnos de todo eso.

El reverendo entendió en aquel instante lo que lleva a algunos hombres a matar. Notó entre sus manos el cuello de la mujer como si se lo retorciera, como a una gallina.

—¿Qué quiere? —dijo.

—¿Qué queremos todos? —dijo la señorita Brigstocke—. Seguridad, tranquilidad. Quiero pasar mis últimos años con tanta dignidad como sea posible, con cuatro paredes que pueda llamar mías, sin temor a los alguaciles. Pero no sé cómo.

»Me gustaría vivir lejos de aquí. Hay una casita en Escocia que me gusta mucho, pero por desgracia no puedo permitirme comprarla. Y mi prima, que como le he dicho vive cerca de aquí, me ha ofrecido la posibilidad de vivir con ella, así que tendré que instalarme en las proximidades de Far Deeping…

El reverendo le siguió la corriente como en sueños.

—Ayudarla a adquirir esa casita sería una… obra de caridad. Llevo encima un giro del banco… —Se dio cuenta con la lógica de una pesadilla de que era verdad. Se vio a sí mismo meterse la mano en el bolsillo—. Iba de camino a hacer unos pagos.

—Se me ocurrió que sería así, siendo día de pago —dijo la señorita Brigstocke—. Qué afortunada coincidencia.

La pluma se deslizó sobre el papel. La mujer no lo observó mientras escribía, sino que se dedicó a mirar por la ventana. Cuando le tendió el papel, lo aceptó con cierto desprecio, como si el hombre estuviera haciendo algo indecoroso. El reverendo Comer vio cómo todo su capital, todo lo que tenía en el banco (menos treinta libras) desaparecía entre los pliegues del abrigo gris.

—Creo que no volveremos a vernos, señorita Brigstocke.

—Es muy improbable —respondió ella.

Sintió un dolor profundo en el vientre, como si le hubieran clavado un puñal.

—¿Cuánto tiempo me ha estado vigilando? —dijo—. ¿Cuánto lleva esperado la ocasión? No. No importa. Me despido de usted.

Oyó cómo la mujer se levantaba, cómo se ponía el abrigo húmedo. Pero no se fue. Se quedó de pie junto a él. El olor penetrante lo asaltó.

—El señor Villarca rezumaba dinero y sangre —dijo la señorita Brigstocke—. Pensé que era él quien la iba a matar a ella. Preví su muerte y estaba segura de que iba a ser así.

Emitió un sonido extraño, una especie de gruñido. Al reverendo Comer le sonó como la carne al desgarrarse, y en ese momento supo a qué olía: era igual que la jaula de leones que había visto en Padua. Leones hambrientos, llenos de pústulas, paseando y con una mirada de locura en los ojos amarillentos.

—La enterraron junto al camino —dijo la señorita Brigstocke—. Como a una indigente. Fui a ver su tumba. Alguien la debía de querer, porque el montículo estaba cubierto de flores.

—Es demasiado tarde para llorar —replicó el reverendo. Notaba en su interior el mordisco metálico de la ira—. Ya tiene lo que quería. No hacen falta lágrimas, el ganso está desplumado.

La señorita Brigstocke dejó escapar un sollozo.

—¿Me creerá si le digo que tengo el corazón roto? Siempre he tenido que ir de un lugar a otro, toda mi vida. No ha podido ser de otra manera. Pero Mary… ¿me cree si le digo que, pese a todo, la quería?

El reverendo la miró.

—No —dijo—. No la creo.

Fue como si se ajara. Se arrebujó en el espantoso abrigo y se frotó los ojos negros húmedos.

—Adiós —dijo la señorita Brigstocke.

Se dio la vuelta y se alejó. La puerta del establecimiento crujió y se oyó el sonido de la campanilla de plata.

Cuando el reverendo Comer salió minutos más tarde, tras pagar una elevada cuenta, ya había desaparecido. En la calle solo se veía a unas cuantas personas que corrían bajo la lluvia. Llegaban tarde para comer.

*

En medio del camino de la vida, errante me encontré por selva oscura, en que la recta vía era perdida.

**

¡Socorro, por favor! ¡Le suplicamos que nos lleve a Siena!

***

«En el cielo que más su luz recibe estuve, y vi unas cosas que no puede ni sabe repetir quien de allí baja». Dante Alighieri, *Paraíso*, Canto I.

****

El nombre de ella es una flor, un ojo, una llama, la mujer, la maldición... ¡veo el vómito del fantasma! ¡El diablo te estrangule! Las almas de niños muertos. ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza! Los locos engendran locos, que engendran la locura.

*****

¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!

El soldado desconocido

1919

Por ahora, todo bien. Solo tengo que evitar llamar la atención. No hacer nada llamativo.

En Reading se oyen gritos, un alto. No es para mí. Afuera amanece un día gris y todo el mundo lleva el odio grabado en la cara. La lluvia golpea los cristales. El compartimento vacío huele a perro.

Suben dos chicas. Me pongo un poco rígido. Querrán hablar. Se sientan enfrente, se acomodan como gatas, instalan sus cosas. Y sí, la rubia me pregunta a qué hora llegamos a Paignton. A todas las chicas les gustan los soldados y esas cosas. ¿O son los marineros?

Cruzo los brazos sobre el pecho y cierro los ojos. La gente que duerme no llama la atención.

Debaten con entusiasmo sobre un tono concreto de rojo. No vale para una falda porque pierde con el tiempo. Como forro para una chaqueta formal, perfecto. Hablan un poco demasiado alto, como si buscaran un efecto que no consiguen. Sus voces se cuelan a través de la oscuridad que me envuelve los párpados, se entrelazan con el ritmo de las ruedas sobre la vía estrecha. Cuatro horas de esto. Sin prestarles atención, y luego, en casa. No sé qué me voy a encontrar. No sé qué quedará. Y la otra pregunta que me corroe, ¿seguirá él con vida? La carta tiene fecha de hace un año. La palpo a través de la tela del bolsillo. Está tan sobada que se va a romper por los pliegues.

Por lo que yo sé, es improbable que siga con vida. Por lo que yo sé, pocas personas de las que estaban vivas hace cinco años siguen con vida. Puedo ir a ver. Me coge de camino... Algo se agita, doloroso, en lo más hondo. No. No haré nada llamativo. Iré a Rawblood.

Estoy incómodo en el uniforme. Es demasiado grande. La herida del hombro protesta. El rostro del hombre cuando lo golpeé. Pálido, inocente. Gentil, con los ojos cerrados. Los miembros pesados e inertes como sacos de tierra cuando lo desnudé. Es agotador estar dentro de mi cabeza. Los pensamientos corren como conejos. Estoy seguro de que hubo un tiempo en que pude pensar.

Cuando uno finge dormir, se abre al sueño. Así que me veo suspendido al borde del abismo donde todo está a punto de saberse y todo mi cuerpo está hecho de sentido... cuando el mundo se estremece

y se sacude como un golpe en la cabeza. Algo grande, desconocido, pasa silbando, choca contra otra cosa. Nos sacudimos, somos dados agitados en una taza. Hay gritos, hay golpes. El corazón me da un salto. Una maquinaria desconocida aúlla, *ja ja jajá,* como una risa espantosa. La ilusión de que nos encontramos sobre tierra firme se ve interrumpida de manera brutal; el vagón es una caja de madera que se va a colapsar y nos aplastará dentro. Las astillas afiladas de los tablones y las esquirlas de cristal se nos clavarán en la carne, el metal caliente se retorcerá, nos envolverá mientras ardemos.

De pronto, todo queda inmóvil, el sonido se detiene. Un ligero olor a aceite quemado. El vagón se detiene en silencio.

Hemos salido de la lluvia y entrado en la luz. Los rayos de sol inundan el compartimento. El aire se anima con las espirales de polvo. Los arañazos y melladuras de los paneles de madera destacan como cicatrices. De pronto resalta cada zona desgastada y brillante de la moqueta amarilla y roja.

Mi chaqueta está en el suelo. Las chicas apartan las piernas con delicadeza, como si estuviera sucia. La vuelvo a colgar. La verdad es que está bastante sucia. Compruebo de nuevo que llevo la carta en el bolsillo. Su letra. Me resultó raro verla tras tantos años. «Lo vi todo ondeando al viento. Vi la larga nada oscura que hay más allá». Y luego, por supuesto: «De cualquier manera, esto es una despedida». Nunca pensé que habría una despedida entre nosotros.

Las chicas se protegen los ojos y hablan en susurros. La luz las ha calmado, las ha sosegado. Tienen los labios secos; la piel, pálida y frágil. Los pensamientos se les dibujan en la cara: son transparentes bajo el sol. La claridad es peligrosa. Me pongo la gorra.

Nos hemos detenido junto al mar. Al otro lado del cristal ondula la hierba alta, dorada, muerta. Casi acaricia las ventanillas sucias. Los juncos y carrizos apenas dejan ver el fino reborde de la playa, como una galleta mordisqueada. Trago saliva. El salitre se mezcla con las migas dulces en el recuerdo del paladar. La luna creciente color pardo deja lugar a la arena húmeda, olivácea, deslumbrante, una sucesión de pozas cristalinas. El sol cae sobre la bahía y se refleja en puntos de luz. El mar de acero llena el horizonte. A lo lejos, en las alturas, una gaviota grazna. El mundo es peligroso. Pero también es bello. Se me había olvidado.

Esperamos. Ensayo una expresión normal. Noto que no se me da bien. Las chicas me miran por encima de las manos con las que se

ocultan la boca. Miradas, chispas de risa. Una lleva un vestido azul oscuro, del color del que debería ser el mar, del color que es en los cuadros; pero no lo es, o no lo es aquí. La chica de todos los tonos del beis y el crema, como una foto antigua. La rubia tiene la cara de un emperador romano lascivo. Sus grandes ojos azules son como dos miniaturas pintadas en marfil.

Han juntado las cabezas y los bucles castaños se mezclan con las ondas doradas. Las manos discuten, aletean, señalan.

La chica de azul está hablando en susurros.

—Y él la lleva a sus habitaciones y la cuida, y la viste bien, oye, con sedas, oye, un vestido extranjero y está guapa por primera vez, y le pregunta «¿por qué te portas tan bien conmigo, chino?», porque nadie se había portado bien con ella.

Un alcaraván camina por la franja de arena, alza cada pata despacio, como un viejo. No se digna a prestar atención al tren, silencioso, detenido. A través de las paredes llegan otras voces de otros compartimentos, a veces inteligibles. «¡Quieto!», pide una mujer entre risas, en susurros, y luego más risas. Todo parece bien.

—Aaah, pues creo que tiene quince años —dice la chica de azul.

—No deberías ir a esas cosas indecentes —dice la del pelo rubio.

—Indecente lo serás tú. Así que se queda con él y se cogen cariño, pero un día él sale y el padre de ella entra y la encuentra en las habitaciones, y la mata porque ha estado con un amarillo.

El alcaraván se detiene, mira fijamente el mar.

—El chino vuelve y se la encuentra muerta, así que él también se viste de seda...

—Dios mío.

—... y se mata con un cuchillo. Fue genial.

—Vaya desperdicio de seda china.

—No tienes corazón.

—Anda, venga. Fúmate un cigarrillo, a ver si te calmas.

—Pues mira, sí.

Las chicas fuman. A la de azul se le empieza a notar: apenas una leve curva bajo la cintura del vestido. Se toca la curva de cuando en cuando, aunque no se da cuenta.

Me ve mirarla. Da un codazo a su amiga y se refugian en el silencio, con las manos primorosas sobre el regazo.

Ojalá siguieran hablando. No pensar es un alivio. Apoyo la cara contra el cristal, que quema de frío. El alcaraván se ha ido. El mar centellea. Me duele el hombro.

El tren se pone en marcha con un movimiento brusco, un gruñido, un traqueteo. Me golpeo la nariz contra el cristal. Las chicas dejan escapar un sonido alegre. A medida que cogemos velocidad, las vías apuntan tierra adentro y el mar se aleja, se pierde de vista al otro lado del cristal sucio. El ocaso repentino en el vagón está salpicado de arcos y destellos de rosa, amarillo y gris, como el batir de olas interminables. Me pesan los párpados. «Quémalo», me susurra alguien al oído. «Quémalo».

Soy yo, pero no soy yo. No tengo fronteras, no tengo límites. Así son los sueños.

Estoy en Rawblood, en mi antigua habitación. Cuántas veces he deseado encontrarme aquí. Pero de inmediato veo que las cosas no son como deberían. Los paneles de madera están forrados de terciopelo rojo oscuro. Junto al lavamanos hay viejos utensilios de afeitado. En la cama sin hacer se ve un camisón de dormir, cómico de puro antiguo. Los pliegues de las sábanas aún retienen el calor. El olor de otra persona durmiendo impregna el aire como el fantasma de un cuerpo grande, mohoso.

Voy hacia la ventana e intento abrir los postigos para que entre el aire fresco, para que se lleve el aire cargado. No ceden. Mis dedos resbalan como mercurio sobre ellos.

Tengo la cara caliente. La presiono contra el cristal. La luz verde de la mañana entra en la habitación.

Diviso a un hombre en la cima de la colina. Camina como si fuera el dueño de la tierra, del cielo. Los movimientos son rápidos, solícitos. El ala del sombrero le oculta los ojos en sombras.

Me pongo el sombrero, con sorpresa. Le doy vueltas para encasquetármelo bien. Miro al hombre como si pudiera llegar a él a través del cristal, del aire. Lleva un traje marrón, pintoresco, usado. El

sombrero es de fieltro, deformado, pero aún con buen uso. Le brillan las botas. El brillo frío de la cadena del reloj se le mece en el bolsillo. Va bien afeitado aparte del bigote. Tiene un rostro franco, serio. Unos ojos extraños. Verdes.

No debería estar ahí.

Se acaricia el bigote. Da una patada a una piedra, que salta. Juega con ella, se la pasa de un pie a otro, se adelanta y retrocede por la hierba. Se yergue, respira hondo, sonríe como si brillara el sol, alza la vista interrogante y se quita el sombrero.

Cuando me ve, contengo la respiración. Quedamos suspendidos, congelados, atrapados cada uno en la mirada del otro. Siseo y estoy a punto de besar el cristal. Agita el puño hacia mí y baja por la ladera, en dirección a la casa.

Bajo corriendo por las escaleras. Tengo las manos húmedas y me resbalan sobre la baranda, sobre los pestillos, sobre la madera.

Una forma menuda y decidida atraviesa el aire en el vestíbulo desierto. La golondrina describe círculos. Las alas como cuchillas dibujan arabescos y florituras. La miro un momento con estupefacción. Corta el aire con ráfagas de sonido susurrante.

Voy hacia la ventana; el serbal blanco ha florecido en gotas translúcidas contra el cristal. A lo lejos, en el cielo azul, penden nubes níveas. No hay nadie. La loma bañada por el sol es una larga curva verde, desierta. El hombre ha desaparecido. Es imposible. Las manos me piden hacer algo.

El postigo cede al final, rígido, y la ventana se abre hacia fuera con lentitud elegante. La golondrina sale y el sonido cuando pasa junto a mí es como una detonación. Sale al azul, se esfuma. Miro el lugar donde estaba el hombre. Respiro hondo. El aire es cálido.

Se ha ido. Lo encontraré en la noche. Caeré sobre él como la enfermedad.

Me despierto, tembloroso. Las náuseas me suben por la garganta. La primera vez que me pasó desperté entre gritos. Ella me está mandando sus sueños.

Las chicas se han marchado. Han pasado cosas mientras estaba sin sentido. El anochecer es frío al otro lado de la ventana. En la esquina del vagón hay un niño con las rodillas verdes y ensangrentadas, salta

en el asiento y canta al lado de una mujer con cerezas en el sombrero. La mujer me mira con gesto de desaprobación. Junto a ella hay otra mujer, delgada, de negro, que come caramelos de menta. Las lámparas proyectan una luz ambarina que bulle. En el asiento contiguo al mío hay un periódico abandonado por un viajero sigiloso al que no he visto. Tiene el olor acre de la tinta reciente.

La mujer desaprobadora le pone una mano en la espalda al niño y le chista para que calle. Tiene los dientes grandes, parduscos, las piernas separadas, los pies embutidos en zapatos recios. Lleva ropas de sarga gris muy gastada con dos botones rotos. El niño da saltos. Ella cierra los ojos cansados. Deja la mano como un pasajero sobre la espalda del niño.

—Tenía una golondrina —canturrea el crío—, que se llamaba Gripe, ¡abrí la ventana y entró la Gripe!

—Para ya. —La voz es amplia, granate.

—¡Entró la Gripe! —La mira con los ojos muy abiertos llenos de alegría.

He dormido incómodo. El hombro me duele como un recuerdo. Cojo el periódico con el brazo bueno y leo algo sobre el tabaco: «… las mujeres y las chicas jóvenes han adoptado la ropa de los hombres y ahora están adoptando sus costumbres en temas como el fumar». Vaya.

El niño se saca cuatro canicas del bolsillo y las agita con los labios apretados. Suenan como disparos, clic, clic, clic. La mujer abre los ojos.

—Si las guardas te doy una manzana —dice.

—Psssshhhhsss —dice el niño—. Hemos saltado por los aires. —Entrechoca las canicas en dirección a mí—. Estás muerto.

—Pero te tienes que comer también el corazón y las pepitas —dice la mujer—. No pienso ir a buscar una papelera.

Mordisquea la manzana como una ardilla, con la fruta muy pegada a la cara, las manos sucias, mientras me mira por encima de ella con gran interés.

Hemos entrado en un laberinto de vías y estaciones diminutas, la gente cansada sube y baja del tren. La ventana oscura nos muestra

nuestro reflejo, amarillento y monstruoso contra el espacio infinito.

Noto un tirón en el hombro y una lasitud peligrosa. Una mancha marrón brillante aparece en la manga de la camisa. Sangre.

En el lavabo la pared es de tablas de pino barnizadas *(Betty Tasker es una puta)*, hay una pastilla de jabón rosa, una lámpara que cuelga demasiado baja y proyecta una luz quirúrgica. Lo que no hay es nada para sujetarme esto. No sé qué hacer. La sensación se hace palpitante, mala cosa, estoy empapado de sangre. Huele mal.

Me quito la camisa. En el espejo sucio y rajado que cuelga sobre el lavabo, alguien me mira. Cabeza calva, piel blanca.

Me retuerzo para ver la herida. Es casi imposible verse la propia espalda por encima del hombro. Una amplia mancha de carnicería pegajosa. La sangre me baja por el brazo en regueros, se me acumula en torno al codo. Hay hilillos nuevos que se abren paso ante mis ojos por las manchas secas color óxido. Soy un mapa de sangre.

La luz parpadea. Se oye un sonido, tic tic tic, el que hacen las bombillas antes de fallar. No, por favor, ahora no. Pero ya estoy parpadeando; el espejo me muestra la sangre, el brazo, la piel erizada, el rostro demacrado, la piel resbaladiza, todo en espasmos enloquecidos, como si estuviera electrizado. La luz se va. Negrura.

La oscuridad es caliente. Debería ser un alivio porque llevo todo el día helado, pero no. Es caliente como el aliento. Me quedo donde estoy. He notado a menudo que permanecer inmóvil me saca de la crisis. La sangre me corre por el brazo. La siento como si fuera un dedo... Retrocedo y me doy contra la pared. Estoy envuelto en dolor, pero las yemas de los dedos que no tendría por qué sentir me recorren de arriba abajo, y el aliento frío me sopla en la cara. Sangre, pero también otro olor, otro olor que conozco demasiado bien, Dios mío. Abro la boca para gritar y el dedo se me mete dentro, me roza la lengua, ligero. Es un dedo normal, noto un padrastro, la dureza en la parte interior del nudillo, la callosidad de escribir mucho. Llega un momento en que detecto la suavidad del metal. Un anillo. El dedo me acaricia la cara interna de las mejillas, la lengua, la parte trasera de los dientes. Alguien respira, respira con suavidad junto a mi oreja y más dedos se me meten y me pasan lentos por el paladar, por la raíz de la lengua, se deslizan hacia la campanilla, y cuando ya no puedo respirar, caigo.

La luz zumba, parpadea. Estoy en el suelo sucio, tirado, ocupando

la totalidad del diminuto compartimento. Tengo un pie en el lavabo, en una postura que parece casi elegante. El resto de mi cuerpo yace en un charco de sangre. La herida se ha reventado. Como una boca diminuta.

Me voy levantando muy despacio. La luz deja de parpadear. Y ahí estoy, en el espejo, ensangrentado, indeseable. ¿Y ahora? No quiero pensar cuánto tiempo he estado ahí tirado, con la herida contra ese suelo. Casi noto cómo la contaminación me entra por el corte con entusiasmo. Duele, duele mucho. Eso es lo más importante. Si no me doliera tanto podría pensar con claridad. Me quito los calcetines. Doblo uno para ponérmelo sobre la herida del hombro y lo sujeto con el otro. Bien hecho, Florence Nightingale. Me siento desnudo y mojado dentro de las botas. Me lavo como puedo. No es gran cosa.

El tren palpita como un tambor. Cerezas, rodillas sucias y caramelos de menta alzan la vista un momento cuando vuelvo a entrar, luego apartan la mirada. ¿Cómo será estar en su lugar? Deben de tener amigos y familia, una vida, comerán y cenarán y… esas cosas. Mi familia está muerta. Tuve un amigo, pero se apartó de mí. Puede que también haya muerto.

—Te voy a dar una torta —dice la voz granate.

Paso las páginas del periódico, las noto blandas bajo los dedos, son como piel húmeda, grabada. Solo queda una hora o así. Respira.

—Thomas, te voy a dar una torta.

La puerta se vuelve a abrir en Tiverton. Una ráfaga helada entra en el compartimiento. Estamos erizados como una jaula de gallinas. Mantengo gacha la cabeza. «Un telegrama de París anuncia que…». Entran unas botas… «… murió ayer en Cannes». Lo huelo. Tabaco de pipa y gomina para el pelo. Y uniforme que huele a metal pulido, a lona y a jabón. Ahora sí que estoy en apuros. (Creo que tengo rango de cabo, pero no lo sé a ciencia cierta). «Por aquel entonces estaba muy influenciado por Courbet, lo que se puede ver en este retrato de cuerpo entero…». El asiento cede cuando ocupa su sitio y pego un respingo. A mi lado… «… una niña con vestido blanco con una flor en la mano».

—Un cigarrillo.

Solo me ofrece la caja a mí, así que tengo que aceptar. Asiento. Asiente. No hemos terminado. Es algo que he aprendido bien: el «nosotros» implacable de la guerra nos obliga a conocernos.

Fumamos. «Es sobre todo un maestro del color, pero también muchas más cosas. Destaca como pintor de mujeres». Noto el olor de mi sangre.

La mujer de los caramelos de menta dice algo sobre el clima. Noto que el hombre se reacomoda en el asiento, junto a mí. Cuando habla, es tan emocionante que, por un momento, lo miro. Un atisbo del cuello, la mandíbula, el cuello curtido.

—Yo llevo un año entero echando de menos mi casa —comenta —. Me dan ganas de tirarme al lago.

Las cerezas y los caramelos de menta se ríen. Lo compadecen. Creo.

—Nunca había conocido a un estadounidense —dice una.

Y se vuelve a reacomodar en el asiento. Fue espantoso sangrar en un uniforme robado. Sangrar y sudar tanto en un uniforme robado es mucho peor. Pica a morir. «Creó su propio tipo de mujer, el parisino de la “midinette” o la clase de las dependientas…».

—Se habla de la «soleada Francia» —me dice a mí—. No sé si por el clima o por las chicas, pero, como todo, es solo por comparación.

Cómo me gustaría que la gente no mirara lo que hay detrás de mí, sobre todo detrás de mí al otro lado de ese hombro. La lana se me pega a la herida. ¿Le llega el olor? Espero que me haya salido una sonrisa, no haberle enseñado los dientes. Le veo el cuello por el rabillo del ojo y tiene la carne de gallina. «… con todo el encanto que los pintores del siglo xviii atribuyeron a las damas de su época, y mucha más personalidad».

—Lo que pasa es que en Francia hace mucho más sol que en Alemania. ¡Y eso es todo!

Asiento y clavo los ojos en el periódico. «Probablemente será el veredicto…». Si no vomito, todo puede salir bien. Es importante que lo recuerde. Pero el olor… Puede que también sea por comparación. Puede que ese hombre haya visto tanta sangre que mi heridita del hombro ni siquiera dé el nivel.

—Lo que da miedo no son las cosas que pasan —sigue—. Son las cosas que podrían pasar.

Hay una vibración curiosa en el asiento. Está temblando. Me saco de los labios el cigarrillo a medio fumar y se lo paso sin levantar la cabeza. «Es probable que sea el veredicto de la posteridad...».

Le llega el olor de la sangre, seguro. Puede que no lo sepa, pero le llega. No para de temblar. El tiempo va hacia atrás de esa manera tan peculiar que tiene últimamente y por un momento la persona que tengo al lado es otro muchacho. Espero recordar el camino. Espero verlo. Espero que no se haya olvidado de mí.

No te preocupes por eso. No lo compliques. Lee. «Renoir fue el pintor de desnudos más importante de su época; sus imágenes no carecen de sensualidad, pero es una sensualidad inseparable del arte». La mujer de negro saca una bolsa de papel. Empieza a comer caramelos de limón. Pequeños, blancos. Él alza una palma para rechazar la oferta. Luego me toca a mí. El olor astringente del limón se une al de los cigarrillos. Esto no va a salir bien. Es el fin. El calor me escuece en la garganta. La marea sube.

—Oye —dice el soldado—. Estás sangrando.

Se inclina hacia mí y me mira con atención. Me veo reflejado en los ojos: flaco, sangrante, acosado. El tren va más despacio y al final se detiene. Un cartel metálico mellado. Es una parada antes de la mía, pero me bajo. Puertas, rodillas, pies arrastrados, disculpas. Me voy a toda prisa.

En tierra. Voces como bocinas que piden cosas apremiantes, silbidos que rasgan la noche. Pensaba que en el tren hacía frío, pero era idiota. Esto es un frío que te atenaza los pulmones. Me desplazo hacia atrás por el andén, hacia la pasarela. La oscuridad tiene una textura vibrante, violenta, en la que las sombras se mueven sin previo aviso.

Dos guardias bajan un cajón. Largo, estrecho, oblongo, de madera. Apilan los ataúdes en el andén con cuidado. Exhalan aire en bocanadas blancas. El conductor recoge los billetes de los ataúdes con expresión solemne. Cadáveres, tarifa de pobres. Dos chelines y seis peniques.

—¿Todo bien, amigo? —dice un guardia al conductor. Casi revienta el uniforme. Tiene el cuello ancho y ojos de granjero. Es grande y se puede permitir preocuparse por otros—. A veces es demasiado, ¿eh?

El conductor asiente, cansado.

—Yo estuve en Ypres —dice el guardia—. En la segunda. Perdí dos dedos del pie. ¡Dos dedos! Tuve suerte, pero me pasé meses temblando. Y sigo. Tuve suerte. —El conductor asiente y hace ademán de marcharse—. Dos dedos del pie —repite el guardia, y se mete las manos en los bolsillos. Silba a la noche. Busca en ese intercambio algo que no se puede dar. Esperanza, garantías de que las cosas tienen sentido. De pronto, clava los ojos en mí.

—¿Va todo bien, bombardero?

Así que soy bombardero, no cabo.

El encaje blanco de la pasarela, su peso, su temeridad al existir. Un movimiento en falso en la bajada y la gravedad casi entra en acción. Hay un rincón oscuro junto a un galpón donde estoy a salvo entre las hierbas y la grava. A solas. Qué alivio. Me oculto lo mejor que puedo y vomito. Me vacío en la tierra.

Al final, todo pasó. Respiro, todavía doblado por la cintura. Me siento tan ligero que podría flotar.

Echo gravilla sobre el vómito. El uniforme. Sería mejor librarme de él, pero lo necesito. Me quedan kilómetros hasta llegar a Rawblood. Necesito acabar con esto. Y ella me llama. La bilis me sube por la garganta, igual que la confusión. No. Respira. No lo compliques. Recuerda lo que tienes que hacer. Toco la carta que llevo en el bolsillo como si fuera un talismán. «Quémalo», me susurra papá como si fuera un secreto.

Sé que no es papá, que en realidad no es él. Las palabras no significan nada. Tengo la cabeza rota. Como un disco rayado. Lo sé bien. Pero aquí, en medio de la oscuridad, en medio del frío, me alegra oír su voz.

La niebla es densa. A lo lejos, la voz de una mujer. «Por favor», dice. «Lo siento», añade. Atravieso la nada blanca en dirección a su voz. Cuando me tropiezo con ella es repentino, pero lo esperaba. Tenía que reunirme aquí con ella. Está en el suelo, rota, retorcida, con el vestido de batista empapado. El lodo se le acumula en el borde, le sube dedos pegajosos por la falda. Los jirones de nube fría se enroscan en la luz incierta, le rozan la mejilla húmeda de lágrimas que se mezclan con la sangre de la cara. El pelo le cae hasta la espalda, dorado.

Veo al niño junto a ella. Es pequeño, moreno, muy serio. Tira con manitas diminutas, trata de levantarla. Me mira con sus ojos castaños,

intensos.

«Me parece que te has roto algo», trato de decir, y la mujer se vuelve y me ve. Lanza un grito. Es un sonido estremecido, desgarrado, lleno de terror. «No te muevas», digo, pero ya se está arrastrando, trata de alejarse de mí. Se agarra a la tierra del suelo con una mano, el otro brazo le cuelga, inútil. Se vuelve con el rostro desencajado. Avanzo hacia ella y abre la boca, grita. Es un sonido agudo y roto. Me atenaza las entrañas. El niño se echa a llorar. La mujer lo estrecha con el brazo sano. «Ven, Alonso». Lo escuda con su cuerpo, hace una mueca de desprecio. «Mi padre también tenía miedo de la niebla», digo mientras me acerco. «Y se llamaba…». Abren la boca y los dos, madre e hijo, empiezan a gritar. Y desaparecen. Ocultos en la blancura cambiante.

Busco a mi alrededor, la llamo. Aquí y allá, la luz de la tarde perfora la niebla. Oigo en ocasiones su aliento jadeante en el aire húmedo.

«Espera», le digo, «no…»

Me despierto de repente, helado, con el aire del invierno punzante en la mejilla.

El viento sopla alto en el vasto cielo. A mi alrededor, el páramo es blanco bajo la luz de la luna. No hay niebla, no hay atardecer, no hay batista húmeda. Huele a putrefacción y a pus. Miro hacia abajo y me doy cuenta de que estoy al borde, al mismo borde. No he entrado, pero casi. La ciénaga oscura y pegajosa me toca las punteras de las botas. Oigo cerca el sonido del cuchillo que golpea repetidamente la tabla de cortar. Es el sonido de mi corazón.

Aguardo. Aguardo inmóvil. La ciénaga suspira bajo mis pies. Espero a que los golpes del cuchillo se oigan menos. Luego, retrocedo centímetro a centímetro. Las suelas de las botas resbalan sobre los líquenes. Bajo el musgo hay una capa helada de turba. Y, debajo de esta, la oscuridad líquida y lenta que te absorbe.

Solo me detengo cuando noto el sendero sólido bajo los pies. Meto la mano bajo la lana ensangrentada y palpo hasta dar con los bordes doloridos y palpitantes de la herida. Me clavo el pulgar con fuerza. El aire grita cortante. Lo vuelvo a hacer, aún más fuerte, y todo se vuelve negro, espeso, dulce. No sé por cuanto tiempo. Estallan estrellas rojas. «He ido demasiado lejos», pienso vagamente en medio del estrépito.

El dolor se va aliviando en círculos concéntricos. Deja atrás un agujero roto. El agujero me traspasa, me llega a los ojos. No volveré a dormir. La luna ilumina el camino.

Los sueños me llegan cada vez más frecuentes e intensos. Ella está impaciente. No hay palabras para expresar esto, esa libertad espantosa, esa maldad, esa rabia. Ver a través de sus ojos es conocer el centro oscuro del mundo. Lo temo y lo anhelo.

Los arbustos dejan lugar al olor a heno y a estiércol. Cuando veo los primeros edificios de las tierras, paso entre ellos para ocultarme, me acerco por un lado, en diagonal. El calor de los animales en los establos, su respiración que se derrama como cascadas diminutas hacia los campos sembrados. Bajo mis pies, la escarcha está rota. Con bordes duros. Huellas de carretas, de ruedas, una bicicleta, un coche, todo fosilizado sobre la superficie de la tierra. Ya estoy cerca.

Me trabo con la marca de un casco de caballo y caigo al suelo. Me doy de bruces contra la tierra dura como el hierro. La sangre me corre caliente de la nariz a la barbilla y se me cuela por el cuello de la camisa. Rayos y rayos. Resoplo, me levanto y sigo adelante. Al mirar hacia atrás, la tierra blanca muestra las marcas negras de las huellas y la sangre bajo la luz de la luna. Adiós al sigilo.

Un edificio, bajo e irregular. Achaparrado, pegado al terreno. Arbolillos negros retorcidos a su alrededor. Las ventanas como ojos, el interior a oscuras. Claro, ¿por qué iba a haber luz a estas horas? Las paredes se mueven delicadas, ondulantes. Ya no tengo hombro, se ha ido flotando. Busco piedras por el suelo y las cojo, las noto heladas en la mano. Las lanzo contra la ventana, contra las otras ventanas. Cristal brillante, oscuro. No se asoma nadie.

Trepo por la hiedra de las viejas paredes de piedra. «Solía trepar así —pienso—. Hasta el tejado…». Los fragmentos rotos de recuerdos se superponen. No sé bien dónde estoy, mejor dicho, cuándo estoy. Me limito a trepar.

Junto a la ventana, lo pongo todo en orden. La esperanza me tensa los bordes. Doy golpecitos en el cristal. Llamo. Susurro su nombre. Vuelvo a llamar. El siguiente golpe rompe el cristal. Lo llamo con voz queda por el agujero. No es suficiente, porque no viene. Nadie viene.

—¡Sal ya!

Estoy siseando como un hervidor. Estoy gritando junto al cristal

roto. El interior oscuro sigue en silencio.

Luz de luna, blanca como un hueso, que baña la casa yerma. De pronto entiendo que todos están muertos. ¿Cómo se me había podido olvidar? Salta a la vista lo ridículo de lo que creía: que esta regla tal vez no fuera válida para algunos. Que cierta persona tal vez no estuviera muerta porque yo lo deseaba.

Todos están muertos. Sus cuerpos blancos y verdes, esperanzados, han saltado por los aires con el fuego de mortero, en pedazos, en fuentes, en partículas, en velos rojos que cubren el cielo y la tierra. Ya no quedan nombres que gritar. Él es una neblina, una miasma de sangre sobre Passchendaele. Verdún. Arrás. Cambrai. La Marne. Ya no existe. La casa está a oscuras, como otras casas.

Los fragmentos del día colisionan en mi mente como pecios a la deriva. El rostro del hombre cuando lo golpeé, pálido e inocente, los ojos cerrados. Esquirlas de cristal. Chicas y trenes y ojos espantosos clavados en mí. El sabor del vómito en el fondo de la garganta. El cielo vasto y la ciénaga a mis pies. Todo bañado en luz de luna y sangre, siempre sangre. Mi cabeza es un lugar espantoso.

No puedo agarrarme más. Las ramas frías se me escapan entre los dedos. Caigo. Ráfagas de aire frío. Está muerto. Choco contra el suelo.

Está sentada en la silla, ante la chimenea de mi habitación. Ahora parece tranquila, recortada contra las llamas. Lleva el pelo rubio recogido en la nuca. Contempla el fuego y acaricia con un dedo el brocado de la silla. No le veo la cara. La luz le baila en la línea de la barbilla. ¿En qué está pensando? Está en mi cuarto, pero no me importa. ¿Y el niño? La añoranza me desborda y no sé por qué. ¿Dónde está el niño?

«Siento haberte asustado», le digo. Se vuelve y sus ojos son bayas blancas de muérdago. Saca el atizador de las brasas.

—No te acerques a él —dice.

La punta es naranja, caliente. Me acerco a ella con pasos ligeros como un gato.

Ruidos, movimiento, voces. Un haz de luz recorre el patio como un faro. Un motor arranca. Me obligo a levantarme y me pongo contra la pared del edificio. La luz se derrama por el patio, viene del granero. Veo figuras que la cruzan, concentradas. Alguien llama a alguien. Tres hombres, un camión.

Él está ante la puerta del granero. Es una silueta erguida, recortada contra la luz. La voz familiar se alza tensa como una cuerda.

—No —dice—. No puede ser. —Y añade algo más.

El granero. No se me ocurrió mirar ahí.

—Pues echa un vistazo —dice uno de los hombres.

Voz pausada, tono cálido, amable. Sacan algo largo y pesado de la trasera del camión, lo meten en el granero entre resoplidos y traspiés.

Me acerco más. La noche oscura se estremece. El olor a limones lo impregna todo. Si me encuentran, los morderé hasta que corra la sangre como de un melocotón agujereado.

Tres voces, cuatro, se superponen. La más conocida suena aguda, discute. Las palabras llegan rápidas como la lluvia, luego lentas.

—Como queráis —dice la voz pausada.

Llegan a un acuerdo. Un sonido de algo que se rasga. Madera contra madera, un motor que cobra vida. Un golpe, una voz. «Venga, ¡ya!». El sonido del motor se pierde a lo lejos. Durante largo rato no me muevo. Observo el granero que se alza contra el cielo púrpura.

Un largo haz de luz se abre camino como un sendero en la noche. Lo sigo. Noto el empedrado resbaladizo bajo los pies. El olor de la madrugada impregna la oscuridad.

La puerta del granero está entreabierta. Una lámpara pende sobre una viga, proyecta un círculo de luz amarilla. Olor a heno por doquier. Él está sentado junto a la caja larga de pino. Una caja sucia de mucho viaje, mojada. La tapa del ataúd está apartada a un lado. Él mira el interior. Su rostro es extraño, reluciente.

Es diferente. Las manos son morenas, veloces. Eso es correcto. Pero tiene la mejilla llena de cicatrices como afluentes de un río. Recientes, costuras blancas. Su pelo es igual que cuando éramos niños, oscuro, revuelto. La palma de mi mano lo recuerda. Tiene los ojos azules, blancos, pero con heridas debajo, sombras purpúreas que no recuerdo.

Tom Gilmore. Diferente, pero no está muerto, no. Los miro: Tom, el ataúd, envueltos en la luz cálida y crujiente.

Podría entrar. Podría sentarme a su lado. Podría poner mis manos en las suyas. Podría meter los dedos bajo el cuello abierto de su camisa y sentir en la palma el corazón cálido y palpitante, y preguntarle: «¿Quién descansa en ese ataúd? ¿A quién lloras?». Respondiera lo que respondiera, le rodearía los hombros con el brazo, sentiría su calor contra el costado. «Nos iremos —le diría—. Lo dejaremos todo. Viviremos junto al mar, donde no haya gente, solo gaviotas y el sol».

Una cabeza cálida y peluda me roza la palma de la mano. La sorpresa me hace saltar. Una cola se agita en la oscuridad como una espada. El perro me sonríe, los dientes blancos enmarcan la lengua rosada. El aliento caliente, la caricia áspera cuando me lame la mano. Lanza un ladrido agudo, amistoso.

Tom me está mirando. Nuestros ojos se encuentran en la oscuridad. Retrocede, luego grita. Se arrastra de espaldas por el heno. Una mirada hostil. No me reconoce.

Me muevo tambaleante por el patio helado de la granja, entre sangre, temblores. Huyo hacia las colinas oscuras del sudoeste, a mi hogar. No debí venir. No sé qué pensaba que iba a pasar. Lo que dijo en la carta, lo dijo en serio. Era una despedida. Me ha olvidado.

Me parece oír su voz, «Iris». Pero no me detengo, no me vuelvo. Corro.

Al amanecer, subo a la cima de la última colina, miro hacia el sudoeste. La ladera es empinada, he subido casi en paralelo a la tierra. Me invade una rabia feliz, vibrante. «Ya voy —le digo a ella—. Ya me has hostigado suficiente. Ven a por mí». Asciendo entre matorrales helados. Noto mi aliento ardiente, sabe bien. Y aflora esa idea testaruda de que quizá, quizá, ella no podrá conmigo. Earlswood no pudo conmigo, Goodman no pudo conmigo. Tal vez sea yo quien acabe con ella. La verdad es que no importa. Sea como sea, esto va a terminar.

Sigo adelante, con los dedos doloridos y desesperados, como si la gravedad se hubiera recalibrado. Y ya he llegado a la cima.

El valle es una bandeja de peltre. Las ramas del cedro se extienden amplias. Las esquirlas de cristal se alejan, brillantes como reverberaciones.

Rawblood adopta formas fantásticas contra el cielo. Las chimeneas se alzan como señales a la luz naciente. Un tejado amplio,

iluminado por la luz del amanecer. Las ventanas ascienden en desorden, los cristales emplomados brillan. La gran puerta tachonada aún está entre las sombras. Algo se mueve entre la casa y yo, una tensión de ligamentos y recuerdos, un aroma, un deseo. Es inútil, es redundante describir lo que es volver a casa.

He entrado en la cocina y ahí está él, limpiando los cuchillos. La pomada rosa y el paño se mueven de arriba abajo, la luz gris le roza la cara, le da un aspecto solemne, hermoso. La caja de terciopelo rojo con las hileras prietas: metal brillante, mangos de marfil del color de la mantequilla. La forma de sus piernas bajo el delantal basto y sucio, la suciedad atrapada bajo la uña del índice, un mechón de pelo rojizo que le cae sobre un párpado entrecerrado.

—Robert —digo, y se vuelve. El cuchillo centellea y cae al suelo como un pez en picado. El sonido del metal contra el suelo de piedra.

—Señora —dice, frío, y se inclina—. ¿En qué puedo servirla?

Coge el cuchillo entre dos dedos desdeñosos. Apenas tiene unos años menos que yo.

—Me apetece un poco de melaza —digo.

Asiente y se dirige a la despensa. Me la como del bote, de pie junto a la mesa bien fregada. Vuelve a darme la espalda y mueve el trapo, los cuchillos tintinean al chocar entre ellos. Durante un tiempo, no decimos nada. Le miro el pelo que le cae sobre el cuello encorvado, los rizos contra la camisa. La melaza gira, caliente, densa, en la cuchara. Se me extiende dulce por la lengua.

—Una vez, cuando era niña, me comí un trozo de cuero de un zapato —digo—. Tuve que mascarlo durante horas y me manchó toda la boca de marrón. No fue buena idea. Luego, durante muchos días, tuve dolores y vi luces. Fue el tinte o algo que le pusieron para curtirlo, estuve muy enferma, pero no lo lamenté. Solo quería más. A veces también lamía la lana de las ovejas. Por la grasa. Habría hecho lo que fuera. Tenía tanta hambre… Nunca había suficiente para comer.

Le veo la espalda erguida, pero noto que se relaja, noto que emana calidez. El aire está impregnado con el olor a cera del pulimento para los cuchillos.

—No recuerdo otra cosa —sigo—. Hambre, dolor. Nunca sentí nada más antes de venir aquí. ¿Dónde están, Robert? Los demás.

Se vuelve un poco hacia mí y veo que se muerde el labio un instante antes de responder.

—Recogiendo bayas —dice—. Imagino.

—Grosellas. Tan adentrado el verano, deben de ser uvas espinas.

Se encoge de hombros.

—Cualquiera diría que esto es un verano. —Hace una pausa—. Viene lluvia. No tardará.

Clinc, hace un cuchillo en su prisión de terciopelo.

—Pero todavía no —digo.

Me acerco a él y le toco la parte trasera del cuello con la yema del dedo. Por un momento, se inclina como un arce, como si el leve contacto lo estuviera empujando. Luego se vuelve y me mira y… bueno. Seguimos.

Su boca es dulce y se pega a mí como la melaza. El tiempo transcurre de otra manera, curvo. Es como la luz del sol, como agarrar puñados de lodo; como un ovillo de cordel que tiras por un barranco, cae rebotando mientras se desenrolla. Me acaricia con dedos el montículo del vientre; entrelazo los dedos detrás de su cuello. Le cojo unas hebras de pelo rojizo y tiro. Deja escapar un gruñido de dolor. Me guardo los cabellos en el bolsillo del vestido.

Cuando todo termina me besa y besa el barril tenso que cargo delante.

—Eres como una ciruela —dice—. Deberíamos estar juntos. —La acaricia con la palma de la mano, la detiene sobre ella—. Ojalá fuera mía —dice—. Ojalá fuerais mías las dos. No suyas. —Mira el techo de la cocina con los ojos ambarinos.

—Ah, cariño, ojalá —digo.

Resulta que a Robert le gusta mostrarse romántico.

—Esta noche —dice—. Ven.

Tiene el cuello de la camisa abierto, le veo la piel color crema. Asiento. Afuera, la lluvia empieza a caer sobre la tierra.

Me lavo en la luz grisácea de la trascocina. El agua fría me

despeja la mente. Mi corazón acelerado guarda silencio, y solo guarda silencio después, tras el acto.

Mis faldas apenas han rozado el suelo de nuevo cuando entra Chloe, afanosa. Lleva los pliegues del delantal blanco llenos de esferas verdes, claras y luminosas, que se agitan con cada paso. La saludo con un ademán de la cabeza y ella pasea la vista por la cocina, nos mira a Robert y a mí. Le sostengo la mirada de los grandes ojos azules. La sigo mirando como una serpiente hasta que se estremece. Baja la vista y hace una leve inclinación. Las uvas espinas tiemblan en el delantal.

—Señora.

—Mucho cuidado, Chloe —digo.

Paso de largo junto a ella y casi choco contra Shakes, que no alza los ojos ciegos. Sus movimientos son delicados y cautelosos como las patas de un gato. Da golpecitos con el bastón. En la cocina se oye el sonido de sierra del cuchillo del pan. Masculla algo entre encías.

No digo nada. Le dejo sitio de sobra y hago una mueca silenciosa al pasar junto a él, mostrándole los dientes. Vuelve un poco la cabeza como si le llegara un perfume esquivo. No le hacen falta los ojos ulcerados; sabe cosas sobre mí.

En el pasadizo, me apoyo contra la pared, y la noto fría y arcillosa contra la espalda. Alzo el rostro hacia el cielo. Estoy abatida.

Cuando llega, el aliento frío es una caricia en la piel del cuello. Un toque helado que desaparece al instante. Veo por el rabillo del ojo algo blanco y monstruoso que se desliza, se desliza. Me doy la vuelta. La falda húmeda azota la pared.

Todo está en silencio. Estoy a solas con mi respiración. Pero mi carne recuerda el paso de la mujer. Me arde con el beso frío, conocido.

—Vamos —la azuzo—. Sabes que no te tengo miedo.

Pero se ha ido, o me la he imaginado.

En la tranquilidad del dormitorio, me saco del bolsillo el pelo que le he arrancado a Robert. Es rojo vivo, como el mío. Elijo bien. Abro el cajón con la llavecita que llevo colgada del cuello. Pongo los objetos necesarios en el orden necesario sobre el mármol del tocador. Los voy tocando uno a uno con la palabra de poder.

Las hebras rojas brillan en el plato negro que en realidad es una piedra negra cóncava. Añado sangre de mi pulgar y tierra del cementerio. Añado una pluma de cuervo y un trozo de tela manchado de sangre vieja. La mía. La sangre más triste. Sangre de parto sin hijo. En el último sangré mucho.

Todo desaparece con un chisporroteo rápido y en el plato solo quedan cenizas pegajosas.

Digo las palabras que tengo que decir y limpio la piedra a lametones. La sangre y las cenizas me dejan un sabor frío en la boca. Estoy cansada, llena de dudas.

Voy a buscar a mi oso.

Abro con sigilo la puerta de su despacho. Mi oso triste, mi bestia imponente. Está sentado tras el escritorio como un monumento, con el rostro inclinado sobre una página. El abrecartas refleja la luz, brilla como un estilete. La bolsita de cuero está sobre el escritorio, siempre a mano, como siempre. El sonido de la pluma es bello, como el de ratones en el rodapié. Mirarlo me produce una sensación fiera: veo el momento en que se sobresalta y me mira, cuando se le llenan los ojos de mí, dos jarras de vino que se llenan. Voy hacia él y él nos toca. Dentro de mí, mi durmiente se despereza y le devuelve el contacto a través de la pared de carne. Hoy ha recibido muchas caricias, noto su placer.

—Cada vez —dice Alonso—. Cada vez es un milagro. Por eso no se puede decir nada nuevo de estas cosas.

Noto su mano cálida. El olor del cuero gastado. No quiero pensar en «cada vez».

—Siempre leyendo —digo. Me siento liviana y por el momento dejo el sable envainado—. ¿El qué?

Pero lo veo, claro. El diario sobre el escritorio. Ese hombre. Mi hermano, al menos sobre el papel. Nunca se fue del todo, siempre presente, como una mosca posada en el rabillo del ojo. Nos tocamos el uno al otro en la muerte. No es suficiente para zanjar todos los años que me dejó sola. El veneno me sube por la garganta. Alonso ve mi expresión.

—Es el único motivo de que fuera a buscarte —dice—. A aquella granja. Porque lo escribió. Me lo pidió. No lo odies tanto.

—¡Ya lo sé! —exclamo—. Siempre cumples con tu deber. Hasta el punto de que te casaste conmigo, ¡qué devoción!

Lo digo con toda la intención de hacerle daño. ¿Cómo hemos llegado a esto? El rencor se me clava como un filo. Hubo un momento en que fuimos felices.

Cuando llegué a Rawblood era una niña de quince años. Alonso acudió a casa de los Bantry como un enorme halcón, me sacó de mi antigua vida y me llevó a la nueva. Fue una inmersión salvaje, repentina. Rawblood era un sueño. Yo nunca había conocido nada más grande que las chozas de Grismtock. La sola existencia de Rawblood era un milagro. Estos techos altos, habitación tras habitación, una sucesión de ellas que parece perpetua. Tantos pasadizos y puertecillas. Yo era una cosita minúscula, a menudo perdida allí. Me deslizaba entre las grietas. Ahora la casa me envuelve como un guante. Encajo en la piedra, en el cemento. Rawblood, mi casa, mi sangre. Mi vida empezó aquí. Lo que tenía antes no se puede llamar vida.

Aquí murió mi hermano. Pero lo que sentí cuando vi la casa por primera vez desde la cima de la colina, gris y dorada a la luz de poniente, fue envidia. Envidia porque él la había visto antes que yo.

Traje de vuelta a los criados. No soportaba imaginarme a Alonso solo cuando yo estaba lejos, en el colegio. Y a un pajarillo hambriento de Grimstock le parecía maravilloso tener criados. Un poco de tiza, una pluma, un sapo enterrado en el jardín. Fácil. La gente olvida todo lo malo si se lo pides bien. Lo cierto es que quieren olvidar.

El colegio… un espanto inimaginable. Me escapé de todos y cada uno. Alonso fingía que le molestaba, pero no. Me echaba de menos. Siempre le estaba pidiendo que se casara conmigo, pero pasaron muchos años antes de que me escuchara. Solo me dijo que sí la noche de los iris.

Fuimos felices por un tiempo. Luego llegaron los otros tiempos: dolor como cuchilladas, pérdidas, las paredes blancas de la habitación de convalecencia, todas esas cosas pequeñas, tristes. La pérdida antes de que respiraran por primera vez. El dolor es una bestia extraña. Vive dentro de uno como un gusano, se enrosca y desenrosca a voluntad. Lo llevo donde quiera que voy. En su corazón están mis recuerdos de esos tres cuerpos diminutos envueltos en lino. Cada vez pensé que eran fuertes, cada vez no pude conservarlos dentro el tiempo suficiente. Caritas blancas como la cera, demasiado perfectas para vivir. Tumbas sin lápida. No sé dónde. Sí, una vez fuimos felices, pero ahora en el rostro de Alonso solo veo a mis hijos muertos.

Tres veces me ha abrazado Alonso los días y las noches que siguieron, me cepilló el pelo cuando yo no podía, me alimentó con caldo cucharada tras dolorosa cucharada. Me enfrenté a él, lo mordí, lloré a veces. Nunca le diré cuánto necesitaba en esos momentos los grandes árboles de sus brazos en torno a mí, su rostro áspero contra el mío. Nunca permitiré que sepa que todo lo que hay ahora entre nosotros está teñido por esos momentos: una gota de tinta negra que se extiende por el agua cristalina. Si lo supiera, sería un pez varado, vientre arriba, en una playa extraña.

Pongo la mano en el hombro grande, una ofrenda de paz. Juguetea con mi dedo meñique, con los párpados caídos sobre las lámparas de los ojos.

—Tienes la falda mojada, mi amor —dice.

—He estado caminando por la hierba —respondo—. Bajo la lluvia.

No sería raro en mí. Le oculto dos secretos a mi marido: Robert y el otro, claro. Ella.

Nunca sé qué sabe Alonso, o qué deja de saber.

—¿Recuerdas aquella noche? —Me apresuro a decir, y lo rozo con los labios—. Me había vuelto a escapar de aquel colegio…

—Sí —responde, seco—. Intenté hacer lo correcto, pero contigo no hubo manera.

—Fui a tu club en St Martin’s Lane. Hice a pie el camino entre Kent y Londres.

—Te vi por la ventana. Había mucha niebla —dice; un sentimiento viejo le pasa por la cara como el viento entre las ramas de un roble. Alonso tiene miedo de la niebla—. El portero no te dejó entrar. Lo habría matado. Dejarte así…

—Pero esperé.

—Esperaste. Descalza, al pie de una farola.

—Te llevé flores. «Los iris se están abriendo en Kent», te dije.

Bailamos la melodía familiar. En esta historia, nos iluminan las luces del teatro. La oscuridad queda fuera.

—Eran poco más que tallos mojados —dice, como corresponde.

—Los pétalos se ajaron por el camino. Me pasé andando toda la noche y parte del día.

—Yo nunca había visto nada tan bonito como aquellos tallos mustios. En aquel momento me habría podido morir. Eras una visión de otro mundo.

Noto la mano larga, ligera, sobre mi rostro, como una polilla. Respiro contra la palma.

—Si me dieran a elegir cómo quiero morir… —Me siento en su rodilla—. Querría que fuera por tu mano.

—¿De veras?

—Sí. Piénsalo. La unión perfecta.

—Lo haría deprisa. —dice—. Así.

Rompe la pluma en dos. El sonido me atraviesa como un latigazo.

—Pero mirándome. A los ojos, siempre. Sería clásico y terrible como un cuadro de Waterhouse.

La tos seca de su risa.

—Mi Meg —dice—. Nunca tendrías un aspecto tan vulgar.

—¿Cómo te atreves? Waterhouse es atrevido. Será vulgar el año que viene.

Sonrío y le echo los brazos al cuello, y volvemos a estar contenidos el uno en el otro.

Es la coreografía de nuestro amor. Es la verdad y al mismo tiempo no lo es. Pero nunca sé qué sabe o qué no sabe Alonso.

Respira junto a mi cuello.

—Lirios —dice—. Vayas a donde vayas, dejas atrás aroma a lirios, como un fantasma.

¿Qué me haría si supiera lo que pienso, lo que planeo? ¿Me paralizaría con su mirada de caoba, me diría algo que me dejaría marcada para el resto de mi vida antes de echarme? ¿Cogería el abrecartas del escritorio y me lo clavaría con precisión en el corazón? ¿Se encogería de hombros y volvería a concentrarse en el libro? Esto último sería lo peor.

Es más de medianoche cuando dejo a Alonso dormido, una duna tranquila en la cama oscura. Se ha levantado viento. Afuera, todo se estremece y susurra. Aquí todo está en calma. Solo se oye el sonido de mis pasos en los peldaños cuando bajo descalza, en las losas de piedra. Voy pensando «ahora la voy a ver». Busco su rostro blanco en las sombras, tras las puertas. Me detengo un momento antes de cruzar el salón lleno de ecos. Aguardo su beso. Pero la casa está inerte, distante. El aire solo es aire en la noche. Estoy sola.

El salón rojo es cálido, las brasas brillan en la chimenea. Robert está acuclillado ante ellas, las alimenta con musgo seco, con ramitas y astillas. Alza la vista y sonríe, luego vuelve a concentrarse en su tarea.

Me siento en la otomana y lo miro. El fuego le da un aura luminosa. Poco a poco, las llamas verdosas suben, chisporrotean, llega el aroma de la madera de manzano.

Se sienta a mi lado con delicadeza y me rodea los hombros con el brazo. El fuego canta.

—Lo digo en serio, Meg —dice—. Aquí te vas a marchitar. —No me ha llamado «señora», por suerte—. Lo sé. Créeme, lo sé.

—No —digo.

Rawblood no me va a marchitar. Pero Robert está ansioso, suplicante, una estatua de alabastro a la luz de las llamas.

—Piensa en el bebé —digo. Pongo la mano en la redondez tensa de mi vientre—. Piensa, ¿qué haríamos?

—Yo me ocuparía de todo —dice. Duda, pero me mira a los ojos —. Cuidaría de ti. No tendrías todo esto, claro. ¿Es lo que te retiene aquí, todo esto? —Hace un ademán airado que abarca la estancia, donde la oscuridad oculta el similor, el terciopelo, los tapices de Aubusson, los relojes de oro—. ¿Es porque no quieres ser la mujer de un mayordomo?

No puedo contener la risa. No hace tanto que me comí un zapato de cuero.

—Mejor la amante de un mayordomo —digo—. Estoy casada. Llevo dieciséis años. Y de noche es fácil hablar. El día nos muestra los problemas.

—Entonces, solo te diré una cosa —responde—. Si tienes intención de pasar el resto de tu vida aquí, vuelve a la cama. No volveré a mencionar el tema. Buscaré trabajo en otro lugar. No me faltará.

Me mira, sacude la cabeza, chasquea la lengua con tristeza.

—Ven aquí —le digo.

Me arrodillo y le quito las medias. Le acaricio el empeine de huesos finos, el talón, le caldeo la piel con la mano. Le mordisqueo una uña, juguetona. Cuando se distrae, me saco la uña de la boca y me la guardo en el bolsillo.

—No deberías estar con él —dice Robert—. Intentó matarme cuando no era más que un niño.

Lo miro con desconfianza.

—Se negó a tratarme —insiste—. Me había envenenado. Mi hermano Henry vino a suplicarle que me tratara. Nos echó. Tuve suerte y tu hermano me salvó.

—No quiero que hablemos de Alonso.

—Sabes que eran pervertidos —dice Robert—. Los dos.

Le clavo la mirada de bruja. «No eres digno de lamer sus botas». Baja la vista y se mira el regazo como un niño asustado.

—Perdóname —digo a toda prisa—. Tengo tanto miedo…

Hablo con palabras bonitas, inútiles. No puedo perderlo ahora. Se recupera enseguida. Cree que juega con ventaja. Es muy guapo, y he tenido buen cuidado de aparentar que estoy loca por él.

Cuando Robert se va, quemo la uña con mi sangre y una ramita de romero que aromatiza el aire. Me como las cenizas. Me siento en las sombras cada vez más largas.

Nada más poner los ojos en Alonso y en Rawblood, me enamoré de ambos; de esos dos animales gigantescos, retumbantes, con sus sonidos y peculiaridades, su piel gruesa de piedra. Cuando los conocí, estaban en ruinas, igual que yo. Pero conseguí que los tres sanáramos.

En algún momento del camino nos perdimos el uno al otro, pero lo puedo volver a hacer. Volveré a sanarnos. A Alonso, a Rawblood, a mí.

Tardo un tiempo en advertir el sonido al otro lado de la puerta del salón rojo. Bajo, pesado, en cierto modo susurrante. La imagen que me viene a la cabeza son unas faldas amplias, pesadas, que se arrastran por el pasillo, contra las losas rugosas. Hay un murmullo muy lejano, el sonido de la piedra contra la piedra. Un momento de silencio, luego más. Un crujido, casi inaudible, de botas de cuero. Ella se detiene a la entrada del salón. Clavo los ojos en la puerta. Al otro lado, algo acaricia la madera, hay un chasquido suave de uñas contra el picaporte de metal. Se oye de nuevo el murmullo, de pronto más alto, más largo, que se cuela en la habitación donde me encuentro. Tiene la boca pegada al agujero de la cerradura. «Ven», le digo en silencio. Su aliento invade la estancia, ligero, frío. El sonido de la piedra contra la piedra. Noto cómo espera, blanca y muerta, al otro lado de la puerta de roble. «Ven».

El golpe contra la madera es como un trueno. Las bisagras se estremecen, la madera cruje ante su fuerza. Su voz me llena los oídos, vasta y angustiada, con palabras en el lenguaje de los edificios en ruinas, de los huesos rotos, del pesar y la pérdida. Todo su dolor viaja por el aire como una niebla, me arrolla, me entra en la carne. Me deja temblando.

Se hace un silencio denso.

—Ven, por favor —digo. Las lágrimas me corren por las mejillas, regueros de sal—. No tienes que cargar con ello sola.

Pero se ha ido. El salón rojo recupera su forma; el fuego se ha apagado en la chimenea. El viento azota las ventanas y ruge en el exterior. Estoy desconsolada, temblorosa. No volveré a entrar en calor. Mi durmiente da patadas. Sus puñitos, sus piececitos, me golpean desde dentro.

—Shhh —le digo. La acaricio—. Shhh, Iris. Nunca me iré de Rawblood. Crece, descansa. Todo va a ir bien. —Sí, irá bien.

Afuera, en la oscuridad, ella está caminando.

A ella le gusta el fuego aunque no puede entrar en calor. El fuego atrae al viajero solitario. La vi por primera vez en lo peor del invierno. Ya conocía las historias, pero la verdad superaba a todo lo imaginable.

Me encontraba sola ante la gran chimenea, tan enorme que en ella cabía un carruaje. Las llamas ardían altas. El salón se alzaba imponente a mi alrededor. Alonso estaba en la cama.

Sabía que volvía a estar encinta. Era la cuarta vez. No sabía si iba a poder resistirlo: la esperanza, la crisis, los meses siguientes en un pozo de negrura. Sabía que era una niña. Había leído cosas espantosas en el fuego rojo. Estaba sola, sola.

Alcé la vista y vi los fantasmas de las llamas que bailaban en ellas. Y, detrás, había un rostro blanco y muerto, a centímetros del mío. La sensación que me recorrió fue mucho más intensa que nada que hubiera conocido. No basta con decir que fue miedo. Me sentí caer en el vacío, con todos los órganos preparados para el impacto contra las rocas. Era un viento que agitaba las raíces más profundas del alma, esas que jamás deberían tocarse. Sus ojos negros de cadáver se clavaron en mí como agujeros en el mundo. Su carne era queso viejo, blanco. Las cicatrices de la cabeza destacaban como valles de rebordes grises a la luz titubeante. Nunca había visto nada tan espantoso. «Tú eres lo que vi en el agua, hace muchos años...», traté de decir.

Los ojos negros se abrieron más y en su interior vi eones. Las fauces se abrieron también, los labios blancos descarnados se separaron como una rasgadura en un papel. Entre ellos, el dolor negro de la nada, la nada, largos años de nada. Se oyó un sonido como de piedra contra piedra, y el pesar era tan denso que tenía sabor, me llenó la boca como lana amarga. Abrió la boca aún más y tendió la mano hacia mí como un trozo de madera de pecio para tocarme el corazón, el vientre, la curva suave en el centro de mi ser. En ese

momento, grité. Me iba a arrastrar a su interior, dentro de ella, a la inmensidad de dolor vacío. La zarpa se aproximó, los dedos eran como palillos frágiles. Y, de pronto, se detuvo. Los dedos blancos se agitaron. Y se apartó. Se quedó impasible, con los ojos oscuros muertos e ilegibles.

Sentí que algo se agitaba en mi interior. Puse una mano sobre el vientre. No había error posible. El golpe delicado llegó de nuevo, un movimiento largo y perezoso, satisfecho. Una manita se abrió para tocar el cascarón blanco que tenía delante. Mi dormilona se movió por primera vez.

Nos miramos la una a la otra, la viva y la muerta. Lo recordaré el resto de mi vida. ¿Cómo se suele decir? «Los iguales se atraen». He visto en ella las marcas de la crueldad. No sé qué es ni de dónde ha salido. Pero ha sido utilizada de manera brutal, mucho más allá de lo que puede soportar una persona y seguir con vida.

Puedo creerme sin problemas que sea el fin para los que la ven, porque verla a ella es conocer el vacío. Pero ya conocí el vacío cuando era muy niña. En Grimstock me llamaron bruja, y Samuel Bantry trató a la bruja como creía que se merecía. La mano pesada en la nuca, el heno contra mi cara. El sonido del cinturón al soltarse de la hebilla. Me llamó bruja. Me convirtió en bruja.

En esa mirada que nos intercambiamos, nos conocimos y nos aceptamos. Algo cambió. Hay algo de mí dentro de ella. En esa mirada, pasó a cargar con mi dolor, y yo con el suyo.

Entonces fue cuando se me ocurrió. Supe lo que tenía que hacer y cómo salvarnos.

Hacía muchos años, en el valle, en primavera, había preguntado: «¿Quién me va a ayudar?». Y la vi a ella. Así que el agua me había dicho la verdad. Iris vendrá a este mundo gracias a ella, que camina pavorosa en medio del dolor. Así que la busco en los pasillos desiertos. Alzo la mejilla en las noches de tormenta a la espera de su contacto. Siempre escucho para oír su voz muerta, como la piedra al machacar la piedra. Mi salvadora fantasmal, mi niño de los azotes.

Esa noche, por primera vez, fui en busca de Robert.

Chloe me está cepillando el pelo. Me veo el rostro lechoso y demacrado en el espejo. Las sedas susurran fuera de mi campo de visión. Eliza está preparando la ropa, globos inmensos de tejido para envolver mi cuerpo bulboso.

Chloe está enfadada, pero rebosa ternura, se le escapa por las yemas de los dedos y me entra en el pelo. Esa ternura no está dirigida a mí, pero la recibo, y me siento agradecida por los movimientos suaves del cepillo, por la silueta esbelta de la chica que se refleja, sólida, a mi lado, por su belleza azul, negra y crema (es muy hermosa y eso me reconforta), por el contacto de sus dedos hábiles.

—No se mueva tanto. —Chloe sacude la cabeza, los mechones negros brillantes. Es incapaz de llevar el pelo bien recogido—. Señora —se apresura a añadir.

—Sin tirones —digo—, o te tiro del pelo yo.

Veo en el espejo que Chloe se pone blanca y se muerde el labio. Me tiene miedo. Es lista. El Ojo me asalta con fuerza, como me pasa a menudo últimamente, y veo que se encuentra en el mismo estado que yo. Me parece que aún no lo sabe.

Cuando lo noto, les pido que salgan.

—Tengo que descansar —digo.

Se van.

Va a ser hoy. Hoy, todo se decidirá. No puede ser entre cuatro paredes, ni siquiera las paredes de Rawblood. Sé cuál es el lugar donde tengo que estar para esto, y no es aquí. De modo que, cuando los pasos de Chloe y Eliza se han alejado en el silencio del pasillo, levanto del taburete mi cuerpo hinchado. Tengo el camisón empapado. El taburete también lo está. Me imagino que se darán cuenta, pero para entonces ya estaré lejos. El mundo es gris y denso. Siento que se acerca el crepúsculo. Me cubre la piel como si fuera amor.

Bajo por las escaleras, recorro los pasadizos traseros. Me llegan desde abajo los sonidos de la cena de los criados. Una voz entona una canción y acaba en risas. Paso junto al estudio que vibra con la presencia de Alonso y entro en el salón amarillo, donde aún no se ha encendido la chimenea, donde está la ventana con el pestillo suelto. Salgo como puedo a la tarde que se va convirtiendo en noche, al aire. La hierba es una alfombra fresca. Me quito los zapatos. En la cima de la colina, las bayas de serbal son gritos rojos contra el marrón. Estoy perlada de sudor, irritada por el algodón. El aire es caliente, espantoso. Pero la cueva será fresca. Qué pesada me siento. Llevo ante mí un pequeño mundo, lleno de carne y movimiento. Sí, ya viene. La cueva está muy lejos. Empieza el dolor, la orquesta afina los

instrumentos.

Para cuando llego al pie de Sheepstor, todo mi ser canta con voz alta, sana. Los colores son intercambiables. Me detengo y vomito bajo el cielo sombrío de la noche. Un momento más, le digo, solo un momento más. La lluvia empieza a caer en gotas frías, gruesas. Los truenos retumban en el cielo a lo lejos. Pronto se irá toda la luz. Trepo. De pronto, todo queda a oscuras, como el interior de una carbonera. Parpadeo, pero no sirve de nada. Estoy ciega. Es la oscuridad vieja, familiar, pero esta vez será diferente. Camino mientras presto atención al tumulto en mi interior. Piso con seguridad. Noto el aliento de ella, de la otra, sobre mí. Es frío incluso en medio de este frío.

Pierdo la noción del tiempo. ¿Cuánto llevo caminando? Ya no noto hierba bajo los pies; el suelo es seco, arenoso. Me llega, no sé de dónde, un aroma dulce, oscuro. Comprendo con cierto alivio que no estoy donde pensaba, en el páramo, con el vientre pesado y asaltada por el dolor. Todo eso ha desaparecido... la lluvia, el viento cortante.

Abro los ojos y me encuentro con el camino delante de mí. La noche es dulce y yo soy joven, liviana, camino por los senderos de Kent hacia Londres. Mis pies, la carretera negra. La eglanteria crece en los márgenes y la noche se impregna de su olor. (Entonces dije que era rosa mosqueta, pero ¿qué sabía yo?). Solo puedo pensar en la cara de Alonso. La veo en la oscuridad. Cuando se aproximan carruajes o caballos, con sus lámparas titilantes, me escondo. No soy idiota. He perdido los zapatos, pero tampoco me importa. Tengo los pies duros y soy fuerte.

La caminata no me parece tan larga. El tiempo se mueve a trompicones hasta que me encuentro descalza ante el club Chandos. Pero debo de estar cansada, porque veo una película fina por encima de todo. Los muros y el cielo de Londres tienen un brillo ultraterreno. Hablo con el portero, cuyas papadas carnosas albergan secretos entre sus pliegues. Me corta el paso. Me quedo de pie, en la calle, y contemplo la ventana iluminada donde está él, y es como si se me fundiera el cuerpo. Cada minuto pasa como una tortura. Creo que no lo voy a resistir, pero, de pronto, ahí está Alonso. Su enorme silueta llena el marco de la puerta, bloquea la luz turbia. Cruza la calle apresurado. Quedamos el uno frente al otro como adversarios.

—¿Qué pasa con esos colegios? —dice—. No son capaces de retenerte más de una semana.

—Te quería enseñar una cosa —digo—. Mira. Los iris se están abriendo en Kent.

Le tiendo las flores muertas. Le agarro la mano con fuerza. Nos quedamos en silencio, en una neblina verdosa de la calle. Encojo los dedos de los pies contra las losas frías. Agarro los tallos mustios con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

—Déjame seguir contigo para siempre.

Alonso me agarra por los hombros y me responde con la voz más triste del mundo.

—Sí. Te lo daré todo.

Sigue hablando, y comprendo sus palabras en la noche hecha de jirones: piensa adoptarme o algo así. Me echo a reír.

—No me interesa que seas mi padre ni mi hermano.

—No puedes quererme —dice—. No sirvo para nada. —Se muestra suplicante, no es él mismo.

—Eso ya lo decidiré yo, si no te importa.

La mano blanca descansa ligera sobre mi hombro. Cada centímetro de la calle deprimente arde de sentimientos.

El temporal azota el peñasco. La lluvia es cegadora. El cielo está negro. Dentro de mí hay un horno del que se derraman torrentes de dolor. El aire es vibrante, oscuro. Noto la hierba helada entre los dedos de los pies. Por un momento, llevo flores muertas en la mano extendida. ¿Dónde está la farola, dónde está mi oso? El tiempo se está reajustando como una muñeca rusa. No recuerdo dónde estoy o a dónde voy. No importa. Me detengo en medio de la tormenta y me sujeto el vientre. Flores muertas, emanaciones empalagosas de las farolas. Estoy aquí, estoy allí, en los dos lugares, en ninguno. Ella me rodea, su frialdad me envuelve, está en todas partes: en la tormenta, en la nube, en la roca; bajo mis pies, en una calle lejana de Londres.

Entiendo cómo negocia la naturaleza, así que sé que me está ofreciendo una última ocasión para cambiar de idea. No lo haré.

Ojalá estuviera aquí Alonso. Todo va a suceder ahora.

Cuando despierto, tengo la cara contra la tierra.

—Eh —dice una voz—. Eh.

Una mano blanca y llena de manchas me agarra el brazo, chorreando de agua de lluvia. Agarro la mano que me ayuda a ponerme en pie. La lluvia me lava la hierba y la tierra de la cara.

—Puedo andar —digo.

Me suelta de inmediato. Shakes está delante de mí.

—Tenías que ser tú quien me encontrara. —Nos miramos con amargura—. Entonces, tendrás que entrar.

Dice algo incomprensible. Abro la marcha bajo la lluvia torrencial.

El dolor me hiere hondo, me graba surcos profundos. Es posible que muera de esto. Nunca me había parado a pensarlo. Todo es caótico, centelleante. Las estrellas iluminan la forma oscura de Shakes. Cada gota que me golpea la carne es una explosión, una galaxia. Cuando veo el sendero angosto y traicionero, las paredes rocosas, me tiemblan las piernas de alivio. Ya queda poco.

Aparece la grieta en la roca, negra contra el granito negro mojado. Shakes tira de mí hacia allí. Tenemos las manos resbaladizas de lluvia.

En la cueva, todo es pálido y verde. Una especie de musgo que brilla y le da un aura a todo. Camino como puedo por el suelo de arena. En el altar de piedra hay un pendiente de niña, un huevo, otras cosas indistinguibles, oxidadas, podridas. Las barro todas con el brazo. El huevo se rompe con un sonido suave.

Shakes pone la lámpara en un saliente de roca y me mira con los ojos azules nublados.

—Se llama eclampsia —le digo ahora que todavía puedo—. ¿Lo entiendes? No hay nada que hacer. Si quieres ayudar en algo, quédate quieto. Y callado.

Mató a las anteriores. No se va a llevar a Iris.

Me saco el trocito de tela del bolsillo. Está negra con la sangre de Robert. La pongo sobre el altar y digo lo que tengo que decir. Luego, me la como. Noto el lino como serrín en la boca. Trago sin saliva. Creo que no lo voy a conseguir, pero al final, pasa. El dolor sube a otro

nivel y todo se vuelve rojo, naranja. Después de eso, ya apenas sé nada.

He vuelto a perder la vista, pero conozco el olor de la piel de Alonso. Noto su mano sobre la frente.

—¿La niña está bien? —pregunto—. No veo.

Me alegro de estar ciega. No soportaría leer su rostro.

—Está bien —me dice.

Un alarido me surge de dentro y de pronto estoy agotada. Como si cada parte de mí estuviera cosida al suelo de la cueva. Pero no hay tiempo para descansar.

—Dámela —digo.

Algo se asienta entre mis brazos, un peso. Me tomo un tiempo. Aún no debo creerlo. Recorro con el dedo las piernas suaves, los brazos, todo, las manos, los dedos de los pies, que tienen el tamaño de pasas. Fuera de mí, al aire, es a la vez asombrosa y diminuta. Una boquita se me agarra a la yema del dedo y un abismo se hace en mi interior, y percibo al otro lado un mundo más grande que el que he conocido hasta ahora.

Ya nada volverá a ser igual.

—Me está mirando —digo—. Lo noto.

Estoy en llamas.

—Es verdad —dice Alonso. Y añade, muy deprisa—: Tiene los ojos oscuros, grandes y oscuros, como el sol que se refleja en aguas profundas. Lo mira todo. Está muy roja y es pequeña, pero creo que tendrá la piel muy blanca, como la tuya. Y será muy, muy hermosa, como tú.

—Iris —digo—. Hola, Iris.

—Fue el primer regalo que me hiciste —dice Alonso—. Aquellos iris.

Sonrío para mis adentros. Iris y yo hemos hablado de esto muchas veces a lo largo de los meses, pero para él es nuevo.

—¿Estamos a solas? —digo.

Lo que quiero saber es si ese hombrecillo viejo está en un rincón, observándome.

—Estamos a solas —confirma Alonso.

Durante un rato solo se oyen ruiditos mientras me voy familiarizando con la forma de mi hija: la cabecita suave, las orejas como capullos de rosa.

—No debería caerte mal —sigue Alonso—. Me llevó hasta ti. Siempre, desde que era pequeño, ha cuidado de mí.

Por un momento recuerdo el rostro arrugado de Shakes lleno de lluvia. Luego, la manita de Iris se me agarra al dedo como una estrella de mar, y me invade una alegría tan profunda que se parece demasiado al dolor.

—Mis ojos —digo al final—. Tengo miedo, Alonso. Es diferente, no como las otras veces. La oscuridad es diferente, como si se hubiera cortado algo. ¿Crees…? —Trato de hablar con voz tranquila—. ¿Crees que algún día la veré?

—Es posible, Meg. Se suele recuperar. La mayoría de las veces.

Alonso me acuna la cabeza en una mano. La otra la tiene sobre ella en gesto protector. Iris le habla. Su voz es clara y aguda, como un arroyo crecido.

—¡Qué pulmones! —dice él.

En su voz hay música, manzanas doradas, fuelles.

Alimento a Iris. No se parece a nada que haya sentido antes. El mundo se ha abierto. El reino se extiende a mis pies. La ceguera es un precio bajo.

—Las veces anteriores me salvaste a mí, no a ellas —digo a Alonso.

El espanto sangriento. Los pequeños miembros. Los bultos envueltos en lino. Las vidas arrebatadas para salvar la mía. Se me tensa la mano cuando lo pienso. Iris lanza un grito de protesta.

—Lo sé —responde Alonso—. Lo siento. Pero no había elección… Para mí no había elección.

—Pensé que no podría perdonarte jamás.

—¿Y ahora? —Detecto en su voz el temblor, la esperanza.

He pasado años sin querer verlo. No es un oso. No es un árbol en el que apoyarme. Es un hombre, y un hombre imperfecto. Es arrogante, a menudo con mal genio. Es infantil, esclavo de su pasado, adicto a la morfina. Su corazón es inquieto, acelerado.

—Puedo perdonar —digo.

En la colina, ella me mostró el largo camino de Kent a Londres. El camino termina aquí.

Cada vez tiembla más. Me parece que lo oigo llorar. Eso está bien. Yo también lloro contra el puño de su camisa. Me recuesto. Iris es un cojín mullido contra mi pecho. Dos manos juegan con mi pelo: una, muy grande; la otra, indescriptiblemente pequeña. Se oye el sonido tenue de la lluvia a lo lejos. Me duermo casi de inmediato.

Huelo a Shakes antes de oírlo. Destaca mohoso sobre el olor claro de la sangre, la arena, la piedra. (Nunca pensé que la arena y la piedra olieran a nada, pero ahora vivo en un mundo diferente). Y hay otros hombres además de él, y está Alonso. Iris se mueve, gorjea entre mis brazos.

—Trata de aguantar —oigo la voz de Alonso al oído.

Me levantan para moverme y depositarme sobre algo. Todo mi cuerpo protesta, hasta la última fibra. Estoy desgarrada, como algodón cardado.

Los hombres agarran la lona. Oigo sus uñas grasientas. Jadean, tensos. Percibo su desconfianza, su desagrado. Me llega por el contacto de sus manos sobre la lona. Creen que debería quedarme en la cueva.

Levantan la camilla, el suelo se mueve. Me mecen al transportarme. Cuando salimos de la oscuridad al sol, el calor y la luz son como una caricia. Hay un olor fuerte, agrio, desesperado.

—Alonso —digo a la oscuridad. Sé que estará ahí.

—Sí. —Se encuentra a mi lado.

—Huele a quemado.

Un mirlo lanza su graznido largo, agudo. Iris se mueve contra mí.

¿Cómo puedo saber qué pasa por el rostro de Alonso?

—Shakes ha pegado fuego a los árboles, junto al camino —dice al final—. Los empapó con queroseno. Ardieron de tal manera que los vi desde Bell Tor pese a la oscuridad y la lluvia.

Tiene la voz tensa de colores, de formas. Puede que, con el tiempo, aprenda a diferenciar estos colores y formas, que aprenda el idioma de las voces.

—Vamos a tener que cambiar muchas cosas. ¡Alonso! ¿Dónde va a dormir la niña? Necesitamos un cuarto para ella.

Ya habíamos elegido la habitación infantil. Tiene ventanas grandes y la luz entra a raudales. Quedará preciosa pintada de blanco y azul. Eso fue hace diez años. Desde entonces no la hemos tocado. Qué mezquina era nuestra esperanza.

—Dormirá con nosotros —dice Alonso—. Ya nos las arreglaremos con el tiempo.

—Y quiero más mujeres a mi alrededor.

—Me parece que no les tienes mucho cariño a Eliza y a Chloe.

—Se lo tengo —respondo—, pero hay personal que no me gusta en la casa. Por ejemplo, quiero que despidas al mayordomo. Me mira demasiado. Me pone nerviosa.

Contengo la respiración. Si no da resultado, no volveré a dormir bien.

—¿A Gilmore? —Alonso guarda silencio un instante—. No estaba bien de salud, Meg, querida. Esta mañana lo han encontrado en la cama. Parece que ha sido el corazón. No sé...

—¿Muerto?

—Sí —dice.

Mi corazón da un brinco. Siento alivio, luego un gran peso negro. Sondeo la oscuridad. Me dejo envolver por la culpa. La cargo sobre mis hombros, me acostumbro a ella. Tengo que hacerlo, porque la voy a llevar a cuestas el resto de mi vida.

—Voy a ir a contárselo a su hermano —está diciendo Alonso—. Tiene la granja Trubb. Pese a sus modales de ciudad, era de aquí, de

Devon.

Recuerdo vagamente a Henry y Charlotte Gilmore, de verlos e intercambiar saludos al salir de la iglesia. Ella no puede tener hijos. Es uno de esos cotilleos con los que te tropiezas si tienes vecinos en esta zona. ¿Vendría Robert aquí para estar cerca de su familia? Nunca le pregunté por qué había aceptado un empleo en un lugar perdido de Dartmoor. Hay muchas cosas que no sé. La carga oscura se vuelve más pesada. Me asalta el pesar y un miedo repentino. ¿En qué me he convertido?

La brujería más fuerte siempre tiene un precio elevado. No me cabe duda de que pagaré por la vida de Robert de maneras que no puedo ni imaginar. Siempre hay un precio, y es alto y secreto. Ya ha empezado. Estoy ciega. Pero noto a Iris diminuta y caliente contra mi cuello. No, no cambiaría el pacto por nada.

Me balanceo suspendida en el aire. La brisa me agita el pelo. Cruzamos el páramo y durante todo el camino veo en mi mente la imagen de un árbol grande y estival envuelto en llamas.

—Iris —digo—. Personita mía, luz en la oscuridad, bebé de mi alma, ¿no te vas a callar un ratito?

Llora. Sus gritos me traspasan la cabeza como clavos. Es un alarido constante. Es perfecta. Han pasado tres semanas desde que la trajimos a casa y cada día que pasa es más bella. Lo noto en su carne. Es fuerte, es grande, es mía.

La sala roja se llena del sol de agosto. Camino entre los haces de luz que entran por la ventana, senderos rectos de calidez embriagadora. Iris llora. Noto su carita diminuta y húmeda contra el hombro. A veces no puedo aceptar que ahora viva fuera de mí. Cada vez que coge aire me roba el corazón. Cada vez que derrama una lágrima se me clava un cuchillo.

Hablo con ella y se calma, y me responde con su voz extraña, aullante. Le cuento historias sobre mí. Le hablo de la granja de los Bantry, de los animales, no de las personas. No le voy a contar nada sobre el pesar y el miedo, pero sí sobre Peter, el burro, con sus ojos pacientes y su barriga redonda; sobre las gallinas doradas y los cerdos de lomo sucio. Hablamos así durante un rato.

—Eran mis amigos —le cuento—, aunque también he tenido otros, y muy buenos, aquí. Como una amiga que tenía en Rawblood y que se ha ido. Una mujer muy pálida y triste…

Lo supe nada más cruzar el umbral con Iris entre los brazos. Ella ya no está. Era el corazón frío enterrado en el centro de la casa. Ya no lo es. El aire mismo de los salones y los pasillos ha cambiado. Ahora todo se mueve más deprisa, brilla más. Su presencia era una carga pesada. Ahora, en cambio, todo es mortecino y los días se limitan a transcurrir. Su atractivo oscuro y terrible nos ha dejado y solo somos personas. Personas irritables, personas bondadosas, personas cotidianas que remiendan camisas, hacen mermelada, tiran tinteros sin querer y traen barro en las botas cuando entran en la casa. Y así es como debe ser.

«Para nosotras solo habrá comienzos», le prometo a Iris cuando su llanto se vuelve más breve, más dulce.

—También había un hombre llamado Robert —le cuento—. No era guapo, sino hermoso, hermoso como una mujer. Y decidido.

Iris me responde con burbujeos y gorgoritos.

—Tenía el pelo como el cobre, solo que más oscuro que el mío. Nos parecíamos un poco, como si fuéramos hermanos. Tuve un hermano, pero me abandonó en una granja oscura con el señor Bantry, con cinturones y fustas, y otras cosas… No, shhh, shhh. No vamos a hablar de eso. La cara de Robert era… era como la música. —Iris respira hondo. Se lo digo con suavidad—. Dio la vida por nosotras. O bueno… se la quité para que tú y yo pudiéramos vivir. —Me sorprende darme cuenta de que estoy llorando. Sí que me he ablandado.

La casa cruje un poco, una brisa tenue recorre la habitación. Alzo la cabeza que tenía apoyada en su frente. Iris respira como una máquina en una fábrica. Siempre duerme como si fuera muy trabajoso.

Alzo la cabeza en dirección a la puerta del saloncito.

—Ven, Alonso. Siéntate con nosotras.

Entra sin decir palabra y se sienta con un crujido atronador. Es una montaña, y de pronto la otomana es frágil y endeble. Pone una mano sobre la mía, acaricia la mejilla de Iris con un dedo.

—No era posible que sobrevivieras —dice Alonso. Noto su aliento en la cara y un deje lejano de español en su voz—. Y tú tampoco, pequeña. Pero sobrevivisteis. Vuestra vida es un regalo inestimable y nunca lo olvidaré. —Su caricia.

«¿Y cuánto tiempo llevas en la puerta, mi amor? —querría preguntarle—. ¿Hasta dónde has oído?». Pero ¿de qué serviría saberlo? Seguimos allí sentados. Iris duerme y yo pienso en lo mucho que se parecen: la sensación de peligro y la sensación del amor.

La corteza del cedro bajo los dedos. Caldeada por el sol. Él no dice nada, pero está aquí. Siempre está aquí, en verano, al anochecer. Luz sobre huesos viejos. Noto su atención desde ahí, donde está sentado con la espalda contra el vasto tronco del árbol. Su piel. Noto el olor en todas partes. Pergamino, malicia. ¿Por qué tuvo que ser él quien me ayudara? Es imposible estar en deuda de esta manera.

—Vamos —digo.

Sigue sin decir nada. Pero viene. Oigo el crujido de sus pasos. Oigo la hierba estival bajo sus pisadas inseguras. El cuchillo me resbala por la yema del dedo como si fuera seda. Extiendo la mano en el aire cálido. Lo mancho con mi sangre. Le palpo los ojos hundidos. Digo las palabras y el árbol y la tierra se estremecen.

—Tómalos —digo—. Toma tu vista, y gracias.

Tiene las pestañas sorprendentemente largas, viscosas con mi sangre. Y lágrimas, porque Shakes llora. El color y la luz vuelven a entrar en él. Lo noto. Y lo añoro. Su asombro impregna el aire. Silencioso, denso.

Solo puedo hacer esto una vez. Así que ahora la ciega soy yo.

Se oye el sonido suave del algodón contra el cristal y el susurro tranquilizador de una escoba. Chloe y Eliza hablan en voz baja mientras limpian. He descubierto que, si me quedo tumbada y quieta, creen que estoy durmiendo y hablan sin reparos, como si las vendas de los ojos afectaran a todos mis sentidos, no solo a uno. Las he oído hablar del hermanito de Chloe, Tom, al que quería mucho, pero murió de niño. Sus vidas son tentadoras, luminosas, tienen gustos y odios fuertes y muy marcados. Se han disfrazado de escenario, pero son pura acción.

Hoy están muy calladas, trabajan deprisa, concentradas. No dejan de pensar.

—¿Fuiste a ver al hermano?

Chloe no dice nada. Deja escapar un sonido agudo y húmedo a la vez.

—¿Fuiste a la granja Trubb? —insiste Eliza.

Me la imagino: ojos salobres entrecerrados, las cejas arqueadas de convicción. El paño frota la rejilla dorada de la chimenea.

—Ayer, sí. —Cuando Chloe habla por fin, el tono de desprecio vuelve su voz irreconocible. Titubea como si cada palabra fuera un paso que la adentra en la ciénaga. Lleva Devon en el acento, y no me había dado cuenta hasta ahora—. Me llamó zorra y me echó.

—Te queda un mes, luego ya no te podré fajar —responde Eliza —. Solo un mes, no más. ¿Me oyes? Ve a verlo otra vez. Que te escuche.

—No me va a ayudar —dice Chloe—. Acabaré en el asilo. Ahí me van a mandar. Y cuando entras ahí ya no sales. Y solo pienso en que ojalá se parezca a él.

Se oye un golpe suave, un crujido. Una gaviota chilla a lo lejos. «Una gaviota en Dartmoor, qué propio de estos tiempos tan raros que corren». Pero la gaviota es el llanto de Chloe.

—Venid aquí —digo.

Se hace un silencio de muerte.

—Señora —dice Eliza. De pronto está muy cerca—. Por favor. —Tiene el hilo rojo del pánico en la voz.

—Venid —repito.

El olor de las lágrimas de Chloe. Sal, lluvia, piel limpia.

—¿Esto te lo ha hecho Robert… Gilmore, el mayordomo? —pregunto.

Recuerdo el día en que nació Iris, cuando Chloe me cepilló el pelo y vi su secreto. Lo supe incluso antes, estoy segura. Lo vi en su mirada hosca aquel día, en la cocina.

No dicen nada. Algo se mueve en el aire. Están temblando como cachorrillos.

—Y está muerto —digo.

—Sí —dice Chloe.

Tiene voz de desconcierto, como si no lo recordara bien. Los muchos costes secretos de lo que hice.

—No es culpa de Eliza, señora. Me dijo que estaba haciendo mal, mis pecados no deben caer sobre ella.

—¿Sabéis escribir alguna de las dos? —pregunto. Silencio—. Responded.

—Yo sí —dice Chloe.

—Ve a buscar papel y pluma, y siéntate conmigo.

Creo que obedece las instrucciones. Se oyen movimientos y el susurro seco del papel. Luego, silencio.

—Escribe lo que te digo.

Hay unos cuantos arranques en falso. Hablo demasiado deprisa. Chloe no me puede seguir el ritmo y luego me olvido del resto de la frase.

Es una carta muy breve. Si el señor Gilmore tuviera la bondad... hay otras consideraciones... cuento con su generosidad, con su caridad cristiana. Confío en que no culpará a un inocente por los pecados de sus padres. Fue su hermano quien cometió la transgresión, así que sé que se sentirá responsable... Tal vez se acuerde de mi hermano, Charles, que una vez lo ayudó cuando su hermano se había envenenado... Le adjunto una cierta suma para que...

Luego le dicto a Chloe una carta de referencia. Es firme, favorable y en buena medida real.

—No me termina de gustar —digo—. Es tu letra.

—La he cambiado un poco. —La respuesta es seca.

Indico a Eliza que vaya al escritorio.

—Señora, ¿dónde...? —empieza con delicadeza.

No puedo contener la risa.

—La llave de la cinta color lavanda —digo—. Está colgada detrás del espejo. Como seguro que ya sabes.

Eliza me trae el dinero, un puñado que huele a cobre sucio. La

cantidad nos pone nerviosas. Lo repartimos y lo contamos, pero ¿cómo puedo saber cuánto hay? La verdad es que no importa.

—Cógelo —digo—. Ve a ver a Henry Gilmore. Llévale la carta y la mitad del dinero. En su momento le mandaré más. La otra mitad quédatela y vete a Exeter… no, está demasiado cerca. A Bath. Alquila unas habitaciones. Eres viuda. No les gustará, pero puedes pagar, y eso es lo que importa. No salgas de la casa. Come bien. Pide los servicios de un médico. Cuando nazca el bebé, vuelve aquí. Se lo tienes que entregar al señor Gilmore y a su esposa.

—¿Tengo que entregarlo? —salta Chloe. Su tono tiene un rastro de la antigua indiferencia, pero le sale débil, frágil—. ¿No me puedo llevar al niño…?

Lo medito unos segundos.

—Creo que no —digo.

No responde, pero coge el dinero de mi regazo.

—¿Se ocupará de él? —pregunta.

—Su mujer no puede tener hijos. Se portará bien. Es un granjero sin suerte. Se portará bien por el dinero. Le daré suficiente para que se porte muy bien. Yo me encargo. —No sé qué estoy prometiendo—. Tienes que hacerlo —digo.

Eliza, que ha estado muy callada, estalla de repente con voz aguda.

—Tiene que esto, tiene que lo otro. ¿Por qué tiene que hacer nada? Lo que le está diciendo que haga es espantoso.

Me guío por la voz. La bofetada le restalla contra la mejilla.

—A mí me abandonaron y otros me criaron por dinero —respondo—. Sé muy bien qué le estoy aconsejando. Es mejor que la alternativa. Creedme.

Pienso en los bebés del asilo que he visto. Pienso en las uñitas de los pies de Iris, en su voz trémula, en sus mejillas.

Vigilaré de cerca al bebé de Chloe. Me agarraré a Charlotte Gilmore como si fuera su mejor amiga. Gastaré como agua el dinero de Alonso.

—Va a ser muy difícil —dice Chloe.

La desesperación gris que le carga la voz me eriza el vello en la nuca. La veo hundirse, bajo el agua, las algas le acarician la cara. Veo los ojos azules abiertos, ciegos. Costes secretos.

No lo permitiré. Voy a conseguir que hagan lo que digo. Voy a conseguir que Chloe pueda soportarlo.

Extiendo la mano.

—Quiero tocarlo.

Me la coge con la suya, menuda y áspera, y la guía. El bulto delicado, frágil.

—Es un niño —digo—. Lo llamarás Tom, como tu hermano. Será fuerte, guapo y muy bueno. Las mujeres lo querrán. Estos dones ya los tiene. Ahora dame una pestaña de tus ojos y un cabello de tu cabeza.

Me pone los pelos en la mano abierta. Tiene los dedos finos muy fríos. Cierro el puño. Digo lo que tengo que decir en voz baja. Luego, abro los dedos y soplo para que vuelen.

—Ahora le has dado tu pelo negro. Le has dado tus ojos azules. Así siempre llevará tu marca y será tuyo. Vaya a donde vaya en la vida, haga lo que haga, tu hijo siempre llevará los dones que le has dado.

Esa misma noche Alonso me abraza, me envuelve en los olores del laurel y el cuero. Tengo los ojos ciegos llenos de lágrimas. Él murmura y me pregunta cosas.

—He descubierto que me he gastado todo el dinero que había para la casa —digo—. No queda nada en el cajón. Y Chloe ha sido una descarada, así que la he despedido. Estoy ciega y de mal humor. No valgo para nada.

—Qué tontería —dice contra mi pelo, y no me pregunta nada.

Así que le cuento lo que ha pasado con Chloe.

—Ha sido una tontería —digo—. Expiación.

—¿Por qué? —pregunta Alonso, y tiene un filo delicado y agudo en la voz. Lo oigo pensar.

—Por todo —respondo—. Por la mujer que soy, por las cosas que he hecho. Por ellas, por las tres que perdí.

Y por Robert. He derramado demasiada sangre. Le he quitado la vida a un hombre. Me pesa como la oscuridad y nunca se aliviará esta carga. La muerte de Robert me envolverá siempre como un manto de enfermedad.

Y las hermanitas muertas de Iris... las recuerdo cada día. Cada día debo recordar otra vez que lo que he hecho no me las traerá de vuelta.

—Toda mi vida he tenido que luchar —digo.

—Lo sé.

—Me gustaría descansar. Ya he luchado demasiado. Querría otro destino para mi hija, pero ella también va a pasar por mucho... Todo está relacionado, Alonso, no lo olvides.

La voz me sale grave, brusca. Eso significa que me ha venido el Ojo.

Alonso me pone la mano en la espalda.

—¿Meg?

—Cuida de él —me oigo decir—. ¿Me lo prometes? Cuida de Tom Gilmore.

—Cuidaremos de él —dice, asustado—. Juntos. Nos encargaremos de que a los Gilmore les vaya bien.

—Prométemelo —digo con una voz terrible—. Él es quien cavará la tumba.

—Te lo prometo —dice.

El Ojo se eleva, se aleja flotando. Volvemos a estar a solas.

Le doy un beso en la mano. Las emociones me ahogan. El contacto de Alonso, la calidez del sol en la cara, el olor a algodón recién lavado... Ahora todo me afecta como nunca antes. Por fin ha arraigado en mí el amor. Y me ha dejado en la orilla, impotente, como siempre temí que pasaría.

El otoño ha llegado al aire. Las hojas secas, el olor de las moras, la humedad y el heno. El viento de la mañana es vino. Voy a

levantarme a toda prisa. Oigo a Alonso ponerse los gemelos en el rincón de la habitación donde está su mesa. Carraspea para aclararse la garganta. Noto su atención, pero tengo cosas que hacer. Iris ya estará despierta, seguro que hablando con el amanecer. Pero, antes de que mis pies rocen los tablones fríos, noto un rayo blanco en lo más profundo del cráneo.

—¡Corre las cortinas! —grito—. ¡Hace daño, quema!

Hay un torbellino de movimiento junto a mí y Alonso me pone las manos en los párpados, me los abre con delicadeza. Grito y le digo que no, no. La luz es como un hacha que se me clava en la cabeza. Me salen lágrimas ardientes. Le tiemblan los dedos y me pregunta, ¿cuántos? ¿Cuántos? No controlo lo que digo. Tardo en conseguir que me comprenda. Entre los relámpagos de luz están los nudos de los tablones del suelo, los dedos blancos de mis pies, el borde ondulante del camisón.

Vuelvo a ver.

Luego viene un tiempo de descanso nervioso, de compresas frías sobre los ojos. De dolores de cabeza atroces. Pero, poco a poco, día tras día, el mundo va volviendo. Los velos se apartan uno a uno. Los objetos cobran forma, se definen en las distancias.

La luz fuerte me hace daño. Tengo que cubrirme los ojos hasta que los tenga más fuertes. Alonso me quita las vendas una hora al día, luego dos, luego tres. Me supervisa con la exactitud de un experimento. Es impersonal, delicado. Su actitud tiene algo de inquietante. Echo de menos su temperamento.

Los colores son extraños. Durante un tiempo, los rojos y los rosas los veo como azules, y viceversa. Descanso entre cojines, entre colchas de terciopelo, y miro por la ventana. Las golondrinas rasgan un cielo rojo como la carne recién llegada del matadero. Alonso me trae amapolas otoñales, una flor que siempre me ha gustado por su fragilidad y su naranja rojizo intenso. Pero estas tienen el tono azul de la cara de un ahogado. No puedo decirle a Alonso lo triste que me ponen. La tengo a un lado, en el jarrón, y las veo por el rabillo del ojo.

Casi todos los días hay actividad abajo, en los salones. Oigo los ruidos de los objetos pesados que se mueven, me llega el olor a pintura fresca. ¿Qué pasa?, le pregunto a Alonso. Las respuestas son breves y vagas.

Iris juega en mi regazo. Está cogiendo peso. Sus deseos se han

vuelto sofisticados. Cada día crece en conocimiento. Le gustan ciertas canciones y otras no las soporta. Le ha dado por golpearme con los puños cuando algo le parece desagradable. Tiene el cráneo sedoso cubierto de pelo. Pronto, le digo. Pero ¿cuándo? Tengo los ojos tapados si está conmigo. Me da miedo mirarla por primera vez. Me da miedo mi vista distorsionada.

Todo va bien. Llega octubre. Eliza me remete las sábanas y me susurra que Charlotte Gilmore ha tenido un hijo, un varón. Le han puesto de nombre Tom. Así que eso está resuelto. Le doy a Eliza dinero para los Gilmore. Para el niño.

Al día siguiente, cuando me quito las compresas, veo por la ventana el cielo gris. El tono exacto de la plata sucia.

Recorro centímetro a centímetro el camino hacia la recuperación. Alonso escribe cartas a hombres que viven en ciudades grandes y dicen que entienden de ojos. Prometen venir a verme. Le digo que no me hacen falta. Me estoy curando. Pero de todos modos los llama.

Un día, Eliza se inclina sobre mí y me habla en susurros aunque estamos a solas: Chloe se va a casar. Y nada menos que con un caballero de Londres.

—Pronto será la señora Coulson, es un final feliz —me dice.

Como si el matrimonio fuera garantía de felicidad. Pero no respondo.

Me levanto el algodón empapado en alcanfor. Tengo los ojos enrojecidos y nuevos. Alonso no está a mi lado. ¿Dónde ha ido? La habitación está como era, como siempre ha sido. Las vigas del techo, marrones y pulidas a la luz del amanecer. Los sonidos de Rawblood me llegan amortiguados. Pronto será pleno día.

Pienso en Iris. El anhelo se me clava como una flecha. Hoy es el día en que veré a mi hija.

Alguien ha estado cavando bajo el cedro. Eso me entristece. ¿Por qué?

La puerta está entreabierta. Pintada de blanco. Los patitos azules, los paraguas azules, las conchas azules de mar suben por la madera y se enroscan en torno al picaporte. Me imagino la cara de Alonso mientras se pregunta qué debe hacer por Iris, qué le gustará a ella. La puerta se abre, silenciosa, bien engrasada. No despertará a

nadie. Cuánto cuidado, cuánta atención al detalle.

El sol de la mañana cae sobre las paredes recién pintadas, los tablones pulidos. Las cortinas que se agitan ante la ventana son del color del plumaje de un martín pescador. Un caballito de madera a lunares blancos y negros se mece con las patas delanteras al aire, los agujeros de la nariz dilatados, rojos. En las paredes de colores vivos hay flores, tigres, caballos. La cómoda blanca es el escenario de más animales de porcelana: ciervos, perros, gatos, ratones. Lo miran todo con ojos fríos, astutos. En el rincón hay una preciosa cuna blanca, delicada como la seda, nueva y brillante. Sobre ella pende un espejo, cintas azules, conchas marinas y un guardapelo de plata. Todo gira con calma a la luz.

Alonso está junto a la cuna con Iris en brazos. Mi marido y mi hija se miran muy concentrados. No me han visto. El pelo de él le cae en la nuca en ondas blancas y negras, las arrugas de su rostro están cargadas de sueño. Ella es un atisbo translúcido bajo el pelo oscuro y sedoso, las pestañas negras, la mantita azul claro. Abre y cierra los puñitos como flores. Mi corazón rebosa.

Voy hacia ellos. Alonso alza la vista al oír mis pisadas sobre la madera. Sonrío, pero él asiente, serio.

—Lo terminamos ayer —dice con una voz que es apenas un susurro—. Me alegro de que hayas venido hoy. —Como si llevara un tiempo esperándome.

—Es maravilloso —digo con sinceridad.

Me tiende la mantita azul claro, con la mata de pelo oscuro apenas visible.

—Cógela —dice—. Creo que se ha vuelto a dormir.

La cojo en brazos. Miro a mi hija. La miro largo rato.

Creía que era regordeta, pero su rostro tiene una simetría sorprendentemente adulta. Los párpados son grandes y muy blancos. Las pestañas oscuras caen sobre unas mejillas como la nieve. Es diferente. Es diferente de la imagen que me había formado en la mente, de cualquier cosa que haya visto hasta ahora…

No, no es verdad. Se parece mucho a alguien que he visto. Algo se remueve en mi interior, algo que quema. Sostengo a mi hija y trato de comprenderlo.

—Estoy… —empiezo—. Alonso, creo que no estoy bien.

—Siéntate —dice. Y me siento en el sillón redondo de mimbre, cargado de cojines color crema, color azul—. Dámela.

—No —respondo.

La abrazo, mantengo ante mí la carita pequeña, perfecta. Los párpados de Iris se agitan, se abren. La miro a los ojos, los ojos negros, negros, de ella, y la veo.

—Sangre, Meg —oigo decir a Alonso, a lo lejos—. Estás sangrando.

Creía que estaba curada, pero una parte de mí, frágil y traicionera, se ha rendido. Es imposible, pero siento la tensión anaranjada, el dolor que conozco tan bien. ¿Otra vez eclampsia? No es posible, no puede ser, pero las luces parpadean, la cabeza me palpita. La sangre mana, rápida, aterradora.

Y no me parece tan importante como lo otro, es indescriptible, espantoso. Lo he entendido.

Creía que ella se había ido, pero no. Miro a mi hija y es ella la que me devuelve la mirada, con la piel rosada y blanca tan suave, los ojos oscuros muy abiertos y jóvenes. Ella se lleva una punta de la mantita azul a la boca y me dedica una sonrisa secreta.

—Alonso —digo.

No me sale bien la voz. Es un sonido rasposo y húmedo, como el graznido de un pájaro grande. No me oye. Me está presionando con un paño de lino, trata de contener la sangre. El rojo le corre entre los dedos.

Tengo lágrimas en las mejillas. Oigo gritos rasgados, rotos. Son los míos. El olor metálico de la sangre es pungente. Todo se oscurece, se vuelve de un naranja quemado. Los gritos suben de volumen. Por debajo se oye otro grito más bajo y agudo, infantil. Iris y yo estamos llorando. La miro a los ojos y los imagino desprovistos de sentido, cargados con la oscuridad de eones. Me imagino su rostro más viejo, blanco cadáver, con la boca fina de sufrimiento. Me imagino que desaparece el pelo oscuro sedoso del cráneo tierno, me lo imagino herido cruelmente una y otra vez hasta que está lleno de cicatrices, valles y hondonadas bajo la luz de una luna espantosa. Y eso va a suceder.

Se lo tengo que decir a Alonso. Le tengo que decir que hemos de impedirlo, pero tengo la boca blanda como la lana, inútil. Me sale un sonido largo, oxidado, inútil.

—Es ella —digo—. ¡Ella!

El sonido que emite él es aún peor. Mira hacia los rincones de la habitación con ojos enloquecidos. Mira en todas direcciones menos a Iris, que llora entre mis brazos. Se derrumba a mis pies, con la cabeza sobre el brazo, la cabeza blanca y negra, rayada, como un tejón. Las manos largas manchadas de mi sangre.

¿Habría podido hacer algo, cualquier cosa, para evitar esto? Si no hubiera estado tan ocupada, tan inmersa en mis secretos... No lo sé. No lo entiendo.

—Es una habitación preciosa —le digo, aunque el sonido que me sale no son palabras—. La has hecho preciosa para ella.

La silla de mimbre, los cojines azul y crema, todo es de un rojo oscuro, pegajoso. Una mancha brillante cubre los tablones a mis pies. Se extiende despacio, silenciosa, ante mis ojos.

Charles, mi pomposo hermano, está en mi mente. Yo llegué a él cuando murió, tal vez ahora venga él a mí. Y siempre pensé que me estaba abriendo mi propio camino... Ahora veo que me he adentrado a ciegas en acontecimientos antiguos, enredados como zarzas. Estoy atrapada entre sus espinas.

No tengo tiempo. Intento que Alonso me mire. Le tiemblan los hombros, presiona el rostro contra la manga. «Por favor —le suplico con todo mi ser—. Alza la vista, mírame a los ojos. Mírame». No levanta la cabeza. No me mira. Iris, en mi regazo, llora, me tiende las manos hacia la cara. Ya no puedo mover los miembros, pesados, muertos. No puedo consolarla. Este es el primero, pequeña. El primero de los pesares terribles que van a caer sobre ti. Daría cualquier cosa por que no fuera así.

Un gran crujido y todo queda en silencio, anaranjado, radiante. El silencio es espeluznante. Veo ante mí una cinta de seda naranja que ondula y se pierde a lo lejos, que me llevará a... ¿a dónde? Por un momento, oigo lejana la voz de Alonso. Está llorando, me llama. Muy lejos, muy lejos. Trato de aferrarme al sonido, a él, pero el camino que se abre ante mí es liso, fácil, delicioso. Alonso desaparece. Fluyo. Sigo la cinta naranja como si fuera un sendero. Camino por él, camino por él, no noto fresco bajo los pies descalzos.

Rutas de huida

1919

Frank es el único que se despierta.

La luz tenue lo sobresalta. La tienda de preoperatorio es ambarina, sombreada; el aire, triste y sulfuroso. Aliento y carne. Nadie se mueve. Todos siguen tumbados en hileras, vendados. Están dormidos, para variar. Al otro lado de la pared de lona, el chirrido repulsivo del generador.

Una silueta se mueve entra las hileras de camastros como la llama de una vela negra. La figura se detiene junto a cada durmiente como para darle un beso, como para beber. Cuando retira los dedos siempre brilla algo: pitilleras, monedas. Frank observa. El ladrón se acerca a él, organizado, elegante.

El hombre lo toca y Frank no hace nada. Mira el rostro del ladrón o lo que puede ver de él. Lleva un pañuelo gris que le cubre la boca y la nariz. Los ojos castaños le sostienen la mirada. Se entrecierran, aparecen arrugas en las comisuras. Es como si el ladrón le estuviera sonriendo bajo la máscara, pero puede ser un gesto de desaprobación.

Los dedos se mueven como anémonas dentro de la chaqueta de Frank. Se posan sobre el reloj del padre de Frank, sobre el tabaco. Se cierran en torno a las monedas solitarias de los bolsillos, el fajo de cartas que lleva junto al corazón. Se detienen en la etiqueta escrita a mano cosida en el interior del bolsillo con la lista de las heridas. Los dedos la acarician.

—Eso me hace falta —dice Frank.

El ladrón canturrea algo sin melodía. La etiqueta se suelta de los anclajes, desaparece en su mano.

—Suelta —dice Frank, pero allí no hay nadie.

Los faldones de la tienda se sacuden con la brisa, dejan entrar el aire de la noche.

A lo lejos, en la oscuridad de los campos franceses, suena una nota larga, aguda. Seguramente es un perro, pero por un momento parece música.

La hermana lo despierta.

—Es la hora —dice—. Vamos.

Tiene las manos rudas y atentas. Es hija de granjeros.

El hombre tendido junto a Frank se estremece. Tiene una cadena de plata rota en las manos vendadas. Los ojos del color del fuego miran entre los párpados hinchados. Aúlla. Emite sonidos inexplicables, como el agua al pasar por la cisterna.

—Soldado Trevor —dice la hermana—, eso no es una canción. Las canciones tiene letra. Dios santo.

El aullido del soldado Trevor suena más y más agudo hasta que desaparece.

—El cabrón se ha llevado mi alianza de boda —dice con fuerte acento de Gales.

—Han robado a todos —responde la hermana—. Qué cosas. ¿Quién puede hacer algo así a los heridos?

Parece ofendida. Por el lenguaje, por el robo, por ambas cosas.

—No tengo la etiqueta —dice Frank.

Debería añadir que ha visto al ladrón. Pero no lo hace. Está concentrado en lo que le va a pasar en breve. No para de temblar.

A la hermana le tiemblan los labios, se le va la vista hacia su pierna, y Frank se avergüenza de la carne hedionda.

—Es de Londres, soldado Coulson —dice la hermana.

—De Londres —responde Frank.

—Pues ya está. Piense solo en eso. Será rápido, y luego, a casa. Vuelta a Londres. Y seguro que tiene a una chica esperando.

Frank piensa en Madge. En sus cartas que ahora están cerca del corazón del ladrón.

Llegan con la camilla y se llevan a Frank. Frank mira el cielo azul de la mañana. Cuando vuelve a ver lona sobre su cabeza piensa que va a morir.

Esta tienda no es como la otra. En esta tienda hay muchas superficies planas y bordes. Huele a metal caliente, a sierra y a sangre.

—Esto va a terminar antes de que se dé cuenta, bombardero.

El médico tiene bolsas negras bajo los ojos, como si se hubiera metido en una pelea. Lleva una mascarilla sobre la boca.

Frank, tendido sobre la mesa, inhala éter y flota. El médico se inclina sobre él, rosa y amarillo, cansado, con los ojos entrecerrados. Parece que sonríe tras la máscara. O puede que sea el agotamiento.

Mientras se hunde en la oscuridad, Frank se da cuenta de que hay alguien a su lado. Alguien a quien conoció hace mucho, o tal vez alguien a quien aún no conoce. Nota el roce cálido de los dedos que le acarician la mejilla. Se humedece los labios y le saben a lágrimas.

Una vez en Inglaterra llevan a Frank a un manicomio. El asilo Earlswood se construyó para mujeres lunáticas, según le cuenta una enfermera. Ahora están encerradas en el ala oeste del edificio. No le harán nada. La enfermera se llama Lottie. Tiene el pelo castaño muy suave y expresión permanente de sorpresa en la cara. Cuando se inclina para remeterle las sábanas, su pecho blanco le roza el brazo. Hay médicos y enfermeras trabajando en las dos alas de Earlswood. Son los tiempos que corren. Todos tienen que poner de su parte.

—Es un horror —dice Lottie mientras lo arropa bien sobre el colchón irregular.

Frank se queda a solas en una habitación de camas de hierro y hombres. Pasan los días.

Lo sacan al jardín en la silla de ruedas. La luz lo hace parpadear. La hierba es verde y joven. Extiende la mano hacia el suelo y los tallos sedosos se alzan hacia su caricia. En el jardín hay macizos de flores. Hay caléndulas. Geranios. Arbolillos plantados en el césped en grupos trémulos llenos de esperanza.

Hay una valla larga que divide en dos el jardín. Al otro lado de la valla hay parches enteros sin césped, como si lo hubieran arrancado de raíz. Solo queda un árbol en la esquina y tiene las ramas bajas rotas, retorcidas. Una cicatriz profunda le marca el tronco. Hay un zapato olvidado en un charco. Ahí es a donde salen las lunáticas.

Frank está sentado al sol, en la silla de baño, entre las flores. En

ese momento salen las mujeres. Van vestidas con tubos de tela gris. Caminan con la boca abierta en círculos infinitos. Farfullan. Se arrodillan y arrancan puñados de hierba. Algunas se la comen. Frank se sorprende ante su comportamiento, que se corresponde con las expectativas más habituales de la locura.

Ve a Lottie al otro lado de la valla. Parece severa, no como de costumbre.

Una rubia jadeante se acerca a la valla y mira fijamente a Frank desde el otro lado del alambre. Luego se sube el vestido por encima de la cabeza. Salta, mueve los pies, el cuerpo sin cabeza es largo y blanco. Se presiona contra la valla y luego retrocede con pasos elegantes, girando.

—Julia —la llama alguien.

Julia baila más deprisa. Baila y se lanza contra el alambre hasta que se la llevan.

Frank se pasa la mayor parte del tiempo tendido en el camastro de la sala larga, con otros hombres en otros camastros. A veces se charla, a veces se juega a las cartas. Frank no charla ni juega a las cartas. La gente es demasiado detallada. Prefiere el vasto techo blanco. La pierna fantasma lo está volviendo loco. El dolor fantasma es constante. No hay suficiente morfina para nadie. A veces, Lottie se sienta a tejer a su lado. Dice que, como no la distrae hablando, no se salta ningún punto.

El miércoles es el día de visita. Vienen mujeres. Algún viejo y algún niño, pero no muchos. Son las hermanas, esposas, madres, primas, llegan con medias y labios pintados. Los hombres se incorporan y todos fuman y juegan a las cartas. Ríen. Nadie aparta las sábanas para ver lo que se ha perdido.

Un miércoles viene Madge. Le dice a Frank que no se va a poder casar con él. Él tampoco se lo esperaba. Se hace el silencio entre ellos durante un tiempo. Les llegan conversaciones procedentes de otras camas. Impregnan el aire estival.

—Lo siento mucho —dice Madge—. Lo siento por ti, Frank.

Tiene los ojos grandes húmedos.

—No estoy bien —dice Frank. Las palabras no dan para mucho—. Bueno.

—¿Es la pierna?

—No. —Es muy duro. Los tentáculos de dolor le rodean los tobillos. Los dos.

Madge se seca los ojos con un cuadradito de lino. Tiene los párpados grandes surcados de venas azules y empolvados.

—Daisy se va a casar —dice—. Qué cosas. —La hermana de Madge. Menuda, delgada, con la barbilla muy larga—. Se casa antes que yo.

El dolor atenaza de nuevo los dedos del pie que Frank no tiene, le sube por la rodilla, se le agarra a la ingle.

—No tiene por qué ser así.

La primera vez que besó a Madge fue ante el Mayrick's Music Hall. Recuerda el pelo engominado y los pies que se movían despacio, uno dos, uno dos, las manos que se encontraron, la luz veteada, su rostro. Él, con música y cerveza en la sangre. El pelo de Madge. El olor de las calles polvorientas al anochecer. Respirar el uno en la boca del otro, sin atreverse a moverse.

Son cosas que siguen ahí, pero arrancadas, o vistas como a través de una gasa.

—Te las he traído —dice Madge.

Quiere depositarlo con cuidado, pero se le resbala. Cae en la cama con un golpe suave ahí donde debería estar su pierna derecha. El papel es fino y se curva por los bordes. Sus cartas.

—Yo no tengo las tuyas —dice Frank—. Nos robaron. En Dieppe.

Va a hablarle del ladrón, de la boca velada. Madge dobla el pañuelo en cuadrados pulcros y aprieta los labios hasta formar una línea delgada, oscura. No se lo cuenta.

Frank va a coger las cartas. Puede que haya algo de él en esos papeles, algo que pueda recuperar. El cordel se desata. Las cartas se desparraman sobre la cama. Sobre el regazo, la pierna, la no pierna. Palabras. Madge las recoge con un chasquido airado de la lengua y roza el algodón de la sábana con la mano. Es un contacto suave, como si acariciara carne.

El dolor se enrosca y se desenrosca, flota hacia la superficie, llega a lo más hondo.

—¿Vendrás a verme? —pregunta Frank a Madge.

Madge no dice ni sí ni no. Entrecierra los ojos como si la hubiera insultado. Él cree que volverá. Una o dos veces, aunque solo sea para demostrar que tiene buen corazón.

El sol es cera caliente que se le derrama por la cara, por el cuello, le corre y gotea por las manos, la rodilla, el pie que no tiene. A Frank le parece oír las briznas de hierba cuando se rozan entre ellas, el movimiento ponderoso de los escarabajos por la tierra. Huele el mimbre de la silla en la que está sentado, el alquitrán caliente de la carretera al otro lado del muro, reblandecido por el sol de julio. Un pájaro pía y revolotea en el árbol detrás de él. Los párpados enrojecidos.

Algo corta el aire por delante de su rostro, golpea la tierra cerca de su oreja. Frank se sobresalta. El sol le llena los ojos.

Al otro lado de la valla, la mujer jadeante está corriendo. Jardín arriba, abajo, arriba. Los pies hoyan la tierra desnuda. Cae de bruces, suelta un gruñido. La conmoción le llena los ojos azules.

—Julia —dice la voz, en cierto modo amable.

Julia se sacude, se levanta, corre. Un hilo de saliva le cuelga de la boca. La necesidad le brilla en la cara.

Frank cierra los ojos. La tierra cálida gira.

No recuerda de inmediato dónde está, cuándo es. El aire está cargado de aromas. El césped se extiende desierto y vivo hacia el ocaso. Las sombras se arremolinan bajo los árboles. El jardín está engalanado, oscuro. A lo lejos, en el edificio, se oyen sonidos metálicos, voces distantes. Le llega un olor a sebo, así que están cocinando. Las polillas blancas aletean a la luz cada vez más escasa. La curva fina de una luna creciente.

Al otro lado de la valla hay una figura. Destaca blanca contra el ocaso. La piel es blanca, el pelo es blanco, todo es blanco. Lo mira con ojos blancos. Parece pintada en el aire.

A Frank se le contraen las entrañas. El miedo le pasa silbando como una bala junto a la mejilla. Va a darse la vuelta para correr, pero

se acuerda: está en una silla, en un hospital, la valla no es alambre de espino y no va a correr, nunca más, a ninguna parte. El suelo se mueve y cae.

Un brazo delgado y fuerte interrumpe la caída. Lottie jadea, reconfortante en sus ropas blancas, níveas. Lo alza y lo vuelve a poner a salvo en la jaula de mimbre, y él se deja hacer, lleno de gratitud. Los dos, Lottie y él, tienen la respiración entrecortada, como un par de vacas en reposo. La poca luz que queda le ilumina los rasgos menudos, extraños y tranquilos bajo la cofia. Le huele la piel a limpio, a jabón Pears.

—No le hagas caso.

Al otro lado de la valla, la chica es una lanza pálida. Tiene las manos blancas caídas a los lados del cuerpo. El camisón se le enrosca a los tobillos blancos. Su rostro es tranquilo bajo el turbante de vendas blancas. Los ojos no son blancos, pero carecen de pestañas y los tiene cerrados, como esculpidos en la cara.

Lottie mira a la chica con los brazos cruzados, con los puños prietos.

—¿A quién?

—A la que muerde —dice Lottie.

La chica blanca mira para sus adentros.

—Tiene la cabeza... —dice Frank.

—Ya no muerde —responde Lottie—. Vamos, está la cena.

Al día siguiente, Frank observa. Julia corre al otro lado de la valla. Sus pies golpean la tierra. Resopla como un caballo y corre atraída por algo invisible, deseable. El día caluroso va pasando.

Cuando la tarde deja paso al anochecer, de pronto ahí está la chica, tras la valla, una columna blanca en el verano verde. Frank hace girar las ruedas de la silla hacia la valla. Las arrugas del rostro son profundas, onduladas sobre los párpados suaves, cerrados. Tras ellos hay algo apremiante. Es más menuda de lo que se imaginaba.

—Vale —dice Frank.

Como hablar con una estatua de sal. Mete dos dedos a través de la

valla.

Los párpados blancos se estremecen. Se abren. Los ojos son garabatos negros sobre el blanco. La chica se inclina y Frank sabe con deliciosa certidumbre que le va a arrancar los dedos. Nota los dientes como si ya le hubiera mordido, siente cómo la boca se cierra como una trampa. No se mueve.

Muy despacio, la chica pone la mejilla contra el alambre, contra su mano, como una niña exhausta.

Frank alza el rostro hacia el cielo y se quedan así un rato.

Siguen días de calor en los que Frank se sienta junto a la valla. Ella acude unas veces; otras, no. Pero Frank siente que lo reconoce, que hay una especie de amistad entre ellos. La chica rara vez abre los ojos. Desde la primera vez, no ha vuelto a dar indicios de verlo.

—Nunca la veo llegar —le dice a Lottie.

—Pues anda y tropieza como cualquiera, te lo garantizo —responde esta.

La prótesis es rígida y huele mucho a cuero. A Frank le trae recuerdos de arneses y crines brillantes, de ojos de caballo, de olor a herrería. La nostalgia se le clava en el vientre, brutal y repentina. Lo coge por sorpresa. Ha pasado mucho tiempo desde que pensó en casa, en algo que no fuera el presente. La sala alargada se vuelve resbaladiza, se mueve. Nota el metal y el cuero torpes, desesperados entre sus manos.

—Es la correa —dice Lottie—. Va así. —Tiene las manos frescas, ligeras. Se mueven sobre él como pájaros por la arena—. Es un poco incómodo, pero te acostumbrarás.

Cuando se levantan, el suelo patina y se comba. Siente el cuero ceñido en torno a la rodilla, como una trampa de acero. ¿Debería apretarle tanto? Solo duda un momento, porque al siguiente está andando, con Lottie bajo el hombro, sombría y decidida.

—Es como estar en el mar —dice Frank.

Rebosa júbilo. Las ventanas, las paredes, todo se mece a un nivel desacostumbrado. Vuelve a tener la altura de un hombre.

—¿Qué tal? —pregunta Lottie.

—No lo sé —le dice Frank. La mira desde arriba. La sonrisa que le sale es dolorosa como una grieta en el suelo—. Mejor.

El sol se cuela entre las ramas del haya, pinta sobre el suelo. La corteza es cálida contra la espalda de Frank al atardecer. Lottie está sentada a sus pies, con margaritas en las manos. Trabaja segura, agujerea con el alfiler los tallos. Las cabezas blancas y amarillas cuelgan unas de otras, empaladas. Ha dejado la cofia blanca en la hierba. Sin ella, tiene una cabeza pequeña y bonita como una nuez. Lottie alza la vista hacia él y luego vuelve a bajar los ojos. Frank siente su atención, su disposición, como un abrazo.

—Mi hermano se hizo a la mar —dice Lottie al final—. Lo mataron. Qué tonto suena, ¿verdad?, porque murieron todos. Fue mucho antes de todo esto. Se ahogó en la costa de Gibraltar. En 1906.

Frank no dice nada. A veces la historia se cuenta sola. A veces solo se requiere silencio.

—Stan —sigue ella—. Me trajo naranjas de Sevilla. Cuando Stan volvió la primera vez pensé que era mi padre. Porque es a quien esperaba, a mi padre. No a un hermano. Yo tenía cuatro años. Lo recibí en la puerta de la verja de casa.

Sigue hablando, y Frank se recuesta contra el árbol. Las palabras caen en torno a ellos en el aire cálido. Es una historia breve en cierto sentido. En otro, todavía continúa. Lottie parece avergonzada, luego amorosa, luego desconcertada. Las palabras que no dicen también están ahí, ondulantes como cintas. La suave melena castaña parece cálida al sol, cálida igual que el árbol que siente contra la espalda. A Frank le parece que todo forma parte de lo mismo: el sol, el árbol, su cabello, su voz.

Una vez le ha contado lo que le tenía que contar se quedan en silencio un tiempo. Al final, de manera casi natural, él le pone una mano en el pelo. Lottie sonríe.

—Familia —dice.

Alza las manos. Las margaritas entrelazadas forma una torpe O contra el cielo.

Frank percibe que ella le ha dado algo, y que tiene que corresponder. Le habla de su madre. De los ojos de un azul tan intenso que dolía, pelo negro como el carbón con vetas de plata en el mineral. Su nombre, musical y extraño. Chloe. Hacía nudos en el pañuelo para

acordarse de las cosas. Cuando perdió la cabeza, conservó la costumbre, aunque ya no recordara para qué eran los nudos. Cuando murió tenía los cajones llenos de cuadrados de tela con nudos. Azules, rojos, blancos, amarillos. Seda, algodón. Una larga ristra, una letanía de tareas inacabadas.

Había trabajado como sirvienta cuando sucedió aquello, en un lugar solitario y malo con nombre de carne asesinada. Escapó de allí y tuvo al niño. Al hermano secreto de Frank.

Luego se marchó a Londres. Conoció al padre de Frank. A él y a su hijito, Stephen. El padre de Frank había perdido a su esposa. Se casaron y nació Frank, y los cuatro formaron una familia.

Su padre les hacía muñecos de paja a Frank y a Stephen, sus hijos. La luz cálida del establo, las manos grandes, enrojecidas, que se movían con compleja precisión, y la forma de una persona iba surgiendo de las hebras dispares cuando las trenzaba.

Stephen, su hermanastro. Frank lo adoraba con la pasión del hermano pequeño. El diente que Stephen había perdido en una pelea en el pub por una chica, mucho antes de la guerra. Lo hacía más atractivo, no menos. Stephen, que al ser mayor siempre le contaba a Frank lo que había aprendido cuatro años antes que él (sobre todo, y únicamente, sobre las chicas).

Eran una familia, pero entre ellos siempre había un fantasma. El otro hermano, secreto, nunca visto. En alguna parte había un niño desconocido con los ojos de Chloe, que eran también los ojos de Frank; con el mismo pelo negro como el carbón. Era como un robo. O como un nudo en el pañuelo, algo que faltaba por hacer.

—¿Te preguntas alguna vez dónde estará? —quiere saber Lottie.

A veces, en sueños, Frank corre tras su hermano secreto con los brazos tendidos para atraparlo. Corren y se esquivan, rostros idénticos enrojecidos por el esfuerzo, por el placer. Al final, Frank lo coge y se funden el uno con el otro como un caramelo blando: pelo negro, brazos blancos, ojos azules.

—No —dice—. Mi hermano era Stephen. —Stephen, al que le voló la cabeza una bala en Cambrai—. Da igual.

Seguramente el hermano secreto estará muerto y enterrado. Lottie aparta la vista. Lo sabe. Todo el mundo ha muerto.

A lo lejos, sobre el césped estival, al otro lado de la valla, está ella, blanca e inmóvil. Lottie la mira.

—¿Sabes por qué está así?

—Bueno, porque está…

Frank evita decir la palabra. Lottie niega con la cabeza.

—Quitan un trocito cada vez. Pero se lo han hecho muchas veces.

La chica blanca se mantiene lejos, paciente, con los ojos negros cerrados. Su rostro es breve, apenas un trozo de papel bajo los vendajes de la cabeza. Algo ligero y gélido se mueve en el interior de Frank.

—Un trocito —dice.

Lottie se muerde el nudillo. Ella lo mira con compasión y se da un golpecito en la cabeza.

—Abriendo el cráneo, o a través de la nariz. Mordía mucho. Al principio era difícil de manejar. Creo que por eso se lo hicieron tantas veces. Pero ya no durará mucho. No puede comer. Respira y poco más. Ya no existe. Ni siquiera la llamamos por su nombre. Cuando están así, ¿para qué? Ya, ya sé que suena mal. Pero… no sé. Sería como fingir que no le hicieron lo que le hicieron. Fingir que sigue viva. Ni te imaginas cómo son las cosas ahí. Me dan ganas de escupir. —Lottie se frota la cara con la mano menuda—. Creo que… bueno, no es por ella. Ya no se entera de nada. Y hay tantas cosas horribles en el mundo… Es por mí, lo siento por mí. Quiero ir a bailar por la noche.

Quiero comer uvas en la playa y llevar medias buenas y no sé qué más. —Lottie se interrumpe de repente y mira a Frank—. Ya lo sé, soy un monstruo.

Tiene la respiración acelerada, las manos juntas como si rezara. Las pestañas, espesas y lustrosas a la luz cálida.

Él le acaricia la mejilla. Se miran el uno al otro como si se buscaran los defectos.

—Quiero hacer una cosa —dice Frank.

—Adelante.

—La chica que vino a verte —dice Lottie más tarde, cuando el sol se enfría ya sobre la hierba.

—Madge. Me dijo que no había nada que hacer.

—¿Y te importa?

Frank no está seguro. No se hace esas preguntas. Tiene miedo de no poder parar si empieza.

Lottie bosteza.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Tarda un rato en responder, y lo hace vacilante, como si estuviera ensayando.

—Mi padre era cochero. Entiendo de caballos. Sé conducir. Supongo que aún hay coches y caballos.

—Supongo, sí.

Lottie le toca la mano que él le ha puesto en el hombro. Cuando lo hace, estalla la luz. El dolor, que ahora rara vez hace su aparición, le recorre la pierna. Le desgarra la carne con apetito perverso. Se le mete en los huesos, se los roe.

Se presiona los ojos húmedos con el brazo. La tarde ha desaparecido como si no hubiera existido jamás. Cuando habla, no sabe lo que dice, pero algo ha sido. Porque, cuando vuelve de nuevo a la superficie, Lottie está hablando.

—No importa. Todo está roto, hecho pedazos. Todo lo que había

antes. Así que podemos coger los pedazos y hacer con ellos lo que queramos. ¿Lo ves?

Su voz lo empapa, sus manos le tocan el pecho ligeras, apremiantes. Toda ella, su olor, se le pega como el sudor. Lo nota todo. Querría darle algo, pero es demasiado.

—No voy a conducir un coche ni a montar a caballo, claro. —La aparta de su lado—. No —dice.

—Como quieras —responde Lottie.

Nota cómo se aleja, siente el aire que los separa.

Annie le trae una almohada. Se la ofrece con gesto vago.

—Nos deja mañana —sugiere.

—Sí —dice Frank.

En la otra punta de la sala, Lottie se está riendo de algo. Tiene la mano sobre la boca. Está lejos, bajo la escasa luz. Su mirada pasa sobre él sin fijarse. No han vuelto a hablar desde aquel día. Annie es la que le lleva ahora las cosas, la que le cuida la carne nueva, curada. Su contacto siempre es dubitativo, como si no estuviera del todo segura de que existe.

—¿Y a dónde va? —pregunta.

Lleva en la mano el orinal tapado con elegancia casual.

—A Bromley —responde Frank—. Con mi tío. Tiene un garaje.

Annie ya está mirando en otra dirección. La pregunta era mera cortesía que no puede mantener. O puede que las enfermeras reconozcan las mentiras con solo oírlas.

Las lámparas doradas se van apagando una tras otra y los movimientos de los hombres dejan paso al sueño. Se oyen los llantos habituales de aquellos a los que sus miedos dan alcance. Los sorprenden cada noche. Los recuerdos del barro, la sangre, las muecas llenas de dientes, todo lo que el día ha mantenido a raya. Frank mira el techo y desea que todo fuera blanco. ¿A dónde irá cuando salga de Earlswood? Piensa en trincheras, en periódicos, en huesos cubiertos de musgo. La noche avanza.

Al final, Frank se incorpora. Se recuesta en la cama y coge la

pierna que tiene apoyada contra la pequeña taquilla. Se pone la mezcla ya familiar de carne y cuero. Coge el uniforme que tiene bien doblado en el cajón. No tiene casi nada más. Todo se lo robaron en Dieppe. Se viste con cuidado y ceremonia, se abrocha los botones despacio. Se alisa la camisa bajo la chaqueta, se sube los pantalones sobre la pierna rígida, insensible. Mira lo poco que tiene. No es gran cosa para una vida.

El último objeto reposa frío, pesado al fondo de la taquilla, envuelto en hule. Frank se lo mete en el bolsillo. Pasa entre las camas, sale de la sala alargada, baja por el pasillo verde bilioso. No hay nadie. ¿No debería haber alguien?

La puerta que da al jardín tiene el cerrojo echado, claro, pero por dentro. No se trata de evitar que salga nadie. La noche es cálida, tranquila, con olor a humo. En algún lugar, no lejos, arde una hoguera.

El árbol proyecta sombras más oscuras que la oscuridad. Bajo sus ramas, la hierba está húmeda y plagada de raíces como obstáculos. Frank trata de sentarse. La pierna rígida, irreal, le resbala. Se apoya contra el tronco, tembloroso. Los recuerdos vuelven a ráfagas desatadas.

Frank piensa en el chico al que vio alcanzado por el propulsor en Verdún. No recuerda su nombre. El chico se volvió hacia Frank, le mostró el hueco entre los dientes al sonreír, le dijo a gritos «¡Fíjate, seguro que va a haber truenos!». Tras él, el cielo es como acero. Primero pierde el brazo, luego la mitad de la cabeza.

Está el hombre que salió de la oscuridad una noche para ofrecerle una taza de té. Frank temblaba tanto que no la pudo coger. El hombre le cogió la mano. Se quedaron así, con el rifle al hombro y las manos juntas en la oscuridad silenciosa. Al final, le cerró los dedos en torno al pocillo tibio y se marchó.

Frank piensa en Stephen, que hasta entonces había sido el único chico que lo había cogido de la mano para reconfortarlo. Recuerda cómo sentía el peso de su brazo cuando le rodeaba los hombros. El olor rudo a tabaco. Y el otro. Tal vez, en el desierto gris de la muerte, Frank se reunirá con sus dos hermanos.

Las lágrimas que le corren por la cara son calientes. Se clava los dedos en las manos. La luz de la luna se filtra entre las ramas. Flores nocturnas, madreselva, tierra vieja. Hojas quemadas. Frank piensa en

todas las cosas viejas que hay bajo el suelo, muertas, enterradas, olvidadas. Piensa en todas las cosas nuevas que se desenroscan, verdes y esperanzadas, cada día. Piensa en islas rocosas donde solo hay aves y el mar. Se imagina un gran agujero en el centro de la tierra que escupe por un momento cosas, casas y vidas y cuerdas y ventanas iluminadas y vestidos rojos y palabras que vienen de los libros, y luego las vuelve a engullir como un remolino, como un desagüe. Piensa que todo volverá a ese agujero. ¿Y qué hay en el fondo? Antes todo tenía una razón.

Se saca la pistola del bolsillo y abre la boca. Sabe a aceite y a disparo. El clic es una conmoción, le vibra en el cráneo. Frank cierra los ojos con fuerza. Le bailan lucecitas en los párpados.

El golpe llega en la oscuridad como el ala de un pájaro.

Le acierta en la sien y el hombre se tambalea. Es tan ilógico y tan injusto que alguien le dé un golpe así que por un momento no se lo puede creer. El cielo, él árbol y la tierra dan vueltas.

Una mano blanca, lino blanco que ondea. Tiene los dientes amarillos como la sonrisa de la luna. No lleva vendas en la cabeza y, sin ellas, parece de pronto alerta, viva, con el cráneo tierno bajo el pelo nuevo, fino. Las cicatrices destacan como rebordes de valles a la luz nocturna.

Quiere saber cómo ha saltado, cómo ha salido. La chica levanta el brazo. Frank ve la herida redonda en el hombro, la sangre, jarabe oscuro en la piel blanca. Su rostro es una máscara. El poste centellea en su mano, aún con la tierra de la que lo ha arrancado. Sus ojos vacíos no tienen foco. Los ojos crecen, se expanden, le ocupan la cara. Se hinchan, se extienden por el aire, lo engullen todo hasta que el mundo entero es un ojo enloquecido.

Frank tiene tiempo de pensar algunas cosas antes de recibir el segundo golpe. Una es: no estoy preparado. No, no estoy preparado. Todavía no.

El ojo brilla. Se oye un silbido. Todo se desploma como brea fundida.

Lottie encuentra a Frank en el jardín, de bruces en el suelo. Está completamente desnudo. Tiene el revólver reglamentario bajo la palma de la mano, salpicado de lluvia.

Cuando Lottie le da la vuelta, Frank se despierta, escupe, tose. Del

montículo que tiene en la cabeza mana algo púrpura, negro. La sangre le corre por la cara, una línea dibujada por un alfiler al rojo. Se siente podrido.

Se abraza a Lottie. Ella se lo permite. Es toda carne.

—Shh —le dice con los ojos muy abiertos como un ciervo—. Pensé que lo habías hecho. Pensé que te habíamos perdido. Te hemos estado buscando… No sabía ni qué hacer. Qué caos. La tormenta…

—¿La tormenta?

—Mira —señala Lottie.

Sobre ellos, el árbol está casi despojado de hojas. Las ramas cuelgan peladas, rotas. Los restos salpican la hierba como si fuera un campo de batalla. Por todo el césped hay charcos centelleantes de agua de lluvia. Debajo del cuerpo tembloroso de Frank, la tierra es un barrizal.

—Y la que muerde… —dice Lottie.

—Me ha quitado la ropa —dice Frank.

La ira lo asalta, lo envuelve como un paño caliente.

Lottie lo mira con cautela.

—Esta mañana había desaparecido —dice—. La habitación estaba cerrada; la cama, vacía. Las ventanas, con barrotes. Pero había desaparecido.

—Sí, y se ha llevado mi uniforme. Me ha dado un golpe en la cabeza…

—Bueno… —Lottie parece insegura—. No. Ha muerto.

Frank la mira.

—No —dice—. Me ha…

—No la encontrábamos por ninguna parte, ni veíamos cómo había escapado. Nos entraron escalofríos. Pero se me ocurrió mirar debajo de la cama. —Lottie habla ahora más deprisa—. Y ahí estaba. Sin las vendas de la cabeza. Fue horroroso. Se le veía el cráneo bajo el pelo. Con tantas cicatrices… —Lottie se echa a llorar—. Se metió debajo de la cama, se enroscó como un gato y murió. Puede que le dieran miedo

los truenos. No sé, le había cogido cariño. Y esas camas están atornilladas a la pared, así que ha costado mucho sacarla. Y luego... —Lottie se detiene, coge aliento. En el cielo, las nubes se dispersan, se ve el azul. El sol débil le ilumina la cara—. Al ver que tú tampoco estabas en la cama, me asusté mucho. Se me ocurrieron cosas muy raras. Pensé... —Hace una pausa y deja escapar una risa aguda—. Pensé que os habíais escapado juntos. Sabía que ella estaba muerta y bien muerta. La había visto. Pero lo primero que se me pasó por la cabeza... fue que os habíais fugado.

Frank agarra a Lottie por los brazos, a través de las mangas. Alza la vista hacia ella, una forma roma, basta, contra el cielo cada vez más claro. Quiere decírselo, quiere que vea el ojo enorme y demente, la sonrisa de luna amarilla, la que muerde. Empieza a contarle lo que pasó. Pero las palabras le salen torpes y se dispersan antes de que le lleguen a la lengua. La cabeza le canta con trinos de canario. Y ya no está seguro, ya no sabe qué ha pasado. Parece que se ha cerrado un trato, en alguna parte, y él ha salido ganando.

Lottie se suena la nariz y agarra la mano de Frank.

—Querían enterrarla en el patio —dice—. Donde meten a los que no tienen a nadie. Pero no lo he permitido. Siento no haber hecho nada en todos estos años. ¿Me entiendes? Permití que le hicieran lo que le hicieron. Si no era más que un bebé. Solo hablaba de su casa. Cuando aún podía hablar.

»Nos dimos mucha prisa. No sabíamos cuándo iban a venir a por ella. La envolvimos y la metimos, las otras chicas y yo. Las otras a las que les importa. Bien sabe Dios que poco podemos hacer. No te imaginas cómo estábamos. ¿A dónde podíamos mandarla? Había un hombre que le escribía cartas. A ella no se las daban.

»Los cadáveres, tarifa de pobres. Dos chelines y seis peniques. Lo hemos pagado entre las chicas. Espero que hayamos hecho bien. ¿Has preparado alguna vez un ataúd para el tren? No es fácil. Le puse dentro la última carta. Al menos que tenga una.

Se echa a llorar.

Todo está demasiado cerca, le presiona la piel a Frank. El jardín destrozado, lloroso. Las cabezas rotas de las amapolas por doquier. El crujido de la rama rota que se mece al viento. ¿Cuándo se ha vuelto todo tan definido? El olor de la tierra húmeda, del verde, es embriagador. Suena a lo lejos el tintineo de cristales que anuncia la

llegada del carro de la leche: tarde, estridente, innecesario. Sobre todo, el picor de la pierna allí donde el muslo se junta con la prótesis pulida. La caligrafía azulada y torpe de la cicatriz, luego el cuero y el acero. Es un hombre y luego es otra cosa a partir de la rodilla. Por primera vez, a Frank se le ocurre que esto se acabará por convertir en algo que casi ni notará. Y en ese mismo momento comprende que la guerra ha terminado de verdad.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta.

—Iris —responde Lottie—. Iris y un apellido extranjero. ¿Te basta con eso?

Frank respira hondo. El carro de la leche avanza por la carretera con estrépito. Le basta.

—Vamos adentro —dice—. No estoy presentable.

—He visto cosas peores —responde Lottie.

Tira de él hasta ponerlo en pie. Echan a andar mientras la valla de alambre reluce al sol. Esa tarde volverá a hacer calor. La valla se mece suelta en un extremo. Hay un agujero en el suelo y falta un poste.

Iris

1919

«Quémalo», dice mi padre. Los muertos pueblan mis sueños.

Me despierto tosiendo. El humo sube en nubes acres, nefastas. Ante el fuego de la sala. Rawblood me rodea como un cascarón. Afuera, el páramo está en silencio. Arriba, en todas partes, el viento silba por las estancias, por los pasillos, levanta nubes de polvo, sacude las puertas hinchadas por la humedad. Ahora Rawblood tiene un clima propio.

No puedo dejar que se apague el fuego. Tengo frío, mucho frío. Rompo viejos cajones de embalar, arranco las patas de muebles cubiertos de telas blancas. Es la única habitación donde la chimenea no estaba bloqueada. Las llamas bailan, hacen piruetas con el viento. Tienen un tinte verdoso. Es por algo de la turba. Eso me llegó más hondo que todo lo demás. Cuando vi saltar las llamas verdes en lo más profundo de la chimenea supe que había llegado a casa.

Ella no se va a mostrar. He recorrido la casa, rabiosa. He arrancado tablones del suelo. He abierto agujeros con las uñas en el yeso de las paredes. Me he arrastrado como un gusano por la bodega. Me he metido por la chimenea aterciopelada, asfixiante, que me ha escupido en una nube de hollín. Puede que se haya marchado. Puede que esté muerta, como tantos otros estos últimos años. ¿Pueden morir los fantasmas?

Ahora los sueños son atroces. Tengo miedo de dormir. No soporto mirar a través de sus ojos. Lo que hace. Las cosas que siente. Se derraman sobre todo lo que veo, me manchan las horas en que estoy despierta. Está aquí, lo sé. La siento. Noto su sabor en el aire. Lo cubre todo como una piel. Impregna el aire como un perfume. Rawblood la respira como si fuera un pulmón. Esta casa. Mi casa. Es parte de mí, como un miembro, como un ojo. Pero algo la ha envenenado. Está enferma, sufre.

Hay habitaciones en las que no puedo entrar. En el despacho hay un hombre ahorcado de una viga. Se mece, hace crujir la madera. El rostro negro, los dedos de los pies apuntando al suelo.

Fuego. Negro. Fuego. Despierto sobresaltada. No debo dormir.

La imagen que flota en mi mente es el esqueleto. Los huesos

dispuestos sobre la mesa de caoba. Su color amarillento marfil, el orden perfecto que tan deprisa desaparecía en un montón de huesos sin nombre. Hace tantos, tantos años...

Hoy en día me siento un poco como aquel esqueleto. Todo mi ser está disperso, desconectado, gira en torbellinos de polvo, en las alturas y los rincones de la casa. No debo dormir.

Estoy en el pasillo, ante la que fue mi habitación. La puerta estrecha que tengo delante, negra, enmarcada en luz de luna. Adentro, en las sombras, aguarda algo fino, anguloso, blanco.

Así que estabas aquí, digo. En cierto modo es una decepción. Es demasiado fácil. El rostro está oculto en la penumbra, pero el cráneo blancuzco reluce bajo el pelo rapado. Ella gira la cabeza un poco. Un atisbo de rasgos blancos como huesos, de cuencas oculares negras. Por un momento, algo se mueve en las profundidades de los ojos.

«No es la primera vez que te veo —digo—. Estabas en la cueva aquel día, hace años. No pudiste conmigo entonces y no podrás ahora».

Se estremece. La cabeza calva llena de marcas sube y baja. La luz de la luna se desliza sobre ella y la boca se le mueve entre las sombras como un puñado de gusanos. No sale palabra alguna. El anhelo se enrosca en el aire, frío en su aliento. Es un deseo viejo, implacable como la piedra. Su voluntad es como las profundidades de una cueva. La piel de mi rostro, de mis brazos, se arruga, se contrae, se me recoge en pozos helados en el cuello y las muñecas.

Una marea fluye entre nosotras. Los años y la sangre de mi familia. El peso de la culpa, el del miedo, gemelos, eternos. Los dedos de mi padre al manejar la aguja, al buscar la vena. Y todos los otros a los que no conocí. El amor de mi madre. A través de las generaciones, entrelazando nuestras vidas, devorándonos con la facilidad del que sopla la cabeza de un diente de león. Todo se reduce a esto. A ti. Su hedor me asalta las fosas nasales. Huele a podredumbre, a dolor, a cuerda quemada.

«¿Qué quieres? —le pregunto—. Llévame, si es eso. ¿A dónde vas a ir ahora que has acabado con todos nosotros, uno tras otro? ¿Qué harás cuando no quede nadie a quien atormentar? Lástima. No te voy a dar la satisfacción. ¿Qué me vas a quitar que no me hayan quitado ya? Nada. No tengo nada, y no tengo límites».

Se estremece, parece que de placer. Las manchas negras y las

sombras le surcan el cuerpo flaco. Es la luz de la luna y las nubes por la ventana, puede, o puede que no. De pronto estoy intranquila. ¿Qué es esto? Y no recuerdo bien cómo he llegado aquí.

Algo se desenrosca hacia mí. Salva la distancia que nos separa como un tajo profundo. Es un brazo, flaco, lleno de costras. La mano blanca como el hueso se abre. Tiendo la mía hacia ella de inmediato. Las puntas de nuestros dedos se rozan. Es una sensación sorprendente, suave, conocida. Nos quedamos así, con los brazos estirados, los dedos rígidos y abiertos en una refutación formal.

Y me lanzo sobre ella mostrando los dientes, con los puños apretados. Le caigo encima y es dura como el cristal, pero sigo. Descargo una lluvia de golpes. Araño hondo, busco el corazón. El mundo se llena de luz cegadora y sangre y sonidos inhumanos.

Abro con las uñas la superficie lisa, la golpeo con los puños, los codos, el cráneo. Se oye un crujido como el del mundo al abrirse. La verdad surge despacio, como si aflorara. Mi padre solía decirlo: «siempre hay una respuesta». Es más sencillo de lo que pensaba y peor de lo que me habría podido imaginar.

Los trozos de espejo saltan del gran marco dorado. Caen como cuchillos brillantes al suelo, se rompen con estrépito. Cada esquirla de plata me devuelve mi imagen. Fragmentada, dispersa. La cabeza llena de costras, una luna malévola surcada por las muchas líneas de las viejas cicatrices. Mi cuerpo blanco, arrugado. Los ojos negros como escarabajos... son mis ojos. Ahora la veo, ahora sé lo que es. Ella no me estaba mandando los sueños.

Creía que era yo la que estaba hechizada. Y es al revés.

Tengo las manos magulladas, ensangrentadas, temblorosas. Pero no me detengo. Los golpes que oigo son los golpes sordos de mis puños contra el suelo, contra los restos brillantes del espejo. Lanzo rugidos y golpes. Doy golpes hasta que no queda ninguna superficie traicionera que me muestre a mí misma, que la muestre a ella, que diga que somos una.

Estaba equivocada. Sí me quedaba algo que me podía quitar. ¿En qué me he convertido? Ahora, precisamente ahora, me viene a la mente la voz de Martin, la voz de Goodman: «No hay ninguna mujer, solo tú». Vuelvo a rugir. Tengo la voz tan ronca que suena como la piedra contra la piedra. Así que Martin Goodman ha ganado, al final ha ganado, porque morí allí.

Recorro los pasillos y habitaciones de Rawblood. Al pasar por cada estancia, oigo voces. Mi tío Charles que juega con un perrito. Mary Villarca le lee algo a su marido y se ríe. Podría extender la mano y tocarlos. Podría hacer cosas aún peores. Las he hecho.

Siento el dolor en cada fibra de mi ser. Lo que me hicieron fue una injusticia. Durante años me arrancaron pedazo tras pedazo. Carne, hueso, órganos, el cerebro. ¿Por qué? Por diversión. Para probar o refutar cualquier idea vaga.

La rabia me recorre como una llama. Estoy incendiada por dentro. La casa se abre a mi paso. Rawblood se revela ante mí. Los pasillos se alargan, dejo de conocerlos. Las puertas llevan a otros sitios. Hay más habitaciones de las que conocía. Algunas puertas quedan entreabiertas.

Una puerta blanca adornada con repujados de oro. Al otro lado, una sala de baile desierta. Los ecos de música lejana. El sol del atardecer entra por las ventanas altas. En el centro hay un caballero con una peluca empolvada. Los zafiros centellean en su cuello. Se mira las muñecas cortadas y llora. La sangre gotea sobre el parquet, le mancha los zapatos de satén, los elegantes tacones, las hebillas de zafiro. Tiene los ojos oscuros, anhelantes. Me mira. Alza una mano fina y me señala. La acusación es como un cuchillo. Me doy media vuelta a toda prisa. No lo conozco, nunca lo he visto, pero lo recuerdo. Recuerdo la flor negra de ira que creció, que se abrió dentro de mí. Luego, él murió.

Más allá hay un arco de piedra basta en la pared. Al otro lado, un salón alto, todo maderas, con una galería para los músicos. Dos hombres con hábitos de arpillera. Comen de bandejas de plata. Es carne, oscura. Las papadas les tiemblan, los jugos les recorren la barbilla. La luz de las velas baila sobre la plata, sobre las tonsuras. Tras ellos, en las esteras que cubren el suelo, yacen los cadáveres ensangrentados de dos chicas. Sé y a la vez no sé lo que han hecho los hombres. Y lo que he hecho yo. La rabia se agita, ella se agita. Me apresuro. Detrás de mí, el crujido de los dientes sobre el hueso.

Hay una abertura en la pared. Tiene forma de puerta, pero no es una puerta. De pronto, Rawblood cesa allí. Es mareante. Al otro lado, el cielo de la noche lo envuelve todo. Tres hombres menudos están sentados en pieles, sobre la hierba. La luz del fuego baila sobre sus rostros tatuados. Tienen rasgos que me resultan familiares, dolorosamente familiares, al instante. Veo en ellos la estirpe de mi padre. Son el pasado, son Villarcas, son Hopewells, cualquiera que

fuera el primer nombre que tuvimos... Pero no, son de un tiempo anterior a los nombres, anterior a Rawblood. Veo el brillo en la punta de las lanzas. Uno está llorando. Los demás alzan las teas y escudriñan la noche. Me ven. Abren la boca, mucho, de manera imposible, grandes agujeros de oscuridad. Gritan. Huyen. Las antorchas dejan un rastro en la noche.

Dejo que ella entre. Corro tras los hombres por las colinas, en la oscuridad, bajo las estrellas. La caza. Al final les doy alcance. Hago que vuelvan el rostro hacia mí, les muestro los ojos de ella. En esos ojos, la inmensidad. Rabia, y nada. Lo hice hace mucho. Lo recuerdo.

El pasillo se ondula y vibra con el tiempo. Porque no es solo Rawblood. Hay puertas que dan a ciudades, a montañas elevadas, donde está mi familia. No se puede confiar en las paredes. Titilan como reflejos en el agua. Son de ladrillo, luego de granito, luego de azul cielo, luego son una bodega... Todos los lugares superpuestos, y son tantos... No sabía que había tantos. Son infinitos. Caminos oscuros, trampillas, pasillos. Rawblood se extiende como la hiedra, se remonta en el tiempo.

Hay puertas y paredes y bosques y pabellones y voces por todas partes. Todo lo puebla mi familia. Todas las generaciones que me precedieron. Las toco todas. Estoy en ellas como una gota de tinta que dibuja espirales en el agua. Me dan la existencia, acabo con ellas... Es un círculo infinito, infernal. Ella es una rueda.

Por mí nos hemos ligado a este lugar. Mi familia languidece por Rawblood. Aman este lugar con fervor. Cuando están lejos, enferman. Todo porque yo no soporté estar lejos de mi hogar. Los que viven antes de que se construya la casa la ven en sueños, la anhelan, siempre. Un deseo agónico que no se puede satisfacer.

Todas las puertas cantan. Es un cántico oscuro y poderoso. Me llaman, me atraen. Ya he oído antes esta canción, claro. Pero fue hace años. Entonces sonaba como el agua tras las paredes de la cueva. Las que están entreabiertas... son invitadoras, y su canción suena con más fuerza.

Hay una puerta concreta. Sé que existe. La recuerdo. Esto es lo que sucede. Entro a una habitación infantil azul y blanca. Estoy envuelta en una mantita azul y miro el rostro de mi madre. Noto el contacto de sus brazos amorosos. Por primera y última vez. Pero, cuando me mira, su rostro se transmuta. Poco a poco se torna en una máscara de horror. A nuestro alrededor huele a lirios y a sangre. Mi

madre muere. Me quedo chillando entre sus brazos, con mi padre destrozado, y todo empieza de nuevo. Mi vida. Mi muerte. Ella. Esto es lo que sucede. Ha sucedido. Lo recuerdo.

Ella se llena de placer al pensarlo. Adora la repetición. Describir círculos en el tiempo.

No. No será así. Soy Iris, y Rawblood es mi hogar. Pongo las manos contra las paredes que se estremecen. Cierro los ojos y palpo los muros de mi infancia. Los siento en las yemas de los dedos, en todo mi ser. Cuando papá y yo lo éramos todo el uno para el otro. Mi casa. Si no me muevo, noto el granito que conozco tan bien. Sigo la pared con los ojos cerrados. Mis dedos trazan el camino antiguo. Voy al salón. Voy por los caminos que conozco. Mantengo los ojos cerrados y no me vuelvo y me detengo cuando las voces me llaman a través de los años.

En el salón arde el fuego. Me acuclillo delante. Papá siempre dijo que no existían el cielo ni el infierno. Pero existen, y yo estoy ahí. En su corazón palpitante y oscuro.

Lo percibo antes de verlo. Algo vasto y oscuro tendido junto a la chimenea, junto al fuego. No, cualquier cosa menos esto.

—Papá —digo. Tengo el corazón helado.

La montaña negra se mueve, se sacude. Hay algo que corre entre las losas del suelo. Me llega a las suelas de las botas y el olor se eleva como un hierro al rojo al enfriarse.

A la luz del fuego moribundo, tiene el rostro muy pálido, manchado de sangre. Pero lo reconocería cuando fuera, como fuera, claro. Los años estallan con los recuerdos. Mi padre, la primera persona que maté. O la última, depende de cómo se mire. Está aquí y no voy a permitir que suceda. No lo voy a permitir.

Vuelve la cabeza con un gemido. Tiene la respiración sibilante. La jeringuilla centellea clavada en su pecho.

Me tiro al suelo junto a él. Trato de cogerle la cabeza entre las manos. No puedo sostenerla, tengo los dedos resbaladizos de sangre. Sonrío.

—Papá —digo—. Soy yo, Iris. Tranquilo, te voy a ayudar.

Se estremece bajo mi contacto. Está blanco de miedo.

—Ya veo —dice—. Ya la veo.

Me miro en el reflejo de sus ojos: un monstruo destrozado. No es que los dedos me resbalen por la sangre, es que lo atraviesan, insustanciales. Me lanza zarpazos de pánico, pero no podemos tocarnos, ni para hacernos daño ni para reconfortarnos, y eso es lo peor. Mi padre vuelve a morir, hace mucho, sin que pueda llegar a él; aquí, delante de mí, mientras la sangre se encharca cálida sobre las losas.

Y de pronto ya no está. Las losas están limpias, desiertas, y yo, sola, ante el fuego. ¿Cuánto tiempo? Hay actos con tanto poder que no terminan nunca. Rawblood no es una casa igual que yo no soy la que era. Hemos cambiado. Aquí, mi padre agoniza eternamente.

Corro hacia la puerta principal, la desatranco con estrépito, abro el enorme cerrojo de hierro. Le doy patadas. No se abre. La golpeo. Resiste. Pruebo con la ventana. Está soldada. Cojo con brazos temblorosos la pesada cuña de hierro con que se mantenía abierta la puerta. La lanzo contra los cristales. Rebota y cae al suelo con un estrépito ensordecedor. Estoy encerrada en mi tumba.

Miro el salón silencioso de Rawblood, los techos altos. El fuego crepita en la chimenea, caldea las losas. La repisa de mármol, blanca como la nieve, es un caos de grifos, halcones, arqueros. La escalera asciende en una curva elegante hacia la oscuridad. Es todo lo que tanto he añorado, y ahora daría cualquier cosa por salir. Pero no salgo, claro. Recuerdo. Todo esto lo he hecho antes. Una y otra vez. Es un círculo.

«Siempre hay una respuesta». Debe de haber algo que aún no he intentado. Me seco las lágrimas de la cara y pienso. Hurgo en las profundidades largas y terribles de mis recuerdos. Hay algo, hay algo... Los años, los colores, los pensamientos bailan ante mí, entremezclados, los hilos enredados de todo lo que he hecho.

Y de pronto, lo tengo. Es muy sencillo. Es triste. No lo puedo soportar. Nunca he podido hacerlo. Cada vez, cada una de las veces, he omitido lo que era necesario. No, se acabó. Soy Iris y tengo que salir. Puedo controlar mi destino. «Quémalo», susurra mi padre.

—Muy bien —digo.

La casa se mueve a mi alrededor, es un ser que crece. ¿Puede Rawblood oír lo que pienso? ¿Sabe lo que quiero hacer? Junto sillas, mesas, percheros, lo que queda. Lo llevo todo al salón en penumbra

donde arde el fuego. Rompo la madera contra la rodilla con manos entumecidas, amontono la leña. Las llamas se elevan altas, chisporrotean. Cortinas viejas, cuadros al óleo oscurecidos por la suciedad de los años, todo vale. Rompo los restos de un sillón de mimbre. Va todo al fuego. El aire se llena de polvo y chispas. Y lo hago sin dejar de llorar. Rawblood. Mis huesos, mi corazón.

En el despacho encuentro botellas viejas de licor cubiertas de telarañas. Las estrello contra el fuego, que ruge, salta de sus confines, se eleva y ennegrece la repisa de mármol blanco con las llamaradas. Vuelvo a indagar en mis recuerdos. No hay nada. Hemos entrado en territorio desconocido. ¿Qué va a pasar?

Meto en el fuego dos patas de una silla. Se prenden como antorchas y corro arriba, por la escalera curva, tocando a mi paso todo con las llamas. Rawblood arde detrás de mí. Me calienta la espalda. Estoy llena de hollín, jadeante. Cuando las antorchas se han consumido, las dejo caer al suelo. Corro por delante del fuego, lo precedo.

Atravieso mi antigua habitación. Hay alguien en la cama. Un hombre, muy pálido, con bigote, temblando. Un perrito gruñe y se lanza hacia mí, me enseña los dientes. Lo aparto de una patada y desaparece entre la espesa niebla de humo. Llego a la ventana sin aliento. Salgo al aire frío de la noche. Me arrastro por el caballete del tejado hacia el establo hasta que ya no noto el calor.

La casa está incendiada, es un candelabro gigantesco. Las llamas brillan blancas a través de las ventanas, salen por ellas, ascienden. Las lanzas de fuego perforan la noche. Todo arde. Mi hogar, mi prisión.

El dolor me domina. Rawblood arde hasta los huesos, es un esqueleto oscuro en una torre de llamas. Todo lo que me queda en el mundo, todo lo que soy.

Se oye un crujido terrible cuando cede algo vital. La casa chilla. El techo se derrumba poco a poco. Caen lluvias de tejas al corazón fundido. El fuego levanta nubes de olor acre. Me arrastro para alejarme y la negrura me sigue, se hincha a mi alrededor llena de chispas, miles de ojos rojos, diminutos. El fuego crece, florece contra el fuego, se alza junto a mí. El aire es demasiado caliente para respirarlo y me queman los pulmones. Bien. Es lo que tiene que ser. Moriré con Rawblood. No hay sitio para nosotras en este mundo.

Caigo entre paredes y olas de negrura. Estrellas rojas por doquier.

Recupero el conocimiento muy despacio. Una luz cálida me ilumina la cara. Me incorporo con el corazón acelerado. Rawblood se alza silenciosa a mi alrededor. Estoy en el salón. En la chimenea bailan las llamas. Todo está como estaba. No lo he conseguido.

Podría volver a quemarlo todo. Podría tirarme al fuego. No serviría de nada. Nunca escaparé de aquí. Estoy atrapada. El alarido que dejo escapar rompe el aire, se alza hasta las vigas. Mi rostro espantoso se refleja en las ventanas, se repite, oscuro, una y otra vez. Un cráneo, una boca abierta. Un reflejo en el agua.

¿A dónde iría si pudiera? ¿Dónde buscan refugio los monstruos? Me contemplo largo rato. Recorro las líneas espantosas de mi rostro. Al final, papá tenía razón. No soy Iris. Iris murió. Le hicieron agujeros en la cabeza y murió. Yo soy todo lo que queda. Me cuesta demasiado aferrarme a los recuerdos, a la vida. Solo queda el vacío. En la caída, brillas un momento. Eres un destello en la negrura.

Tengo la mano en un ornamentado picaporte de plata. A mi alrededor, la canción. La puerta es de caoba, con hermosas tallas. Alguien llora al otro lado. Una mujer. Su llanto se mezcla con la música. Es delicioso. ¿Por qué no voy a entrar? Todo esto ya pasó hace mucho. La rendición no tiene por qué ser delicada. Ella está dentro de mí, palpita en mi interior.

El picaporte emite un chirrido leve, grato. Abro la puerta.

Una habitación a oscuras, cargada con el olor del sueño interrumpido, de la cera caliente. Una vela que se ha apagado hace poco. Me acerco a la cama sin ruido. Las formas blancas, tapadas. Un hombre, una mujer. Ha habido una pelea. Ella solloza en silencio, vuelta hacia el otro lado. Cascadas de pelo dorado. Pero no tengo nada que ver con ella. Ya le llegará su turno. Un atizador al rojo, llamas.

El hombre se incorpora. Rostro atento, elegante. «Tú», dice. Está pálido, gris, sudoroso.

«Ven —le digo—. Te voy a enseñar mis ojos».

No lo toco. No hace falta. Se lo muestro. El agujero en el cráneo, el polvo de hueso. Una vida a medias en los inframundos de la mente. Días y años. Le transmito lo que sé como una enfermedad, echo a perder todo lo que toco. Le pudro el corazón.

Grita como un niño y huye de la habitación cálida, de su mujer

llorosa. Me agarro a él como el humo. «¡Leopoldo!», grita ella. En los establos, el hombre ensilla a un caballo asustado. El caballo abre mucho los ojos. Se encabrita, se levanta sobre las patas traseras, trata de tirarlo. Sabe que la muerte está cerca. El hombre le azota los cuartos traseros con la fusta hasta que el caballo sudoroso rompe a galopar. Me enrosco a sus hombros mientras cabalga, cada vez más deprisa, bajo la luna, como si pudiera correr más que algo que lleva pegado. Yo. Cuando el terreno se vuelve blando, el caballo se da cuenta y se detiene bruscamente en una maraña de patas y cascos. El hombre sale despedido por encima del animal, a la ciénaga. Se hunde hasta la cintura, forcejea.

«No fueron solo los agujeros de la cabeza —le digo—. Al final, desnutrición, infecciones, derrames. Abscesos en el cerebro. Fue muy lento. Te voy a enseñar cómo fue morir con mi muerte».

La ciénaga se toma su tiempo. Tarda horas en hundirse. Antes de terminar, se arranca los ojos con las uñas para no ver lo que hay en los míos.

Cuando todo termina, me encuentro sola y fría en la tierra desolada. La desesperación baja en picado del cielo como un halcón. La putrefacción de la ciénaga impregna el aire. Estoy enferma, temblorosa. ¿Qué he hecho? ¿Cómo puedo salir, cómo puedo detenerme? Agarro las briznas de hierba. Miro el horizonte, una línea rosa por la que trata de asomar el día. Si me voy… ¿cómo puedo escapar de ella, que siempre va conmigo? Pero tengo que intentarlo. Tengo que intentarlo.

La flor oscura se agita dentro de mí. Crece, se abre. Es demasiado tarde para pensar en huir. Ella me acaricia, me reconforta. Se desliza por mis órganos, mis miembros, mis ojos. Se extiende con un centenar de dedos, de lenguas diminutas. Es demasiado tarde para resistir. El amanecer, la tierra, mis recuerdos, todo se desvanece, se disuelve en la nada. La oscuridad se eleva una vez más. Me llena con delicadeza. Ella ha llegado.

Acabaré con todos. Así, nunca existiré. Puerta tras puerta, colinas altas y ciudades se abren ante mí. Les muestro mis ojos. Unos enloquecen, otros suplican. Se llevan otras vidas por delante. Muchas manos temblorosas manchadas de sangre. Al final todo es lo mismo. Cada corazón deja de latir. Estoy en paz. Me tambaleo en medio de la nada, llena de oscuridad, de canción. ¿Hasta dónde he caído? ¿Alguna vez he sido otra cosa que lo que soy ahora? Ella.

Tom Gilmore se sobresalta, tose. Una parte de su sueño se ha abierto camino hacia el mundo de la vigilia. A través de la ventana, el este se ha teñido de rojo, pero no puede ser aún el amanecer. Pone las palmas contra el cristal helado y lo llena de fantasmas blancos. El cielo es rojo sobre Rawblood. Pero Rawblood ardió hace tiempo… Estaba soñando con fuego. O tal vez con pelo rojo. Aún tiene la mente llena de brumas. Un rugido anaranjado, rojo. El mundo del sueño y el suyo se superponen. Pelo rojo, fuego.

«Ve a cavar la tumba. Ve». Lirios. Las blancas trompetas fúnebres.

Desde la desmovilización ha estado a la deriva en un vasto mar. Se mantiene a flote a duras penas. Cada día, por poco. La desconcertante profusión de lo cotidiano. La granja. Los impuestos. El ternero con la pata rota. Se siente a la vez demasiado joven para todo lo que se espera de él y demasiado cansado para que le importe. Lo cotidiano y las cosas negras que acechan bajo la superficie. Se las va arreglando. A su manera.

Pero, la noche anterior, recibió su visita. Ella estaba en el ataúd, pero también en la oscuridad, junto a la cuña de luz que salía por la puerta del granero. Dentro, fuera. Bajo él, ante él. Muerta no muerta. Pálida, escuálida, espantosa. Lo sintió como un golpe en la garganta, en el corazón. Sintió el tirón de la marea. ¿Cómo seguir a flote?

Podría organizar el entierro en Manaton, en un cementerio cristiano, donde fuera. Todo legal, garantizado. Pero no es lo que ella habría querido. Sabe lo que le está pidiendo. Lo que no hay manera de saber es el precio. Piensa con amargura en todo lo que le han quitado los Villarca. ¿Por qué lo va a hacer?

Antes de la guerra creía que todo se puede soportar. Luego te recuperas y vuelves a ser el mismo. Ahora sabe que no es cierto. Hay que cuidar de las pocas reservas que tienes de compasión, de bondad, de valor, de todo eso. Para seguir a flote. Es eso o dejarse ir a la deriva, en la oscuridad. Lo piensa.

—De acuerdo —dice al final, y llama a los perros con un silbido.

El viento se ha levantado en el páramo. La pequeña yegua alza la cabeza. Resopla al vendaval, a los fantasmas de caballos que llegan con el aire. Tom camina junto a ella con la mano sobre el cuello del animal y los ojos llorosos. La lona que cubre la carreta ondea. Debajo hay picos, una pala, sogas fuertes. Y la caja alargada. Los perros van corriendo por delante del carro, luego por detrás, con la larga lengua

rosada al aire, los ojos inquietos. Son de pelaje pardo, pinto, perros de caza con cola larga como un mástil. Jadean felices. En las trincheras eran perros mensajeros. No saben que ahora son perros de granja. Aún ven con extrañeza la tierra, la luz. Uno está ciego; el otro, medio ciego. No tienen nombre.

Tom se dirige inexorable hacia algo. Puede que no vuelva. El viento sopla. Pese a todo, está lleno de júbilo.

Rawblood se alza a lo lejos, un cascarón negro, roto.

Alguien llama. Al principio el sonido es tenue. Es un nombre o algo así. Hubo un momento en que lo supe.

Algo me arrastra como si me hubiera agarrado por el cogote. Me tira contra las losas de Rawblood en una neblina de luz del fuego. Tengo algo oscuro y terrible en las manos. Me las limpio como puedo. ¿Qué he hecho? Alguien llama.

Está sentada junto a la gigantesca chimenea, el pelo rojo como las llamas que arden a su lado. Me acerco y la miro, la miro con atención. Nunca he visto su imagen. No creo que nadie la pintara. Pero la conozco, la reconocería en cualquier lugar. El rostro decidido como un gato que ve a su presa. A la luz incierta, veo el reborde húmedo de los ojos verdes como estanques. No es decisión. Es tristeza.

«Ven —digo—. Te voy a mostrar mis ojos».

Ella alza la mano.

«Tienes que parar». Las palabras llegan cargadas de poder. Las líneas y colores de la mujer vibran en el aire. Me detengo en seco. No es un recuerdo. Está aquí. De alguna manera.

«Déjame —digo—. ¿Qué importa? Todo fue hace mucho». No quiero pensar en las cosas que he hecho.

Me mira. Fría, verde, inteligente.

«Importa mucho. Quemaste la casa, ¿no?».

«Mi padre me dijo que lo quemara todo —respondo—. No dio resultado. Sigo dando vueltas, y vueltas, y vueltas. No puedo salir del círculo».

«¿Ha cavado la tumba Tom Gilmore?».

La pregunta no tiene sentido, me enfurece.

«No me importa. ¿Por qué? ¿Por qué me ha pasado esto?».

«Cuando llegó la hora fui a aquella cueva —me dice—. Para traerte al mundo. Es un lugar antiguo. Tal vez demasiado antiguo. Lo debí imaginar. La tierra y la piedra recuerdan. La cueva recuerda. Luego, Tom Gilmore puso tu anillo en la piedra... “Para que la persona que amas no muera jamás”, dicen. No hay que dejar de lado las historias antiguas. ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo hemos llegado a esto? No lo sé. Solo sé que ha sido poco a poco, sin saberlo. Y que todo está conectado, hija mía». Noto la mano ligera sobre el rostro, su mirada. Me trae el olor de la hierba fresca, el recuerdo de los rayos del sol. «Puedes salir del círculo. Si Tom cava la tumba. Le dije a tu padre que cuidara de él. Pero se olvidó». Tiene en el rostro una expresión que no sé leer. «Ahora es el último de nosotros».

«Tom no es uno de nosotros», digo.

«Claro que lo es —responde—. Tú lo hiciste de los nuestros. Es obra del amor».

«Pero Tom me ha olvidado. No lo hará. Todos han muerto o me han olvidado...».

«Iris».

«No soy Iris. Ya, no».

Chasquea los labios.

«Vamos», dice, y me coge de la mano. La delantera de su camisón de batista. La curva delicada del vientre. No sé cómo, estoy aquí y estoy ahí, cálida y refugiada dentro de ella, a solas en la fría oscuridad. Pone la mano sobre la mía. El amor que se transmite entre mi madre y yo es tan tangible como un camino compartido, como una cinta. Llena todos los espacios entre nosotras. Nos sentamos juntas en el suelo frío de piedra, ante el fuego moribundo.

«No puedo parar —le digo—. Y no puedo salir».

«Te daré un recuerdo», responde.

Y me lo da. Es un recuerdo de calor, de papá, del olor del yodo. El dolor de las magulladuras. Fue un mal día, pero luego el fuego chisporroteó en la chimenea y yo estuve a salvo entre las sábanas y él

me leyó la historia de una tumba, de una mujer, de una espada.

No sé dónde, a lo lejos, el chirrido de unas bisagras viejas. Una puerta se abre.

Tom está indeciso entre las ruinas de Rawblood. Las agujas negras de madera ennegrecida se alzan en el aire vespertino. El sol del invierno se derrama por las ventanas rotas. Al otro lado se ve la tierra gris. La gran escalera curva ya no existe, igual que el tejado. El salón tiene el cielo por techo. Sobre la chimenea aún se ve la enorme repisa de mármol, ennegrecida y rajada. En el pasado, las volutas blancas estaban pobladas de querubines y demonios. Había dicho que jamás volvería aquí, pero no es posible escapar de ciertas deudas.

La casa ardió el año anterior. En Dartmeet se comenta que el fuego duró tres días. Las llamas lo devoraron todo. No quedó nada. No se conocía la causa. Algunos dijeron que habían visto una figura envuelta en llamas que corría por la casa con una tea ardiente. Según otros, lo que llevaba era una espada llameante. El viejo Shakes estaba dormido en el establo, como de costumbre. No llegó a despertar, o eso se suponía, porque no quedó ni rastro de él. La gente de Dartmeet lo siente por Shakes, porque era muy conocido en la zona. No lo sienten por los Villarca.

Los perros corren por la hierba. Se vuelven con gracia, sin hacer ruido. El movimiento incesante de las patas delata su angustia. Los perros conocen el miedo, la muerte. Están acostumbrados. Pero se niegan a entrar en las ruinas de Rawblood. No les gustan. Se lo dicen a Tom con los ojos castaños, con el cuerpo tembloroso.

Él se dirige al lugar que ya ha elegido, bajo el cedro. Camina a zancadas por el suelo duro. Casi dos metros de largo, un metro y poco de ancho. Dos de profundidad como mínimo. Recuerda una noche en la cueva, el cuento de la niña asesinada, enterrada bajo el cedro… La historia es antigua. Esto es ahora.

Lo que hay en la caja no tiene nada que ver con ella. Es un ser marcado, hambriento, que murió mientras dormía.

—Nunca tuvimos la menor oportunidad —dice al aire—. Ni la menor oportunidad.

Le sorprende la ira que siente. Profunda, repentina.

Clava el pico en el suelo. Suena casi como si golpeara metal. La tierra se resiste, luego se abre. Coge el ritmo. La luz invernal lo

ilumina. Los brazos tensos, la pala, los ojos angustiados de los perros.

Le lleva casi toda la tarde. Se detiene cuando cree que es el momento. No está cansado. Vierte agua en la pala para los perros y el caballo. Todos beben, ruidosos.

Cuando termina, por fin, baja el ataúd con cuidado al agujero. Es difícil. Le tiemblan de cansancio los brazos, la espalda. El sol ya está bajo en el cielo. Aquella historia antigua que tanto le gustaba a ella. Las tumbas que se abren como puertas para dejar salir a los muertos.

El enorme árbol susurra detrás de mí. La luz de la luna se filtra entre las hojas. Ya no es un cedro, sino algo más antiguo. Las ramas son oscuras y nudosas; las hojas, como plumas. El árbol y la cueva se llaman el uno al otro. Los hizo la misma gente, y con el mismo propósito.

Siempre ha habido un árbol aquí, en esta colina. Antes colgaban ofrendas de las ramas. Sacrificios. Trozos de pan, cuentas de ámbar, telas de lino, corazones de vaca. Colgaron a los niños vestidos de blanco. La sangre corrió por el tronco. El hombre que lo hizo es viejo, menudo, arrugado, con un rostro como la lava ya fría. Los trata bien, los tranquiliza mientras les pone la soga al cuello. Luego, el cuchillo. El viejo lo hace en nombre de ella. Los lugares recuerdan. Rawblood. Sangre cruda. Puede que no sea un nombre tan apacible.

La tumba está entre el sol y la sombra, bajo las ramas. Silenciosa, recién excavada. Hay un montón de tierra a un lado. Siempre ha habido un árbol aquí, y debajo, una tumba. Alguien me entierra aquí. Me enterrará aquí. Me ha enterrado aquí. Todo viene a ser lo mismo. ¿Cómo se libera a los fantasmas? Las tumbas también son puertas.

Un círculo de luz florece bajo el árbol. Hay alguien junto a la tumba. Puede que siempre haya estado ahí. Tiene los ojos azules. La luz cambiante ilumina el rostro solemne surcado de cicatrices.

Tom arroja dentro un puñado de tierra fría. Cae sobre el ataúd de madera fina. Se acerca la oscuridad y el aire es frío. El cielo es una línea naranja llameante tras las ruinas de la casa.

Desengancha la yegua de la carreta.

—Venga, corre —le dice. Se vuelve a los perros—. Fuera. A casa.

La pequeña yegua se va de buena gana con paso elegante. Los perros no quieren dejarlo allí, pero al final también se van, al trote por

la tierra que se va cubriendo de penumbra.

Enciende una lámpara que proyecta un círculo cálido en la tierra invernal. Se apoya en la pala. Espera. «Hemos hecho el uno del otro lo que somos ahora», piensa. Piensa en ella, en todos los tiempos. Una grieta se abre en él, o en el mundo. «Hacia delante o hacia atrás». Algo le corre por las venas, como un color, o un trueno inminente. ¿Hacia delante o hacia atrás? Ya casi se ha puesto el sol. Quiere traer la noche a fuerza de voluntad. El aire es inseguro, lustroso. Mira a su alrededor con movimientos bruscos. Algo se mueve más allá de la luz de la lámpara, en la oscuridad.

—Iris —dice.

—Ella murió —responde una voz como la piedra contra la piedra. Como la muerte de la esperanza, como la caída de las almenas.

—Ella murió —digo—. No soy ella. Ya no.

—Iris.

La luz cálida en el rostro de Tom, joven bajo la cascada de cicatrices. Tiene miedo.

—Renunciaste a mí —digo—. Me olvidaste.

—No —responde—. Ese es el problema. No puedo olvidar. Toda nuestra vida. —No entiendo lo que quiere decir. Está muy lejos. Escenas diminutas, iluminadas, atrapadas en el tiempo.

—Apaga la luz —digo.

La noche invernal nos rodea. Miles de estrellas frías, frías. Se vuelve a mí en la oscuridad, el aliento se condensa como niebla fría en el aire.

—Aquellos días no me dejan escapar —dice—. Tú y yo.

La oscuridad sube como una marea. La recibo con gozo.

—Crees que me conoces, pero soy más peligrosa de lo que te imaginas.

Los pensamientos acuden veloces, hermosos como cuchillos arrojadizos. Su ignorancia, su obstinación. Él es la causa de todo. Puso el anillo en la piedra. Todas las fibras de mi ser arden con la oscuridad. Un ardor dulce me abrasa los huesos, las venas. Soy todo

maldad y todo poder. Estoy hecha de nada. «Mírame. Esto es lo que soy». Le muestro mis ojos.

Me inhala, me respira. La enfermedad, la desesperación, entra en una oleada amarga. Se pudre, se cuaja en sus entrañas. Lo recorre por dentro y destruye todo lo que toca. Tom tose. La sangre se le acumula en el labio inferior, se le derrama por la barbilla en un hilo rápido. Tiene miedo, claro. Igual que todos los demás.

—Adelante —dice con tono fiero—. Si es lo que quieres.

Me enrosco a sus huesos. Se lo muestro todo. Mirada azul, inexpresiva. Sin previo aviso, extiende la mano y me la pasa por la cabeza. Una mano cálida sobre mi cráneo desnudo. Roza con los dedos las crestas de las cicatrices que cubren los agujeros rotos.

—Ah —dice con tristeza.

Han pasado muchos años desde que alguien me tocó con dulzura.

—Vete —digo—. Fuera.

La negrura se dispersa. Lo suelto. Vuelvo a mi ser con un golpe sordo. Se dobla por la cintura, tose, se frota el pecho a través de la camisa de tejido fino y lleno de zurcidos. Se golpea el corazón con el puño.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Los pulmones —se limita a decir—. El gas me los ha dejado así. Espera. —Tose.

—Menudo par —digo.

—¿Qué te hicieron a ti, Iris?

Se lo cuento. Las palabras saben a metal.

—No puedo seguir siendo esto —digo.

Hace una pausa.

—¿Qué va a pasar?

Pienso en Hervör y en la puerta de los muertos.

—Al amanecer —respondo, y ahora soy yo la que tiene miedo—.

Creo que me iré.

Miro hacia el horizonte y lo veo: la silueta de Rawblood no es la de siempre, recortada contra el cielo. No la conozco. Serrada, rota. Ángulos retorcidos, esqueléticos. Escudriño la oscuridad. Huele a cenizas, cenizas viejas.

—¿Se ha quemado? ¿Se ha quemado Rawblood, Tom?

—Sí —responde con cautela—. No queda nada. Fue el verano pasado.

—Le pegué fuego yo, anoche.

Ha dado resultado. Rawblood, mi hogar, mi prisión. Contemplo su silueta destrozada. El amor me invade, incluso ahora, incluso así.

Creo que, si quisiera, me podría quedar. Pese al incendio. Podría despertar junto a la chimenea del salón y atravesar las puertas infinitas. Hacer lo que ya se ha hecho. Olvidar. Rawblood siempre estará ahí. Todo lo que he hecho.

Me acaricio el papel del bolsillo. Arrugado, suave.

—Recibí una carta tuya —le digo a Tom.

—Te debí de escribir como cien.

—Si quieres decirme algo, que sea ahora.

—De acuerdo. —Asiente. La noche se despliega. La forma de su cabeza recortada contra las estrellas.

El horizonte se hincha de azul con el amanecer. Las formas son cada vez más definidas. Ahora lo veo, a duras penas, a la luz plateada que precede al sol. Está cansado, pálido. El recuerdo me atraviesa. Calor del atardecer, sarga azul, su mano que toca la mía mientras cabalgamos de vuelta a casa. Los cascos de los caballos contra el camino, el canto de las abejas, una felicidad tan intensa que es como un estupor cálido, como si algo se hubiera apoderado de nuestra mente. Estoy llena de un saber sencillo. Le toco el hombro. Lo noto húmedo y real a través de la tela fina de la camisa.

—Creía que era por mi padre —le digo—. Creía que volvía por Rawblood, por ella... pero no. Ahora sé que no volvía por ellos.

Tom me mira, yo lo miro. El primer rayo rojizo de luz nos

acaricia. Tras él, el sol corona la colina, es una línea llameante. Sobre nosotros, el árbol aún está envuelto en noche. Cada rama invernal se recorta contra el cielo.

No estoy preparada. No hemos hecho más que empezar. Busco sus manos, agarra las mías con fuerza. «No —dice—, pelma…». El disco rojo del sol se eleva, el cielo se tiñe de sangre, luego de naranja, luego de ámbar. La luz se intensifica. «No, espera», digo. Me agarro a él. Cálido, familiar. «Espera». Sus dedos se resbalan entre los míos. Ya no está.

Me quedo a solas en la oscuridad luminosa. Cierro los ojos, pero aún tengo en ellos el sol; tras mis párpados bailan los eones, los planetas, las estrellas. Todos los momentos, todos los principios y finales. Los rostros de los muertos. El susurro de la seda, la pisada de una bota. Un atisbo del ojo que guiña mi padre, grande, castaño. Los siglos se despliegan, los colores son abrumadores. Índigo, blanco, amarillo. Campos de trigo incendiados, la luz que se refleja en las espadas durante una batalla, sangre, sangre por todas partes, el sonido de los árboles al crecer.

La tierra me sube por las botas, por las piernas. Tierra que me envuelve los hombros, la cabeza. Se cierra por encima de mí como el agua. Una serpiente me roza la mejilla al pasar. En la tierra, junto a mí, se mueven seres y cosas, todo vivo. Me hundo más allá de los antiguos cimientos de piedra de Rawblood. La casa del puente que cruza el agua que fluye. Rozo con los dedos la piel maloliente de un zorro que duerme en su madriguera. Muestra los dientes, pero no se despierta. Atravieso un río helado que corre en la roca.

Una visión fugaz de una cueva verde, luminosa. Dos niños acuclillados en el suelo de piedra. Están hablando, con caritas concentradas. La conozco, claro, y también a él. Qué extraño. Qué tierno y lejano. El cabo de vela titila empecinado, proyecta luz y sombra. Anhelo ir hacia ellos. Nada de esto había sucedido entonces… aunque sí había sucedido, claro.

La niña me mira. Veo el espanto en su carita blanca, veo el miedo. Interpone su cuerpecito delgado entre el niño y yo. El gusano blanco me entra en los ojos. Ella le coge la mano al chico y corre, levanta con los pies las piedrecillas, las esquirlas de cristal marrón.

Las paredes de la cueva parpadean. Hay una mujer con un vestido manchado de sangre. Llora, tiene el vientre enorme, ondulante. Un viejo arrugado se acuclilla junto a ella con los ojos blancos. Quiero

reconfortarla, acariciarla, que me acaricie… pero desaparecen.

La cueva verde queda en sombras, desierta. Hay un anillo de oro sobre el altar de piedra. Las gemas rojas y blancas brillan a la luz fría.

Me hundo. Desciendo.

Atravieso otras cuevas al bajar. Por ellas nadan peces blancos ciegos, hay minerales calcificados que se derraman de los techos en puntas agudas. Me adentro en la tierra, donde nada es ya. Voy a descansar. Muchos brazos me envuelven en la oscuridad, brazos amables. Me estrechan, me sostienen, oigo sus voces, mi familia; veo sus caras y sus vidas extendidas ante mí como un camino que atraviesa los siglos, como una cinta. Veo la parte que he tenido en esto, las decisiones que tomaron ellos. La tristeza me inunda, llena como un vaso, me voy a ahogar en ella, y lo agradeceré. Me hablan mucho tiempo, en voz baja, y lo entiendo; con la claridad del crujido de un hueso que se rompe, veo que soy muy pequeña dentro de la tierra, la colina, la roca, dentro del mundo. Y veo que me han perdonado.

Se van. Se desvanecen como el humo.

Estoy a solas en una gran llanura. El fuego brota de agujeros profundos en la tierra. Huele a lirios, a putrefacción. Algo se aproxima. Oscuro, hirviente, cada vez más cercano, enorme y terrible bajo el cielo llameante. «No, no, ha sido un error». Intento darme la vuelta, correr. Me arrolla, me golpea como un torrente. Me disperso en mil pedazos en una lenta explosión. El dolor es inimaginable. Es conocimiento, tiempo, todo al galope como caballos dentro de mí. Estoy rota, deshecha. El rugido, el viento. Fluyo como riachuelos bajo el mundo.

La luz del día asoma entre las ramas desnudas. Tom echa a la tumba la última palada de tierra. Algo se agita en el aire detrás de él. Tira la pala a un lado. Se vuelve a toda prisa. Una bandada de estorninos levanta el vuelo, iridiscentes a la luz de la mañana. Fluyen en torno a las ruinas de Rawblood. Luminosos, estrepitosos. Tom aprieta los puños para dejar de temblar. Está solo.

Hay luz, viene de lejos. Puede ser el fuego de un salón. El amanecer en una habitación infantil azul. Los primeros rayos de sol bajo un árbol. O tal vez algo que nunca he visto.

Agradecimientos

Estoy agradecida a mis padres, Christopher e Isabelle Ward, por todo el amor y el apoyo que me han dado a lo largo de los años.

Doy las gracias de todo corazón a Edward McGown, mi compañero, que es maravilloso en tantos sentidos que no puedo enumerarlos.

Estoy en deuda con Sam Copeland por su orientación, entusiasmo y apoyo, igual que con todos los que forman Rogers, Coleridge and White.

Quiero dar las gracias a Arzu Tahsin por guiarme, así como a Jennifer Kerslake, Craig Lye y todo el maravilloso equipo de Weidenfeld & Nicolson.

Quiero dar las gracias también a todos los que han leído el manuscrito y me han hecho comentarios, como Kate Burdette, Emily Cavendish, Susan Civale, William St Clair, Natalie Dormer, Emma Healey, Alex Learmont, Andy Morwood, Eugene Noone, Catherine Shepherd, Alice Slater, Mike Walden, Philip Womack y Anna Wood.

Gracias a Henry Sutton, Giles Foden, Andrew Cowan y a mis profesores y compañeros en la UEA.

Gracias a Antonia Ward, mi maravillosa hermana, y también a Oriana Elia, Belinda Stewart-Wilson y Bianca Jagger por todo su apoyo.

Índice

Table of Contents